BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
CONVENTUS
CIVIT. S. FRANCISCI.
Pl.
No.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

240
2.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/wayofcrosshistor0000dmur

VIA-CRUCIS

PARIS.—Imprenta de Blondeau, calle de Petit Carreau, 32.

VIA-CRUCIS

HISTORIA DE LA PASION Y MUERTE

DE

N. S. JESUCRISTO

RECOPILADA

DE LOS SANTOS EVANGELIOS

Y DE LOS EJERCICIOS, MANUALES Y DEMAS LIBROS DEVOTOS PUBLICADOS HASTA HOY
CON ESPLICACIONES, MEDITACIONES Y COMENTARIOS

SACADOS

De santa Teresa de Jesus, san Juan de la Cruz, fray Luis de Granada,
fray Luis de Leon, Juan de Avila, Alejo de Venegas, fray Diego de Estella, fray Pantaleon Garcia, Gonzalez, Trento
padre Juan Eusebio de Nieremberg, Sanchez Sobrino, fray Pedro de Padilla, Garcia, fray Paulino
de la Estrella y san Alfonso M. de Ligorio

POR D. M. URRABIETA

OBRA ILUSTRADA CON CATORCE LAMINAS REPRESENTANDO LAS CATORCE ESTACIONES

GRABADAS EN ACERO

bajo la direccion de don DOMINGO MARTINEZ, pensionado por S. M. la Reina doña Isabel II, y de M DESVACHEZ

Y PUBLICADA

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

PARIS

SALVADOR ALBERT Y COMPAÑIA, EDITORES PROPIETARIOS.
Boulevart San Martin, n. 69

1853

PREFACIO.

Mihi autem absit gloriari,
nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi.

Gal. vi, 14.

Ninguna devocion es mas propia que la del Camino de la Cruz para facilitarnos la meditacion de los dolores y de la muerte de nuestro divino Redentor, que es uno de los medios mas eficaces que cuenta nuestra Religion para consolar al hombre en sus amarguras, para ayudarle á sobrellevar los quebrantos de la vida, y para santificar sus aflicciones todas transformándolas en otros tantos tesoros de goces inefables que á su muerte encontrará reunidos en el cielo.

La práctica de la devocion del Camino de la Cruz es tan antigua como el sagrado misterio que representa. La Bienaventurada Vírgen María, dice Leon X, visitaba frecuentemente los lugares de la Pasion de su querido Hijo. Así la Santísima Vírgen fué la primera que enseñó el Camino de la Cruz dando principio á esta adorable devocion, consagrada despues por los Santos de todos los tiempos, y enriquecida por los Sumos Pontífices, de muchas y muy preciosas indulgencias.

Sin embargo, á pesar de la importancia de este piadoso ejercicio de uso general, en ningun idioma se ha publicado un libro especial con las condiciones que requiere tan elevado asunto. Las inmensas obras de devocion que circulan entre los fieles de todo el orbe católico, contienen sí las Estaciones, pero intercaladas entre otros ejercicios devotos, y los pocos Via-Crucis que se ven sueltos, no corresponden, como hemos dicho, con lo que debe arrojar de sí la esplicacion de este sublime misterio.

Ac: 2098

Nosotros hemos querido llenar este vacío, reuniendo en una obra única las instrucciones, plegarias y demas ejercicios que se hallan en los libros admitidos y recomendados por la Iglesia, precedidos de la historia de esta devocion y acompañados de meditaciones, testos y comentarios aplicados á cada estacion tocante á la Pasion de Nuestro Salvador, y á las virtudes de su santa doctrina, sacados esclusivamente de los principales oradores, maestros y autores místicos que ha contado y cuenta en su seno la Iglesia española.

Para complemento de esta obra, en cuya ejecucion no hemos omitido gasto ni diligencia alguna, cada estacion va adornada con su correspondiente lámina grabada en acero, de modo que la profundidad, talento y finura del trabajo artístico, rivaliza á cada página con la belleza de los testos. Nuestro Via-Crucis es un libro indispensable para toda biblioteca cristiana, pues en él se hallan al lado de las oraciones y prácticas que le son propias, las páginas mas selectas de nuestra literatura y filosofía religiosa, sobre ese inagotable asunto, nunca olvidado, siempre nuevo, del suplicio de nuestro Redentor, y es al mismo tiempo un magnífico album, por el cuidado y esmero de su parte artística.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

INSTRUCCION SOBRE EL CAMINO DE LA CRUZ [1].

El Camino de la Cruz, propiamente hablando, es el espacio que recorrió nuestro Redentor, cargado con el peso de la Cruz, esto es, desde el palacio de Pilato donde fué condenado, hasta el Calvario donde sufrió el suplicio de la crucifixion. En todo él se cuentan mil trescientos sesenta y un pasos. Andar simplemente el Camino de la Cruz, es recorrer el mismo espacio: pero andarle en espíritu y en verdad, como debe hacerlo todo buen cristiano, significa hallarse penetrado de los sentimientos que debe inspirar un camino santificado por los pasos de Jesucristo, y bañado con su divina sangre. Esto acostumbraba á practicar la santísima Vírgen despues de la muerte de su querido Hijo, pero sobre todo despues de la Ascension como lo cuenta Adricomo [2], y segun una tradicion constante confirmada por la revelacion que hizo aquella piadosa Madre á Santa Brígida : *Pia habet traditio majorum beatam Virginem, quæ cum suis Filii sui vestigia ad Crucem usque secuta fuit, post ejus sepulturam, huc redeuntem* Viam Crucis *ex devotione cal-*

[1] Esta Instruccion tiene por objeto la esplicacion de la devocion llamada Via-Crucis, la historia de su establecimiento entre la Cristiandad, los motivos que debemos tener para abrazarla, y el tiempo en que debe practicarse.

[2] *In descriptione Jerusalem*, nº 18, Adric.

casse. La bienaventurada Vírgen María, dice Leon X[1], se creó el deber de visitar con frecuencia los lugares de la pasion de su querido Hijo : *B. Virgo loca Passionis continue visitavit.* Así pues, la santísima Vírgen fué la primera que enseñó á practicar la devocion del Camino de la Cruz, dando principio á este santo ejercicio. Con el ejemplo de María, las mujeres de Jerusalen se consagraron á esta práctica piadosa, que hubo de facilitarse despues por medio de monumentos erigidos en memoria de lo que, por tradicion, se sabia habia sucedido á Nuestro Señor en los diferentes sitios en que se habia detenido al subir al Calvario.

Bien luego se generalizó esta devocion. Muchos peregrinos que acudian allí de todos los puntos del mundo atraidos por la santidad de aquellos lugares cuando empezó á esparcirse la religion cristiana, veneraban las huellas de Jesucristo en su subida al Calvario, contando despues á los demas las gracias que habian recibido y los grandes consuelos que habian esperimentado. Los Soberanos Pontífices conocieron todo el mérito de un ejercicio que tiene por objeto honrar el misterio mas respetable de nuestra Santa Religion, aquel que Jesucristo nos recomienda que no perdamos nunca de vista, y cuya memoria nos ha dejado en el augusto Sacrificio, que por esto llaman los sacerdotes, *Sacramentum memoriæ;* y no solo le aprobaron, sino que le fomentaron y recompensaron, abriendo en su favor todos los tesoros de la Iglesia. Pero la imposibilidad en que se hallan la mayor parte de los cristianos de transportarse á ese suelo afortunado, les habria privado de los consuelos y de las indulgencias inherentes al Camino real de la Cruz, si la Iglesia, atenta siempre á las necesidades de sus hijos, y rica con todos los méritos de Jesus, no hubiese suplido el inconveniente por medio de una práctica piadosa al alcance de todos los fieles, á quienes ha querido favorecer con iguales gracias. Esta práctica que se llama Via Crucis ó Camino de la Cruz, no es mas que el camino figurado de aquel que anduvo Nuestro Señor cargado con su propia Cruz. Así pues, en el dia se entiende por Camino de la Cruz, ese camino figurado. Para representarlo lo mejor posible, se colocan cuadros de distancia en distancia, ó

[1] Bula otorgada en 1517.

bien se ponen en capillitas pinturas y esculturas que nos muestran al Salvador subiendo al Calvario, segun las diversas estaciones que, á fuerza de cansancio, se vió obligado á hacer en aquel largo y penoso viaje. Las estaciones ascienden á doce, añadiéndose el Descendimiento de la Cruz, y el Santo Entierro, que hacen catorce, y se llaman las catorce estaciones del *Via-Crucis*. Tal es la idea que debe formarse el cristiano de la devocion que nos ocupa.

Los motivos que deben conducirnos á ejercitarnos en esta devocion, que consiste en la meditacion de los dolores de Jesucristo, son tan grandes como poderosos.

Benito XIV se distinguió particularmente por su celo en estender por toda la cristiandad la devocion del Camino de la Cruz : nada olvidó para obligar á todos los fieles á abrazarla, y considerándola como el medio mas eficaz para procurar la renovacion de las costumbres, para escitar y sostener el fervor en todos los lugares donde se estableciese, exhortó á los sacerdotes á erigir las estaciones en sus parroquias, haciéndoles presente que la proximidad de una á otra no debia ser una razon para que un pastor celoso privase á su rebaño de tan estimable tesoro[1].

Creemos oportuno reproducir aquí una parte del breve que dió con este motivo en 1741, primer año de su pontificado. Principia de este modo :

« Siendo el recuerdo de la Pasion, de la Cruz y de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo el mas eficaz de todos los remedios para curar las llagas que la debilidad humana abre en nuestras almas por el pecado ; y siendo tambien esta meditacion el medio mas propio para purificar la actividad de nuestro espíritu y para inflamarnos de un amor ardiente hácia Dios ; á fin de que los fieles se ocupen de un objeto que es para nosotros todos un manantial de gracias y felicidades, y para disponerles á ejercitarse en él con mas ardor cada dia, los Padres de la Iglesia católica y los Soberanos Pontífices nuestros predecesores, no

[1] Décima y última advertencia sobre el Camino de la Cruz dada el 10 de mayo de 1742 y aprobada por Benito XIV.

han cesado de prevenirles que así lo hagan, ya por medio de frecuentes advertencias y tiernas exhortaciones, ya derramando sobre ellos los celestiales tesoros de las indulgencias que les persuaden, les atraen y les enriquecen.

» Nuestro predecesor, el papa Clemente XII, de feliz memoria, no solamente confirmó de nuevo las concesiones de indulgencias y el perdon de pecados de sus predecesores para enseñar á honrar y venerar el gran misterio de la Pasion, de la Cruz y de la muerte del Salvador, sino que ademas trazó la marcha que debia seguirse en el piadoso ejercicio llamado Camino de la Cruz, ó del Calvario..... En este concepto, y dispuesto tambien á oir las súplicas que se nos han dirigido con tal objeto, en virtud de nuestra autoridad apostólica, aprobamos y confirmamos el contenido de la bula de nuestro predecesor, y ordenamos que se ejecute en adelante sin ninguna restriccion, todo cuanto en ella se prescribe. »

Así se esplica ese gran Pontífice, confirmando todo cuanto habian decretado sus predecesores, y acordando las nuevas gracias que le pedian tocante á esta devocion. Por otra parte, á fin de facilitarla todo lo posible, permitió á todos los curas que la estableciesen, no solamente en sus iglesias, sino tambien en toda la jurisdiccion de sus parroquias, con el consentimiento de los obispos respectivos y con la condicion de que el Camino de la Cruz fuese erigido por los religiosos á quienes la silla apostólica tiene concedido este privilegio

Clemente XIV consideraba esta práctica como muy importante, y para que no hubiese ninguna circunstancia que pudiera apartarnos de ella, estableció, que en caso de enfermedad ó de viaje, ó cuando por otras razones semejantes nos viésemos en la imposibilidad de andar las estaciones, ganaríamos todas las indulgencias acordadas al Camino de la Cruz, recitando algunas oraciones ante un crucifijo en la mano[1].

Nuestro santísimo padre el papa Pio VI, animado de los

[1] Este Crucifijo debe estar bendito al intento por un superior del Orden de Menores Observantes, ó de otro sacerdote á quien el Sumo Pontífice haya dado poder para ello; debiendo rezarse catorce *Pater noster* y *Ave Maria* con otros cinco *Pater noster, Ave Maria* y *Gloria Patri*, por el Pontífice que concedió las indulgencias.

mismos sentimientos que sus predecesores, no cesó desde el principio de su pontificado de propagar esta devocion, dignándose dar permiso para erigirla no solo en iglesias y capillas particulares, consagradas á la Madre de Dios ó á los Santos, no solo en los oratorios domésticos, sino tambien en los aposentos de las casas, para que aquellos que cifran su consuelo en meditar la Pasion de Nuestro Señor y que no pueden salir á la calle, disfruten mas facilmente de los favores inherentes á esta piadosa práctica. Los sacerdotes mas que nadie deben tratar de alcanzar tan hermoso privilegio, á fin de poder contemplar frecuentemente de todos modos y por toda clase de motivos, á su divino Maestro subiendo al Calvario.

El motivo que debe hacer mas impresion sobre nosotros y sobre todos los fieles, es que esta devocion agrada infinitamente á Nuestro Señor Jesucristo. El Señor desea tanto que nos compadezcamos de sus penas, que nos ordena de mil modos que no dejemos de cumplir este justo deber de nuestra gratitud. El Antiguo Testamento se halla lleno de tiernas palabras para animarnos á repasar con frecuencia en nuestra memoria las humillaciones y padecimientos del Mesías. En el Nuevo Testamento, San Pedro, San Pablo y los demas Apóstoles nos predican en todos sus escritos y con su ejemplo, la necesidad de pensar á menudo en la Pasion de nuestro divino Salvador, meditando detenidamente sus misterios. Por último, el mismo Jesucristo, nuestro soberano modelo, no perdia de vista un solo instante los males que debia padecer por nosotros y hablaba continuamente de ello. ¡Cuántas veces no predijo á sus discípulos lo que tenia que padecer en Jerusalen! y ¡qué tiernas reconvenciones no hizo á sus Apóstoles cuando se vió sumergido en aquel mar de dolores que padeció á su muerte, porque no habian tenido valor para participar con él de las angustias de su agonía! En su transfiguracion, aun en medio de su gloria, no habló con Moisés y Elías sino de los tormentos de su Pasion. *Dicebant excessum ejus, quem complexurus erat in Jerusalem*[1].

Ademas, con esta devocion procuraremos tambien una in-

[1] Luc., IX, 31

finita satisfaccion al corazon de María, que meditaba continuamente sobre los padecimientos de su querido Hijo; á ese corazon tan compasivo para los dolores de Jesus, que se los apropiaba todos, y que fué traspasado de tantas espadas, como instrumentos hubo en la Pasion; á ese corazon que tan tiernamente convida á los cristianos á unir sus lágrimas con las de su Madre y que se queja amargamente de nuestra indiferencia y de lo poco que nos ocupamos en llorar los incomprensibles males que sufrió el Salvador por su amor á los hombres: *Posuerunt me desolatam; tota die mœrore confectam;* por último, á ese corazon tan generoso para con aquellos que le imitan en su devocion al Camino real de la Cruz, que les obtiene del cielo la gracia de participar de los inefables consuelos que gozaba el suyo en ese santo ejercicio; consuelos que, segun la idea de un santo Padre, son infinitamente superiores á todas las voluptuosidades mundanas.

Pero como nada tiene tanto poder sobre nosotros como nuestro propio interés, nada podrá movernos mas á ejercitarnos en esta santa devocion que sus frutos é inmensas ventajas.

Primeramente disipa las tinieblas de nuestro entendimiento, haciendo penetrar en él tan purísimas luces, que á su beneficio podemos juzgar las cosas, no segun las apariencias, sino como las juzgó la divina Sabiduría y segun los ejemplos que nos dió el Hombre-Dios durante su vida y en su muerte, de los que se desprenden que toda nuestra grandeza y felicidad consisten en estimar, querer y desear lo que el mundo huye, desprecia y aborrece: *Nullum tam efficax remedium ad purgandam mentis aciem*[1].

Ademas convierte y enardece nuestros corazones que, por endurecidos y frios que pudiesen estar, seria imposible no se quebrantasen y enterneciesen considerando ora el esceso de amor del Padre celestial, que para rescatar á unos viles esclavos redujo al estado mas deplorable á su querido Hijo, y ora el esceso de amor de este Hijo querido que se ofrece á su Padre para ser la víctima del mundo, abandonándose á todo el rigor

[1] Benito XIV.

de su justicia. De aquí esos santos transportes de la Iglesia, que despues de haber meditado la muerte de su divino Esposo, apénas puede hallar términos bastante enérgicos para manifestar los sentimientos de su compasion y gratitud : *O mira circa nos tuæ pietatis dignatio! O inæstimabilis dilectio charitatis, qui, ut servum redimeres, Filium tradidisti!* ¡Oh inefable bondad del Hijo de Dios para con los pecadores! esclama San Bernardo á la vista de los sufrimientos de Jesus.

Otra ventaja que lleva consigo esta devocion es la de ayudarnos en la contemplacion del misterio de la Pasion, que facilita á toda clase de personas. La idea que nos da del tránsito que hizo Nuestro Señor de casa de Pilato al Calvario; las lecturas y tiernas oraciones que se hacen á cada estacion, la marcha y órden que se sigue, la presencia de las imágenes, todo esto conmueve el alma, la inunda de santas ideas y de piadosos sentimientos.

El Camino de la Cruz es el medio mas eficaz para triunfar de nuestras pasiones, y el camino mas seguro para llegar á lo último de la perfeccion.

El horror del pecado que causó á Jesucristo tantos dolores, el temor de caer en él, para no renovarlos, al ménos en lo que depende de nosotros; el espíritu de mortificacion para hacernos sus semejantes; el amor de la humildad y de la abyeccion, el perdon de las injurias, el desprecio del mundo, la paciencia en nuestros males, la abnegacion en todas ocasiones, eso es lo que ordinariamente se aprende en el Camino de la Cruz, y como segun los Santos Padres, Jesucristo tiene concedidas gracias especiales á la meditacion de sus padecimientos, todos aquellos que no ponen á esto obstáculo ninguno, esperimentan infaliblemente esos dichosos resultados. Jesucristo es la serpiente de bronce que cura siempre á todos aquellos que clavan en él miradas animadas por la fe y la confianza : *Qui percussus aspexerit eum vivet*[1].

Si quereis, dice San Buenaventura, ganar gracia sobre gracia y crecer de virtud en virtud, entregaos todos los dias á este santo ejercicio. La meditacion de la Pasion de Jesus, nos hace

[1] Núm. xxi, 8.

triunfar de las pompas y seducciones mundanas, de los artificios del demonio y de las tentaciones de la carne : nos separa enteramente de nuestra propia voluntad, y elevándonos, por decirlo así, mas alto que nosotros mismos, nos inspira unas virtudes tan sobrenaturales, que nos volvemos semejantes no solamente á los Ángeles sino al mismo Dios : *Ut jam non solum reddat ipsum angelicum, sed divinum.*

Despues de todas estas ventajas hay que tener en cuenta las indulgencias tan estraordinarias que se ganan, pues á ningun otro ejercicio de devocion se han acordado otras iguales. En efecto, aunque no se sepa precisamente su número, es cierto sin embargo que el Camino de la Cruz tal como lo practicamos, tiene en sí no solo las indulgencias acordadas en diferentes épocas por los Sumos Pontífices á las estaciones del Camino de la Cruz de Jerusalen, sino tambien las que se concedieron á la visita de los Santos Lugares de la Palestina[1], como verbi-gracia á la visita de la iglesia del Santo Sepulcro, del lugar en donde Nuestro Señor fué crucificado[2], del sitio donde fué azotado, coronado de espinas y condenado á muerte, de aquel en que le vistieron de una túnica blanca por escarnio ; de la iglesia de Santa Ana, donde nació la santísima Vírgen María, del sitio donde se presentó al Señor, para consagrarle su virginidad, de aquel en que descansó su cuerpo hasta su Asuncion ; y por último á la visita de Belen y de Nazareth, del monte Tabor y otros muchos sitios, donde acaecieron los mas grandes misterios, que todos tienen en particular indulgencia plenaria.

Tambien se cuenta un mayor número de lugares secundarios con indulgencias parciales en tanta cantidad, que son, por decirlo así, incalculables. Inocencio XI fué el primero que las estendió del modo que hemos dicho. Inocencio XII confirmó esta resolucion, aunque solo en favor de aquellos que vivian bajo la direccion del R. Padre general del órden de Menores Observantes. Benito XIII la hizo estensiva á todos los

[1] Así lo decidió la Sagrada Congregacion del Concilio el 16 de julio de 1794.

[2] Dejando á un lado todas las bulas de los Sumos Pontífices acerca de las indulgencias acordadas á la Tierra Santa, confirmadas por Benito XIV, nos bastará citar la de Sixto V, dada el 8 de abril de 1588, concediendo indulgencia plenaria á todos aquellos que visitaren el Santo Sepulcro, el monte Calvario, etc. Principia por estas palabras : *Piis fidelium votis.*

fieles, que sin embargo debian practicar la devocion del Camino de la Cruz en las iglesias de los Menores Observantes, acordando tambien que podrian aplicarse las indulgencias á las ánimas del Purgatorio. Clemente XII quitó la obligacion de acudir á las iglesias de Menores, y viendo los grandes bienes que producia esta devocion, permitió que se erigiese el Camino de la Cruz en cualquier lugar que fuese, ganándose las mismas indulgencias, y por fin Benito XIV confirmó todo cuanto habian hecho sus predecesores acerca de esta piadosa práctica.

Creemos oportuno citar aquí la autoridad de un célebre misionero de nuestro siglo que predicó en Italia con gran favor en tiempo de Benito XIV, y que estuvo de acuerdo en un todo con las miras de este santo Papa erigiendo por todas partes el Camino de la Cruz : digno hijo de San Francisco, á quien imitó perfectamente, con particularidad en su ardiente amor á Jesus crucificado. Es este el R. Padre Leonardo de Port-Maurice, muerto en olor de santidad en 1751, declarado ya venerable y beatificado. En las misiones que hacia, habia llegado á notar tanta diferencia entre las parroquias donde se hallaba establecido y praticado el Camino de la Cruz, y aquellas que se hallaban en el caso contrario, que pronunció las siguientes palabras : « Esta devocion es la madre y la reina de todas las devociones; es el azote del pecado, y el mejor de todos los remedios contra el contagio de la impureza y de la licencia. En el curso de mis misiones he solido hallar parroquias donde los habitantes practicaban la devocion del Camino de la Cruz, no solo los domingos y fiestas, sino tambien todos los demas dias del año; en invierno, ántes de ir á sus ocupaciones, y en verano por la tarde : cada uno de ellos enternecido del doloroso estado en que veia á Jesucristo por nuestra culpa, pedia á cada estacion la gracia de no caer en pecado mortal, proponiéndose evitarlo á toda costa, y puedo asegurar que todos eran fieles á sus promesas, y que todo pecado era desconocido en aquel afortunado pueblo. »

Mas adelante añade : « Un cura, hombre de mérito, escribia que habiendo practicado en várias ocasiones la devocion del Camino de la Cruz con sus feligreses para obtener la lluvia en

tiempos de sequía, habian sido oidos siempre, y que otras muchas parroquias habian obtenido el mismo favor valiéndose del mismo medio. Otro cura, no ménos digno de fe, decia que su parroquia se habia cambiado enteramente desde que se habia establecido en ella el Camino de la Cruz.

« ¡Oh precioso Camino de la Cruz! ¡Camino útil para todos, justos y pecadores, vivos y muertos, útil para el tiempo y la eternidad! ¡Oh respetables prelados! ¿quereis arrojar fuera de vuestros pueblos los vicios que los dominan? En vuestra mano está: estableced el santo ejercicio del Camino de la Cruz, y veréis como las cosas toman al instante nuevo rumbo. Bien luego seréis testigos de los maravillosos efectos que produce el recuerdo frecuente de la Pasion de Jesucristo. Muchos curas, añade, han observado que esta santa práctica hacia tal impresion en sus feligreses, que despues de haber practicado la devocion del Camino de la Cruz, despreciaban las cosas del mundo, y tomaban la mayor aversion á los juegos, diversiones y placeres á que por desgracia la gente se entrega en los dias que deberian ser santificados de un modo señalado.

» Bendito sea pues siempre el santísimo y sacratísimo Camino de la Cruz, el cual han venerado tanto varios obispos, que unos han ido descalzos á plantar las cruces en diferentes partes de sus diócesis; otros han hecho representar las estaciones en sus catedrales, y otros han mandado que este Camino se erigiese en todos los monasterios sometidos á su jurisdiccion, con grande provecho de las religiosas para las cuales esta devocion era como una llama que abrasaba con el amor los corazones de aquellas vírgenes, haciéndoles pasar santamente y con alegría muchos momentos que en otro caso habrian sido empleados de un modo ménos útil. Ha habido otros, en fin, que impusieron á todos los curas de sus diócesis la dulce obligacion de establecer este santo ejercicio en sus parroquias y de practicarle solemnemente á la cabeza de sus pueblos: lo que procuró á estos sacerdotes tan grandes consuelos, que les oyeron decir: « ¡Qué devocion tan buena, por los inmensos bienes que procura! ¡Cuántos gemidos, cuántas lágrimas y cuántas mortificaciones ocasiona! »

Estos eran los sentimientos de aquel gran misionero respecto al Camino de la Cruz : conociendo pues por esperiencia todo el mérito y utilidad de esta devocion, dirige las palabras siguientes á los que se hallan encargados de la salvacion de las almas : « Permitidme, venerables obispos, curas y demas ministros de Jesucristo, permitidme que me arroje á vuestros piés suplicándoos que no descuideis nada para establecer el sagrado Camino de la Cruz, os conjuro *in visceribus Christi*, que no aplaceis para mas adelante el abrir á los fieles un tesoro donde encuentren un principio de su conversion, los medios de perseverar en la justicia y de satisfacer sus deudas y las de las ánimas del Purgatorio, y por último un manantial inagotable de gracias acompañadas de las bendiciones del cielo. Si Dios debe ser tan severo con el siervo que ocultó un solo talento, ¡ qué cuenta tan terrible no tendrá que dar aquel que ocultó á su pueblo un tesoro que encierra tantos y cada uno de un precio infinito ! »

A los motivos que hemos indicado para entregarnos totalmente á esta hermosa devocion, debemos añadir el de reparar por este medio tantas injurias como se hacen en estos desgraciados tiempos á la santísima Trinidad, á Jesucristo en la Cruz, á ese mismo Jesus en el Sacramento de su amor, á la augusta Madre de Dios y á los Santos, en una palabra, á todo cuanto hay de mas sagrado en nuestra religion.

Pero ántes de comenzar un ejercicio tan importante como el de la meditacion de los padecimientos del Hijo de Dios, San Buenaventura dice que es preciso hallarse animado de sentimientos de humildad y confianza, acompañados de todo el fervor posible, y de la mayor pureza de corazon. La marcha sola no basta ; sino que debe andarse este Camino en la contemplacion del sorprendente misterio de un Dios conducido como un criminal al lugar de su suplicio. Esta meditacion debe ser afectuosa, debiéndose manifestar no tanto como producto del espíritu, sino como efusion de un corazon cristiano conmovido á la vista de un Dios lleno de insultos, embriagado de

dolores, y en quien todo predica el amor mas tierno : *Omnis figura ejus spirat amorem, et redamandum nos provocat* [1]. Ahora bien, el mejor medio para llegar á tales sentimientos consiste en no perder de vista un solo instante miéntras dura este santo ejercicio, á la Madre de Jesus subiendo al Calvario con su querido Hijo, y en suplicarla que nos obtenga la gracia de participar de los afectos de amor, de dolor, y demas sentimientos de que su alma se hallaba entónces penetrada.

El Camino de la Cruz se hace solemnemente ó en particular. Cuando se hace solemnemente, se tiene la costumbre de llevar una grande cruz con todos los instrumentos de la Pasion, que ántes de la ceremonia se coloca en las gradas del altar. Llegado el momento de comenzar, el cura, ó el que preside el ejercicio, se dirige con el clero al santuario, donde despues de un momento de oracion, entona la estrofa : *O crux ave!* etc., seguida de la coplilla *Viva Jesus!* etc., cantada por el pueblo. Despues lee ó manda leer en alta voz la oracion preparatoria para andar las estaciones, y terminadas aquellas, el que se halla encargado de llevar la cruz, la toma y se adelanta seguido del clero hácia la primera estacion. En cuanto llega, se arrodilla con todos los asistentes, á quienes precede siempre, de modo que detras de él viene el clero, despues los asistentes, y por último las mujeres. Concluida la primera estacion pasa á la segunda, y luego á las otras hasta la última, finalizando por poner la cruz en el altar mayor. Lo demas se practica como está señalado en el Camino de la Cruz.

Cuando se practica esta devocion en particular, es bueno seguir el mismo método en cuanto sea posible ; pero si el tiempo ú otras circunstancias lo impidieran, entónces bastará sencillamente con la oracion y las meditaciones. Sin embargo, ántes de comenzar, es bueno prosternarse ante el Santísimo Sacramento, para pedir á Nuestro Señor, por la intercesion de su divina Madre, la gracia de que este santo ejercicio aproveche no solo á nosotros sino á las almas del Purgatorio, que debemos

[1] San Bernardo.

recomendar espresamente á Dios, rezando al ménos un *Pater* y un *Ave* en cada estacion.

Terminado el ejercicio se vuelve á los piés de Nuestro Señor para darle gracias de los buenos afectos que haya querido inspirarnos, tomando al mismo tiempo algunas resoluciones conformes á nuestras necesidades, y prometiéndole firmemente que las practicaremos con el auxilio de su gracia. Despues se debe conservar un santo recogimiento, evitando el entregarse á una disipacion peligrosa, que nos haria perder todo el fruto de este piadoso ejercicio.

En cuanto al tiempo en que debe practicarse esta devocion, no se ha establecido nada fijo; y si bien parece debe preferirse el viernes, que fué el dia en que nuestro divino Salvador anduvo en realidad ese camino doloroso, sin embargo se pueden tambien ganar las indulgencias los demas dias, y aun muchas veces por dia, si el ejercicio se repite, lo que seria tanto mas laudable cuanto que por este medio, al ejemplo de un gran número de personas y sobre todo de las santas religiosas que así lo practican, se podria socorrer eficazmente á las ánimas del Purgatorio, á quienes pueden aplicarse, ménos la indulgencia plenaria que se guarda en beneficio propio, todas las demas indulgencias. Practíquese á lo ménos una vez al dia este santo ejercicio, como lo tienen de costumbre las almas fervientes, siempre que sus ocupaciones se lo permiten. Como se sabe que Nuestro Señor Jesucristo murió en el mes de marzo, los viernes de este mes son privilegiados. En este tiempo se practica esta devocion con mas solemnidad, y es sumamente oportuno aprovechar la circunstancia para hacer alguna plática sobre la Pasion y sobre la importancia de esta práctica. Para mayor comodidad del pueblo, y para consuelo de los pastores que se reunen con sus rebaños los domingos y fiestas, parece mas conveniente elegir esos dias á fin de animarse todos juntos para llorar tantos males como sufrió Jesucristo por nuestro amor.

Por otra parte, siendo este piadoso ejercicio tan sólido, ven-

tajoso y fácil, debe esperarse que los señores curas, cumpliendo con lo ordenado por Benito XIV, establecerán su práctica en sus respectivas parroquias, y que los fieles que envidian todos los dias la felicidad de los peregrinos que van á visitar los lugares santificados por la vida y la muerte de Nuestro Señor, se apresurarán á abrazar una devocion que puede suplir las peregrinaciones.

Vosotros todos que anhelais vuestra salvacion, vosotros que deseais sinceramente llegar al fin para que estáis criados, apresuráos á entrar en el Camino real de la Cruz. Venid á alistaros bajo ese divino estandarte, para poneros al abrigo de las terribles incursiones de Satanás, que en castigo de nuestros pecados, parece ejercer sobre la tierra un poder que no volvió á tener desde que Jesucristo vino al mundo para destruir su imperio. Venid á contemplar con nosotros las llagas de nuestro dulce Redentor, que son receptáculos sagrados donde se encuentra un vino delicioso, que al darnos la fuerza de perseverar valerosamente en los senderos de la virtud, embriaga santamente nuestras almas, y nos hace olvidar hasta tal punto las cosas de la tierra, que ya no nos queda mas gusto que por las del cielo. Venid á menudo á refrescaros en esas fuentes del Salvador, bebiendo á borbotones esas misteriosas aguas que saltan hasta la vida eterna. Allí San Agustin, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás, Santa Teresa, etc , hallaron ese desprecio del mundo y de sí mismos, ese espíritu de penitencia y de austeridad, ese celo de la gracia de Dios y de la salvacion de las almas de que estaban animados, esas luces, esa uncion, ese fuego divino, y esas sagradas llamas que brillan en todos sus escritos. — « Aquí teneis, decia San Buenaventura á Santo Tomás de Aquino mostrándole su crucifijo, aquí teneis donde he aprendido toda mi sabiduría. — Y yo, decia Santo Tomas, confieso que mas he aprendido al pié de la Cruz que en todos los libros. » Nosotros tambien aprenderemos en el Camino de la Cruz, con ese santo Apóstol, á no tener otra felicidad y á no buscar mas gloria que en Jesucristo crucificado. Los cuadros que nos ofrece esta piadosa práctica son como otros tantos espejos en los que se vé la fealdad del pecado, la pena que merece,

el valor de nuestra alma, la fuerza del amor, y la severidad y estension de la justicia divina.

Esos son libros abiertos á todos los ojos. Pequeños y grandes, ricos y pobres, sabios é ignorantes, todos deben leerlos y estudiar en ellos sus deberes. De este modo se aprende á apreciar justamente las cosas de la tierra y á considerar los bienes y los males de esta vida bajo su punto de vista verdadero. Al contemplar al Inocente, al Hombre-Dios, al Santo de los Santos, desnudo, cubierto de llagas, aniquilado, cargado de oprobios, agobiado bajo el peso de nuestros pecados y de la justicia de su Padre, concebimos el mayor horror por la avaricia, la sensualidad, el orgullo, y el mayor afecto á la humildad, la penitencia y el desprendimiento de las criaturas, que son los tres grados que hay que subir indispensablemente para llegar á la morada de la gloria.

¡Oh divino Jesus! ¡oh Dios de amor y de verdad, que tan solemnemente nos prometisteis que cuando estuvierais en la Cruz nos hariais entrar á todos por el camino que conduce hasta vos! dignáos guiar nuestros pasos hácia el Camino de la Cruz y fijarnos en él para siempre, á fin de que despues de acompañaros constantemente con vuestra divina Madre sobre el Calvario, oigamos un dia aquellas consoladoras palabras dirigidas á aquel afortunado penitente que siguió con vos esta carrera : Hoy estarás conmigo en el paraiso.

Concluyamos con esta tierna plegaria compuesta con palabras de San Agustin y San Buenaventura :

« ¡Oh dulcísimo Jesus! ¡oh amable Salvador! imprimid profundamente en mi corazon vuestras sagradas llagas. Embriagad mi alma con vuestra sangre preciosa hasta tal punto, que no vea por todas partes mas que á mi Dios crucificado, y que todos los objetos en que se fijen mis miradas, me parezcan teñidos en esa misma sangre. Haced que, lleno enteramente de vos, no pueda hallar nada fuera de vos mismo, ni estimar jamas otra cosa que vuestras santas llagas ; que mi mayor consuelo sea el verme herido y crucificado en vuestra compañía, y que mi mayor afliccion sea el alejarme, el separarme de vos un solo instante. Grabad, mi Señor y mi Dios, grabad en mí, en

caracteres inefables, vuestras heridas y llagas, que lea continuamente en ellas el dolor y el amor : el dolor, á fin de sufrir por vos toda clase de dolores ; el amor, á fin de despreciar por vos todo amor, y no amar nada ni á nadie sino á vos. »

OBSERVACIONES.

1. A estas palabras : *Adoramus te, Christe,* etc., que se dicen á cada estacion, todo el mundo se inclina profundamente.

2. Por cerca que estén los cuadros unos de otros, todos los que asisten al Camino solemne de la Cruz, ó que le hacen en particular, deben levantarse despues de cada estacion, para arrodillarse en otro puesto[1]: si algunos no pueden hacerlo por estar enfermos, entónces ganan las indulgencias sin moverse del mismo lugar.

3. Las cortas oraciones que se hacen á cada estacion se dividen entre el clero que comienza, y el pueblo que concluye.

4. A falta de imágenes, pueden servir las cruces nada mas, y si no hay todas las que se necesitan, basta con tener una sola que se trasporta de un lugar á otro para designar las estaciones.

5. Para ganar las indulgencias del Camino de la Cruz, no es necesario confesarse ni comulgar, y aunque es condicion absoluta el estado de gracia, sin embargo siempre es muy útil practicar este ejercicio por los singulares favores que le son inherentes. Hay la esperiencia de que los pecadores que le

[1] Séptima advertencia de Benito XIV, sobre el CAMINO DE LA CRUZ.

practican con el deseo de cambiar de vida, se convierten en muy poco tiempo.

6. No pudiéndose ganar las indulgencias del Camino de la Cruz sino meditando sobre la Pasion de Nuestro Señor, es bueno advertir aquí á las personas que se hallan en una especie de incapacidad para hacer la meditacion, que en ese caso basta escitar la contricion, pensando en alguna circunstancia de la Pasion, y sobre todo en Jesucristo subiendo al Calvario cargado con su Cruz

7. No se puede ganar para si cuando se practica esta devocion, mas que una indulgencia plenaria; además es incontestable que este santo ejercicio tiene otras muchas, de donde se deduce que los Sumos Pontifices al hacer estensivas á esta devocion todas las indulgencias de la Tierra Santa, pensaron muy detenidamente en el alivio de las ánimas del Purgatorio, como nos lo dió á entender Benito XIII, que quiso que todas ellas les fuesen aplicables.

8. Segun el informe de Adricomo y de muchas personas dignas de crédito que fueron á la Palestina para reunir todos los datos posibles y examinarlo todo con la mayor exactitud, consta que las pinturas y esculturas que se emplean igualmente en Italia, en España y en los demas paises del catolicismo para representar el Camino real de la Cruz, se hallan enteramente conformes con los monumentos erigidos en Jerusalen, y con lo que en los lugares mismos se ha creido siempre sucedió á Jesucristo en el camino que hizo del palacio de Pilato al Calvario.

9. No pudiendo honrar mas dignamente á la santisima Trinidad que por medio del misterio de la Cruz, los Pasionistas añadieron el *Gloria Patri*, etc., á las oraciones que se hacen comunmente á cada estacion, y tambien el versículo *Fidelium animæ per misericordiam Dei requiescant in pace*, á fin de que al propio tiempo que pedimos misericordia á nuestro Padre celestial, aplicándonos los méritos de la Pasion

de su querido Hijo, se digne tambien acordarse de las ánimas del Purgatorio, libertándolas, ó al ménos aliviándolas en las indecibles penas que esperimentan. Por el mismo fin, se termina este santo ejercicio con las plegarias que la Iglesia dirige incesantemente á su divino Esposo por sus hijos muertos y vivos : *Parce, Domine,* etc., *Pie Jesu Domine,* etc.

MODO

DE ERIGIR SOLEMNEMENTE

EL CAMINO DE LA CRUZ.

Se ponen primero los cuadros y las cruces (esto es, la cruz grande que se lleva á este ejercicio, y las otras mas pequeñas que se ponen sobre cada cuadro) en una credencia cerca del altar mayor del lado de la Epístola. El vicario de coro vestido con una sobrepelliz y una estola y capa morada, se dirige al altar precedido de dos acólitos y otros dos clérigios con el agua bendita y el incensario. Despues de las salutaciones de costumbre, hace una plática á los fieles sobre el Camino de la Cruz, colocado del lado del Evangelio. Enseguida baja al pié del altar y entona el *Veni Creator* con el versículo y sus oraciones siguientes:

Veni Creator Spiritus,
Mentes tuorum visita;
Imple superna gratia
Quæ tu creasti pectora.

Qui diceris Paraclitus,
Altissimi denum Dei,
Fons vivus, ignis, Charitas,
Et spiritualis unctio.

Tu septiformis munere,
Dextræ deitu digitus;
Tu rite promisum Patris,
Sermone ditans guttura.

Accende lumen sensibus,
Infunde amoren cordibus,
Infirma nostri corporis
Virtute firmans perpeti.

Hostem repellas longius,
Pacemque dones pretinus;
Ductore sic te previo,
Vitemus omne noxium.

Per te sciamus da Patrem,
Noscamus atque Filium,
Teque utriusque Spiritum,
Credamus omni tempore.

Deo Patri sit gloria,
Et Filio, qui a mortuis
Surrexit, ac Paraclito,
In sæculorum sæcula. Amen.

℣. Emitte Spiritum tuum, et creabuntur,
℟. Et renovabis faciem terræ.

Oremus.

Deus, qui corda fidelium Sancti Spiritus, illustratione docuisti, da nobis in eodem Spiritu recta sapere, et de ejus semper consolatione gaudere.

Defende, quæsumus, Domine, beatâ Mariâ semper Virgine intercedente, populum istum ab omni adversitate, et toto corde tibi prostratum, ab hostium propitius tuere clementer insidiis.

Actiones nostras, quæsumus, Domine, aspirando præveni, et adjuvando prosequere, ut cuncta nostra oratio et operatio à te semper incipiat, et per te cœpta finiatur. Per Dominum, etc.

℟. Amen.

Despues sube hácia la epístola para echar las bendiciones, principiando por la de los cuadros.

℣. Adjutorium nostrum in nomine Domini,
℟. Qui fecit cœlum et terram.
℣. Dominus vobiscum,
℟. Et cum spiritu tuo.

Oremus.

Omnipotens sempiterne Deus, qui Sanctorum tuorum imagines sculpi et pingi non reprobas, ut quoties illas oculis corporis intuemur, toties eorum actus et sanctitaten ad imitandum, memoriæ oculis meditemur; has, quæsumus imagines in honorem et memoriam unigeniti Filii tui D. N. Jesu Christi adaptatas, benedicere et sanctificare digneris, et præsta ut quicumque coram illis unigenitum Filium tuum suppliciter colere et honorare studuerit illius meritis et obtentu, à te gratian in præsenti, et æternam gloriam obtineat in futuro : Per eumdem Christum Dominum nostrum, etc.

℟. Amen.

Echa agua bendita á los cuadros diciendo :

Sanctificentur istæ imagines, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, ut orantes inclinantesque, propter Deum, ante istas imagines, inveniant sanitatem corporis et animæ.

℟. Amen.

Despues los inciensa.

PARA LA BENDICION DE LAS CRUCES.

℣. Adjutorium nostrum, etc.
℟. Qui fecit cœlum et terram.
℣. Dominus vobiscum,
℟. Et cum spiritu tuo.

Oremus.

Benedic, Domine, has Cruces tuas, per quas eripuisti mundum à potestate dæmonum, et superâsti, Pasione tuâ, suggestorem peccati, qui gaudebat in prævaricatione primi hominis per vetiti ligni sumptionem; Qui cum Patre et Spiritu Sancto vivis et regnas Deus.

℟. Amen.

Oremus.

Rogamus te, Domine sancte, Pater omnipotens, sempiterne Deus, ut digneris benedicere hæc signa Crucis Filii tui, ut sint remedia salutaria generi humano, ut sin soliditas fidei, bonorum operum profectus et redemptio animarum, sin solamen et protectio ac tutela contra sæva jacula inimicorum: Per eumdem Christum Dominum nostrum.

℟. Amen.

Les echa agua bendita, diciendo:

Sanctificentur ista Crucis signa in nomine Patris, etc., ut orantes inclinantesque, propter Deum, ante istas Cruces, inveniant sanitatem corporis et animæ.

℟. Amen.

Despues de echar el incienso, se distribuyen los cuadros y las cruces á catorce personas piadosas elegidas para este fin, y enseguida se principia la procesion fuera de la iglesia segun la marcha acostumbrada, esto es, colocándose los asistentes en dos hileras, de modo que los que lleven los cuadros se hallen siete á la derecha del vicario y seis á la izquierda. Esta es la mejor ocasion para llevar una reliquia de la verdadera cruz si se tiene la dicha de proseerla. Se canta primeramente el *Vexilla* seguido de otros himnos ó cánticos en honor de la cruz. Concluida la procesion, el vicario se vuelve al altar, desde donde puede advertir al pueblo que permanezca cada cual en su puesto, á fin de evitar la confusion, porque en este caso basta para ganar los indulgencias, el unirse con el sacerdote, escuchándole y meditando con él sobre la pasion de Nuestro Señor. Hecho esto, coloca los cuadros y las cruces del modo siguiente: el primer cuadro que representa á Nuestro Señor condenado á muerte, se pone del lado del evangelio con las seis siguientes, y los otros siete se ponen del lado de la epístola, de manera que se hallen en frente unos de otros. Despues entona el *Te Deum*, habiendo espuesto primeramente el Santo Sacramento, y dice enseguida:

℣. Benedicamus Patrem et Filium cum Sancto Spiritu.
℟. Laudemus et superexaltemus eum in sœcula.

Oremus.

Deus, cujus misericordiæ non est numerus, et bonitatis infinitus est thesaurus, piissimæ majestati tuæ pro collatis donis gratias agimus, tuam semper clementian exorantes, ut qui petentibus postulata concedis, eosdem nos deserens, ad præmia futura disponas: Per Christum Dominum nostrum.

℟. Amen.

Al concluir, echa la bendicion del Santo Sacramento del modo acostumbrado; pero si se careciese del permiso para esponer á Nuestro Señor, se echa únicamente con la Cruz.

Despues es bueno hacer constar por medio de un acta que el Camino de la Cruz quedó erigido en tal dia y por tal sacerdote con los poderes de Su Santidad ó de los superiores del Orden de Menores Observantes, con el permiso del ordinario, ú otros prelados que pueden exijir las circunstancias.

Cuando se establece el Camino de la Cruz en los conventos de religiosas, basta bendecir los cuadros y las cruces en la reja, donde despues de una corta plática sobre este ejercicio piadoso, se les deja á ellas el cuidado de colocar las estaciones.

J. M. J.

ALABADO SEA JESUCRISTO LLEVANDO SU CRUZ!

AMEN.

BENDITA SEA MARIA ACOMPAÑANDO A SU QUERIDO HIJO

EN EL CAMINO DEL CALVARIO!

AMEN.

MODO DE PRACTICAR ESTE SANTO EJERCICIO.

Arrodillado el devoto cristiano delante del altar mayor, hará un acto de contricion, y formará intencion de ganar todas las indulgencias concedidas á este santo ejercicio, pudiéndolas aplicar á sí mismo ó en sufragio de las almas del purgatorio, y luego dirá el siguiente

OFRECIMIENTO.

Soberano Señor, ofrezco con todo rendimiento á vuestra divina majestad todo lo que en este santo ejercicio hiciere, meditare ó rezare lo que fuere de vuestro agrado, y á mí por vuestra bondad de algun mérito, principalmente por la intencion, fines y motivos que tuvieron los Sumos Pontífices y sucesores de los Apóstoles en conceder las muchas indulgencias que pretendo ganar con tan piadosa y religiosa práctica; así mismo en remision de mis pecados y penas merecidas por ellos, y por las de mis mayores obligaciones, segun el órden de caridad ó justicia que puedo ó debo hacer, ó como mas agradable fuere á vuestra santísima voluntad. Amen.

Concluidas las estaciones, los fieles vuelven al altar mayor, en donde deben rezar cinco Padre nuestros con cinco Ave María, y cinco Gloria Patri en honra y gloria de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, con el fin de ganar las indulgencias concedidas por este santo ejercicio, las cuales pueden aplicarse á la intencion del devoto que los reza.

PRIMERA ESTACION

PRIMERA ESTACION

JESUS CONDENADO A MUERTE

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quiá per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

Onsidera, alma mia, en esta primera estacion que es la casa de Pilato donde fué cruelmente azotado el Redentor del mundo, coronado de espinas y sentenciado á morir en una cruz.

Jesus mio adorado, no fué Pilato el que os condenó á morir, sino mis pecados; sí, mis solos pecados. Por los méritos de este doloroso camino, os suplico me asistais y conforteis en el camino que tendrá que hacer mi alma en la eternidad. Os amo mas que á mí mismo, Jesus mio: amor mio; me arrepiento de todo corazon de haberos ofendido: no permitais que me separe ni un instante de vos hasta la hora de mi

muerte. Hacedme que os ame siempre, y disponed de mí segun vuestra voluntad, pues desde ahora acepto todo cuanto me venga de vos para agradaros.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sœcula sœculorum.—Amen.

PLATICA

SOBRE

LA PASION DE N. S. JESUCRISTO[1]

¡Qué funestas señales son las que observo, Dios mio, en este templo! Tenebrosa atmósfera rodea los altares sin adorno, y retumban por sus bóvedas lastimosos ecos de fúnebre canto. ¡Dios mio! ¡Qué es lo que escucho! Esta seguramente es la espresion del dolor que esperimenta la Iglesia, llorando la muerte de su divino esposo Jesus. Justo es pues que se mezclen nuestras lágrimas al tierno llanto que derrama la Iglesia, nuestra madre, deteniéndonos á meditar la muerte de nuestro Dios, el cual, despues de una vida sembrada de penas, quiso morir en un leño infame, rodeado de oprobios y de dolor.

Ven, oh cruz santa, ven; muéstrate al admirado pueblo. Tú eres el Arca dichosa en donde solo cabe encontrar puerto de salvacion en la deshecha tormenta y seguro naufragio de este mundo; tú eres la serpiente de bronce, á cuya vista los pecadores atosigados con el veneno del pecado pueden alcanzar verdadera salud; tú eres la prodigiosa vara que habilita á los hombres para convertirse en floridas varas de virtud, cuando no eran mas que monstruos de iniquidad; tú eres el árbol esplendente y conspicuo, elegido entre millares para soportar los divinos miembros de nuestro Redentor; tú, finalmente, fuiste el altar de los tormentos en donde plugo al Salvador del mundo ser crucificado por nuestra salud. Dame fuerzas, Cruz Divina, inspírame en este instante para ponderar justamente á estas almas fieles las ignominias, los dolores y la agonía que sufrió Jesucristo, cuando pendiente de ti exhaló el postrer suspiro.

Toda la vida de Jesucristo fué sembrada de dolores y de afrentas; pero

[1] De San Alfonso M. de Ligorio.— *Manual de Meditaciones.*

tres fueron los principales teatros de sus acerbos padecimientos, y en donde selló con mas indelebles testimonios el amor en que ardia por nosotros. El primero fué el *Huerto*, el segundo el *Pretorio*, y el tercero el *Calvario*. El primero quedó oculto á la profana vista de los pecadores, pero patente á los de su divino Padre y á las jerarquías de los ángeles: en él, en el huerto de Getsemaní, empezó la pasion de nuestro Redentor.

Despues que el juéves por la noche hubo nuestro Salvador lavado los pies á sus discípulos, habiendo ántes dejado su mismo cuerpo en el santísimo Sacramento de la Eucaristía, en muestra del acendrado y tierno amor que sentia por nosotros, entró en el huerto á la media noche, y postrándose se puso en oracion. Allí se vió nuestro divino Jesus asaltado de súbito temor, de inmenso tedio y disgusto, y de profunda tristeza.

Asáltale de improviso el pensamiento aflictivo de la muerte y de las penas atroces que debia sufrir. *Cœpit pavere;* comenzó á temer. ¿Pero cómo? ¿Ne se habia ofrecido espontáneamente al sacrificio? *Oblatus est, quia ipse voluit.* ¿No habia deseado él mismo con solícito ardor este solemne instante de su Pasion, pues habia dicho poco ántes: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum;* ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros?.. ¿Cómo, pues, en aquel instante sintió tanta angustia, que se decidiera á suplicar á su Padre, que, si ser pudiese, alejase de él aquella hora? *Pater mi, si possibile est, transeat á me calix iste.* ¡Ah! nuestro amantísimo Jesus no repugnaba, no, morir por nosotros, para manifestarnos el amor que nos tenia, pero permitió que el temor asaltase su pecho, á fin de que los hombres supiesen comprender y apreciar qué sufrimientos arrostraba y á qué mar de dolores se disponia. *Cœpit pavere.*

Cœpit tædere. Comenzó enseguida á sentir sumo tedio y repugnancia por las penas que le aguardaban. Cuando el tedio se apodera de la criatura, los mayores placeres se truecan en disgusto. ¡Cuáles pues no serian las angustias que debia ocasionar á Jesus el horroroso cuadro que su espíritu le presentó con el aparato de todos los tormentos, así interiores como esteriores, que en los últimos instantes de su preciosa vida debian lacerar bárbaramente su divino cuerpo, y su alma purísima y generosa! Sí, en efecto, porque en aquel momento se le representaron clara y distintamente todos los dolores, todas las afrentas, todas las ignominas, los crueles azotes, las inhumanas espinas, la dolorosa cruz; y mas que todo, el oprobio de la muerte desolada que debia sufrir en un infame patíbulo, abandonado

de todos, así de los hombres como de Dios, en un piélago de tormentos y de humillantes oprobios. La representacion del conjunto de tales sufrimientos no pudo ménos de llenar su alma de tan inmenso y amargo tedio, que se vió obligado á pedir auxilio á su divino y eterno Padre. *Cœpit tædere.*

Mas aquel temor y aquella angustia que se apoderaron de nuestro divino Jesus, cedieron ánte otra tristeza todavía mas grave y profunda. *Cœpit contristari et mœstus esse.* Pero, ¡ oh Señor Dios mio! ¿no sois vos mismo quien tanto os gozabais en los futuros martirios, que hasta desprecio os inspiraban los tormentos y la muerte? ¿Cómo, pues, amantísimo Jesus mio, quisisteis ántes de morir angustiaros de esta suerte? ¡Ah! en aquel instante se le representaron de consuno todos los pecados del mundo, las blasfemias, los sacrilegios, las deshonestidades, todas las culpas que habian de cometer los hombres despues de su muerte; cada una de las cuales se ofrecia á su mente á manera de fiera desapiadada para despedazarle el corazon con su propia malicia. De suerte que entónces nuestro afligido Señor, agonizando allá en el huerto esclamaria : ¿Con que tal es, oh mortales, la recompensa que preparais á la inmensidad de mi amor? Sí, la consideracion de tantos pecados en premio de mis congojas, tanta ingratitud en tributo de tanto amor, me aflige y entristece hasta la muerte y me hace sudar viva sangre : *Et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram* [1].

¡Oh enamorado Jesus mio! en este huerto yo no veo ni azotes, ni espinas, ni clavos que os atormenten, ¿cómo pues os miro bañado de sangre de piés á cabeza? ¡Ah ! ¡fueron mis pecados la horrible prensa que esprimiera tanta sangre de vuestro corazon, por la afliccion y tristeza que os infundieron! ¿Con que entónces yo fui otro de vuestros mas crueles y encarnizados verdugos? ¿Pero de qué aprovecha dirigir nuestro discurso á Jesus, cuando Jesus corre ya á su amantísima pasion? En efecto, ya Judas se prepara con los satélites para ir á prender á Jesucristo en el huerto. Jesus le divisa : y ¿cuál es su conducta? Bañado todavía en sangre, y no ménos inflamado de amor por nosotros, se levanta, y dice á los tres discípulos que estaban con él : *Surgite : eamus, ecce qui me tradet;* levantaos de aquí, y vamos, que ya el traidor está cerca[2]. Salgamos al encuentro de mis enemigos que vienen

[1] Luc, 22, 44.— [2] Marc., 14, 42.

á prenderme. Y llegando á su presencia, se detiene á recibir á Júdas, quien le abraza y le da el falso ósculo, pactada seña de su sacrílega traicion, lo cual le reprende su divino Maestro, diciéndole : ¡Oh, Judas! ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? *Juda, osculo filium hominis tradis*[1]*?* Y volviéndose á los Judíos les dice : *¿Quem quœritis?* ¿A quién buscais? Estos le contestan : *Jesum Nazarenum.* Y entónces le prenden sin miramiento, y le atan como á un malhechor : *Comprehenderunt Jesum, et ligaverunt eum*[2]. ¡Soberano Señor! ¡El mismo Dios atado como un reo! San Bernardo lloraba, esclamando : *¡ O rex regum! ¿ quid tibi et vinculis?* ¡oh Rey de los reyes! ¿qué hay de comun entre tí y estas ataduras? Las ataduras son propias de los malhechores; mas ¿qué tienen que ver con vos que sois inocente y el Santo de los santos? Mira, dice San Buenaventura, atiende, hombre, los perros son los que le arrastran : *Intuere, homo, canes illum trahentes.*

Atado Jesus por aquellos malvados es sacado del huerto, trasportado á Jerusalen y conducido á presencia del pontífice Caifás. Pero ¿dónde están sus discípulos? ¡Si acompañasen al ménos á su Maestro para defenderle! mas no, todos le han abandonado : *Tunc discipuli ejus, relicto eo, fugerunt*[3].

Es pues introducido de noche en la ciudad. Al rumor de tanta gente que transita á hora insólita, despiertan los habitantes, asómanse á las ventanas, y preguntan quién sea el preso. Los satélites satisfacen la ansiedad del curioso vulgo, gritando : Jesus Nazareno el impostor, el que viene convencido de falsario.

Preséntanle enseguida al pontífice, que ya sentado con altiva frente esperaba su llegada; y el verdadero Hijo de Dios se encuentra á su presencia, atado, los ojos bajos, y en actitud de mansedumbre y humildad. El pontífice le pregunta qué doctrinas son las que enseña, y Jesus responde : *Ego palam locutus sum mundo... Ecce : hi sciunt quæ dixerim ego;* delante de todo el mundo he predicado... pues esos saben qué cosas he dicho yo[4]. A estas palabras tan justas y humildes, se adelanta uno de aquellos ministros y le da una fuerte bofetada, diciéndole : *Sic respondes pontifici?* ¿así respondes al pontífice? Mas ¿cómo una respuesta tan comedida podia merecer tan grande injuria y en presencia de tanta gente? El pontífice, en lugar de reprender al in-

[1] Luc., 22, 48. — [2] Joann., 18, 12. — [3] Marc., 14, 50. — [4] Joann., 18, 20, 21.

solente ministro, se estuvo callado, autorizando con su silencio tan escesivo desman. Entónces Jesucristo dice : Si yo he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿cómo me hieres? *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo, si autem bene, quid me cædis* [1]?

Entónces Caifás le conjuró, de parte de Dios vivo, que declarase si era el Cristo, el Hijo de Dios : *Adjuro te per Deum vivum, ut dicas mihi, si es Christus filius Dei* [2]. Al oir Jesus pronunciar el nombre de Dios : *Ego sum*; Yo soy, responde : algun dia me vereis sentado á la diestra del Padre, cuando venga á juzgar al mundo. Lo cual oido por Caifás, en vez de prosternarse en tierra para adorar al Hijo de Dios, rasga sus vestiduras, esclamando que Cristo ha blasfemado : *Blasphemavit;* y dirigiéndose á los sacerdotes que con él estaban, añade : Vosotros mismos acabais de oir la blasfemia; ¿qué os parece? *Nunc audistis blasphemiam; quod vobis videtur* [3]? Y contestaron estos, que era reo de muerte : *Reus est mortis.* Sí, Salvador mio, reo sois de muerte, porque habeis querido obligaros á satisfacer la pena de nuestros pecados.

Tomáronle entónces los verdugos como á hombre condenado á muerte, y empezaron á escupirle en el rostro y á maltratarle á puñadas y á bofetadas : *Tunc expuerunt in faciem ejus, et colaphis eum cecideruni: alii autem palmas in faciem ejus dederunt* [4]. Y luego mofándose de él, dándole el nombre de falso profeta, le vendaron los ojos, y le decian : *Profetiza nobis, Christe, quis te percussit?* Cristo, profetízanos, adivina ¿quién es el que te ha herido?

Al amanecer del dia siguiente, Jesus fué conducido á Pilato, para que le condenase á muerte; pero no hallando este causa para condenarle, le declaró inocente; *Nihil invenio causæ in hoc homine;* yo no hallo delito alguno en este hombre [5]. Pero como los Judíos insistiesen en pedir su muerte, envióle á Herodes para que le juzgase. Holgóse este de ver á Jesus en su presencia, esperando con esta ocasion satisfacer la curiosidad que tenia de verle hacer algun milagro de los muchos que habia oido referir del Señor, por lo que le hizo muchas preguntas; mas Jesus no le respondia palabra. Ensoberbecido entónces el rey le hizo vestir de blanco como á los locos, y le volvió á enviar á

[1] Joann. 18, 23. — [2] Mat., 26, 63. — [3] Idem, 26, 65, 66. — [4] Idem, 67, 68. — [5] Luc., 23, .24

Pilato, esponiéndole ántes á la befa, al escarnio y al desprecio de toda su corte : *Sprevit autem illum Herodes sum exercitu suo; et illusit indutum veste alba, et remisit ad Pilatum*[1]. ¡Oh soberano Hijo de Dios! ¡Oh eterna sabiduría! ¿ faltaba aun para mayor ultraje que fueseis tratado de loco?

Viendo Pilato que con haber enviado aquel inocente á Heródes no habia conseguido eximirse de tener que condenarle, discurrió libertarle por otro medio. Era la pascua, y en tal ocasion tenia el pueblo derecho de conceder la libertad á un reo; por lo cual propuso Pilato al pueblo, á quién queria hacer gracia entre Jesucristo y Barrabás : este era un asesino y un malvado. Pero seducida la muchedumbre y atizada por la rabia de los sacerdotes que querian la muerte de Jesucristo, gritó : No queremos hacer gracia á ese, sino á Barrabás : *Non hunc, sed Barrabam*[2]. Cuando el hombre se deja seducir por el pecado, á semejanza del pueblo judío, al que le pregunta : ¿qué prefieres : Jesucristo, ó aquella venganza, esta usurpacion, tal vedado placer? responde : No á Jesus, sino á Barrabás.

Al ver Pilato que de nada le habia servido aquel espediente, pensó en mandarle azotar, creyendo que despues podria dejarle libre : *Emendatum ergo illum dimittan*[3]. Y ved ahí que llegamos al segundo teatro de los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo : *Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit;* tomó entónces Pilato á Jesus y mandó azotarle[4]. ¡Cuántos ménos padecimientos hubiese tenido que sobrellevar Jesus, si Pilato no hubiese tenido tanta compasion de su inocencia, y le hubiera condenado á muerte desde el primer instante! Todo se conjuró para acrecentar los martirios de nuestro Salvador.

Habiendo llegado al pretorio nuestro amabilísimo Jesus, desnúdase él mismo de sus vestiduras, y al mandato de los ministros abraza la columna, y une á ella sus manos para ser allí atadas. ¡Oh soberano Señor! ¡Ya se da principio á los crueles tormentos! Angeles del cielo, venid á presenciar este horroroso espectáculo, y si no teneis bastante poder para librar á vuestro Rey de la ignominia que los hombres le preparan, venid á lo ménos á llorar de compasion. Y tú, alma cristiana, imagínate que te hallas presente á la horrenda carnicería de tu amado

[1] Luc., 23, 11. — [2] Joann., 18, 40. — [3] Luc., 23, 16. — [4] Joann., 19, 1.

Redentor. Considera la afliccion de Jesus, abatida su frente, clavada su vista en el suelo, lleno de angustia y confusion, esperando que los verdugos se sacien de atormentar su divino cuerpo. Contempla de qué modo aquellos verdugos inhumanos, á manera de perros rabiosos, levantan los crueles azotes que han de desgarrar las espaldas del divino Cordero. No se escape á tu contemplacion que este le hiere en el pecho, aquel en la espalda, este al costado, el otro en la cabeza y hasta su santísimo rostro tiene tambien que sufrir los duros golpes. ¡Ah! ya corre rápidamente aquella sangre preciosa, manando continua de mil heridas; ya los azotes se han enrojecido con ella, y con ella humean las manos de los desapiadados verdugos, la columna y el retumbante pavimento. Así se lamenta San Pedro Damiano al detenerse sumergido en llanto en esta contemplacion: *Læditur totoque flagris corpore laniatur: nunc scapulas, nunc crura cingunt; vulnera vulneribus et plagas plagis recentibus addunt.*

¡Oh crueles! ¿y contra quién os encrudeceis tan si piedad? detenéos, detenéos: este á quien atormentais es inocente y santo; nosotros somos los reos; volved contra nosotros esos azotes; preparad para nosotros esos tormentos. ¡Eterno Padre! ¿Cómo permitís que vuestro idolatrado Hijo sucumba á tantos tormentos sin socorrerle? ¿Qué delito ha cometido para que merezca una muerte tan afrentosa y tan cruel? *Propter scelus populi mei percussi eum.* Verdad es, dice el eterno Padre, que mi Hijo es santo é inocente, pero ya que se ofreció á satisfacer mi justicia por los pecados de todos los hombres, conviene que le abandone al furor de sus mas fieros enemigos.

¡Barbaros! ¿aun no estais satisfechos? No, no lo están todavía. Aquellos verdugos, despues de haberle azotado tan cruelmente, quieren hacerle rey de burla; y ¿qué discurren? Le hacen sentar en una piedra y le ponen sobre sus lacerados hombros un andrajo colorado, le entregan un pedazo de caña por cetro, y le colocan una corona de espinas sobre la cabeza á manera de casco, de suerte que le cubra desde la frente hasta el estremo del cráneo; y para que las espinas penetren y se hinquen en la carne, con la caña le hieren en la cabeza: *Acceperunt arundinem, et percutiebant caput ejus.*

No contentos aun, se arrodillan delante de él, y le hacen mil burlas, diciéndole: *Salve, rey de los Judíos;* y levantándose en seguida con risotadas y nuevos escarnios, le dan de bofetadas. *Et genu flexo ante*

eum illudebant ei, dicentes : Ave, rex Judæorum, et dabant ei alapas [1]. Ven, alma mia, y reconócele tú por Señor y rey tuyo, ya que sus fieros enemigos le maltratan y le desprecian. Siendo rey del mundo, está hecho rey de dolor, aunque al propio tiempo rey de amor, puesto que por el amor que te profesa, padece tan sin tasa.

Despues de tantos martirios, y del modo que se encontraba, lleno de llagas y chorreando sangre por todo su cuerpo, Jesus es conducido delante de Pilato. Este, contemplando el estado á que se hallaba reducido, creyó apaciguar á los Judíos esponiéndole á la vista de todos, para que viendo lo que habia sufrido, se compadeciesen de él; así pues, mostrándole á la muchedumbre, dijo : Ved aquí al hombre : *Exivit.... Pilatus foras, et dicit eis : Ecce homo* [2]. Como si dijese : Este es aquel hombre que nos infundia temor de que se alzase vuestro rey. Vedle aquí reducido á tal extremo que no es posible que evite la próxima muerte que le espera, dejadle que vaya á morir, pues poco tiempo puede quedarle de vida. Vedle reducido á tal estado que apénas tiene señales de viviente; dejadle en libertad, pues vuestro furor puede ya quedar satisfecho. Pero si á pesar de esto seguís insistiendo en que le condene á muerte, os declaro que no puedo hacerlo, pues yo no encuentro en él delito, ni razon alguna : *Non invenio in eo causam.*

Pero así como Pilato desde su palacio mostraba á Jesus al pueblo, del mismo modo nos lo presentaba en aquel mismo instante desde el cielo el eterno Padre, diciéndonos las mismas palabras : *Ecce homo.* Ved á este hombre que es mi Hijo unigénito, y á quien amo tanto como á mí mismo : *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.* Ved ahí al hombre, á vuestro Salvador prometido por mí, y tan esperado de vosotros; vedle ahí que se ha hecho el hombre de los dolores por el amor que os tiene; vedle ¡ah! y amadle : si no os mueve su divino orígen, muévaos al ménos el inmenso cúmulo de dolores y de ignominias que sufre por vosotros.

Mas ¿se aplacará acaso el furor de los enemigos de Jesus con las palabras de Pilato? Hé aquí que los pontífices levantan la voz por entre la plebe, y gritan : *Tolle, tolle, crucifige eum:* quítale, quítale de nuestra vista, hasta que esté crucificado. Esto no obstante, Pilato repugna todavia condenarle; lo cual entendido por aquellos furiosos, le

[1] Mat., 27, 29: Joann., 19, 4. — [2] Joann., 19, 4, 5.

amenazan acusarle de enemigo de César : *Si hunc dimittis, non es amicus Cæsaris*; si sueltas á ese, no eres amigo del César [1]. Por cuyo medio consiguen doblar á Pilato á que le condene, aunque este en el acto se lava los manos, declarando que no quiere incurrir en culpa alguna por la muerte de aquel hombre justo : *Innocens ego sum á sanguine justi hujus : vos videritis ;* inocente soy de la sangre de este justo : allá os lo veais vosotros [2]. ¡ Oh injusticia la mas inaudita del mundo, el juez declara inocente al acusado, al mismo tiempo que le condena á muerte!

¡ Desdichados Judíos ! dijísteis entónces : *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros ;* recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos [3]. Vosotros mismos evocasteis vuestro castigo, el castigo que cayó al fin sobre vosotros : vuestros hijos arrastran consigo la pena de aquella sangre inocente, y la arrastrarán sin tregua y sin descanso hasta el fin de los siglos.

Leyóse al fin la sentencia, y Jesus obediente y humilde la acepta en pena de nuestros pecados. Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz : *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, autem Crucis* [4].

[1] Joann., 19, 12. — [2] Mat., 27, 24. — [3] Idem, 27, 25. — [4] Phil. 2, 8.

QUE TRATA

DEL GRAN BIEN QUE HAY EN NO DISCULPARSE, AUNQUE SE VEAN CONDENAR SIN CULPA.

(DE SANTA TERESA DE JESUS[1].)

Confusion grande me hace lo que os voy á persuadir, que no os disculpeis, que es costumbre perfectísima, y de gran mérito, porque habia de obrar lo que os digo en esta virtud. Es así, que yo confieso haber aprovechado muy poco de ella. Jamás me parece que me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito, y seria mal no lo hacer : no tengo discrecion, ó por mejor decir, humildad para hacerlo cuando conviene. Porque verdaderamente es de grande humildad verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitacion del Señor, que nos quitó todas las culpas. Y así os ruego mucho traigais en esto cuidado, porque trae consigo grandes ganancias, y en procurar nosotras mesmas librarnos de culpa, ninguna veo, si no es, como digo, en algunos casos que podria causar enojo no decir la verdad. Esto quien tuviese mas discrecion que yo lo entenderá, creo que va mucho en acostumbrarse á esta virtud, ó en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad, que de aquí debe venir; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido, y condenado, aunque no haya hecho porqué. Si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales, ni ayuda de nadie, sino de Dios.

Estas virtudes grandes, querria yo fuese nuestro estudio, y nuestra penitencia, que en otras grandes y demasiadas penitencias ya sabeis que os voy á la mano, porque pueden hacer daño á la salud, si son sin

[1] *Camino de Perfeccion*, cap. xv.

discrecion. En estotro no hay que temer, porque por grandes que sean las virtudes interiores, no quitan las fuerzas del cuerpo para servir á la Religion, sino fortalecen el alma, y en cosas muy pequeñas se pueden (como he dicho otras veces) acostumbrar para salir con victoria en las grandes. Mas, ¡qué bien se escribe esto, y qué mal lo hago yo! A la verdad en cosas grandes nunca he yo podido hacer esta prueba, porque nunca oí decir nada de mí que fuese malo, que no viese claro que quedaban cortos; porque aunque no eran las mesmas cosas, tenia ofendido á Dios nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habian hecho harto en dejar aquellas, que siempre me huelgo yo mas, que digan de mí lo que no es, que no las verdades. Ayuda mucho á traer consideracion cada uno de lo mucho que se gana por todas vias, y por ninguna pierde, á mi parecer : gana lo principal en seguir en algo al Señor. Digo en algo, bien mirado nunca nos culpan sin culpas, que siempre andamos llenos de ellas, pues cae siete veces al dia el justo, y seria mentira decir que no tenemos pecado.

Así, que aunque no sea en lo mismo que nos culpan, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesus.

¡Oh Señor mio! cuando pienso por qué de maneras padecistes, y cómo por ninguna lo merecíades, no sé qué diga de mí, ni dónde tuve el seso, cuando no deseaba padecer, ni á donde estoy cuando me disculpo. Sabeis vos, bien mio, que si tengo algun bien, que no es dado por otras manos, sino por las vuestras. ¿Pues qué os va mas, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecia las mercedes que me habeis hecho. ¿Es posible que yo he de querer que sienta nadie bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mio, no querria yo que sufriésedes vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente á vuestros ojos. Pues mira, Señor, que los mios están ciegos, y se contentan de muy poco; dadme vos luz, y haced con verdad yo desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado á vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, mi Dios? ¿Qué pensamos sacar de contentar á las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpados de todas ellas, si delante de vos, Señor, estamos sin culpa?

¡Oh hermanas mias, que nunca acabamos de entender esta verdad, y así nunca acabaremos de estar en la cumbre de la perfeccion, si mucho

no la andamos considerando y pensando, qué es lo que es, y qué es lo que no es! Pues cuando no hubiere otra ganancia, sino la confusion que le quedará á la persona que os hubiere culpado, de ver que vos sin ella os dejais condenar, es grandísima. Mas levanta una cosa de estas á las veces el alma, que diez sermones. Pues todas hemos de procurar de ser predicadoras de obras, pues el Apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos de palabras. Nunca penseis que ha de estar secreto el mal ó el bien que hiciéredes, por encerradas que estéis. ¿Y pensais que, aunque vosotras no os disculpeis, no ha de faltar quien torne por vosotras? Mirad como respondió el Señor por la Magdalena en casa del fariseo, y cuando su hermana la culpaba. No os llevará por el rigor que á sí, que ya al tiempo que tuvo un ladron que tornase por él, estaba en la cruz. Así que Su Majestad moverá á quien torne por vosotras, y cuando no, no será menester.

Esto yo lo he visto, y es así (aunque no querria que se os acordase, sino que os holgásedes de quedar culpadas) y el provecho que veréis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo; porque se comienza á ganar libertad, y no se da mas que digan mal que bien, antes parece que es negocio ajeno; y es como cuando están hablando dos personas, que como no es con nosotras mesmas, estamos descuidadas de la respuesta, así es acá con la costumbre que está hecha, de que no hemos de responder, no parece que hablan con nosotras. Parecerá esto imposible á los que somos sentidos y poco mortificados: á los principios dificultoso es, mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad, y negacion, y desasimiento de nosotras mesmas con el favor del Señor.

MEDITACION

DE LA PRESENTACION DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO ANTE LOS PONTÍFICES Y JUECES: DE LOS AZOTES: DE LA NEGACION DE SAN PEDRO: DE LA CORONA DE ESPINAS Y DEL ECCE-HOMO.

(DE FRAY LUIS DE GRANADA [1].)

Muchas cosas tienes, ánima mia, que contemplar hoy; muchas estaciones tienes que andar en compañía del Salvador, si no quieres con los discípulos huir, ó si no te pesan los piés para andar los caminos que el Señor tuvo por bien de caminar por ti. Cinco veces es hoy llevado á diversos jueces, y en cada casa de ellos es maltratado por ti, y paga tu merecido; en una casa es abofeteado; en otra escupido; en otra escarnecido; en otra azotado, coronado de espinas y sentenciado. Mira qué estaciones estas para no quebrar el corazon, y para no andarlas con los piés descalzos y corriendo sangre.

Vamos pues á la primera, que fué á casa de Anas, y mira como allí respondiendo el Señor cortesmente á la pregunta que el pontífice le hizo sobre sus discípulos y doctrina, uno de aquellos malvados que presentes estaban dió una bofetada en su divino rostro, diciendo: ¿Así has de responder al pontífice? Al cual el Salvador benignamente respondió: Si mal hablé, muéstrame en qué; y si bien ¿porqué me hieres? Mira, pues, aquí, ¡oh ánima mia! no solamente la mansedumbre de esta respuesta, sino tambien aquel divino rostro señalado y colorado con la fuerza del golpe, y aquella mesura de ojos tan serenos, y tan sin turbacion en aquella afrenta; y aquella ánima santísima en lo interior tan humilde, y tan aparejada para volver la otra mejilla, si el verdugo lo pidiera. ¡Oh malaventurada mano, que tal has parado el rostro ánte cuyo acatamiento se arrodilla el cielo, ante cuya majestad tiemblan los serafines y toda la naturaleza criada! ¿Qué viste en él, porque así borraste la figura de aquel

1 *Libros de Oracion y Meditacion*, cap. XXII, XIII.

que es traslado de la gloria del Padre, y así afeaste y avergonzaste el mas hermoso de los hijos de los hombres?

Mas no será esta la postrera de las injurias de esta noche, porque de esta casa llevan al Señor á la del pontífice Caifás, donde será razon que le vayas acompañando; y ahí verás eclipsado el sol de justicia, y escupido aquel divino rostro en que desean mirar los ángeles; porque como el Salvador siendo conjurado por el nombre del Padre que dijese quién era, respondiese á esta pregunta lo que convenia á aquellos que tan indignos eran de oir tan alta respuesta, cegándose con el resplandor de tan grande luz, volviéndose contra él como perros rabiosos, allí descargaron sobre él todas sus iras y rabias. Allí todos á porfía le dan de bofetadas y pescozones; allí escupen con sus infernales bocas en aquel divino rostro; allí le cubren los ojos con un paño, y dándole bofetadas en la cara, juegan con él diciendo: Adivina quien te dió. ¡Oh maravillosa humildad y paciencia del Hijo de Dios! ¡Oh hermosura de los ángeles! ¿Rostro era ese para escupir en él? ¿Al rincon mas despreciado suelen volver los hombres la cara cuando quieren escupir, y en todo ese palacio no se halla otro lugar mas despreciado que tu rostro para escupir en él? ¿Cómo no te humillas con este ejemplo, tierra y ceniza? ¿Cómo ha quedado en el mundo rastro de soberbia, despues de tan grande ejemplo de humildad? Dios calla escupido y abofeteado; los ángeles y todas las criaturas tienen las manos quedas viendo así maltratar á su Criador; ¿y el vil gusanillo trastorna el mundo sobre un punto de honra? ¿De qué os espantais, hombres, por ver á Dios tan abatido y maltratado en el mundo, pues venia á curar la soberbia del mundo? Si te espanta la aspereza de la medicina, mira la grandeza de la llaga, y verás que tal llaga, tal medicina como esta requeria, pues aun con todo eso no está sana. Espántate de ver á Dios tan humillado; yo me espanto de ver á ti todavía tan soberbio, estando Dios tan humillado. Espántate de ver á Dios abajado al polvo de la tierra; yo me espanto de ver que con todo esto el polvo y la tierra se levante sobre el cielo, y quiera ser mas honrado que Dios.

¿Pues cómo no basta este tan maravilloso ejemplo para vencer la soberbia del mundo? ¿Bastó la humildad de Cristo para vencer el corazon de Dios y amansarlo, y no bastará para vencer el tuyo y humillarlo? Dijo el ángel al patriarca Jacob: No te llamarás ya Jacob, sino Israél será tu nombre, porque si para con Dios fuiste poderoso, ¿cuánto mas lo serás para con los hombres? Pues si la humildad y mansedumbre de

Cristo prevalecieron contra el furor, y contra la ira divina, ¿cómo no prevalecen contra nuestra soberbia? Si aplacaron y amansaron un corazon tan poderoso como el de Dios airado, ¿cómo no truecan y amansan el nuestro? Espántome, y mucho me espanto, como con esta paciencia no se vence tu ira; con este abatimiento tu soberbia; con estas bofetadas tu presuncion; con este silencio tan profundo entre tantas injurias, los pleitos que tú revuelves porque te tocaron en la ropa. Gran maravilla es ver que por medio de tan terribles injurias quisiere Dios derribar el reino de nuestra soberbia, y gran maravilla es tambien que hecho todo esto esté aun viva la memoria de Amalec [1] debajo del cielo, y queden todavía reliquias de esta mala generacion.

Cura pues en mí ¡oh buen Jesus! con ejemplo de tu humildad la locura de mi soberbia; y pues la grandeza de tus llagas me dice claro que tengo necesidad de remediador, tu remedio me diga que ya lo tengo.

Despues de esto considera los trabajos que el Salvador pasó toda aquella noche dolorosa, porque los soldados que le guardaban escarnecian de él, como dice San Lucas, y tomaban por medio para vencer el sueño de la noche estar burlando y jugando con el Señor de la Majestad [2]. ¡Mira, pues, oh ánima mia, como tu dulce Esposo está puesto como blanco á las saetas de tantos golpes y bofetadas como allí le daban! ¡Oh noche cruel! ¡Oh noche desasosegada, en la cual, oh buen Jesus, no dormias, ni dormian los que tenian por descanso atormentarte! La noche fué ordenada para que en ella todas las criaturas tomasen reposo, y los sentidos y miembros cansados de los trabajos del dia descansasen; y esta toman ahora los malos para atormentar todos tus miembros y sentidos, hiriendo tu cuerpo, afligiendo tu ánima, atando tus manos, abofeteando tu cara, escupiendo tu rostro, y atormentando tus oidos, para que en el tiempo en que todos los miembros suelen descansar todos ellos en ti pensasen y trabajasen. ¡Qué maitines estos tan diferentes de los que en aquella hora te cantarian los coros de los ángeles en el cielo! allá dicen: Santo, Santo; acá dicen: Muera, muera, crucifícalo, crucifícalo. Oh ángeles del paraiso, que las unas y las otras voces oíades, ¿qué sentíades, viendo tan maltratado en la tierra aquel á quien vosotros con tanta reverencia tratais en el cielo? ¿Qué sentíades, viendo que Dios tales cosas

[1] Reg., 15.— [2] Luc., 22.

padecia por los mismos que tales cosas hacian? ¿Quién jamas oyó tal manera de caridad, que padezca uno la muerte para librar de la muerte al mismo que se la da? No se puede encarecer mas la malicia del hombre que haber llegado á poner las manos en su mismo Dios, ni la bondad y misericordia de Dios que haber querido padecer esto por la criatura que tal hizo.

Crecieron sobre esto los trabajos de aquella noche dolorosa con la negacion de San Pedro. Aquel tan familiar amigo, aquel escogido para ver la gloria de la Transfiguracion, aquel entre todos tan honrado con el principado de la Iglesia, ese primero que todos, no una, sino tres veces en presencia del mismo Señor jura y perjura que no lo conoce, ni sabe quién es. ¡Oh Pedro! ¿Tan mal hombre es ese que ahí está, que por tan gran vergüenza tienes aun haberlo conocido? Mira que eso es condenarle tú primero que los pontífices, pues das á entender en eso que es él persona tal que tú mismo te desprecias y deshonras de conocerle; ¿pues qué mayor injusticia que esa?

Volvióse entónces el Salvador, y miró á Pedro, y fuéronsele los ojos tras aquella oveja que se le habia perdido. ¡Oh vista de maravillosa virtud! ¡Oh vista callada mas grandemente significativa! Bien entendió Pedro el lenguaje y las voces de aquella vista, pues las del gallo no bastaron para despertarlo, y estas sí. Mas no solamente hablan, sino tambien obran los ojos de Cristo, y las lágrimas de Pedro lo declaran, las cuales no manaron tanto de los ojos de Pedro cuanto de los ojos de Cristo.

De manera que cuando alguna vez despertares y volvieres en tí, debes entender que ese es beneficio de los ojos del Señor, que te miran. Ya habian cantado los gallos, y no se acordaba Pedro, porque aun no lo habia mirado el Señor. Mirólo, y acordóse, y arrepintióse, y lloró su pecado, porque sus ojos abren los nuestros, y ellos son los que despiertan á los dormidos.

Luego dice el evangelista que Pedro salió fuera, y lloró amargamente, para que entiendas que es menester tambien huir el lugar y las ocasiones del pecado. Porque llorar siempre los pecados, y siempre repetirlos, eso es provocar siempre contra ti la ira del Señor.

Y para mientes, que la principal culpa de Pedro fué haber tenido empacho y temor de parecer discípulo de Cristo, y esto se dice haberle negado. Pues si esto es negar á Cristo, ¿cuántos cristianos hallarás que de esta manera le nieguen? ¿cuántos hay que rehusan de confesar y co-

mulgar, y orar, y tratar de Dios, y conversar con buenos, y sufrir injurias, porque el mundo no los desestime y burle de ellos? ¿Pues qué es esto, sino tener vergüenza de parecer discípulo de Cristo, y guardador de sus mandamientos? ¿Y qué es esto sino negar á Cristo como lo negó San Pedro, que tuvo vergüenza de parecer discípulo suyo? ¿Pues qué esperan los que esto hacen, sino aquel castigo y sentencia del Salvador, que dice: «El que se afrentare de parecer mi discípulo de los hombres, el Hijo de la Vírgen se afrentará de reconocerlo por suyo cuando venga con su magestad, y con la del Padre y de los santos ángeles? »

Acabada esta noche tan triste llevan luego al Salvador á casa del adelantado Pilato; y él, porque supo que era natural de Galiléa, envióle á Heródes que era el rey de aquella tierra, el cual le tuvo por loco, y como á tal le mandó vestir de una vestidura blanca y así le volvió á enviar á Pilato [1]. En lo cual parece que el Salvador en este mundo no solo fué tenido por malhechor, sino tambien por loco. ¡Oh misterio de grande veneracion! La principal virtud del cristiano es no hacer caso de los juicios y pareceres del mundo. Pues aquí tienes, hermano, donde puedes aprender muy bien esta filosofía y consolarte con este ejemplo cada vez que fueres desestimado del mundo. Porque no te puede el mundo hacer injuria, ni levantar testimonio, que primero no lo levantase á Cristo. El fué tenido por malhechor y revolvedor de pueblos, y por tal lo acusan ánte los jueces, y le piden la muerte [2]. Fué tenido por nigromántico y endemoniado, y así decian que en virtud de Belzebub lanzaba los demonios [3]. Fué tenido por gloton y comedor; así decian: Catad aquí un hombre tragador y bebedor de vino [4]. Fué tenido por hombre que andaba en malos tratos y compañías, y así decian que se juntaba con publicanos y pecadores, y comia con ellos [5]. Fué tenido por hombre de mala generacion y mala casta, y así dijeron : Tú samaritano eres, y demonio tienes [6]. Fué tenido por hereje y blasfemo ; y así dijeron que se hacia Dios, y que perdonaba los pecados como Dios. No faltaba sino que despues de todo lo tuviesen por loco, y por tal es ahora tenido, no de quien quiera, sino de los caballeros y cortesanos de Heródes; y así lo visten como á un loco porque todos lo tuvieron por tal. ¡Oh inestimable humildad! ¡Oh ejemplo de toda virtud! ¡Oh consuelo de toda tribulacion! pues para que tú hagas poco caso de los juicios y aprecios del mundo, y

[1] Joann., 18: Luc., 23. — [2] Mat., 12: Ibid. 11. — [3] Idem, 9, — [4] Luc., 15.— [5] Joann., 8. — [6] Marc., 2.

veas cuán loco es, y cuán desatinado en sus dichos y hechos, y en sus pareceres y juicios, pon los ojos en este dechado de todas las virtudes, y en este consuelo general de todos los males; y mira aquí como la sabiduría de Dios es tenida por locura, la virtud por maleficio, la verdad por herejía, la templanza por glotonería, el pacificador del mundo, el reformador de la ley, y el justificador de los pecadores por pecador y seguidor de pecadores.

En todas estas idas y venidas, y en todas estas demandas y respuestas ánte los jueces, mira con gran atencion aquella mesura del Salvador, aquella serenidad de rostro, y aquella entereza de ánimo nunca vencido ni quebrantado con tan grandes encuentros. Y viéndose en presencia de tantos jueces y tribunales, en medio de tantas injurias y heridas, y entre tanta confusion de voces y clamores de los que le acusaban y pedian la muerte, entre tanta furia y rabia de enemigos, y aun estando ya la muerte y el madero de la Cruz presente, en medio de tantas olas y torbellinos, fué tan maravillosa su constancia, su paciencia y su templanza, que no hizo ni dijo cosa que no fuese de grande y generoso corazon. No salió de su boca palabra áspera ni dura; no se acuitó ni abajó á ruegos ni suplicaciones, ni lágrimas, sino en todo y por todo guardó la mesura que convenia á la dignidad de tan alta persona. ¡Qué silencio entre tantas y tan falsas acusaciones! ¡qué miramiento cuando habia de hablar, en sus palabras! ¡qué prudencia en sus respuestas! Finalmente, tal fué la figura de su rostro y de su ánimo en estos negocios, que ella sola, sin mas testimonio, bastara para justificar su causa, si la bajeza de aquellos entendimienntos tan groseros alcanzara á entender la alteza de esa probanza.

Despues de todas estas injurias, considera los azotes que el Salvador padeció en la columna. Porque el juez, visto que no podia aplacar la furia de aquellos tan crueles enemigos, determinó de hacer en él un tan famoso castigo, que bastase para satisfacer la rabia de aquellos tan crueles corazones, para que contentos con esto dejasen de pedirle la muerte [1].

Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién jamas pensó que habian de caer azotes en las espaldas de Dios? Dice David: « Altísimo es, señor, el lugar

[1] Joann., 19.

de tu refugio, no llegará mal adonde tú estuvieres y el azote no tendrá que ver en tu morada[1]. » ¿Pués qué cosa mas léjos de la alteza y gloria de Dios que los azotes? Castigo es este de esclavos y ladrones, y tan abatido castigo que bastaba ser uno ciudadano de Roma para no estar sujeto á él por culpable que fuese. Y con todo esto, ¿que venga ahora el Señor de los cielos, el criador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo á ser entregado con azotes? Creo verdaderamente estuvieron aquí como atónitos y espantados, mirando esta maravilla y adorando y reconociendo la inmensidad de aquella Divina Bondad, que aquí se les descubria. Porque si se hincheron los aires de voces y alabanzas el dia de su nacimiento no habiendo visto mas que los pañales y el pesebre[2], ¿qué harían ahora viendo los azotes y la columna? Pues tú, ánima mia, á quien tanto mas que los ángeles toca este negocio, ¿cuánto mas lo debes sentir y agradecer?

Entra, pues, ahora con el espíritu en el pretorio de Pilato, y lleva contigo las lágrimas aparejadas que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira como aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y como él se deja desnudar de ellos con tanta humildad, sin abrir la boca ni responder palabra á tantas descortesías como allí le dirian. Mira como luego atan aquel santo cuerpo á una columna, para que allí le pudiesen herir mas á su placer, dónde y cómo ellos mas quisiesen. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni valedores que hiciesen por él, ni aun siquiera ojos que se compadeciesen de él. Mira como luego comienzan con grandísima crueldad á descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azotes sobre azotes, y llagas sobre llagas, y heridas sobre heridas. Allí verias luego ceñirse aquel sacratísimo cuerpo de cardenales, rasgarse los huesos, reventar la sangre, y correr á hilo por todas partes.

Mas sobre todo esto, ¿qué seria ver aquella tan grande llaga que en medio de las espaldas estaria abierta, donde principalmente caian todos los golpes? Creo sin duda que estaria tan abierta y tan ahondada que si un poco pasaran mas adelante llegaran á descubrir los huesos blancos

[1] Psalm., 90. — [2] Luc., 2.

entre la carne colorada, y acabara aquella santa vida ántes de la Cruz en la columna. Finalmente, de tal manera hirieron y despedazaron aquel hermosísimo cuerpo, de tal manera le ataron y le cargaron de azotes, y sembraron de llagas, que ya tenia perdida la figura de quién era, y aun apénas parecia hombre. Mira, pues, ánima mia, cuál estaria allí aquel mancebo hermoso y vergonzoso, estando como estaria tan maltratado y tan avergonzado y desnudo. Mira cómo aquella carne tan delicada, tan hermosa, y como una flor de toda carne, es allí por todas partes abierta y despedazada.

Mandaba la ley de Moisen que azotasen á los malhechores, y que conforme á la medida de los delitos así fuese la de los azotes, con tal condicion que no pasasen de cuarenta, «porque no caiga, dice la ley, tu hermano delante de ti feamente despedazado» [1] pareciendo al dador de la ley que esceder este número era una manera de castigo tan atroz que no se compadecia con las leyes de la hermandad. Mas en ti, ¡oh buen Jesus! que nunca quebrantaste la ley de la justicia, se quebrantan todas las leyes de la misericordia, y de tal manera se quebrantan que en lugar de cuarenta te dan cinco mil y tantos azotes, como muchos santos doctores testifican. Pues si tan afeado estaria un cuerpo pasando de cuarenta azotes, ¿cuál estaria el tuyo, dulcísimo Señor, y Padre mio, pasando de cinco mil? ¡Oh alegría de los ángeles, y gloria de los bienaventurados! ¿Quién asi te descompuso? ¿Quién afeó con tantas manchas el espejo de la inocencia? Claro está, Señor, que no fueron tus pecados, sino los mios; no tus hurtos, sino los mios los que así te maltrataron. El amor y la misericordia te cercaron y te hicieron tomar esa carga tan pesada. El amor hizo que me dieses todos tus bienes, y la misericordia que tomases sobre ti todos mis males. Pues si en tales y tan rigurosos trances te pusieron misericordia y amor, ¿quién habrá que esté ya dudoso de tu amor? Si el mayor testimonio de amor es padecer dolores por el amado, ¿qué será cada uno de esos dolores sino un testimonio de amor? ¿Qué serán todas esas llagas sino unas bocas celestiales, que todas me predican amor, y me demandan amor? Y si tantos son los testigos cuantos fueron los azotes, ¿quién podrá poner duda en la probanza que con tantos testigos es probada? ¿Pues cuál incredulidad es la mia, que con tales y tantos argumentos no se convence?

[1] Deut,. 25.

Maravíllase el evangelista San Juan de la incredulidad de los judíos, diciendo que habiendo el Señor hecho tantas señales entre ellos, para confirmar su doctrina, no quisiesen creer en él[1]. ¡Oh santo evangelista! deja ya de maravillarte de esa incredulidad, y maravíllate de la mia. Porque no es menor argumento el padecer dolores para creer el amor de Cristo, que el hacer milagros para creer en Cristo. Pues si es gran maravilla, habiendo hecho tantos milagros, no creer lo que dice, ¿cuánto mayor lo será habiendo recibido por nosotros cinco mil y tantos azotes no creer que nos ama?

Salid, hijas de Sion, y mirad al rey Salomon con la corona que le coronó su madre en el dia de sus desposorios, y en el dia de la alegría de su corazon. Anima mia, ¿qué haces? corazon mio, ¿qué piensas? lengua mia, ¿cómo has enmudecido? ¿Cuál corazon no revienta? ¿Cuál dureza no se ablanda? ¿Qué ojos se pueden contener de lágrimas, teniendo delante de sí tal figura? ¡Oh dulcísimo Salvador mio! cuando yo abro los ojos, y miro este retablo tan doloroso que aquí se me pone delante, ¿cómo no se me parte el corazon de dolor? Veo esa delicadísima cabeza de que tiemblan los poderes del cielo traspasada con crueles espinas. Veo escupido y abofeteado ese divino rostro, oscurecida la lumbre de esa frente clara, cegados con la lluvia de la sangre esos ojos serenos. Veo los hilos de sangre que gotean de la cabeza y descienden por el rostro y borran la hermosura de esa divina cara. ¿Pues cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habian de sacar las espinas sangre de la cabeza, á quien los azotes perdonaron? Si por denuestos y bofetadas los habias para satisfacer por las que yo te dí pecando, ¿ya no habias recibido muchas de estas toda la noche pasada? Si solo tu muerte bastaba para redimirnos, ¿para qué tantos ensayos? ¿para qué tantas invenciones y maneras de vituperios? ¿quién jamas oyó ni leyó tal manera de corona, y tal linaje de tormento? ¿De qué entrañas salió esta nueva invencion al mundo, que de tal manera sirviese para deshonrar un hombre, que no ménos le atormentase que deshonrase? ¿No bastan los tormentos que se han usado en todos los siglos pasados, sino que se han de inventar otros nuevos en tu pasion?

[1] Joann., 12.

Bien veo, Señor mio, que no eran estas injurias necesarias para mi remedio : bastaba para esto una sola gota de tu sangre. Mas eran convenientísimas para que me declarases la grandeza de tu amor, y para que me echases cadenas de perpetua obligacion, y para que confundieses los atavíos y galas de mi vanidad, y me enseñases por aquí el menosprecio de la gloria del mundo.

Pues para que sientas algo, ánima mia, de este paso tan doloroso, pon primero ánte tus ojos la imágen antigua de este Señor, y la escelencia de sus virtudes; y luego vuelve á mirarlo de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la mesura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Mírale tan humilde para con sus discípulos, tan blando para con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, y tan suave para con los humildes, y tan misericordioso para con todos. Considera cuán manso haya sido siempre en sufrir, cuán sabio en el responder, cuán misericordioso en el recibir y cuán largo en el perdonar.

Y despues que así lo hubieres mirado y deleitádote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarle tal cual aquí lo ves cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por esceptro real en la mano, y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura tan borrada con la sangre, y afeada con la saliva que por todo el rostro estaban tendidas. Mírale todo dentro y fuera, el corazon atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discípulos, perseguido de los judíos, escarnecido de los soldados, y despreciado de los pontífices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como presente : no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo te pones en el lugar del que posee, y mira lo que sentirias si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y muy agudas espinas, que penetrasen hasta los huesos; ¿y qué digo espinas? una sola punzada de un alfiler que fuese apénas la podrias sufrir. ¿Pues qué sentiria aquella delicadísima cabeza con este linaje de tormentos?

Pues ¡oh resplandor de la gloria del Padre! ¿quién te ha maltratado? ¡Oh espejo sin mancilla de la majestad de Dios! ¿quién te ha todo man-

chado? ¡Oh rio que sales del paraiso de deleites, y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios! ¿quién ha turbado estas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor mio, las han enturbiado: mis maldades las han oscurecido. ¡Ay de mí, pobre y miserable! ¡Ay de mí! ¿Y qué tal habrán parado mis pecados á mi ánima, cuando tal pararon los ajenos la fuente clara de toda la hermosura? Mis pecados son, Señor, las espinas que te punzan; mis locuras la púrpura que te escarnece; mis hipocresías y fingimientos las ceremonias con que te desprecian; mis atavíos y vanidades la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor. Limpió el rey Ezequías el templo de Dios, que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él habia mandó echar en el arroyo de los Cedros [1]. Yo soy ese templo vivo, por los demonios profanado, y ensuciado con infinitos pecados, y tú eres el rio limpio de los Cedros que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo; pues ahí son lanzados todos mis pecados, ahí desaparecen mis maldades, porque por el mérito de esa inefable caridad y humildad con que te inclinaste á tomar sobre tí todos mis males, no solo me libraste de ellos, mas tambien me hiciste participante de tus bienes. Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida; porque tomaste mi carne, me diste tu espíritu; porque tomaste sobre tí mis pecados, me diste tu gracia. Así que, Redentor mio, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mias. Tu púrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece, y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tú me tuviste bastó para embriagarte y dejarte como á otro Noé tan avergonzado y desnudo? [2] Con la púrpura encendida de ese amor sostienes esa púrpura de escarnio; y con el zelo de mi aprovechamiento, esa caña en la mano; y con la compasion de mi perdimiento esa corona de confusion.

Acabada la coronacion y escarnio del Salvador, tomóle el juez por la mano así como estaba tan maltratado, y sacándole á vista del pueblo furioso, díjoles: *Ecce Homo*; como si dijera: Si por envidia lo procurábades la muerte, veislo aquí tal que no está para tenerle envidia, sino lástima. Temíades no se hiciese rey, véislo aquí tan disfigurado que apénas

[1] Paral., 29.—[2] Gen., 9.

parece hombre. ¿De estas manos atadas, qué os temeis? ¿A este hombre azotado, qué mas demandais?

Por aquí puedes entender, ánima mia, qué tal saldria entónces el Salvador, pues el juez creyó que bastaba la figura que allí traía para quebrar el corazon de tales enemigos. En lo cual puedes bien entender cuán mal caso sea no tener un cristiano compasion de los dolores de Cristo, pues ellos eran tales, que bastaban (segun el juez creyó) para ablandar unos tan fieros corazones. Donde hay amor hay dolor. ¿Pues cómo dice que tiene amor de Cristo quién no tiene compasion de Cristo viéndolo en esta figura?

Y si tan grande mal es no compadecerse de Cristo, ¿qué será acrecentar sus martirios, y añadir dolor á su dolor? No pudo ser mayor crueldad en el mundo, que despues de mostrada por el juez tal figura, responder los enemigos aquella tan cruel palabra: Crucifícalo, crucifícalo. Pues si tan grande fué esta crueldad, ¿cuál será la de un cristiano, que con las obras dice otro tanto, ya que con las palabras no lo diga? ¿No dice San Pablo que el que peca vuelve otra vez á crucificar al Hijo de Dios, pues cuanto es de su parte hace cosa con que le obligaria otra vez á morir, si la muerte pasada no bastara? ¿Pues cómo tienes tú corazon y manos para crucificar tantas veces al Señor de esta manera? Debieras considerar que así como el juez presentó aquella figura tan lastimera á los judíos, creyendo que no habia otro medio mas eficaz para apartarlos de su furor que aquella vista, así el Padre Eterno la representa hoy á todos los pecadores entendiendo que á la verdad no hay otro medio mas poderoso para apartarlos del pecado, que ponerlos delante tal figura. Haz, pues, ahora cuenta que te la pone él tambien á tí delante y que te está diciendo *Ecce Homo*; como si dijese: Mira ese hombre cuál está y acuérdate que es Dios, y que está de la manera que aquí lo ves, no por otra causa, sino por los pecados del mundo. Mira cuál pararon los pecados á Dios. Mira qué fué menester para satisfacer por el pecado. Mira cuán aborrecible es á Dios el pecado, pues tal paró la cara de su Hijo por destruirlo. Mira la venganza que tomará Dios del pecador por sus pecados propios, pues tal la tomó del Hijo por los ajenos. Mira finalmente, el rigor de la Divina Justicia, y la malicia del pecado, la cual tan espantosamente resplandece en la cara de Cristo. ¿Pues qué mas se pudiera hacer para que los hombres temiesen á Dios y aborreciesen el pecado?

Parece que se hubo Dios aquí con el hombre, como la buena madre

con la hija que se le comienza á hacer liviana. Porque cuando no le valen ya palabras ni castigos, vuelve las iras contra sí misma; dáse de bofetadas, despedázase la cara, y pónese así desfigurada delante de la hija, porque por esta vía conozca ella la grandeza de su yerro, y siquiera por lástima de la madre se aparte de él. Pues esta manera de remedio parece que tomó Dios aquí para castigo de los hombres, poniéndoles delante su Divina Imágen, que es la cara de su Hijo tan maltratada y desfigurada, para que ya que por tantas reprensiones y castigos, como les habia enviado antes por boca de sus profetas, no se querian apartar del mal, se apartasen siquiera por lástima de ver aquella Divina figura. De manera que antes ponia las manos en los hombres, ahora vino á ponerlas en tí, que era lo último que se podia hacer. Y por esto, aunque fué siempre gran maldad ofender á Dios, mas despues que tal figura tomó para destruir el pecado no solo es grande maldad, sino tambien grandísima ingratitud y crueldad.

Perseverando en la contemplacion de este mismo paso (además del aborrecimiento del pecado) puedes tambien de aquí tomar grande esfuerzo para confiar en Dios considerando esta misma figura, la cual asi como es poderosa para mover los corazones de los hombres asi tambien lo es, y mucho mas, para mover el de Dios. Para lo cual debes considerar que la misma figura que sacó entonces el Salvador á los ojos del pueblo furioso, esa misma representa hoy á los del Padre piadoso, tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo dia. ¿Pues qué imágen puede ser mas eficaz para amansar los ojos del Padre que la cara amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro; este es el arco de diversos colores puesto entre las nubes del cielo, con cuya vista se aplaca Dios [1]. Aquí se apacentaron sus ojos; aquí quedó satisfecha su justicia; aquí se restituyó su honra; aquí se le hizo tal servicio cual convenia á su grandeza.

Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo que bastaba para amansar los ojos crueles de tales enemigos, ¡cuánto mas lo estará para amansar los ojos de aquel Padre piadoso, especialmente padeciendo por su honra y obediencia todo aquello que padecia! Compárame ojos con ojos, y persona con persona, y verás cuanto mas segura tienes tú la misericordia del Padre, presentán-

[1] Exod., 25 : Gen., 9.

dole esta figura, que tuvo Pilato la de los judíos cuando allí se la presentó. Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma este Señor por escudo, y ponle entre ti y Dios, y preséntalo ante él, diciendo; *Ecce Homo*. Hé aquí, señor, Dios mio, el hombre que tú buscabas tantos años há para que se pusiese de por medio entre ti y los pecadores[1]. Hé aquí el hombre tan justo como á tu bondad convenia, y tan justificado cuanto nuestra culpa demandaba. Pues, ¡oh defensor nuestro! Míranos, Señor, y para que así lo hagas pon los ojos en la cara de Cristo, y tú, Salvador y medianero nuestro, no ceses de presentarle ante los ojos del Padre por nosotros [2]: y pues tuviste amor para ofrecer tus miembros al verdugo para que los atormentase, -tenlo, Señor, para presentarlos al Padre Eterno para que por ti nos perdone.

Pues como Pilato viese que no bastaban las justicias que se habian hecho en aquel Santo Cordero para amansar el furor de sus enemigos, entró en el pretorio y asentóse en su tribunal para dar final sentencia en aquella causa. Estaba ya á las puertas aparejada la Cruz, y asomaba por lo alto aquella temerosa bandera amenazando á la cabeza del Salvador.....

[1] Ezec., 22: Hier., 5. — [2] Psalm. 83.

DE LA CONSIDERACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

Y DE LOS MISTERIOS DE SU VIDA Y MUERTE, Y DE LA MUCHA RAZON QUE HAY PARA NOS EJERCITAR EN ESTA CONSIDERACION, Y DE LOS GRANDES FRUTOS QUE DE ELLA NOS VIENEN.

(DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA.[1])

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan á la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazon, por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce mucho mas que el primero les desmayaba. Y para esto ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor, especialmente pensando como padeció y murió por nosotros. Esta la nueva alegre predicada en la nueva ley á todos los quebrantados de corazon, y les es dada una medicina muy mas eficaz para su consuelo que sus llagas le pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra á los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve á los que la ley condena, y que hace hijos de Dios á los que eran esclavos del demonio. A este deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazon cuando se miran é ir les ha bien, como en otro tiempo se llegaron á David « adeudados y angustiados con deudas de acá, y sintieron provecho con su compañia[2]; » porque así como se suele dar por consejo que miren arriba ó fuera del agua á los que pasan algun rio y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos á Jesucristo y cobrará esfuerzo, porque no en balde le dijo : « En mí mismo fué mi ánima conturbada, y por esto me acordaré de ti, de la tierra del Jordán, y

[1] *Libro Espiritual*, Cap. LXVIII. — [2] Reg., 22.

de los montes de Hermon y monte pequeño [1]. » Porque los misterios que Cristo obró en su bautismo y pasion son bastantes para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazon se levante : y así por esto como porque ningun libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud, ni cuanto debe ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la pasion del Hijo de Dios. Y tambien porque es estremo de desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fué padecer Cristo por nos. Conviene, despues del ejercicio de vuestro conocimento, ocuparos del conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor, lo cual nos enseña San Bernardo diciendo : « Cualquiera que tiene sentido de Cristo sabe cuán expediente sea á la piedad cristiana, cuánto convenga, y cuánto provecho le trae, al siervo de Dios y siervo de la redencion de Cristo, acordarse con atencion, á lo ménos una hora del dia, de los beneficios de la pasion y redencion de Nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia, y para asentaros fielmente en la memoria [2]. » Esto dice San Bernardo, el cual así lo hacia. Y allende de esto sabed que así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su divinidad, tomó por medio hacerse hombre, para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose á ellos los levantase á la alteza de él, así el camino usado de comunicar Dios su divinidad con las ánimas es por medio de su sacra humanidad. Esta es la puerta por donde el que entrare será salvo, y la escalera por donde suben al cielo, porque quiere Dios honrar la humanidad y humildad de su unigénito Hijo en no dar su amistad sino á quien las creyere, y no dar su familiar comunicacion sino á quien con mucha atencion las pensare [3]. Y pues no es razon que dejeis de desear estos bienes, haceos esclava de esta sagrada pasion, pues por ella fuisteis libertada del cautiverio de vuestros pecados y de los infernales tormentos, y os vendrán los bienes ya dichos.

[1] Psalm. 41. — [2] Bern. ad fratres de monte Dei. — [3] Gen. 28.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

SEGUNDA ESTACION

SEGUNDA ESTACION

JESUS CON LA CRUZ A CUESTAS

℣. Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟. Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣. Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟. Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

onsidera, alma mia, como es el lugar, donde á nuestro amado Jesus le pusieron en sus lastimados hombros el grave peso de la cruz.

Amabilísimo Jesus, yo acepto con humilde resignacion todas las tribulaciones que será de vuestra divina voluntad enviarme hasta la muerte.

Por los méritos de las penas que sufrísteis arrastrando vuestra pesada cruz, os suplico me concedais fortaleza, para que pueda llevar yo la mia con paciencia perfecta y entera resignacion. Os amo, Jesus mio, amor mio, y me arrepiento

de haberos ofendido: no permitais que me separe de vos. Haced que os ame siempre, y disponed de mí segun vuestra santa voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea e tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

JESUS LLEVA LA CRUZ AL CALVARIO [1].

Luego de publicada la sentencia contra el Salvador, los verdugos se apoderan de su persona, y arrancándole los andrajos de color de púrpura que le cubrian, le pusieron otra vez sus propias vestiduras para conducirle al Calvario, lugar destinado para las ejecuciones: *Le quitaron el manto, y habiéndole puesto otra vez sus propios vestidos, le sacaron á crucificar*[2]. Tomaron entónces dos toscos leños, con los cuales formaron apresuradamente una cruz, y mandaron á Jesus que la llevase hasta el lugar del suplicio. ¡Oh qué inhumanidad, obligar al condenado mismo á que lleve el patíbulo en que debe morir! Todo esto debia sucederos, Jesus mio, ya que quisísteis encargaros de la satisfaccion de mis pecados.

Jesus no rehusa tomar la cruz, al contrario, la abraza con ardor, pues la cruz era el altar destinado á recibir el sacrificio de su vida por la salud de todos los hombres; *Y llevando él mismo á cuestas su cruz, fué caminando hácia el sitio llamado el Calvario* [3]. Salen los condenados de la casa de Pilato, y el Señor camina detras de ellos. ¡Oh espectáculo que llena de estupor al mismo cielo y á la naturaleza entera! El Hijo de Dios va á morir por la salud de esos mismos hombres que tan ansiosos se muestran de darle muerte! *Y yo como un manso cordero que llevan al sacrificio* [4]. ¡Oh amado Redentor mio! por los méritos de este tránsito doloroso, dadme fuerzas para llevar mi cruz con pacien-

[1] De San Alfonso M. de Ligorio. *Manual de Meditaciones.*—[2] Mat., 27, 31.—[3] Joann., 19, 11. — [4] Jer. 11, 19.

cia. Yo acepto desde ahora todos los dolores, y todos los desprecios que me destinareis, ya que cuando vos aceptasteis los vuestros por nuestro amor, nos enseñasteis á ser humildes y mansos de corazon : dadme, pues, fuerzas para sufrirlos con resignacion.

¡Oh soberano y enamorado Cordero! ¿Todavía no estás saciado de dolores? ¡Cuán caro te cuesta hacerme comprender el esceso de tu amor y de tu caridad por mí! ¡Ah! concededme, Señor, aquellos auxilios que necesito para amaros, y que me habeis como preparado con tantas penas. Comunicadme aquel fuego santo que habeis venido á encender sobre la tierra, muriendo por nosotros. Despertad en mi alma la memoria de vuestra muerte, para que no ponga jamás en olvido el deber que tengo de amaros.

Factus est principatus super humerum ejus ; se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado[1]. La cruz, dice Tertuliano, fué verdaderamente el instrumento ó la divisa con que Jesucristo se conquistó tantas almas. Y en efecto, muriendo en ella, satisfizo la pena de nuestros pecados, y nos rescató del infierno, haciéndonos suyos : *Quia peccata nostra ipse pertulit in corpore super lignum*[2]. De este modo, Jesus mio, si el eterno Padre os cargó con todos los pecados de los hombres, *posuit in eo iniquitatem omnium nostrum*, yo con los mios os hice mas pesada la cruz que llevasteis al Calvario.

Dulcísimo Salvador mio, ya divisasteis entónces todas las injurias que yo debia haceros, y á pesar de esto no me negasteis vuestro amor, ni me escaseasteis las misericordias que habeis usado conmigo pródigamente. Si tanto he podido merecer de vos, yo que tan vil é ingrato pecador he sido, razon es que os vuelva al fin amor por amor, á vos, ¡oh Dios mio! belleza y bondad infinita, que tanto me habeis amado. ¡Ah! ¡si nunca os hubiese desagradado! Ahora conozco, Jesus mio, la injusticia con que he obrado para con vos. ¡Oh pecados mios malditos! ¿qué habeis hecho? ¡Vosotros habeis llenado de amargura el enamorado corazon de mi Redentor, aquel corazon que tanto me ha amado! Perdonadme, Jesus mio, pues me pesa de haberos despreciado. En adelante solo vos seréis el único objeto de mi corazon. Os amo, Jesus amable, hasta el infinito, con todo mi corazon, y resuelvo no amar mas que á vos. Perdonadme, Señor, y concededme vuestro amor, puesto que este será de hoy en ade-

[1] Is. 9, 6. — [2] I. Petri. 2, 24.

lante mi única solicitud. *Amorem tui solum*, os digo con San Ignacio, *cum gratia tua mihi dona, et dives sum satis.*

Considera, alma mia, como Jesus va caminando á morir en el Calvario; considera como corre su sangre de sus recientes llagas; considérale coronado de espinas, y cargado con la pesada cruz. ¡Ah! ¡cada movimiento, cada paso le remueven los dolores de sus heridas! La cruz le atormenta ántes de tiempo, pesando sobre sus hombros desgarrados, y rozando fieramente con las espinas de su corona. ¡Dios mio! ¡cuántos dolores á cada paso! Pero consideremos tambien los sentimientos de amor que animaban á Jesus en este tránsito, á medida que se acercaba al Calvario, en donde le aguardaba la mas dolorosa muerte. ¡Oh Jesus mio! ya que vais á morir por mí, muera yo tambien por vos. Hasta ahora me habia alejado de vos, y por haberos dejado quisiera ahora morir de dolor. En adelante estaré siempre con vos, Dios mio, amor mio, mi todo. ¡Oh Vírgen María, Madre mia! pedid por mí á vuestro divino Hijo la fuerza necesaria para llevar mi cruz.

SE PROSIGUE LA CONSIDERACION DE NUESTRO SEÑOR

Y DE LOS MISTERIOS DE SU VIDA Y MUERTE, DECLARANDO DE LA PASION DE CRISTO UN LUGAR DE LOS CANTARES.

(DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA.[1])

Y no sea á vos pesado el pensar lo que á él con vuestro gran amor no le fué pesado pasar. Sed vos una de las ánimas á quien dice el Espíritu Santo en los Cantares : « Salid y mirad, hijas de Sion, al rey Salomon con la guirnalda con que le coronó su madre en el dia del desposorio de él, y en el dia de las alegrías del corazon de él[2]. » En ninguna parte de la Santa Escritura se lee que el rey Salomon fuese coronado con guirnalda ó corona por mano de su madre Bersabé en el dia del desposorio de él : y por esto, porque segun la historia, no conviene al Salomon pecador, por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomon verdadero, *el cual es Cristo*. Y con mucha razon, porque Salomon quiere decir pacífico, el cual nombre le fué puesto porque no trajo guerras en su tiempo como las trajo su padre David ; por lo cual quiso Dios que no David, baron de sangre, mas su pacífico Hijo edificase aquel tan solemne templo de Jerusalen *en que fuese Dios adorado*[3]. Pues si por ser pacífico Salomon en la paz mundana, que algunas veces los reyes aunque malos la suelen en sus reinos tener, le fué puesto nombre de pacífico, ¡con cuánta mas razon conviene á Cristo, el cual hizo paz espiritual entre Dios y los hombres, no sin su costa, mas cayendo sobre él la pena de vuestros pecados que causaban la enemistad. « *Item*, hizo paz entre los dos tan con-

[1] *Libro Espiritual*, cap. LXVIII. — [2] Cant. 3. — [3] Paral. 22.

trarios pueblos, de los judíos y gentiles quitando la pared de la enemistad que estaba en medio[1], » como dice San Pablo : conviene á saber, las ceremonias de la vieja ley, y la idolatría de la gentilidad, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traian, vinieren á una nueva ley, debajo de una fe y de un bautismo y de un Señor, esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de un Padre del cielo, que les tornó á engendrar otra vez, por agua y Espíritu Santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonra : y estos bienes todos son por Jesucristo pacificador de cielos y tierra, y de una gente con otra, y de un hombre dentro de sí mismo, cuya guerra es mas trabajosa y la paz mas deseada ; estas paces no las pudo hacer Salomon, mas tuvo el nombre en figura del verdadero pacificador ; así como la paz de Salomon, que es temporal, tiene figura y es sombra de la espiritual que no tiene fin. Pues bien, si os acordais, esposa de Jesucristo, de lo que es razon que nunca os olvideis, la madre de este Salomon verdadero, que fué y es la bendita Vírgen María, hallaréis haberle coronado con guirnalda hermosa, dándole carne sin ningun pecado en el dia de la Encarnacion, que fué dia de ayuntamiento y desposorio del Verbo Divino con aquella Santa Humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros[2]. *De aquel sagrado vientre salió Cristo* como esposo que sale del tálamo, y comenzó á correr su carrera como fuerte gigante ; tomando á pechos la obra de nuestra redencion, que fué la mas dificultosa cosa que se podia emprender ; y al fin de la carrera, en el dia del Viernes Santo casó por palabras de presente con esta su Iglesia, por quien habia trabajado *como Jacob por Raquel*[3] ; porque entónces le fué sacada de su costado estando él durmiendo el sueño de la muerte, *á semejanza de Eva sacada de Adan*[4] que dormia. Y por esta obra tan escelente y de tanto amor en aquel dia obrada, llama Cristo á este dia *mi dia*, cuando dice en el Evangelio : « Abraham vuestro padre se gozó para ver mi dia, viólo, y se gozó[5]. » Lo cual fué como dice Crisóstomo, cuando á Abraham fué revelada la muerte de Cristo, en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le mandó sacrificar en el monte Moria, que es el monte Sion ; « entónces vió este penoso dia, y se gozó[6]. » ¿Mas porqué se gozó? ¿Por ventura de los azotes ó

[1] Ephes., 2.— [2] Psalm. 18. — [3] Gen., 29. — [4] — Idem, 2. — [5] Joann., 8. — [6] Gen., 22.

tristezas ó tormentos de Cristo? *Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta*, que bastaba para hacer entristecer de compasion á cualquiera, por mucha alegría que tuviese. Sino díganlo sus tres amados apóstoles, á los cuales dijo : « Triste es mi ánima hasta la muerte[1]. » ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? la cual suele aun á los que de léjos la oyen lastimar su corazon con agudo cuchillo de compasion. Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimosos, que por duro que uno fuera y los viera se moviera á compasion : y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir, y la crueldad de ellos en el herir, algun rato se compadecian de quien tanto padecia por ellos, aunque ellos no lo sabian. Pues si los que á Cristo aborrecian, pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como fué Abraham, que se gozase de ver el dia en que Cristo tanto trabajo pasó?

Mas porque de esto no os maravilleis, oid otra cosa mas maravillosa, la cual dicen las dichas palabras de los Cantares : Que esta guirnalda le fué puesta en el dia de la alegría del corazon de él. ¿Cómo es aquesto? El dia de sus escesivos dolores, que lengua no hay que los pueda esplicar, ¿llamais dia de alegría de él? ¡Oh alegría de los ángeles y rio del deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas, ellos son embestidos, viéndose dentro de ti, nadando en tu dulcedumbre tan sagrada, y de que se alegra tu corazon en el dia de tus trabajos! ¿De qué te alegras entre los azotes, clavos, deshonra y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastimante cierto, y mas á ti que á otro ninguno, pues tu complexion era mas delicada. Mas porque te lastiman mas nuestras lástimas, quieres tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste á tus amados apóstoles ántes de la pasion : « Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros ántes que padezca[2]. » Y tú eres el que ántes dijiste : « Fuego vine á traer á la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda[3]?» Con bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo vivo en estre-

[1] Mat., 20 : Marc., 14. — [2] Luc., 22.— [3] Idem 2.

chura hasta que se ponga en efecto? El fuego de amor de ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y trasformarnos en ti, tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si tú no murieras de amor por dar vida á los que por no amarte están muertos? ¿Quién será leño tan húmedo y frio, que viéndote á tí árbol verde, del cual quien come, vive, ser encendido en la cruz, y abrasado con fuego de tormentos, que te daban, y del amor con que tú padecias, no se encienda en amarte aun hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado, que se defienda de tu porfiada recuesta en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Vírgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste enterrado en el Santo Sepulcro, como en su vientre? Abrasástete, porque no quedásemos frios. Lloraste, porque riésemos. Padeciste, porque descansásemos; y fuiste bautizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades; y dices, Señor: « ¿Cómo vivo en estrechura hasta que este bautismo se acabe? » Dando á entender cuán encendido deseo tenias de nuestro remedio, aunque sabias que te habia de costar la vida. Y como el esposo desea el dia de su desposorio para gozarse, tú deseas el dia de tu pasion para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se te hacia mil años para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame dia de tu alegría el dia de tu pasion, pues era deseado por ti; y aunque el dolor de aquel dia fué muy escesivo, de manera que en tu persona se diga: « ¡Oh vosotros todos los que pasais por el camino, atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mio[1]! » mas el amor que en tu corazon ardia, sin comparacion era mayor, porque si menester fuera para nuestro provecho que tú pasaras mil tantos de lo que pasaste, y te estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinacion firme subiste en ella para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario. De manera que mas amaste que sufriste, y mas pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormen-

[1] Theren., 1.

taban : y por esto quedó vencedor tu amor, y como llama viva no la pudieron apagar los rios grandes y muchas pasiones que contra ti vinieron ; por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor, muy de verdad tu amor se holgaba del bien que de allí nos venia, y por eso se llama dia de alegría de tu corazon : y este dia vió Abraham, y gozóse, no porque le faltase compasion de tantos dolores, mas porque veia que el mundo y él habian de ser redimidos por ellos. Pues en este dia salid, hijas de Sion (que son las ánimas que atalayan á Dios por fe), á ver al pacífico Rey, que con sus dolores va á hacer la paz deseada ; miradle, pues para mirar á él os son dados los ojos. Y entre todos sus atavíos de desposorio que lleva, mirad á la guirnalda de espinas que en su cabeza divina lleva, la cual, aunque la tejieron y se la pusieron los caballeros de Pilato, que eran gentiles, dícese habérsela puesto su Madre, que es la Sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendia, segun la carne ; porque por la acusacion de la Sinagoga, y por complacer á ellos, fué Cristo así atormentado. Y si alguno dijere : Nuevos atavíos de desposado son estos ; por guirnalda lastimera corona ; por atavíos de piés y manos, clavos agudos que se les traspasan y rompen ; azotes por cinta, los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre ; la sagrada barba arrancada ; las mejillas bermejas con bofetadas ; y la cama blanda que á los desposados suelen dar con muchos olores, tornarse en áspera cruz, puesta en lugar donde justiciaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento estremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos, que se huelgan de honrar al nuevo desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la Madre y amigos del desposado comen dolores y beben lágrimas, y los ángeles de la paz lloraban amargamente? No hay cosa mas léjos de desposorio que todo lo que aquí parece. Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el desposado y modo de desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado, y porque es Dios y Hombre, y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males, no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males y darnos sus bienes ; por lo cual convenia, segun la ordenanza divina, que pagase él por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para que, con aquella semejanza de deudor sin serlo, y con aquel duro castigo sin haber hecho porqué, quitase nuestra fealdad, y nos diese su hermosura y riquezas ; y porque ningun desposado puede

hacer á su esposa de mala buena, ni de infernal celestial, ni de fea, en el ánima, hermosa, por eso buscan los hombres las esposas que sean buenas, hermosas y ricas, y van el dia del desposorio ataviados á gozar de los bienes que de ellas tienen, y que ellos no les dieron; mas nuestro nuevo Esposo ninguna ánima halla hermosa ni buena, si él no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar (que es nuestra dote), es la deuda que debemos de nuestros pecados: y porque él quiso abajarse á nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos: y tal nos paró, cual él es, porque destruyendo con nuestra semejanza nuestro hombre viejo, nos puso su imágen de hombre nuevo y celestial, y esto obró él con aquestos atavíos que parecen fealdad y flaqueza, y son altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados, y traernos á gracia y amistad del Señor, que es lo mas alto que se puede ganar. Este es el espejo en que os habeis de mirar, y muchas veces al dia, para hermosear lo que viéredes feo en vuestra ánima: y esta es la señal puesta en alto para que de cualquier víbora que seais mordida mireis aquí, y recibais la salud en sus llagas; y en cualquier bien que os viniere mireis aquí, y os sea conservado, dando gracias á este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

CUANTAS MANERAS

HAY DE OBRAR Y CUALES SON LAS QUE HA DE HACER EL CRISTIANO.

(DEL MAESTRO ALEJO VENEGAS.[1])

Presupuesto ya que las obras del cristiano son los mandamientos de Dios, y Cristo, nuestro Redentor y Maestro, es Dios y hombre verdadero, y las acciones de Cristo, nuestro Maestro son instrucciones de la vida cristiana, la cual consiste en seguir las pisadas de su Redentor y Maestro, veamos qué son las cosas que nuestro Redentor nos manda hacer, cuando dice: « Si alguno quisiere venir donde yo voy, niéguese á sí mismo, y sufra sus tormentos de voluntad, y vaya por las estaciones y penalidades que yo[2]. » Dice: *Si alguno quisiere*, porque la ley evangélica no fuerza á los infieles á ser cristianos, mas amorosamente los persuade el camino de la verdad. Dice *venir*, porque no ha de parar, que como dice San Bernardo: « El solo parar en el camino del Señor es tornar atrás[3]. » Por eso dijo el Psalmista: « Los que van por el camino de Dios, iban yendo sin detenerse sembrando los buenas obras, que fructifican grados de gloria[4]. » Dice mas nuestro Redentor: *Post me;* porque ninguno presuma por su propia virtud entrar en el cielo, ó por otros caminos, fuera del fundamento ya echado por Cristo. Por donde no carecen de gran culpa los que, dejando el camino de las virtudes teológicas, que nuestro Maestro nos enseñó, hacen fundamento y caudal de linage. Item, los que confian en la santidad de sus obras, sin referirlas á Dios que en ellos las hace. Tambien los que dejan de rezar al Santísimo Sacramento, y encomendarse á él en sus necesidades, toman unas devociones hechas en cierta manera: así, y no así, á manera de rito gentílico, que debajo

[1] *Agonía del tránsito de la muerte*, cap. III. — [2] Mat., 16. — [3] Bernar., *Serm. de trib. or.* [4] Psalm. 125.

de título de devocion, son puras supersticiones. Finalmente, los que dejan el camino real, por donde caminó la santa madre Iglesia, y caminaron todos los santos, y escoge unas singularidades, por ser señalado entre todos, que no solamente no le descubran camino, mas sean instrumentos para hacerle mas ciego. Todos estos emboscados por la ignorancia ó por la presuncion, pierden el camino de Dios, porque no se contentan de seguir las pisadas de su Maestro como los otros, mas porque se tengan en cuenta y estima, presumen ir adelante, como nuevos descubridores de nuevo camino, por donde piensan llevar á todos los amadores de novedad.

Dice mas adelante: *Abneget semetipsum*. Niegue sus apetitos, porque en pago del pecado original, quedó la rebelion de la carne contra el espíritu; aunque de esta pena se saca ganancia, que resistiendo varonilmente á la sensualidad, se gana victoria á la cual corresponde corona de gloria. Hase pues de negar el hombre á sí mismo, por cumplir primero con Dios, en cuyo ser ejemplar tiene mas ser, y está por mejor manera que en sí mismo, como el arroyo debe mas á su fuente de donde procede, que á sí mismo, y no se puede conservar sin su fuente.

Dice mas adelante: *Tollat crucem*, que alce la cruz, porque los tormentos y pasiones que le vinieren significados por la cruz los tome de voluntad; y esto es llevar la cruz alta. Porque no hay hombre en el mundo que se escape de cruz, que son los trabajos y penalidades de este valle de lágrimas. Mas los que no van por el camino de Dios llevan la cruz arrastrando, llevan los tormentos; mas llevándolos á mas no poder, llévanlos á regañadientes, y si pudiesen los convertirian en sus deleites y pasatiempos. Finalmente, pésales, porque no se pueden eximir de pasiones y rencuentros de adversidad, que repugnan á su apetito. El cual por la rebelion y concupiscencia desordenada, por la privacion de la justicia original está tan desconcertado, que si no se refrena con la regla de la razon no quiere parar, hasta que como furioso leon haga riza, no solamente de la razon natural, mas aun posponga los mandamientos divinos al cumplimiento de sus deseos: los cuales si una vez llegan á descender por la cuesta abajo, no hay quien los haga parar: cuanto ménos será bastante para hacellos tornar atrás, si la gracia de Dios no le ayuda. La cual es de tanto poder, que no hay tentacion ni natural apetito que no pueda vencer el hombre que, confiando en el socorro divino, se hiciere fuerte en la confianza que tiene de Dios: que, como dice el Apóstol, no consentirá que sea tentado mas de lo que buenamente, haciendo lo que es en sí, pu-

diere sufrir [1]. Esfuércese luego el cristiano, y sepa que á un tanto que de resistencia pusiere, le ayudará Dios con cien tanto favor y socorro. Y sepa que no hay perro que tanto miedo tenga del palo cuanto tiene el diablo de la cruz. Aunque así como el perro no tiene miedo á los palos que ve tendidos en el suelo, ó arrimados en la pared, así el diablo no se le da mucho por la cruz material. Mas así como el perro tiene miedo del pal que ve en la mano del hombre, así el diablo teme la cruz enhiesta, que es la cruz creida, y por fe viva ensalzada, y esta tal cruz firmemente creida es la que hace huir al diablo, andándose paseando de su espacio delante de la otra cruz material como el perro delante del palo tendido.

Dice mas adelante : *Suam.* Porque no se descuide en la vida epicurea confiando solamente en la cruz de su Redentor, la cual aunque es caudal de la salvacion del cristiano, requiere las cruces particulares para apreciallas en sí, y hacellas merecedoras de gloria : que aunque por sí solas no tienen accion al menor grado de gloria, como dice el Apóstol : *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam* [2], encorporadas en la cruz de nuestro Redentor Jesucristo se hacen tan meritorias, que cada uno podrá decir con el Psalmista confiando en la pasion de nuestro Redentor : « Abridme las puertas de la justicia, que se hizo en Jerusalen [3]. » Cuyo valor me da autoridad á pedir osadamente por justicia la gloria, que por aquella justicia ganó para mí mi Señor y Redentor Jesucristo.

Dice lo último ; *et sequitur me.* Dígame que cada uno le imite, no solamente en su pasion sacratísima, consuelo de penas, porque todas las penas que los hombres pueden tener, delante de aquella imcomparable pasion, son casi como si fuesen pintadas, mas aun en todo el discurso de su vida, que empiece en el pesebre de Betleem, y acabe en *consummatum est.* Porque á la imitacion de la vida, siga la resurreccion de la gloria.

Debe pues seguir el cristiano á su capitan, conformando su vida en lo mas que pudiere con la vida de su Maestro. Mas ha de mirar que en Cristo se consideran dos maneras de obrar. Unas se dicen *opera virtutum,* que son obras de virtudes ; y estas son las que el cristiano debe imitar. De estas dijo nuestro Redentor : *Et sequatur me.* De estas dijo en otro lugar : « Ejemplo os he dado que así lo hagais vosotros, como á mí me lo habeis visto hacer [4]. » Otras obras hizo nuestro Redentor,

[1] I. Cor., 10. — [2] Rom., 8. — [3] Psalm. 17. — [4] Joann., 13.

que se dicen *opera potentiæ*, que son obras de poderío. La imitacion de estas obras no solamente no es meritoria, mas seria pecado mortal. Porque estas solamente fueron menester en la persona de Cristo, para que con ellas junto con las otras fundase su Iglesia. Y fueron hechas á tiempo y sazon sin punta de curiosidad, y por razon de la union hipostática, tuvo autoridad para hacerlas. De estas obras fué el andar la mar á pié enjuto [1]. El que en esta obra le quisiera imitar, pecaria mortalmente, porque seria tentar á Dios. Cristo nuestro Redentor fué al desierto, para ser tentado del diablo [2]; y el que se ofreciese á la tentacion pecaria como hombre que se ponia á manifiesto peligro. Cristo ayunó cuarenta dias y cuarenta noches sin comer nada [3]: y el que hiciese otro tanto sin especial dispensacion que para ello tuviera de Dios, pecaria mortalmente, porque se pondria á peligro de muerte tomada por su propia voluntad sin tener mandamiente de Dios. Porque es una regla magistral de teólogos, que ninguno se debe poner en trance de tan manifiesto peligro, que sin milagro no puede escapar con la vida. ¿Mas si estuviese en tal estado que hubiese de hacer una de dos, ó esperar milagro, ó pecar mortalmente, en este tal caso es obligado á esperar que Dios haga milagro, ántes que pecar mortalmente. Concluyendo pues, digo que el cristiano debe seguir las obras de nuestro Redentor Jesucristo que conciernen á las virtudes, porque entónces se diga de él lo que dice Isaías : *Aprehendent septem mulieres virum unum in die illa* [4]. Que en el tiempo que se empleare el cristiano en la imitacion de nuestro Redentor, siete hembras, que son siete virtudes, le cercarán para defenderle de sus enemigos. Y deje las obras de potencia á solo Dios que las obra, cuando á él le place, en sus siervos [5] : porque es maravilloso en sus Santos, especialmente cuando las obras no son demandadas por una curiosidad humana, como Heródes las demandó, por lo cual fué justamente privado de ver tales cosas.

[1] Matth., 14. — [2] Marc., 6. — [3] Matth., 4. — [4] Isai., 4. — [5] Psalm. 67.

DICE CUAN GRAN YERRO ES NO EJERCITARSE,

POR MUY ESPIRITUALES QUE SEAN LAS ALMAS, EN TENER PRESENTE LA HUMANIDAD DE NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO.

(DE SANTA TERESA DE JESUS.[1])

Yo no tendria por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algun tiempo se vió en miserable estado, porque, aunque es cosa penosa, aprovecha para muchas. Quizá como yo he sido tan ruin, me parece esto, y esta es la causa de traerlo siempre en la memoria : las que han sido buenas no tendrán que sentir, aunque siempre hay quiebras miéntras vivimos en este cuerpo mortal. Para esta pena ningun alivio es pensar que tiene nuestro Señor ya perdonados los pecados y olvidados, ántes añade á la pena ver tanta bondad, y que se hace mercedes á quien no merecia sino infierno. Yo pienso que fué este un gran martirio en San Pedro y la Magdalena ; porque como tenian el amor tan crecido, y habian recibido tantas mercedes, y tenian entendido la grandeza y majestad de Dios, seria harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento.

Tambien os parecerá que quien ha gozado de cosas tan altas, no tendrá meditacion en los misterios de la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. Esto es una cosa que escribí largo en otra parte, que aunque me han contradecido en ella, y dicho que no lo entiendo (porque son caminos por donde lleva Nuestro Señor, y cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la divinidad, y huir de las corpóreas), á mí no me

[1] *Castillo Interior.—Moradas sestas*, cap. VII.

harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañe; y que digamos todos una cosa : mas ví yo que me queria engañar el demonio por ahí, y así estoy tan escarmentada, que pienso, aunque lo haya dicho mas veces, decíroslo aquí; porque vais en esto con mucha advertencia, y mira que osé decir que no creais á quien dijera otra cosa; y procuraré darme mas á entender que hice en otra parte, porque por ventura si alguno lo ha escrito como él dijo, si mas se alargara en declararlo, decia bien; y decirlo así por junto, á los que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal.

Tambien les parecerá á algunas almas, que no pueden pensar en la pasion : pues ménos podrán en la sacratísima Vírgen, ni en la vida de los Santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan, porque apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos, es estar siempre abrasados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate, piense y se acompañe de los que teniéndole hicieron tan grandes hazañas por Dios; cuanto mas apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo; y no puedo crer que lo hacen, sino que no se entienden, y así harán daño á sí y á los otros. Al ménos yo les aseguro que no entren en estas dos moradas postreras, porque si pierden la guia, que es el buen Jesus, no acertarán el camino; harto será si están en las demás con seguridad. Porque el mesmo Señor que dice que es camino, tambien dice que es luz, y que no puede ninguno ir al Padre sino por él; y quien me ve á mí, ve á mi Padre. Dirán que se da otro sentido á estas palabras. Yo no sé otros sentidos, con este que siempre mi alma siente ser verdad, me ha ido muy bien.

Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como Nuestro Señor las llega á dar contemplacion perfecta, querríanse siempre estar allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor, de manera que despues no pueden discurrir en los misterios de la pasion, y de la vida de Cristo, como ántes. Y no sé qué es la causa, mas es esto muy ordinario, que queda el entendimiento mas inhabilitado para la meditacion; creo debe ser la causa que como en la meditacion es todo buscar á Dios, como una vez se halla, y que queda el alma acostumbrada por obra de la voluntad á tornarle á buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Y tambien me parece que como la voluntad está

ya encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de otra si pudiese; y no hace mal, mas será imposible y perderá tiempo; porque muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad.

Y notad este punto que es importante, y así lo quiero declarar mas. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querria no entender otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque aunque la voluntad no esté muerta, está amortecido el fuego que la suele quemar : y es menester quien le sople para echar calor de sí. ¿Seria bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo, que queme este sacrificio que está haciendo, de sí á Dios, como hizo nuestro padre Elías? No por cierto : ni es bien esperar milagros; el Señor los hace cuando es servido por esta alma, mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos. Y tengo para mí que hasta que muramos (por subida oracion que haya) es menester esto.

Es muy contino no se apartar de andar con Cristo Nuestro Señor con una manera admirable, á donde divino y humano junto es siempre su compañía. Así que cuando no hay encendido el fuego que queda dicho en la voluntad, si se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere Su Majestad (como lo hacia la Esposa en los Cantares), y preguntemos á las criaturas quién las hizo, como dice San Agustin, creo en sus Meditaciones ó Confesiones, y no nos estemos bobos, perdiendo tiempo en esperar lo que una vez se nos dió, que á los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y aun en muchos; Su Majestad sabe el porqué, que nosotros no hemos de querer saberlo, ni hay para qué : pues sabemos el camino como hemos de contentar á Dios, por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quisiere. Aquí viene el responder que no pueden detenerse en estas cosas, y por lo que queda dicho quizá tendrán razon en alguna manera.

Ya sabeis que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades es otro. Decís, quizá, que no me entendeis, y verdaderamente podrá ser que no me entienda yo para saberlo decir; mas dirélo como supiere. Llamo yo meditacion al discurrir

mucho con el entendimiento de esta manera : Comenzamos á pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos á su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante en los misterios de su gloriosa vida; ó comenzamos en la oracion del huerto, y no pára el entendimiento, hasta que está puesto en la cruz ; ó tomamos un paso de la pasion, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él, y que sentir, así de la traicion de Júdas, como de la huida de los Apóstoles, y todo lo demás, y es admirable, muy meritoria la oracion.

Esta es la que digo, que tendrán razon, quien ha llegado á llevarla Dios á cosas sobrenaturales, y á perfecta contemplacion ; porque (como de dicho) no sé la causa: mas lo mas ordinario no podrán. Mas no la tendrá (digo razon) si dice que no se detiene en esos misterios, y los trae presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Iglesia católica : ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla mas en el que tiene á Nuestro Señor, sino que no se entiende; porque entiende el alma estos misterios por manera mas perfecta, y es que se los representa el entendimiento, y estámpanse en la memoria, de manera que de solo ver al Señor caido con aquel espantoso sudor en el huerto, aquello basta para no solo una hora sino muchos dias; mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido á tan gran pena : luego acude la voluntad, aunque no sea con ternura, á desear servir en algo tan gran merced, y á desear padecer algo por quien tanto padeció, y otras semejantes en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razon no puede pasar á discurrir mas en la pasion, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella.

Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo impedirá la muy subida oracion : y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces. Si de aquí la suspendiere el Señor, muy en hora buena, que aunque no quiera la hará dejar en la que está ; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien : lo que seria si mucho trabajase en el discurrir, que dije al principio, y tengo para mí que no podrá quien ha llegado á mas. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios las almas : mas no se condenen las que no pudieren ir por él, ni las

juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes, como están encerrados en los misterios de nuestro buen Jesucristo : ni nadie me hará entender (sea cuán espiritual quisiese) irá bien por aquí. Hay unos principios, y aun medios, que tienen algunas almas, que como comienzan á llegar á oracion de quietud, y á gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando. Pues créanme y no se embeban tanto, que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar á nuestro dechado Cristo como los pasó, y aun á sus Apóstoles y Santos, para llevarles con perfeccion. Es muy buena compañía el buen Jesus para no apartarnos de ella, y su sacratísima Madre, y gusta mucho que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. Cuanto mas que no es tan ordinario el regalo en la oracion, que no hay tiempo para todo : y la que le dijere que es en un ser, tendríalo yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho, y así lo tened y procurad salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas.

Creo queda dado á entender lo que conviene por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aun hace daño la humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo á sus discípulos, que convenia que él se fuese, yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo á su Madre sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabia que era Dios y Hombre : y aunque le amaba mas que ellos, era con tanta perfeccion que antes le ayudaba. No debian estar entónces los Apóstoles tan firmes en la fe como despues estuvieron, y tenemos razon de estar nosotros ahora. Yo os digo que le tengo por peligroso camino, y que podria el demonio venir á hacer perder la devocion con el Santísimo Sacramento. El engaño que me pareció á mí que llevaba, no llegó á tanto como esto, sino á no gustar de pensar en Nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo : y ví claramente que iba mal, porque como no podia ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma me parece como un ave revolando, que no halla á donde parar, y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes, ni medrando en la oracion. Y no entendia la causa, ni la entendiera, á mi parecer, porque me parecia que era aquello muy acertado ; hasta que tratando la oracion que llevaba con una persona sierva de Dios, me avisó. Despues ví claro

cuán errada iba; y nunca me acaba de pesar de que haya habido ningun tiempo que yo careciese de entender, que se podria mal ganar con tan gran pérdida, y cuando pudiera, no quiere ningun bien, sino adquirido por quien nos vienen todos los bienes.

Sea para siempre alabado.—*Amen.*

DEL ORIGEN Y CAUSA DEL AMOR DE JESUCRISTO.

QUE ESTE AMOR ES SIN TÉRMINO.

(DE FRAY DIEGO DE ESTELLA.[1])

Recoge tus pensamientos, ánima mia; entra dentro de ti misma, y en silencio y soledad considera la parte que te cabe de tan grandes riquezas como estas. Dime, cuando aquella ánima santísima de Jesucristo, en aquel dichoso punto que fué criada, abrió los ojos, y se vió tal cual se vió, y conoció de cuyas manos le venia tanto bien, y como el que nace rey, y no lo ganó por su lanza, y se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese arrodilladas delante de sí á todas las gerarquías del cielo, que en aquel dichoso punto lo adoraron, como dice el Apóstol[2], dime, si es posible de decirse, con qué amor amaria esta tal ánima al que así quiso glorificarla. ¿Con qué deseos codiciaria que le ofreciese algo en que poder agradar y servir á tal dador? ¿Hay algunas lenguas de Serafines ni Querubines que esto puedan decir? Pues añado mas, que á este deseo le fué dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase por la honra y obediencia suya, y que tomase á pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansase hasta salir al cabo con ella, y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas para obrar es por amor, porque todas ellas obran por amor de algun fin que desean, cuyo amor concebido en sus

[1] *Meditaciones devotísimas del amor de Dios*, XV y XVI. — [2] Hebr., 1.

entrañas les hace trabajar, y por tanto pues el Hijo de Dios humanado habia de tomar sobre sí esta obra de la redencion de los hombres, menester era que los amase con tanto amor y deseo que por amor de verlos remediados y restituidos en su primera gloria, se pusiese á hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario.

Despues que conoció esto aquel ánimo tan generoso, deseoso de agradar al Eterno Padre con linaje de inefable amor, se volvió hácia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre. Vemos que cuando algun tiro de artillería echa una bala con mucha pólvora y fuerza, si la pelota resulta á soslayo de donde va á parar, tanto con mayor ímpetu resulta cuanto mayor furia llevaba. Pues así aquel amor del ánima de Jesucristo para con Dios llevaba tan admirable fuerza, porque la pólvora de la gracia que le impelia era infinita, cuanto despues de haber ido á herir derechamente en el corazon del Padre, resultase de allí al amor de los hombres, con cuánta fuerza y alegría volveria sobre ellos para amarlos y remediarlos, no hay lengua ni virtud que esto pueda significar. Esta es aquella fuerza que significó el profeta cuando dijo : « Alégrese así como gigante para correr el camino : desde lo mas alto del cielo fué su salida, y su vuelta hasta lo mas alto de él, y no hay quien se pueda esconder de su calor[1]. » ¡Oh amor divino, que saliste de Dios, y bajaste al hombre, y volviste á Dios porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios, y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede defender de tu amor, porque hace fuerza á los corazones, como dice tu santo Apóstol : « La caridad de Cristo nos hace fuerza[2]. » Este es aquel hervor y diligencia que significó tu Santa Iglesia en los Cantares cuando dijo : « Miradle como viene con tanta priesa, saltando los montes y traspasando los collados. Semejante es mi Amado á la cabra montés, y al hijo de los ciervos segun la lijereza que trae[3]. » Esto mismo significó el profeta Isaías, cuando dijo :

« No se entristecerá ni turbará hasta establecer en la tierra juicio y concierto, y su ley esperarán las islas[4]. » De aquí nacieron aquellas palabras tan animosas que dijiste : « Si diere yo sueño á mis ojos, y dejare siquiera un poquito pegar mis párpados; si tomare algun descanso para mi vida, hasta que halle en la tierra morada y lugar para

[1] Psalm., 18. — [2] 2 Cor., 5. — [3] Cant., 2. — [4] Isai., 42.

con los hombres[1]. » Esta es la fuente y orígen del amor de Cristo para con los hombres, si lo quieres saber : porque no es causa de este amor la virtud, ni bondad, ni hermosura del hombre, sino las virtudes de Cristo, y su agradecimiento, y su gracia, y su inefable caridad para con Dios. Esto significan aquellas palabras suyas, cuando dijo el jueves de la cena á sus discípulos : « Porque conozca el mundo cuanto yo amo á mi Padre, levantáos y vamos de aquí adonde he de morir por los hombres en la cruz[2]. » Cata aquí ahora, ánima mia, la causa de este amor tan grande. Tanto mas quema el resplandor del sol cuanto mas recios son los rayos que lo hacen reverberar. Los rayos de fuego de este divino Sol iban derechos á dar en el corazon de Dios, y de allí reverberaron sobre los hombres. Pues si los rayos son tan derechos, ¿qué tanto quemará su resplandor? No alcanza ningun entendimiento angélico que tanto arda este fuego, ni hasta donde llegue su virtud.

Quieres, Señor, que te paguemos nosotros este amor con amor, y que te amemos en recompensa de aquel amor inmenso con que nos amaste y amas.

El amor que nos tuviste, y tienes, te puso en la cruz, y por ser de nosotros amado te entregaste á la muerte. ¡Oh mi buen Jesus, que ahora entiendo lo que dijiste! « Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué es mi deseo sino que arda[3]? » Todo te veo abrasado en amor, y con millares de bocas de fuego, y con llagas casi sin número das combate á mi ánima cercada por todas partes de fuego de alquitran ; que es tu santísimo amor. No sé como ya no se rinde, dándose á partido en las manos de tu Divina Majestad, pues no puede ser que muera quien libremente se sujetare en las manos del que es verdadera vida, segun aquello que dijiste á Santa Marta : « Yo soy resurreccion y vida[4]. » ¿Qué temes, alma mia? ¿Porqué te defiendes de quien es infinito poder? Serafin encendido de amor es; no temas, sino ámale, que no pide sino amor.

Si huyes de la vida, ¿qué resta sino que halles la muerte? Y si temes la muerte, ¿porqué no te das ofreciéndote á la vida, Cristo Jesus, en quien, segun dice su Apóstol, tienes vida, ser y movimiento[5]? Mira cuán grandemente te amó tu Esposo Jesucristo, y no pares ni descanses

[1] Psal. 131. — [2] Joan, 14. — [3] Luc 12. — [4] Joan., 11. — [5] Act., 17.

hasta convertirte todo en su amor, y sea una brasa encendida en puro fuego de amor, segun eres obligada á querer á quien tan admirablemente te amó.

Es de tal suerte el amor que nos tienes, Señor nuestro, Redentor nuestro, y Vida de mi alma, y tan altamente nos amas, que no es el término de tu amor solamente hasta la muerte donde llegó, y muerte de cruz, pero pasó mas adelante; porque si como tuviste mandamiento de padecer una muerte te mandaran sufrir millares de muertes, para todas ellas tenias amor, y si lo que te mandaran padecer por todos los hombres te mandaran hacer por cada uno de ellos, todo eso hicieras por cada uno como por todos [1]. De manera, Señor, que mucho mas amaste que padeciste, y muy mayor amor te quedaba en las entrañas encerrado que lo que mostraste acá de fuera en tus llagas. No sin gran misterio quiso el Espíritu Santo que se escribiese entre las otras particularidades del templo de Salomon, conviene á saber, que las ventanas de aquel templo eran mas rasgadas y abiertas de la parte de dentro que de fuera, y así por de dentro eran mayores de lo que de fuera parecian [2]. ¡Oh amor Divino, y cuánto mayor eres de la parte de dentro de lo que pareces por acá de fuera! Tantas llagas, y tantos azotes, y tan crueles heridas, sin duda nos predican grandísimo amor, pero no dicen toda la grandeza del amor, porque sin duda muy mayor era el amor que allá dentro ardia en tu pecho sagrado de lo que parecia por acá de fuera. Centellas son esas llagas que salen de ese fuego, rama es esa que procede de ese árbol, arroyo que sale de ese piélago infinito de inmenso amor [3]. Esta es la señal que puede haber de amor, poner uno la vida por sus amigos; señal, y no igualdad. Pues si tanto te debo, Dios mio y mi Señor, por lo que hiciste por mí, ¿cuánto mas te deberé por lo que deseaste hacer? Si tanto es lo público que ven los ojos de todo, ¿qué tanto mas es eso que ven solo los ojos de Dios? ¡Oh piélago de infinito amor, oh abismo sin suelo de amor! ¿Quién dudará, Señor, del amor que nos tienes? Suplícote, Salvador

[1] Joann., 10. — [2] 3, Reg., 6. — [3] Joann., 14.

mio, por las entrañas de misericordia que te movieron á darme tus dádivas, que me dés ojos y corazon para que yo conoza y sienta esto, y me gloríe siempre de tus misericordias, y cante todos los dias tus alabanzas.

Si quieres, pues, ahora, ánima mia, barruntar algo de la grandeza del amor de tu Señor, y del deseo que tuvo para padecer por ti, ponte á pensar en la grandeza del deseo que los santos tuvieron de padecer por Dios, y porque por aquí podrás entender algo del deseo que tuvo el Santo de los Santos, pues escede tanto en santidad y gracia cuanto la lumbre del sol á las tinieblas, y mucho mas. Mira aquel deseo que tenian aquellos bienaventurados padres San Francisco y Santo Domingo, los cuales así deseaban el martirio como el ciervo las fuentes de las aguas, y pedia el glorioso Santo Domingo que todos los miembros de su cuerpo fuesen cortados, pareciéndole que era poca cosa un martirio solo, y deseando para cada miembro un martirio. Mira el deseo del bienaventurado Apóstol San Andrés, que viendo la cruz en que habia de morir se requebraba con ella, como con esposa muy amada, y le rogaba se alegrase con él, como él se contentaba con ella. Vengo á otro mas alto martirio, y otra manera de deseo, que fué el de San Pablo, el cual pareciéndole poco todos los géneros de tormentos juntos para satisfacer el amor que á Dios tenia, deseó las mismas penas y tormentos del infierno por la honra de Dios y salud de los hombres. « Codiciaba, dice este Santo Apóstol, ser anatema de Cristo por mis hermanos [1]. » Deseaba en esto ser para siempre apartado de Cristo cuanto á la participacion de la gloria, aunque no cuanto á la gracia y Amor de Dios. Toma pues ahora, oh ánima mia, alas para volar y sube de este escalon hasta las entrañas y corazon de tu Esposo Jesucristo, y mira que si aqueste Apóstol sagrado, no teniendo sino una sola gota de gracia, tenia tan grande amor á los hombres, ¿cuánto mayores serán los deseos del Salvador, que es un mar infinito de gracia, pues segun el amor es el deseo? Esto, Señor, nos quisiste dar á entender en aquellas palabras, cuando dijiste : « De un bautismo tengo de ser bautizado ¿ y cómo vivo en estrechura, hasta que llegue su hora? [2] » Angustiábase, y afligíase, Señor, tu corazon, porque era tan grande el deseo que tenias de verte ya por amor de nosotros tendido en tu propia sangre, que cada hora que esto se di-

[1] Rom., 9. — [2] Luc., 12.

lataba te parecia mil años, por la grandeza del amor. Y de aquí nacía aquella fiesta gloriosa de los ramos, que quisiste que te se hiciese cuando ibas á padecer, por enseñar al mundo la alegría de tu corazon, pues así cercado de rosas y flores quisiste ir al tálamo de la cruz. No parece, Señor, que vas á la cruz, sino al desposorio, pues es tanta la fiesta que quières que se te haga en el camino.

(DE SAN JUAN DE LA CRUZ.)

El primer cuidado que se halle en ti procura sea un ánsia ardiente y afecta de imitar á Cristo en todas tus obras, estudiando de haberte en cada una de ellas con el modo que el Señor se hubiera.

Desnuda tu corazon de todo consuelo y deleite que puede ocurrirte mirando á Cristo, cuyos deleites fueron hacer siempre y en todo la voluntad de su Padre Eterno.

El que no busca la cruz de Cristo desecha su gloria, y el que la desea no la hallará fuera de ella.

Dios para amar el alma, no mira la escelencia de ella, sino la grande humildad y desprecio que de sí mismo tiene.

Reine en tu alma siempre un estudio de inclinarse, no á lo fácil, sino á lo mas dificultoso; no á lo que es mas de gusto, sino desabrido ; no á las cosas altas y preciosas, sino á las humildes y deshechas ; no á lo mas, sino á lo que es ménos, procurando no apetecer lo que es algo, queriendo en todo la nada.

Mayores cabidas tiene en los aprecios de Dios el alma determinada á recibir por su amor toda suerte de desconsuelo interior, y trabajo que le venga, que si hubiera en ella grandes meditaciones y visitaciones espirituales, cuantas ella pueda recibir.

De mayor agrado es para Dios el menor ejercicio de obediencia y sumision que otra suerte de obras grandes con que le puedas servir.

Desnúdate de tus afectos, y hallarás el deseo de tu corazon, pues es dudoso conocer si todo apetito es segun Dios.

El que obra gobernado del amor puro de Dios, aunque llegase á conocer ser posible dejar Dios de conocer sus obras, no desistiria en ellas ejecutándolas con igual gozo y pureza de amor.

El que interrumpe los ejercicios y cursos de la oracion, es como el que teniendo un pájaro en la mano le echa á volar, que con dificultad le coge.

Mas vale un solo pensamiento del hombre que todo el mundo, y por eso solo Dios es digno de él, y á él se le debe, mereciendo título de hurto y robo cualquiera consideracion y pensamiento que fuera de Dios tiene el hombre.

Aquello que mas procuras, y que con mayores ansias deseas, no lo hallarás si por ti lo buscas, ni por lo levantado de la contemplacion, sino en la humildad profunda y rendimiento del corazon.

No quieras fatigarte en vano, ni pretendas entrar en los gozos de sabor y suavidad de espíritu, si no es abrazando la negacion de aquello mismo que pretendes.

Busca siempre el espíritu robusto y fuerte, y á ninguna cosa inclinado, y con esto hallarás suavidad y paz en abundancia ; pues el sabor, dulzura y permanencia que tienen los frutos, solo se hallan y cogen en los árboles de regiones frias.

Dichoso el que, dejada la propia inclinacion y gusto, de tal manera mira las cosas que solo advierta en ellas lo que es razon y justicia.

Aquel de verdad venció todas las cosas á quien el sabor de ellas mueve á gozos ni la amargura causa tristezas.

No es la voluntad de Dios perturbacion en las almas, ó que padezcan en cosa alguna, y si esto sucede nace de estar poco perfecta la virtud. Pues vemos que los adelantados en ella se gozan con lo mismo que el imperfecto padece.

Sé cuidadoso de no introducirte en ocupaciones ajenas, ni acordarte de ellas, cuando apenas basta al cumplimiento de tus inclinaciones.

No sospeches mal contra tu hermano, porque este pensamiento quita la pureza del corazon.

¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer cuando se trata de trabajos, cuando mayores y mas graves son tanto mejor es la suerte del que los padece?

Bástate Cristo crucificado, sin otras cosas; con él padece y descansa, y sin él nada quieras, procurando estudiar, quitar de tí todas las propiedades, inclinaciones, y deshacerte á ti mismo.

Ama sobre todo bien los trabajos, y no juzgues hacer algo en padecellos, por dar gusto á aquel Señor que no dudó morir por ti.

TERCERA ESTACION

TERCERA ESTACION

JESUS CAE POR PRIMERA VEZ AGOBIADO CON EL PESO DE LA CRUZ.

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.	℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.	℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

Considera, alma mia, como Jesucristo, agotadas sus fuerzas, cayó por primera vez bajo el enorme peso de la cruz : sus miembros estaban despedazados al rigor de los recientes azotes; su cabeza coronada de espinas, habiendo derramado ya mucha parte de su sangre ; el estado de debilidad en que se hallaba, apénas le permitia andar; la cruz era pesada; los verdugos le empujaban inhumanamente : así fué como Jesus cayó varias veces, y así quiso expiar nuestras caidas, y enseñarnos á levantarnos por medio de las austeridades de la penitencia, cuando tenemos la desgracia de caer en el abismo del pecado.

Jesus mio muy amado, la enorme carga de mis pecados, mas bien que la cruz, es la que os ha hecho caer abrumado de tormentos. ¡Ah! por los merecimientos de esta primera caida, no permitais que yo caiga en pecado mortal. Os amo de todo corazon, y me arrepiento de haberos ofendido : no consintais que vuelva á ofenderos. Haced, Señor, que os ame siempre, y disponed de mí segun vuestra voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea e tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

DE LA SUBIDA AL CALVARIO[1].

Asomad, salid del celestial paraiso, ¡oh ángeles y serafines! acompañad al Señor al monte Calvario para ser allí crucificado. ¡Oh espectáculo! ¡todo un Dios va á ser sacrificado por los hombres! ¡contempla, alma mia, á tu divino Salvador, contempla cómo camina hácia el suplicio, para redimirte de tus pecados! ¡contémplale caido y coronado de espinas, lleno de heridas y todo bañado en sangre, y con el pesado leño que le agobia, miéntras uno de aquellos insaciables verdugos le arrastra con violencia tirando brutalmente de la cuerda en que va atado. ¡Oh Dios mio, tal es la fatiga con que camina Jesus, que parece que va á rendir el alma á cada paso! ¿A dónde te diriges, divino Cordero? A morir por ti, nos responde: cuando haya muerto sobre este leño, acuérdate del infinito amor que he sentido por ti, y ámame. ¡Ah Redentor mio! ¿cómo he podido vivir un solo instante tan olvidado de vuestro amor? ¡Oh pecados mios detestables! vosotros llenasteis de amargura el corazon de mi divino Salvador que no latia sino para amarme. Jesus mio, me arrepiento de las ofensas que contra vos he cometido, y os doy gracias infinitas por el esceso de misericordia que me habeis dispensado, y os amo de todo corazon. Os adoro con toda el alma y no quiero amar sino á vos solo. Despertad de continuo en mi mente el amor que me habeis tenido, á fin de que nunca jamas pueda yo olvidarme de amaros.

Hijo escelso del eterno amor infinito que padeceis por estos mismos

[1] De San Alfonso M. de Ligorio. *Manual de Meditaciones.*

hombres que os aborrecen y maltratan; vos á quien adoran los ángeles, que sois la magestad infinita, y que habríais honrado á los hombres solo con admitirlos á besar vuestros piés, ¿cómo pudisteis consentir en ser el juguete de una chusma desenfrenada? Permitid, Jesus mio, que yo tambien sea humillado para atestiguaros mi amor, y cual lo fuísteis vos para declararme la inmensidad del vuestro. ¿Hay afrenta alguna que pudiera yo resistirme á sobrellevar, si considero las muchísimas que vos sufrísteis por mí?

La vida de nuestro amante Redentor fué la mas afligida y destituida de consuelo. Vióse sumergido en un océano de amargura, *porque su tribulacion fué grande como el mar.*[1] El Señor manifestó á Santa Margarita de Cortona, que durante toda su vida no habia tenido ni un solo consuelo sensible.

La tristeza que se apoderó de su alma en el huerto de Getsemaní, y que segun sus mismas palabras bastaba á darle la muerte : *Mi alma siente angustias mortales*, no solo le afligió entónces, sino que, hasta el instante de su muerte, tuvo siempre presente todos los sufrimientos que le restaban por padecer.

Pero lo que mas le angustió durante toda su vida, aun mas que las torturas que le estaban preparadas, fué la perenne contemplacion de los delitos que los hombres habian de cometer despues de su muerte. Habia venido justamente para borrar los pecados del mundo, y para salvar las almas de los hombres, y con todo esto veía que las iniquidades se multiplicarian sobre la tierra, previéndolas todas, distinta y particularmente, lo cual le causó un dolor inesplicable miéntras vivió en este mundo, como dice San Bernardino de Sena : *Vió todas las cosas juntas y cada una en particular*. Hé aquí, pues, la causa del mayor dolor de Jesucristo : dolor que escedió infinitamente á todos los dolores de todos los pecadores arrepentidos, aun cuando muchos de estos hayan muerto de puro dolor de sus pecados.

Los santos mártires han sufrido ecúleos, garfios, planchas ardientes y otros tormentos; pero el Señor les enviaba siempre algun consuelo, alguna satisfaccion interior, que dulcificaba sus tormentos; y ninguno de ellos sufrió ni una mínima parte de los martirios que padeció Jesucristo : el dolor del Redentor fué todo dolor, y su tristeza, todo tristeza, sin consuelo alguno. *La magnitud del dolor de Cristo*, dice el doctor evan-

[1] Jerem., Lám. 2, 13.

gélico, *debe ser considerada por la esclusion de todo lo que no fuese dolor y angustia.*[1]

Tal fué la vida de nuestro Salvador, y tal fué su muerte, á saber: una afliccion constante. Jesucristo al subir al Calvario nos convida á que le sigamos. Sí, Dios y Señor mio, vos inocente caminais delante de mí, arrastrando el pesado leño en que habeis de morir: ya os sigo, pues no quiero apartarme de vos un solo instante. Enviadme la cruz que sea de vuestro agrado, que ya deseo abrazarla y seguiros con ella imitando vuestra resignacion y vuestro amor hasta la hora de la muerte.

Pero, ¡ah! ¿quién podrá contemplar con indiferencia el culpable desprecio que hacen los hombres de la pasion de Jesucristo? Entre los mismos cristianos, ¿cuántos son los que meditan con la constancia y fervor que se merecen los dolores y las ignominias que el Redentor ha sufrido por nosotros? Apénas en los últimos dias de la Semana Santa, durante los cuales nuestra Madre la Iglesia con fúnebres cantos, con la desnudez de los altares, con las tinieblas y con el silencio de las campanas, se esfuerza en representarnos la pasion y muerte de Jesus, apénas, repito, nos ocupamos entónces en meditar la pasion, y esto como de paso, y para no volvernos á acordar de ella hasta otro año; como si la pasion de Jesus fuese una fábula, ó como si hubiese muerto para la redencion de otros seres ó vivientes diferentes de nosotros. ¡Oh Dios! ¡cuál será la pena de los condenados en el infierno, al contemplar todo lo que Jesucristo hizo para salvarles, y todo lo que ellos hicieron para perderse! No permitais, Jesus mio, que yo me cuente en el número de aquellos desdichados. No; nunca jamas dejaré de meditar en el amor que me habeis manifestado; en ese amor que os ha conducido á sufrir tantas penas é ignominias. Ayudadme, Señor, á hacer que os ame: Traed de contínuo á mi memoria las pruebas que me habeis dado de vuestro amor.

[1] P. 3. Gt. *quest.* 46, *a.* 3.

DEL PASO DE LA CRUZ Á CUESTAS,

Y DOLORES DEL SALVADOR EN EL CAMINO DEL CALVARIO. — DEL PROFUNDO ABATIMIENTO QUE SUFRIÓ EL REDENTOR CUANDO CAYÓ EN TIERRA CON EL PESO DE LA CRUZ.

(DE FRAY PANTALEON GARCIA.)

Señor, ¿de dónde proviene que estén teñidos
en sangre vuestros vestidos?
(Isaí. lxiii.)

¡Gran Dios! gritaba el profeta Isaías abismado y como fuera de sí, á vista de un espectáculo tan tierno, tan lastimoso y tan singular como el que tenemos delante de los ojos. « ¡Gran Dios! ¿porqué están teñidos en sangre vuestros vestidos? » *Quare rubrum est indumentum tuum?* Este profeta, el mas ilustrado acerca del misterio de nuestra eterna salud, poco ántes habia visto en espíritu á este Hombre-Dios victorioso de sus enemigos, cargado con los despojos de los idumeos y mohabitas, y dominando en todas las partes de la tierra, desde el Oriente al Occidente, y desde el Setentrion al Mediodia. El teatro de sus victorias habian sido Edon y Bosra: *Quis est iste, qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra?* Le habian visto vestido de esplendor y gloria acometer, como capitan vencedor, con esfuerzo y valentía á sus enemigos, y obligarlos á una fuga indecorosa, con ménos trabajo y fuerza que la que necesitaron, Abrahan para arrojar los cuatro reyes de Sodoma, Josué para vencer á Amalech, Aod para degollar á Eglon y acabar con mas de diez mil mohabitas, Débora para quitar la vida á Sísara y sus ejércitos, Jepté para rebelar las ciudades de los hijos de Amon: *Iste formosus in stola sua, gradiens in multitudine fortitudinis suæ.*

El mismo Señor habia asegurado que su primer designio era cumplir las promesas que tenia firmadas con su palabra, que es palabra de justicia y verdad; y en lugar de que Salomon no reinó sino en la Judea, Dario sobre los parthos y babilonios, Faraon sobre los egipcios; en lugar

de que Nabuco no estendió su imperio mas que desde la India hasta la Etiopía, y Alejandro el Grande no pudo conquistar toda el Asia, él se haria reconocer por todos los pueblos y naciones, no solo por su Rey y por su Juez, sino tambien por su Legislador y su Dios, á fin de salvar las reliquias de su pueblo afligido : *Ego qui loquor justitiam, et propugnator sum ad salvandum.*

Todo este teatro de grandeza y magestad lo vió Isaías repentinamente trocado : el poder mudado en debilidad, la fuerza en flaqueza, la elevacion en abatimiento, la hermosura de sus vestidos en una túnica ensangrentada : el Dios del poder, el Dios de los ejércitos, el Dios terrible, constituido en la última miseria; así como le veis, rasgadas y despedazadas las carnes, molido el cuerpo, y todo desangrado; penetrada la cabeza con setenta y dos espinas, y aturdida por causa de los dolores, de los gritos y falta de la sangre ; ciega la vista y turbada por la hinchazon de los ojos y la sangre helada en ellos ; tupidos con la misma sangre los oidos y las narices ; abierta la santísima boca y toda ensangrentada ; acelerada la respiracion con el peso de un tosco leño que lleva sobre los hombros, y la violencia con que la mas vil canalla le lleva al Calvario, para que acabe la vida en el suplicio afrentoso de la cruz.

Este acaecimiento tan nuevo fué el que sorprendió al profeta, y le obligó á preguntar á Dios la razon : Señor, Señor, ¿quién os ha puesto en tan lamentable estado? ¿quién os ha cargado de esa cruz, que con su ignominia os llena de confusion, y con su peso os renueva todas las heridas hasta teñir en sangre vuestros vestidos? *Quare ergo rubrum est indumentum tuum ?*

¡Ah, cristianos! no preguntemos nosotros, no, cuál es la causa de un espectáculo igualmente nuevo que doloroso : nosotros somos los que hemos puesto á este admirable Salvador en ese estado : nuestras culpas son las que le han cargado sobre los hombros esa pesada cruz, y las que agravan su peso : nuestras ingratitudes son las que le han arrebatado de los brazos de su Madre, y le llevan al monte del sacrificio, exhausto de fuerzas, cayendo y levantando, y casi en términos de espirar. Aplicaos, pues, á contemplar por menor lo que hacen sufrir al Redentor nuestras culpas en este amargo camino, para aprender lo que debe ser siempre el motivo de nuestro dolor.

Dad lugar en vuestros corazones á ese hacecito de mirra, buscado con tanta ansia de la Esposa, y conservado con tanta complacencia ;

quitadle la corteza para penetrar á fondo su amargura; buscad con diligencia las coyunturas de ese manso Cordero que va á ser sacrificado, segun lo habia figurado el de la ley. Divididle en partes muy menudas; pues si así lo mandó hacer Dios en el Levítico con la oblacion que era de sarten, fué porque representaba á Jesucristo que va á ofrecerse á su Padre, hostia sangrienta para satisfacer por la culpa.

No mireis solo de paso y en la superficie los abatimientos y penas que sufre el Redentor en este camino al Calvario. Si así lo hiciéramos, Jeremías tendria razon para quejarse en persona del Salvador: « Mi pueblo, ese pueblo á quien dí tantas pruebas de mi cariño, me ha olvidado para siempre. » David hablaria con igual justicia, diciendo: « Mis amigos no se han acordado de que los libré de la mano fuerte que los atribulaba. » Levantaos, pues, sobre los pensamientos humanos, y poneos de asiento á descubrir en este doloroso paso una crueldad impía, un profundo abatimiento, un penetrante dolor.

Si quereis comprender á poca costa la crueldad con que trataron al Salvador los judíos cuando le pusieron la cruz sobre los hombros, representaos los funestos empeños de la envidia, de la ira y del odio.

¡Oh envidia, qué estragos no has hecho en el mundo! Tú moviste á los hijos de Jacob para que vendiesen á su hermano José, solo porque era amado de su padre con mas ternura: tú cegaste á Saul para que no viese el mérito de David, antes le persiguiese con teson, solo porque despues de muerto el Filisteo, le aplaudian con ventajas las mujeres de Jerusalen: tú pusiste en las manos de Cain el instrumento con que quitó la vida inocente de Abel, solo porque el cielo miraba con mas aceptacion sus sacrificios.

¡Oh pasion atrevida de la ira! no has sido tú menos cruel: tú precipitaste al rey Acab, para que sin atender á las justas razones de Naboth, le quitase con violencia la viña y la vida: tú diste ocasion á Senacherib para que pasase á cuchillo una multitud de judíos que no asentian á sus proyectos: tú moviste á Aman para que persiguiese al justo Mardoqueo, y alcanzase de Asuero un decreto de estincion contra todo Israel.

¡Oh pasion violenta del odio! ¿hasta dónde no se han estendido tus esfuerzos? Tú fomentaste á los egipcios para que afligiesen á los hijos de Israel hasta la amargura de su alma, y hasta castigarlos desapiadadamente con abrojos y espinas: tú encendiste el fuego de la cólera en el

corazon de Absalon para que persiguiese á Amnon hasta quitarle la vida con dolor de su padre David: tú provocaste á Jezabel para que persiguiese á Elías hasta la muerte, hablando de él como de un hombre vulgar.

Estas pasiones violentas, terribles, fuertes y atrevidas, el odio, la ira, la envidia, fueron las que gobernaron el corazon de los judíos para perseguir al Redentor: no os admireis, pues, si me ois decir que llegó su crueldad en este paso á cuanto puede estenderse la barbarie mas desnaturalizada.

A cualesquiera otros que no hubieran sido preocupados de tan crueles pasiones, hubiera movido á compasion la imágen lastimosa de ese Hombre-Dios que puso Pilato á la vista del sacrílego pueblo, aunque hubiera sido Jesucristo el hombre mas facineroso; porque á la verdad, entónces se vió cumplida á la letra la profecía de Isaías. Vímosle, y no tenia figura ni apariencia de lo que era: *Vidimus eum, et non erat aspectus.*

Abel, David, José, Naboth, Elías, Mardoqueo, hijos de Israel, Amnon, nunca fuísteis vosotros tan dignos de compasion como el Hijo de María Santísima; y me atrevo á asegurar que si os hubieran visto vuestros perseguidores en el lastimoso estado á que llegó Jesucristo cuando le pusieron la pesada cruz sobre los hombros, hubieran sido ménos desapiadados con vosotros.

Ya habia sufrido ese Hombre-Dios una bofetada de un soldado atrevido, tan desmedida que le arrojó á tierra, dice San Vicente Ferrer; y como el mismo Jesucristo dijo por Jeremías, ya habian colmado la medida de los oprobios que habia de padecer: *Dabit percutienti se maxillam, saturabitur opprobriis.*

Ya habia sufrido cinco mil y mas azotes aquel delicadísimo cuerpo que se habia fabricado en las puras entrañas de la Vírgen; y los que le atormentaron fueron seis feroces verdugos, segun la doctrina de san Gerónimo. Dos de estos le habian castigado con espinas y abrojos; dos con cordeles nudosos; dos con cadenas de hierro con garfios acerados, hasta despedazar todo su cuerpo sacrosanto; y como añade San Bernardo, hasta empapar el aire con su sangre. Las heridas, los golpes, los puntapiés, las salivas, las pesadas cadenas con que le habian amarrado á la columna, le habian puesto como otro Job sin parte sana desde el pié hasta la cabeza; todo lleno de llagas, ó por mejor decir, todo su cuerpo era una

llaga, segun la espresion de Isaías : *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.*

Tal fué el espectáculo triste que presentó Pilato al pueblo para ver si podia libertar á Jesus; pero, ¡ah barbarie! todos clamaron á una voz : *Crucifigatur*. No, no, crucifícale, sentencíale á muerte, que ya tenemos preparado el instrumento de su último suplicio : *Crucifigatur*. ¿Puede pensarse barbaridad mas horrible? Caton lloró cuando vió los cadáveres de los romanos, contra los cuales habia movido sus armas. Lloró Tito cuando vió los cadáveres de los judíos á quienes habia perseguido. Y aquel Alejandro, que con tantos gastos, con tantos sudores, con tantas fatigas habia procurado quitar del mundo á Darío, con todo eso cuando llegó á vista de su cadáver ensangrentado, no pudo contenerse sin llorar.

¿Por ventura habian recibido mas heridas, ni se hallaban en tan lastimoso estado los romanos, los judíos, ni Darío, como el Hijo de María Santísima cuando le presentaron el duro lecho de la cruz? Con todo no halló en sus perseguidores compasion ; ántes claman, y como hambrientos de su sangre, piden á voces que sea crucificado, y que para mayor tormento suyo cargue con una pesada cruz hasta el Calvario : *Crucifigatur*.

Piedad, ¿dónde estás? Compasion, ¿qué te has hecho? Caridad, ¿á dónde te has ausentado? Olvidados los judíos de los sentimientos naturales, como crueles elefantes embravecidos con la vista del sangriento cuerpo del Salvador, apenas oyen la sentencia del juez mas inícuo que jamas ha visto el mundo, cuando acometen al Señor en tropel con alboroto y vocería, y le ponen sobre aquellos delicados hombros el instrumento de su último suplicio, la cruz. ¡Ay dolor, y qué peso tan intolerable para unos hombros tan cansados!

Dos pesos tenia la cruz, ambos capaces de fatigar al mas agigantado en fuerzas y poder. El uno el peso material del leño, el otro el peso de nuestros pecados que Jesus habia tomado sobre sí para lavarlos con su sangre en el Calvario. Santos Padres de la antigua ley, vosotros os visteis debajo de las encinas, pero llenos de bendiciones de dulzura. Abrahan debajo de una encina en el valle de Mambre hizo con Dios pacto de confederacion : allí se le hicieron saber las primeras promesas, y se le anunció el nacimiento de Isaac: el Señor se le mostró en hábito de peregrino, y le instruyó en el misterio de la Circuncision.

Josué renovó tambien debajo de una encina el pacto que habia hecho

con Dios de arrojar los ídolos y la supersticion; en cuyo testimonio puso al pié de aquel árbol una piedra de desmedida grandeza. Jacob sepultó debajo de una encina en Sichen los ídolos y los adornos que les estaban consagrados, con el fin de destruir su falso culto.

Débora, aquella gran profetisa de Israel, fué sepultada debajo de una encina por premio de sus victorias. El ángel del Señor si se deja ver del pueblo amado, es sentado al pié de una encina para significarles su proteccion. Solo, solo Jesucristo se ve debajo de una encina oprimido de dolor y angustia, y cual otro Absalon, no por desobedecer á su padre, ántes bien por seguir su voluntad, moribundo, y sin alientos de vida: *Adhæsit caput ejus quercui, et illo suspenso...* Pesada como la encina era la cruz que cargó ese Hombre-Dios sobre sus hombros.

Sacad de aquí, almas cristianas, dos reflexiones bien sólidas que jamas deberíamos perder de vista para comprender en toda su estension la impiedad de los judíos; la una ser la encina el mas pesado leño, añadiéndose á su natural pesadez que el leño de que formaron la cruz, como quiere Monochio, habia nadado largo tiempo en la piscina de Jerusalen pasando ya por virtud de aquellas aguas el leño, á ser pesado mármol. Pues este leño, tosco y lleno de asperezas, de quince piés de largo y ocho de ancho, fué el que pusieron los bárbaros ministros sobre los hombros de Jesucristo.

La otra reflexion que formo es, que este peso le cargaron sobre los hombros de un hombre que en el huerto habia derramado millares de gótas de sangre; que habia sufrido cinco mil y mas azotes hasta descubrírsele los huesos y la carne. ¡Qué débil, qué enfermo, qué estenuado de fuerzas no estaria aquel afligido cuerpo! Con todo, á ese afligido y cansado cuerpo le cargan el peso tan desmedido de la cruz. Con razon dijo Santo Tomás de Villanueva, que en los hombros de un hombre que no hubiera sido Dios, no hubieran podido cargar el peso de aquella cruz: *Eam nullius puri hominis humerus portare potuisset.* Y aun con ser Dios Jesucristo le abrió la cruz sobre el hombro una herida la mas grande y mas profunda que recibió en su pasion, como se lo relevó á Santa Brígida.

Añadid á este peso otro mucho mas molesto, y capaz de agobiar los hombros mas robustos. Los sacrificios de toros y corderos que se habian ofrecido en la antigua ley, no habian sido suficientes para aplacar á un Dios ultrajado por nuestros pecados. ¿Acaso podrian millares de holo-

cáustos, ni aun la sangre de todo el género humano satisfacer á su justicia? *Numquid placari potest Dominus in millibus arietum?*

Estad ciertos de que solo Jesucristo, ese Hombre-Dios podia pagar suficientemente por nuestros pecados. Él se ofrece á esto voluntariamente, y toma sobre sí todas las maldades del mundo, segun el oráculo de Isaías: *Posuit in eo iniquitatem omnium nostrum.* Se olvida, digámoslo así, de que es el Santo de los santos, y se reduce á ser maldicion por los hombres, segun la espresion de la Escritura: *Factus pro nobis maledictum:* á ser la víctima del pecado: *Propitiatio pro peccatis;* y pues que San Pablo lo ha dicho, yo lo diré despues de él y en el mismo sentido, que se redujo Jesus á ser objeto de la ira de su Padre, como lo es el pecado: *Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit.*

En virtud de esta fineza nota San Juan Crisóstomo que no habia suplicio alguno que no le fuese debido á Jesucristo: humillaciones, ultrajes, azotes, clavos, espinas, todo esto en el estilo del Apóstol era la paga del pecado; y yo añado que nada le era tan debido como la cruz, pues en ella habia determinado cargar nuestros pecados, segun la frase de San Pedro: *Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum.*

Soberbios, sobre ese leño carga Jesucristo ese fausto y lujo con que os vestís: avaros, sobre Jesus cargan vuestras injusticias: lascivos, sobre sí lleva Jesucristo vuestras impurezas. Inferid de aquí, qué intolerable seria para el Redentor el peso de la cruz. Un solo pecado pesó tanto que derribó á Luzbel del cielo al abismo; otro hubo de sumergir la nave en que caminaba á Tarso Jonás; otro pecado hundió á los egipcios en el mar, y los hizo descender á lo profundo; ¿pues en qué afliccion no pondria á Jesucristo la cruz en donde estaba el peso de todos los pecados del mundo, de los pecados de todas las naciones, de los pecados de todos los estados?

Allí estaba la desobediencia de Adan y la de Saul; allí la concupiscencia de Eva y la de Dina; allí la embriaguez de Noé y la de Lot; allí las idolatrías de Manasés y de Israel; allí la deshonestidad de Salomon y la de Amnon; allí la blasfemia del hijo de la israelita que fué apedreado en el desierto, y la de Holofernes; allí los falsos consejos de Balaan y de los hijos de Amnon; allí la envidia de María y de Rachel; allí el celo indiscreto de Josué y Abisaí; allí los escándalos de los hijos de Elí y los de Jezabel; allí... ¿pero intento yo numerar los pecados del mundo?

Digamos lo que Jesucristo mismo nos enseña como buen testigo y juez de lo que sufrió en esta situacion cruel, y diremos bastante : *Circumdederunt me dolores mortis, et torrentes iniquitatis conturbaverunt me.* Porque segun la interpretacion de San Agustin, de Jesucristo personalmente se deben entender estas palabras : « Los dolores de la muerte me han rodeado, y los torrentes de maldad me han conturbado enteramente. » De este paso me parece que habló Jeremías cuando dijo hablando de Jesucristo : *Magna est velut mare contritio tua.* ¡Ay, Señor! vuestro dolor es como un mar dilatado, cuyo fondo no se puede ver, ni medirse su inmensidad; porque los pecados hicieron tan gravoso el peso de la cruz, que el dolor y la angustia entraron como rios en el alma del Hijo de Dios para formar el mas caudaloso mar de amargura.

¡Ah, cristianos! vosotros los que no llevais la cruz, ó segun la espresion de San Juan Crisóstomo, los que huís de ella como si fueseis mónstruos incapaces de domesticarse, ¿podeis oir estas verdades con semblante alegre y tranquilo? ¿Eres discípulo de Jesucristo? pregunta el Crisóstomo. Imita, pues, á este Maestro. ¿Quién puede llamarse discípulo de Cristo si no sigue sus pisadas? Esas pisadas de Jesus no son de alegría y contento, sino de cruz y de lágrimas. Estas os pide el Salvador para que lloreis en la amargura de vuestros corazones la impía crueldad de los judíos en cargarle con el pesado leño de la cruz : peso que le obligó á dar en tierra con su rostro santísimo. Oid ahora su profundo abatimiento : segundo objeto de nuestra contemplacion.

¡Con cuánto ardor, católicos, habia deseado Jesucristo llevar la cruz sobre los hombros para ahogar por ese medio nuestros pecados en el mar profundo de su sangre! Yo le oigo hablar en las Escrituras sobre este punto con un ansia que le saca de sí, y le oprime tanto, que le obliga á decir á voces que se tarda en consumar el sacrificio. Escuchad cómo se esplica con esta santa impaciencia en la persona del santo Job : « ¿Cuándo será aquel dia en que yo acometido por todas partes, maltratado, ultrajado en todo mi cuerpo, cargado con los pecados de los hombres, no halle otro consuelo sino verme sin alivio? Padre mio, ¿cuándo cesareis de afligir á mi pueblo? Volved el azote contra mí solo : » *Vertatur, obsecro, manus tua contra me.*

Con iguales ansias se esplicó con los Apóstoles : « Yo debo ser bautizado, dijo, con un bautismo de sangre, y se me hace tarde el que no

llegue ya el tiempo de que se cumpla : » *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur?* En otra ocasion dijo : « Con gran deseo he estado de celebrar con vosotros esta última Pascua; » porque despues de ella, como comenta el Crisóstomo, me amenaza el suplicio afrentoso de la cruz : *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum.*

En consecuencia de este ardor, con que deseaba la cruz, cuando se la presentaron delante los soldados para ponérsela sobre los hombros, levantado los ojos hácia ella, y echándola los brazos como quien se halla con la mayor felicidad, comenzó á decirle mil ternuras con palabras dulces y suaves : ¡Oh cruz santa y preciosa, dijo, por mí tanto tiempo buscada, tantas veces deseada, con ardiente afecto solicitada, y ya con grande gloria para mí preparada! Ven, descanso mio, alivio único de mis abrasadas ansias, glorioso fin de mis tormentos, dolores y fatigas, principio de mi gloria, centro de mi reino, triunfo de mis victorias, insignia de mis capitanes, y estandarte real de mis ejércitos. Ven ahora á mis brazos, amada mia, y luego me recibirás en los tuyos : descansa ahora en mí, que luego descansaré y dormiré en ti el sueño de la muerte. »

Así se esplicaba el Salvador, cuando sin dar espera los ministros, le cercan en tropel con la violencia que el mismo Señor refiere por boca de David. *Circumdederunt me vituli multi : tauri pingues obsederunt me. Aperuerunt super me os suum sicut leo rapiens et rugiens... Circumdederunt me sicut apes.* « Me cercaron como violentos becerros, como rabiosos toros acometieron contra mí, como un leon que busca la presa para tragarla me querian despedazar :.. como abejas á quienes han robado el panal me punzaban y herian. » Sin perder momento dan principio á aquella triste procesion que hizo llorar amargamente á los ángeles de paz, y cubrió de luto al cielo y á la tierra.

En otro tiempo, decia el profeta Oseas, que la salida de Cristo bien nuestro se preparó como aurora : *Quasi diluculum præparatus est egressus ejus.* Mas ¡qué diferente preparacion la de esta salida! La preparacion de la aurora son luces, son resplandores, son desatar prisiones de tinieblas, son músicas de las avecillas; pero esta salida fué preparada con sombras de aquel rostro santísimo que resplandeció como el sol en el Tabor, con prisiones de aquellas manos que fabricaron la luz, con voces horrendas de injurias que un infame pregonero publicaba contra la misma inocencia, con dos ladrones que llevaban en medio á

Jesucristo para mayor confusion y vergüenza del Señor, con una multitud confusa de pueblo y soldados, que con grande estrépito se encaminan al Calvario.

Así sale, almas, este inocente Abel al campo para morir á manos de sus hermanos : así sale este justo Noé con el arca que ha fabricado para que os salveis en ella : así sale como Isaac cargando sobre sus hombros la leña para ser sacrificado : así sale este querido Benjamin encaminándose á Egipto para dar la libertad á sus hermanos : así sale como Josué llevando en mano el escudo con que ha de conquistar la rebelde ciudad de Hai : así sale como Jacob con el arco en la mano para obedecer á su padre, ó como Moisés con la vara para abrir camino franco á sus hermanos en las aguas del mar.

Continuad, fieles, con la consideracion por ese camino que lleva el Salvador, y veréis lo que jamás han visto los siglos. Cuando José salió del palacio de Faraon, gritaba un pregonero á voces que todos hincasen la rodilla, y que el rey le habia llenado de todos sus honores : aquí se manda que á Jesucristo le llenen de injurias y baldones : uno le decia como á David : anda, padece, hijo de Belial; otro le escupe con atrevimiento en el rostro ; allí le tratan de ladron ; aquí le decian que alborotaba los pueblos ; todos hablaban mal de su inocencia, y deseaban tomar venganza de él.

De los balcones, dice San Buenaventura, que arrojaban agua sobre aquella Magestad Divina, y bebia como agua estas afrentas el Hijo del eterno Padre. Otros, dice el mismo doctor, que cogian piedras, y le daban con ellas con muy grande crueldad : otros le daban cruelísimos palos en las espaldas, y otros le tiraban lodo. Dice San Agustin que tendian por el suelo por donde habia de pasar sogas y cordeles, y cuando pasaba el Señor le enlazaban los piés, y tirando le arrastraban por las piedras con furia infernal.

Con golpes tan desmedidos y el peso formidable de la cruz se fueron estenuando las fuerzas hasta que... ¡Pasmaos cielos! ¡Estremeceos columnas del firmamento! hasta que cayó en tierra el Santo de los santos, el Hijo del eterno Padre, la imágen de su sustancia, y el Dios omnipotente, el gran Dios de los ejércitos, que con sola una ojeada arruinó las gentes, y redujo á polvo los montes mas soberbios del siglo; aquel Señor ante quien se estremecen las columnas del cielo, y á sola una señal suya se llenan de pavor; aquel Dios de fortaleza ante quien se arrodillan los que

cargan sobre sus hombros el orbe; aquel Señor que adoraron los ángeles desde el instante de su concepcion por precepto del Padre celestial; aquel Señor que crió los cielos y la tierra y todo lo visible. ¡Oh esceso de abatimiento, y qué objeto tan digno de nuestra contemplacion!

Almas cristianas, ved en tierra caido sobre su rostro, y exhausto de fuerzas á ese Sanson divino, cuya fortaleza era poco antes la admiracion de todo Israel: *Defecit anima ejus, et usque ad mortem lassata est.* Ved al inocente Amasa bañado en su propia sangre, caido en el camino, sin hallar quien se conduela de su afliccion: *Amasa conspersus sanguine jacebat in media via.* Ved al gran sacerdote Onías que agravado con el peso de mil males, ha caido ante el altar en tierra. *Quid videbat summi Sacerdotis vultum; mente vulnerabatur: facies enim et color immutatus declarabat animi dolorem.*

Ved á Jacob cansado del camino, caido en tierra sobre unas piedras, viendo sobre sí una escala por donde debemos caminar al cielo: *Tulit de lapidibus qui jacebant, et supponens capiti suo, dormivit in eodem loco.* Ved al grande Esdras caido en tierra, confundido y sin alientos para levantar los ojos al cielo, cansado con el peso de los pecados del pueblo: *Deus meus confundor, et erubesco levare faciem meam ad te: quoniam iniquitates nostræ multiplicatæ sunt.*

Con vosotros habla ese Dios humillado, y de lo mas profundo de su abatimiento os dice: « ¡Oh vosotros los que pasais por el camino, atended, y ved si hay dolor semejante á mi dolor! » Como si os dijese: ¿porqué pasais, oh crueles, sin tenerme por digno ni aun de una mirada amorosa? ¿porqué no alargais vuestra mano para levantarme, pues vuestros pecados me han puesto en este estado? Ea, deteneos un poco, mirad mi abatimiento, y ved si hallais otro hombre que haya padecido penas semejantes á las mias; mas yo veo que proseguis vuestro camino sin dejarme por prenda última de vuestro amor ni una sola lágrima, cuando derramais tantas por el mundo. Pero ¡oh insensibilidad la nuestra, pues no le queremos consolar! *Sustinui qui simul contristaretur et non fuit, et qui consolaretur et non inveni.*

Con justicia y verdad se quejó Jesucristo en este paso con palabras tan tiernas y sentidas: « Esperé á ver si habia quien se contristase conmigo, y ayudase en mi abatimiento, y no le hallé. » Se acabaron para mí la compasion y las lágrimas. ¿Quién ha sido tan infeliz que no halle alivio á su afliccion, y quien se compadezca de sus penas? Job herido

desde el pié hasta la cabeza, encontró amigos que le consolaron. Heliodoro herido por mano de los ángeles, halló al sacerdote Onías que se compadeciese de su miseria. Pablo y Sila perseguidos y castigados por los judíos, hallaron el custodio de la cárcel que los consolase. Aquel infeliz que caminando de Jerusalen á Jericó, fué despojado, herido y dejado medio muerto por unos crueles salteadores, halló un Samaritano que curase sus llagas.

Solo, solo Jesucristo no ha hallado sino verdugos y hombres desapiadados que aumenten sus dolores, y hagan mas gravoso su abatimiento: todos me vuelven el rostro, y me dan las espaldas: *Verterunt ad me terga*, dijo el mismo Señor por Jeremías.

Vosotros á lo ménos, á quienes he llenado de favores, ¿cómo pasais tan indiferentes sin darme la mano para levantarme? Magdalena, Zaqueo, Mateo, ¿dónde estáis? Lázaro, viuda de Naím, Centurion, ¿no ha llegado á vuestra noticia el estado en que me hallo? Juan, que te has recostado tantas veces sobre mi pecho; Pedro, que me dijiste resueltamente que me seguirias á cualquiera parte donde fuese; Tomas, que esclamaste aun á vista del peligro á que te esponias: vamos y moriremos con él, ¿cómo ahora no venís á levantarme de la tierra? Pero ¡ah! todos mis amigos, todos mis conocidos se me muestran como estraños: *Noti mei quasi alieni recesserunt á me*, que dijo en persona de Job.

Eterno Padre, Dios justo, y Padre de piedad, vos que penetrais mi abatimiento y confusion, ¿habeis olvidado por ventura que soy vuestro Hijo? Mirad que los hombres me maltratan, y léjos de ayudarme para levantarme del suelo, me pisan y me hacen caer de nuevo. ¡Oh eterno Padre, apiadaos de mí! *Miserere mei Deus, quoniam conculcavit me homo.* ¿Porqué ahora tan insensible á mis ultrajes, cuando en otro tiempo no habeis permitido el mas pequeño descomedimiento de los hombres? La tierra tragó á Coré, Datan y Abiron, porque se levantaron contra Moisés, y sufrís ahora que se levanten los hombres contra mí? Enviasteis osos que acabasen con los muchachos que se burlaban de Eliseo, ¿y ahora sufrís que se burlen de mí? Ora cae muerto de repente porque tocó el Arca, los betsamitas porque la miraron con desprecio, ¿y ahora sufrís que á mí me abofeteen y ultrajen?

Secaste la mano de Joroboan porque dió un golpe á un profeta, ¿y sufris ahora que den tantos á vuestro Hijo? ¡Ay Padre mio! ya que no es tiempo de venganza, enviad á lo ménos quien me levante de la tierra.

« Apiadaos de mí, porque me pisan los hombres : » *Miserere mei Deus, quoniam conculcavit me homo.* ¿Pero qué puedo por ahora esperar, cuando vuestra justicia me ha puesto en este estado? Señor, decia David, los hombres no te han perseguido sino porque vos lo habeis querido primero : *Quem tu percussisti persecuti sunt.*

¡Ay hermanos mios! podia yo aquí preguntar á la mayor parte de los cristianos lo que San Bernardo preguntaba á los de su tiempo : *Vides jam quid de tuo sentias ?* ¿Qué pensais de vuestro Dios, y qué idea es la que habeis formado de él en semejante estado? Si le hubieseis visto en este abatimiento, ¿hubiérais ido á sus piés á insultarle y hacerle caer de nuevo en tierra? Porque si os he de decir lo que siento, mas de una vez habeis, como aquellos infelices de quienes habla Isaías, dicho con desprecio : *Incurvare ut transeamus.* Agoviaos para que pasemos sin trabajo á la culpa, al deleite, á la ocasion, al divertimiento. Así lo habeis dicho los que venís aun en estos dias de dolor y luto con todo el lujo, y todas las vanidades del mundo : *Incurvare ut transeamus.*

Tú lo has dicho, alma sepultada en los deleites de los sentidos, que pasas la vida en un vergonzoso regalo : *Incurvare ut transeamus.* Tú lo has dicho, pecador, esclavo miserable de tus pasiones, cuya sincera conversion há tanto tiempo que solicitan los ministros del Altísimo : *Incurvare ut transeamus.* Tú lo has dicho, hombre profano, tibio é indiferente para con tu Dios, y mas pagano que cristiano : *Incurvate ut transeamus.* Sí, pecador, tú lo has dicho, y lo has ejecutado siempre que te has precipitado á la culpa, no obstante que Jesucristo se te ha puesto en el camino con sus auxilios, con sus llamamientos, con su cruz, herido, y lastimado. Con razon dice el Salvador que todos le habian abandonado, y agravado con esto su ignominia : *Dereliquerunt Dominum.*

DE QUÉ REMEDIOS NOS HEMOS DE APROVECHAR

PARA DESPRECIAR LA VANA HONRA DEL MUNDO, Y DE LA GRANDE FUERZA QUE CRISTO DA PARA PODERLA VENCER.

(DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA.[1])

Mucha ayuda contra este mal nos debia ser, que la misma lumbre natural lo condene, pues nos enseña que el hombre ha de hacer obras dignas de honra, mas no por la honra; merecerla y no preciarla; y que el corazon grande debe despreciar el ser preciado y el ser despreciado: y que ninguna cosa debe tener por grande sino la virtud. Mas si con todo esto no tuviere el cristiano corazon para despreciar esta vanidad, alce los ojos á su Señor, y le verá tan lleno de deshonras, que si bien se pensaren pueden competir con la grandeza de los tormentos que recibia. Y no sin causa eligió el Señor muerte con estrema deshonra, sino porque conoció cuán poderoso tirano es el amor de la honra en el corazon de muchos que no dudan de ponerse á la muerte, y huyen del género de la muerte si es con deshonra. Y para darnos á entender que no nos ha de espantar lo uno ni lo otro, eligió muerte de cruz, en la cual se juntan graves dolores con nuestra deshonra. Mirad, pues, si ojos teneis, á Cristo estimado por el mas bajo de los hombres, y habilitado con graves deshonras; unas, que la misma muerte de cruz trae consigo: y otras, con que particularmente ofendieron á nuestro Señor; pues ningun género de gente quedó que no se emplease en blasfemarle, despreciarle ó injuriarle con géneros de deshonra no vistos, y veréis cuán bien cumple lo que predicando habia dicho. « Yo no busco mi honra, haced vos así[2]. » Y si

[1] *Libro Espiritual*, cap. III. — [2] Joann., 8.

paráredes las orejas de vuestra ánima á oir con atencion aquel lastimero pregon que contra la misma inocencia se dió, pregonando á Jesucristo nuestro Señor por malhechor por las calles de Jerusalen, os confundiréis vos cuando viéredes que os honran, ó cuando deseais ser honrado, y diréis con gemido entrañable : ¡Oh Señor, vos pregonado por malo, y yo alabado por bueno! ¿Qué cosa de mayor dolor [1] ? Y no solo se os quitará la gana de la honra del mundo, mas tendréis ganas de ser despreciados, por ser conforme al Señor, seguir al cual, como dice la Escritura, es grande honra [2]. Y entónces diréis con San Pablo [3] : No plega á Dios que yo me honre sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y desearéis cumplir lo que el mismo Apóstol dice : « Salgamos á Cristo fuera de los reales, imitándole en su deshonra. » Y si es poderosa cosa el afecto de la honra vana, muy mas poderosa es la medicina del ejemplo y gracia de Cristo, que de tal manera la vencen y desarraigan del corazon que le hacen sentir que es cosa muy abominable que viendo un cristiano al Señor de la magestad bajarse á tales desprecios se quede el gusano vil hinchado con amor de la honra ; por lo cual el Señor nos convida y esfuerza con su ejemplo, diciendo : « Confiad, que yo vencí el mundo, » como si dijese : « Antes que yo acá viniese, cosa recia era tomarse con el mundo engañoso, desechando lo que en él florece, y abrazando lo que él desecha ; mas despues que contra mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevo género de tormentos y deshonras, todo lo cual yo sufrí sin volverle el rostro ; ya no solamente pareció flaco, pues encontró con quien pudo mas sufrir, mas aun queda vencido para nuestro provecho, pues con el ejemplo que yo os dí, y fortaleza que os gané, lo podeis ligeramente vencer, sobrepujar y hollar. Mire el cristiano, que pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna verdad y bien sumo, no hay porque nadie en nada le tenga ni en nada le crea. Antes mirando que fué engañado en no conocer una tan altísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra, aquello repruebe el cristiano que el mundo aprueba, y aquello precie y ame que el mundo aborrece y desprecia, huyendo con mucho cuidado de ser preciado de aquel que á su Señor despreció : ya teniendo por grande señal de ser amado de Cristo el ser despreciado del mundo, con él y por él. De lo cual resulta que así como los que son de este mundo no tienen orejas para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian ; así el que es del bando

[1] Eccl., 23. — [2] Galath., 6. — [3] Hebr., 13.

de Cristo, no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo. Porque agora halague, agora persiga, agora prometa, agora amenace, agora espante ó parezca blando, en todo se engaña, y quiere engañar, y con tales ojos lo debemos mirar. Pues es cierto que en tantas mentiras y falsas promesas le hemos tomado, que las medias que un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él, y á duras penas (aunque dijese verdad) le daríamos crédito. No es bien ni mal verdadero lo que el mundo puede hacer, pues no puede dar ni quitar la gracia de Dios. Ni aun en lo que parece que puede, no puede nada, pues que no puede llegar al cabello de nuestra cabeza sin la voluntad del Señor [1]. Y si otra cosa nos quisiere hacer entender, no le creamos. ¿Quién habrá que ya no ose pelear contra un enemigo que no puede nada?

[1] Math., 10.

QUÉ ES EN LA ETERNIDAD NO TENER FIN.

DE LA IMITACION DE LOS TRABAJOS DE NUESTRO SENOR.

(DEL P. JUAN EUSEBIO DE NIEREMBERG.[1])

¿Quién pudiera sufrir que le estuviesen quemando medio lado por un año entero? Pero ¿qué digo estarse quemando de un lado, no sino solo el estar descansando recostado de un lado sin levantarse, ni mudarse al otro por espacio de un año? Lo cual fué una rigorosa penitencia que hizo el profeta Ezequiel, por mandado de Dios, que le ordenó que estuviese echado sin levantarse de un lado por espacio de trescientos y noventa dias. Esto cumplió el santo profeta con la gracia divina; pero fué un género de penitencia rigurosísima. Pues si en solo estar un año echado de un lado hay tanto que sufrir, ¿qué será estar por toda una eternidad en aquella noche y lobreguez del infierno tendido como cayere el condenado en una cama de fuego, lloviendo sobre él todo linaje de mal. s sin fin, ni sin término alguno? ¿Qué cristiano hay que si considerara esto de manera que hiciera de ello vivo concepto, no fuera otro? ¿Quién pudiera tener gusto momentáneo de la tierra, corriendo tanto peligro de los dolores eternos del infierno? ¿Quién se atreverá á pecar, arriesgado á penar tanto? ¡Oh cuán eficaz remedio fuera de las estragadas costumbres de los pecadores, si se pusiesen á pensar esto, que la eternidad no tiene fin, que ha de durar para siempre! ¡Oh si cada dia pasasen en esto media hora, ó siquiera cada semana, como mejorarian su vida! pero no se ha de pensar en esto de corrida, sino despacio con atencion y profundidad, revolviendo en su ánimo que es eternidad lo que nunca ha de tener

[1] *Diferencia entre lo temporal y eterno*, cap. VIII.

fin, nunca, nunca; porque así como el manjar que no se desmenuza y digiere no entra en provecho, así la eternidad bien pensada, rumiada y digerida, hará gran provecho en nuestras almas.

La fuerza de esta consideracion declara el caso que refiere Benedicto Renato[1], de un hombre mundano bien desvanecido y vicioso, que se llamaba Fulcon, el cual como era dado á todo género de gustos y regalos, así tambien no queria que le faltase el de la cama blanda y sueño largo. Pero una noche que le faltó la gana de dormir, pasóla dando vuelcos de un lado á otro, deseando por momentos que amaneciese el dia. Entre este desvelo le vino al pensamiento esta consideracion: ¿Porqué tanto tomaras estar de esta suerte por espacio de dos ó tres años en continuas tinieblas, sin la conversacion de tus amigos, y el entretenimiento de tus juegos, aunque estás en cama de plumas tan blandas? Por cierto intolerable trabajo seria. Pues has de saber que no has de salir libre de esta vida; no pienses que has de salir sin que te toquen al pelo de la ropa, porque para bien ser has de caer en una cama enfermo, donde pasarás malas noches, si no es que mueras de repente, que será peor. Y despues de salir de la cama, donde hubieres de morir, ¿sabes qué cama te aguarda? ¿Sabes en qué lecho te ha de hospedar la muerte? Tu cuerpo tendrá por colchon la tierra dura, y serás comido de gusanos; ¿pero de tu alma qué podrás decir de cierto? ¿Sabes adónde has de ir? Por cierto, segun tu vista presente, al infierno irás á parar: ¡qué terrible cama de fuego te espera allí, donde no dos ó tres años, pero una eternidad, habrás de estar en perpetuas tinieblas y tormentos, y mil, y otra vez mil, y mil millones de veces mil años no bastarán á pagar por uno de tus gustos ilícitos! Allí no verás eternamente al sol, ni al cielo ni á Dios. ¡Ay de mí miserable! ¡Ay de mí! Si este poco de desvelo no puedo sufrir, ¿cómo sufriré eternos tormentos? Lo que importa es mudar de camino, pues por este vas perdido. Con estas consideraciones hizo tal concepto de la eternidad, que no podia echar de sí el pensar en ella hasta que determinó entrarse religioso, diciendo entre sí muchas veces: ¿Qué hago yo aquí miserable? gozo del mundo, y no se me logra su gozo; padezco muchas cosas que no quisiera, y carezco de otras que quisiera tener; aférrome por cosas de esta vida, ¿pero qué premio me aguarda de este trabajo vano? No tienes gusto cumplido; pero aunque lo tuvieras, ¿qué te puede durar? ¿No ves cada dia los que se mueren y entran en la eternidad? ¡Oh eter-

[1] Ben. Ren., lib. 5, Mag. Ord. Cist.

nidad, eternidad, que si no eres en el cielo, donde quiera serás pesada ; aunque fuese en una cama muy regalada! Aseguremos el cielo, y por poco no perdamos lo mucho, ni por lo temporal lo eterno. Así lo ejecutó y se entró religioso cisterciense.

En todas nuestras obras habriamos de tener en el pensamiento : *Para siempre, para siempre* me han de premiar lo que hiciere bueno, ó me castigarán si pecase gravemente. Con esto se animará el cristiano á obrar siempre buenas obras, y obrarlas bien.

El provecho que causó en David su consideracion, fué una resolucion firme de mejorar la vida mudándose en otro hombre, alentándose á mayor observancia y mas alta perfeccion ; y así en aquel salmo, en que dice que pensaba en los dias antiguos y en los años eternos, añade luego el efecto de su meditacion, diciendo que habia de empezar de nuevo, porque la mudanza que sintió en su corazon era de la poderosa mano de Dios : porque considerando que la eternidad nunca acaba y siempre empieza, que todo es principio, y ningun fin, se determinó dar principio á nuevo fervor y vida mas perfecta, que nunca desmayase en su propósito, queriendo en esto imitar á la eternidad, que así como ella siempre empieza, así él queria siempre empezar á merecerla. ¿Y qué mucho si lo que hemos de gozar ó hemos de penar siempre ha de empezar, que tambien nosotros empecemos siempre á merecer lo uno y huir lo otro? El premio no ha de desfallecer, y es razon que el servicio no se canse : el gozo siempre ha de empezar, ¿qué mucho que el trabajo sea como de quien empieza? El descanso no ha de tener fin, y el merecimiento debe estar siempre como su principio. Con esta consideracion aprovechó mucho el santo Arsenio, haciendo cuenta aun despues de muchos años que habia hecho una vida santísima, que entónces empezaba, repitiendo el dicho de David : « Ahora empiezo, ahora empiezo. » Nunca hemos de mirar lo trabajado, sino animarnos á trabajar mas por Dios, como lo hacia el Apóstol San Pablo, el cual dijo de sí, que se olvidaba de todo lo pasado, y dilataba su corazon y ánimo, estendiéndose para lo de adelante[1]; lo cual dijo el Apóstol en razon que habia pasado tanto, y hecho tales servicios á Dios, y en bien de las almas, que habia trabajado mas que todos los Apóstoles. Despues que se entró por las sinagogas de Damasco á predicar públicamente á Jesucristo, con peligro evidente de la vida, y padeciendo tal persecucion que si no fuera echándole por los muros de la

[1] Philip., 3. .

ciudad le hubieran hecho mil pedazos; despues que en Arabia convirtió á muchas gentes; despues de haber convertido muchos en Tarso y Antioquía; despues de haber sido arrebatado al tercer cielo; despues de haberle escogido el Espíritu Santo por su Apóstol, y hecho grandes milagros y prodigios; despues de haber dado algunas vueltas en Asia la Menor, y toda Grecia y la mayor parte de Europa, convirtiendo innumerables gentes; despues de haber hecho grandes limosnas, y recogídolas con gran trabajo suyo, y hecho grandes jornadas, llevándolas á los pobres de Jerusalen; despues de haber padecido innumerables persecuciones; despues de haber sido apedreado muchas veces, y la una haberle dejado por muerto; despues de haber sido azotado varias veces, y sido preso muchas; despues de haber hecho infinitos servicios á la Iglesia; despues de todo esto no le parecia que habia padecido ni hecho nada por Cristo, y olvidado de todo esto estaba como el primer dia de su conversion, determinando de hacer mas, de sufrir mas, de trabajar mas, y empezar de nuevo, teniéndose despues de tantos trabajos y servicios por siervo inútil y sin provecho como nos aconsejó Cristo cuando dijo: « Despues que hubiereis hecho todo lo que he mandado, decid: Siervos somos inútiles, hicimos lo que debiamos hacer [1]. » Compare uno sus trabajos, su celo, su predicacion, su caridad con los del Apóstol, y hallará que no ha empezado. Pues si el Apóstol, despues de haber pasado á los merecimientos en que muchos santos murieron con grande santidad, se olvidó de todo, y juzgó que no habia hecho nada, tornando á empezar de nuevo; nosotros que aun no hemos empezado, ¿porqué nos hemos de cansar antes de empezar? Empecemos siempre de nuevo, pues la eternidad que esperamos siempre ha de ser nueva, siempre ha de empezar: « No nos gloriemos, dice Dionisio Cartusiano, de los méritos de la vida pasada, no pensemos de nosotros que somos algo, sino hayámonos cada dia tan nueva y fervorosamente como si aquel mismo dia empezáramos de nuevo, y juntamente hubiésemos de morir. »

[1] Luc., 7.

(DE FRAY DIEGO DE ESTELLA.[1])

Si quieres, ánima mia, saber el modo que has de tener en amar á tu Dios, es sin modo[2]. Cuando mandó amar al prógimo, puso tasa diciendo que lo amases como á ti, y no mas que á ti; pero mandando que amases á su divina Magestad, no puso límites, mas ántes dijo absolutamente que le amases, porque Dios ha de ser amado todo cuanto pudieres amarle. Eres, Señor, tan bueno, que por mucho que la criatura te ame nunca te amará cuanto mereces ser amado, y por tanto la medida con que te ha de amar es amarte sin medida. Así dice la Escritura: « Glorificad á Dios cuanto podeis, porque mayor es que toda alabanza.[3]» Ama pues, ánima mia, á tu Dios cuanto él es amable, y eso te basta. ¿Porqué te maravillas de esto que te digo? ¿Por ventura no sabes que la Escritura nos lo manda loar segun la muchedumbre de su grandeza, conviene á saber como él es loable[4]? Dirásme que ninguno lo puede así amar sino él mismo, ni loarle tampoco; porque él mismo se iguala á sí amándose; cuyo amor es infinito como lo es tambien la grandeza. Bien dices, pero si no puedes bastar á loarle, no ceses de loarle, y si no puedes amar como debes, ama cuanto puedas: porque no tienes por qué temer hacer esceso ni demasía en el amor, donde la facultad y poderío es remedio de la gloria y escelencia del amado, y el poderío del amador, y la facundia del que alaba es vencida de la virtud y merecimiento del alabado. Arden aquellos serafines, y enciéndense las virtudes angélicas en amor de él, como está

[1] *Meditciones devotísimas del amor de Dios*, VI, VIII.—[2] Math., 22.—[3] Eccl., 4.—[4] Psalm. 150.

escrito : « El que hace á sus espíritus ángeles, y á los siervos fuego quemante.[1]» No cesan jamas de aquel ardor, porque nunca les parece que han ardido harto. ¿Y qué es todo el amor de aquí comparado con el ardor y fuego de aquellos espíritus angélicos y ánimas bienaventuradas? todo nuestro amor es grande tibieza si se compara con la fragancia y encendimiento de Dios.

Amote pues, Dios mio, y mi Señor, sin manera y sin medida, porque así nos amaste, y tú, que hiciste todas las cosas en peso, cuenta y medida, en amar no tuviste modo ni medida[2]. En esto solo escediste, Dios nuestro, y pasaste el modo, escediendo sobremanera, y escediendo sobre toda razon y entendimiento, y guardando en todas las cosas desde el principio manera, en amarnos, no quisiste tener modo ni manera ; mas sobremanera fué escesivo y demasiado. Perdona, Señor, te suplico, perdona á tu siervo, que habla de ti con gozo y osadía grande : porque demasiado y muy demasiado fuiste en amarnos, Dios nuestro. ¿No es esceso grande que muera el Criador en la cruz porque viva la criatura? ¿No es estraño y escesivo caso de amor perder la vida el Hacedor por la obra que hizo, y el inocente por el culpado, y el justo por el pecador? Si esta es medida, Señor, cerca de vuestra sabiduría es medida : porque cerca de todo entendimiento criado esceso es este, y muy grande esceso y demasía grande. No temeré de decir lo que el Evangelista dijo que hablaban Moisen y Elias en la trasfiguracion de tu pasion sagrada, á la cual San Lúcas llamó esceso[3]. Naturalmente ponemos la mano y el brazo á peligro por defender la cabeza, que es miembro mas principal pero esceso fué de grande amor que tú, mi Dios y Señor, siendo nuestra cabeza te pusieses á peligro de muerte, y murieses en la cruz por amparar á nosotros miembros torpes. Tambien tu santo Apóstol, lleno de espíritu, no temió de decir que fué demasiada aquella caridad con que nos amaste[4], y de tal manera que siendo Hijo de Dios te diste por unos viles y despreciados esclavos.

¡ Oh verdaderamente escesiva y muy grande caridad, y que traspasa los términos de toda caridad ! A la obra de nuestra redencion copiosa redencion la llamó el Profeta[5], pero mas propiamente la llamó el Apóstol escesiva y demasiada. Escesiva fué tu caridad, pues pagaste en tu pasion por nosotros mas de lo que debiamos. Escesiva satisfaccion, pues bastando para nuestra satisfaccion una gota de tu sangre, por razon de

[1] Psalm. 10.— [2] Sap. 11.— [3] Luc., 9.— [4] Ephes., 2.— [5] Psalm. 120.

la infinidad del supuesto, la diste toda, mostrando el escesivo amor que nos tenias. Así tengo yo de amar á ti, mi Dios, tan escesivamente, y tan de veras, y tan de propósito, que no haya término ni medida en mi amor. Saldré de mí mismo y saldré fuera de mí, amándote sin estar en mí, embriagado de este tu santo amor, y enagenado de mí : porque si el amor es verdadero, ha de sacar al hombre de sus casillas, y fuera de sí, porque el amor suspende y hace éxtasis[1]. Por amor de esto en los Cantares, ponderando el Esposo el amor de la Esposa, lo compara al vino por la propiedad que tiene el vino de enagenar de sí al que mucho bebe de él, y la Esposa le dice : « Metióme el rey en su botillería[2] » y porque hablaba de la caridad, tratando de este vino añadió luego diciendo : « Y inclinó mi voluntad á diversos grados de caridad. » Herida podrá salir el alma en el perdon y sufrimiento de las injurias, mas considerando el ejercicio en que se ejercitó tu amor, ya es muy fácil y muy amable.

¡ Oh mi Dios y bien infinito, quién tuviese la sabiduría de los ángeles para declarar este tu pensamiento acerca de nosotros! Cierto soy que quien fuese de esto bien enseñado, seria de tu Divina Magestad y de tu bondad perfectamente enamorado. Tu amor pusiste en la cruz, y en hiel y vinagre, y el nuestro en panales de miel. ¡ Oh qué dura ley la de tu amor, mi Dios, acerca de nosotros, y cuán dulce y fácil la nuestra acerca de ti! pues hasta en el morir no cumplis la ley de vuestro amor, y hasta vivir en vuestro seno y gloria no podemos cumplir como deseamos la ley de nuestro amor. Pero en cuanto puedo y fuere á mi posible, te he de amar en esta vida mas que á mis cosas, y mas que á mí mismo. Por amor de esto preguntaste á tu Apóstol San Pedro si te amaba mas que á los otros[3], porque quieres ser de nosotros amado mas que todas las otras cosas, y sobre todas ellas, y sin término, y sin medida. Todas las otras virtudes tienen medida y tasa, mas sola la virtud del amor y de la caridad no la tiene.

Todas las cosas naturalmente apetecen su centro, y desean su perfeccion y fin, y en él descansan y se quietan. La piedra apetece su centro natural, y por eso desciende. Los rios corren para el mar de donde salieron, y así con grande ímpetu se mueven por llegar á su propio lugar. El fuego sube con ligereza á su esfera, y no pára hasta llegar á su último fin. ¡ Oh criador de nuestras ánimas! ¿ y quién eres tú, mi Dios, sino fin

[1] Cant. 1. — [2] Idem 2. — [3] Joann., 2.

y centro de ellas? Criástenos por amor de ti, y está inquieto nuestro corazon hasta llegar á ti. Como la piedra es inclinada á bajar al centro, así mi ánima desea el Sumo Bien, que eres tú, mi Dios; y como está violentada la piedra fuera de tu centro, lo cual se muestra, pues en quitándole el impedimento que la estorba luego baja abajo, así mi ánima nunca está quieta ni sosegada hasta llegar á ti. No se quieta mi ánima en las riquezas, ni en las honras, ni en los deleites, sino solamente en ti, mi Dios, verdadero descanso y reposo de mi corazon. Esto considera el Sabio, cuando dijo : « Vanidad de vanidades, y todo es vanidad[1].» Vano es todo lo que no ocupa lugar, y vanas son todas estas cosas terrenales, pues no hinchen la capacidad del alma, ni cumplen sus deseos, ni son parte para satisfacer á sus apetitos. Pues si todas las cosas naturalmente caminan para su fin, y tú Señor, eres el fin del hombre, y el mas perfecto de todas las cosas, con mayor ímpetu y aceleramiento es justo que caminemos nosotros para ti de lo que las otras cosas naturales caminan para su centro y para sus fines particulares; y porque los piés con que se llega mi ánima á ti son sus afectos, necesaria cosa es, que yo ame á ti, mi Dios, porque llegue á mi centro. A este reposo y quietud nos llamas, Señor, cuando dices en tu santo Evangelio : « Venid á mí todos los que trabajais y andais cargados, que yo os aliviaré[2]. » Andais inquietos y desasosegados, sirviendo al mundo y á vuestras pasiones; venid á mí y estareis en vuestra esfera, gozando de quietud y reposo. Quiebra, pues, ánima mia, muy de veras con el mundo, y dejando sus pesadas cargas, vuelve á tu descanso : porque muy claro está, si quieres abrir los ojos, que la fuerza del amor te llevará á tu Señor como á tu propio centro. Bien ves que no tienes descanso fuera de él, por lo cual cuando para él fueres entónces descansarás, y dirás con el profeta : « En paz en él mismo dormiré y descansaré[3]; » y si quieres consultar á la esperiencia que tienes, ella te dice que en ninguna cosa descansa tu amor, sino en Dios, porque todas las otras cosas te lanzan de sí y te envían á tu centro. ¿No ves á la clara que si alguna cosa fuera de Dios amas por sí misma, que en el tal amor hay desasosiego grande, y amargura, y mortales congojas?

¡Oh cuán desabrida, oh cuán amarga, oh cuán congojosa es toda criatura si por sí es amada! ¡Cuántas tragedias y cuán débiles y lamentables casos nos contarian de esto los locos amantes, si se lo quisiésemos preguntar! Nunca ellos acabarian de decir, ni nosotros de oirlo. Toda

[1] Eccl., 1,— [2] Math., 11.— [3] Psalm. 4.

criatura te lanza de sí con ignominia, y te abofetea, para que apartándose de ella procures de llegar á tu Criador, como si baldonándote te dijese : ¿Para qué te llegas á mí, miserable? ¿Para qué me quieres, ánima mezquina? No soy yo el bien que tú buscas, ya que quieres amar. Vete adonde vas; pasa adelante y no dejes el camino verdadero y real que te lleva á tu Dios : y tú, con todo esto, ciega, loca y desatinada, no te curas, sino de abrazar á la que no te quiere, á la que de continuo te echa de sí y con vituperio procuras de detenerla contra su voluntad, y sigues á la que huye de ti, y te es dada en servicio. Aun ella no queriendo la pones en señorío, tanta es tu locura y vanidad. Mas ni estos abrazos te durarán mucho, porque luego se te volverán en amargura, y muy presto te hartarás y aborrecerás lo que con tanto deseo y con tanto trabajo, buscaste, y buscarás luego otra cosa : y así andarás mezquina, no pudiéndote contentar criatura alguna al derredor, como está escrito : « La cabeza de ellos es el circuito de ellos[1]; » y en otro lugar dice : « Al derredor andan los malos[2]. » Por lo cual vuélvete á Dios, como á verdadero centro tuyo : y no sean parte las vanidades del mundo, y estiércol de la tierra, para impedirte.

[1] Psal., 113. — [2] Psal., 11.

CUARTA ESTACION

CUARTA ESTACION

JESUS ENCUENTRA A SU AFLIGIDA MADRE.

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

onsidera, alma mia, el doloroso encuentro de Jesus con su santísima y afligida Madre. ¿Quién será capaz de esplicar las sublimes sensaciones que debieron esperimentar en aquel crítico instante dos personas tan sumergidas en la tribulacion? Sus miradas se cruzaron, y fueron dardos inflamados que traspasaron sus amantes corazones.

Jesus mio amantísimo, por la afliccion que os causó la vista de vuestra Madre en este penoso encuentro, concededme la gracia de que sea humilde siervo de esta divina Señora. Y vos, Reina soberana de los afligidos, alcanzadme con vuestros ruegos

que no se aparte jamás de mi memoria la pasion de vuestro Hijo. Jesus, amor mio, os amo y me arrepiento de haberos ofendido : no permitais que os vuelva á ofender miéntras viva. Haced mas bien que os ame siempre, y disponed de mí como mejor os parezca.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estàs en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sœcula sœculorum.—Amen.

DE CÓMO EL SALVADOR LLEVÓ LA CRUZ Á CUESTAS

ENCUENTRO CON SU DIVINA MADRE.

(DE FRAY LUIS DE GRANADA.[1])

Camina el piadoso Señor con el madero de la cruz como otro verdadero Isaac con la leña en los hombros al lugar del sacrificio [2]. Repartida va la carga entre los dos : el Hijo lleva la leña, y el cuerpo que ha de ser sacrificado; y el Padre lleva el fuego y el cuchillo con que lo ha de sacrificar. Porque el fuego del amor de los hombres y el cuchillo de la justicia pusieron en la cruz al Hijo de Dios. Estas dos virtudes litigaron en el pecho del Padre, pidiendo cada una su derecho. El amor decia que perdonase á los hombres, y la justicia que castigase á los pecadores. Pues porque los hombres quedasen perdonados, y los pecados castigados, dióse por medio que muriese el Inocente por todos. Este es el fuego y el cuchillo que llevaba en sus manos el patriarca Abrahan para sacrificar á su hijo, porque el amor de nuestra salud y el celo de la justicia hicieron al Padre Eterno ofrecer su Hijo á la cruz.

Camina, pues, el inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente y muchas piadosas mujeres, que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habia de derramar lágrimas viendo al Rey de los ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinado el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza, y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra él?

Entretanto, ánima mia, aparta un poco los ojos de este cruel espectá-

[1] *Libros de Oracion y Meditacion,* cap. XXII.— [2] Gen., 22.

culo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Vírgen, y cuando á ella llegares, derribado ante sus piés, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh Señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del Paraiso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, muestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfeccion! ¡Ay de mí, Señora mia! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que ví? Dejo á tu Unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos con una cruz á cuestas, para ser en ella ajusticiado.

¿Qué sentido puede alcanzar aquí hasta dónde llegó este dolor á la Vírgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósele la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabar la vida si la dispensacion divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona.

Camina, pues, la Vírgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guia. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiende sus ojos oscurecidos por el dolor, para ver si pudiese ver al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazon de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba ver tan lastimosa figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbres del cielo una á otra, y atravíesanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas el corazon de la Vírgen hablaba al afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decia: ¿Para qué viniste aquí, paloma mia, querida mia, y Madre mia? Tu dolor acrecienta el mio, y tus tormentos atormentan á mí! Vuélvete, Madre mia, vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer, se templará el dolor de ambos, y quedaré yo para ser sacrificado por el mundo, pues á mí pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete, pues, oh paloma mia, á la arca, hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus piés. Allí vacarás á

la oracion y contemplacion acostumbrada, y allí, levantada sobre ti misma, pasarás como pudieres ese dolor.

Pues al corazon del Hijo responderia el de la santa Madre, y le diria: ¿Porqué me mandas eso, Hijo mio? ¿Porqué me mandas alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mio, y Dios mio, que en presencia tuya todo me es lícito, y que no hay otro oratorio, sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de ti sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazon este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar: á ninguna parte puedo ir sin ti: y de ninguna pido ni puedo recibir consolacion. En ti ha estado mi corazon, y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de ti. Y pues tú por espacio de nueve meses tuviste mis entrañas por morada, ¿porqué no tendré yo estos tres dias por morada las tuyas? Si ahí dentro me recibes, ahí seré yo contigo crucificado crucificada, y contigo sepultado sepultada. Contigo beberé de la hiel y vinagre, y contigo penaré en la cruz, y contigo juntamente espiraré!

¡Cómo dura poco la alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor despues de mucha prosperidad! ¡Oh Belen y Jerusalen, cuán diferentes dias he llevado en vosotros! ¡Qué noche fué aquella tan clara, y qué dia este tan oscuro! ¡Qué rica entónces y qué pobre ahora! No podia ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro. ¡Oh ángel bienaventurado! ¿dónde están aquellas tan grandes alabanzas en la antigua salutacion? No era vana mi turbacion, ni sin temor en aquella hora, porque á grandes alabanzas por fuerza es que se ha de seguir ó gran caida ó grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo. Entónces me llamaste llena de gracia, ahora estoy llena de dolor. Entónces bendita entre las mujeres, ahora la mas afligida de las mujeres.

¡Oh dulce Redentor mio! ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recien nacido, por do viniese ahora á tenerte en ellos tan alto montado? ¿Fué algun pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, porque ahora me hayas querido dar á beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algun yerro mirarme yo en tu rostro como un espejo luciente, porque ahora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fué algun delito amarte tanto, porque ahora has querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto mas padeciese cuanto mas te amo?

¡Oh Padre eterno, oh amador de los hombres, piadoso para con ellos, y para con vuestro hijo riguroso! Vos sabeis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazon. Vos sabeis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazon. Mas con todo esto yo la mas afligida de todas las criaturas, os doy gracias infinitas por este dolor. Bástemo quererlo vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias, por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo, y porque ahora me lo quitais, no me indigno, sino antes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas tambien con ellos os bendigan. Mas suplicoos, Padre mio, si vos de ello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sebeis que desde el dia que aquel santo Simeon me anunció este martirio[1] se echó acíbar en todos mis placeres, y desde entónces traigo este dia atravesado en el corazon. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria de este dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este dia. Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia, y que vos quisísteis que desde entónces tuviese yo conocimiento de este misterio, para que así como el Hijo trajo siempre la cruz ante los ojos desde el dia de su concepcion, así tambien la trajese la Madre. Así quereis vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no quereis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aun que sean en vos. Pues ¡oh rey mio! habed ya por bien que este sea el postrero de mis martirios, si vos de ello sois servido; y sino, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco un martirio, bien sabeis vos que tantas veces he sido mártir cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador.

Tales palabras en su corazon, iria diciendo la Vírgen, y de esta manera se anduvo aquel trabajoso camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

[1] Lucas, 2.

PENETRANTE DOLOR QUE CAUSÓ AL REDENTOR
LA VISTA DE SU SANTÍSIMA MADRE CUANDO IBA CARGADO CON EL PESO DE LA CRUZ.

(DE FRAY PANTALEON GARCIA.)

Vuelve, vuelve, pecador, los ojos de la contemplacion á lo que sucede en este amargo camino que anda el Salvador por nuestras culpas; y si no te mueve á compasion la crueldad con que á este Hombre-Dios le han puesto sobre sus lastimados hombros el peso de la cruz; si no te mueve el profundo abatimiento en que se halla caido en tierra, oprimido con el peso de la cruz, muévate á lo menos el penetrante dolor que padece el Salvador, teniendo delante de los ojos á su Madre, caminando con la cruz.

Aquí, cristianos, se ofrecen á la contemplacion sentimientos que no caben en el alma, ni pueden fiarse á la lengua; porque no hay espresiones bastantes para esplicarlos. Los escritores sagrados que tuvieron palabras para pintar el dolor de Abrahan cuando se partia al monte á sacrificar á Isaac, el dolor de Agar viendo moribundo á su hijo, la pena de Jacob viendo la ensangrentada túnica de José, no tuvieron suficientes espresiones para referir el dolor de Jesucristo y su Madre, cuando se miraron ambos en el camino del Calvario : se contentaron con correr el velo á este dolor, y dejarlo á la consideracion de cada uno. Sigamos al serafin de las escuelas San Buenaventura, que él nos dará alguna idea de este lastimoso encuentro.

Viendo el evangelista San Juan que Jesucristo se habia caido en tierra oprimido con la cruz sin poderse levantar, y que los bárbaros judíos,

léjos de aliviarle el peso, le habian hecho caer de nuevo, temiendo que acabase con la vida sin que le viese su santísima Madre; corrió presuroso, y hablándola con las palabras de David, la dijo : *Tribulatio proxima est, et non est qui adjuvet.* Vuestro Hijo se halla en la mayor tribulacion, nada le falta para espirar : no hay quien le ayude á levantarse de la tierra donde ha caido con el peso de la cruz que lleva sobre el hombro, y nadie se apiada de él : si no os dais prisa para verle, le hallaréis muerto sin duda. ¡Qué aviso! ¡qué noticia! mucho mas fatal que la que dieron á Job de que sus haciendas, herencias y ganados habian perecido : noticia mas dolorosa que la que tuvo David de que Absalon quedaba muerto, y pendiente en un árbol : noticia mas fatal que la que recibió Jacob de que una fiera habia devorado á su hijo. ¡Oh qué traspasado quedaria el corazon de María, herido con saeta tan cruel!

Salió de su retiro la santísima Vírgen como cierva herida y despojada en busca de su Hijo, con mas ansias que la Esposa santa : *Quæram quem diligit anima mea;* y encendiendo al aire en suspiros decia : ¡Oh dulcísimo Hijo mio! ¡Oh espejo sin mancha de mi amor! ¡Quién me diera á mí que yo muriera por ti! Entretanto ya comenzó á oir el estruendo y alaridos de aquella vil canalla; ya ve el tumulto y confusion; ya descubre con sus ojos el pedazo de su corazon debajo de los piés de los judíos, hecho el oprobio y ludibrio de las gentes. ¡Qué dolor para una madre que ve á su hijo en tal miseria! ¡Qué dolor para un hijo que ve á su madre tan dolorida y lastimada!

Si los amigos de Job no hablaron palabra en siete dias, oprimidos de dolor por ver á su amigo tan maltratado, ¿cómo podria hablar una palabra á su Hijo la Madre del amor, viendo al querido de sus entrañas en tan lamentable estado, ni cómo podria este responder viendo tan afligida á su Madre? Si Jeremías lloró amargamente viendo descoloridas y flacas las hijas de Jerusalen, ¿qué lágrimas no derramaria la Madre inmaculada viendo el rostro de su Hijo tan afeado? ¿Cuál seria el sentimiento de este viendo á su Madre tan afligida? Si Jacob rompió sus vestidos de dolor al ver la túnica ensangrentada de su Hijo, ¿cuál seria la pena de la mejor hija de Judá viendo unido con la tierra al Hijo de sus entrañas; y la del Hijo teniendo á los ojos la espada penetrante que dividia en partes el corazon de su Madre? Los Macabeos viendo pálido y triste el rostro del sumo sacerdote, no pudieron contener el sentimiento, ¿cómo podrian

contener las avenidas del dolor estos dos finos amantes que veían conjurado contra sí todo el mundo?

Aquí fué donde se cumplieron aquellos oráculos de la Escritura, igualmente espresivos que dolorosos : *Luna facta est sicut sanguis : sol factus est niger tamquam saccus cilicius.* La luna mística de la Iglesia se ha convertido en sangre; ha perdido sus resplandores, y sus luces se han oscurecido : María se halla oprimida del mas acerbo dolor, el sol de justicia Jesucristo se ha eclipsado, se halla como cubierto de un saco de cilicio, que en un solo golpe de luz muestra su abatimiento y su dolor; ó como con mayor espresion lo habia dicho Joel : *Sol convertetur in tenebras et luna in sanguinem.* El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, porque en efecto no se vió otra cosa en este camino de sangre y de dolor. Aquí dicen los contemplativos que sintió Jesucristo el mayor de sus dolores; y que el de María fué tan grande, que hubiera muerto mil veces si el cielo no la confortara.

Animada la santísima Vírgen con una luz superior, palpitante el corazon, eclipsada la luz de sus ojos por la abundancia de lágrimas, dió la mano á la misma fortaleza para que se levantase de la tierra : comienza á mirar la multitud de las heridas de aquel ensangrentado cuerpo, aquel torrente de espinas, aquel Cedron de sangre, aquel raudal de injurias, aquellos ojos eclipsados, aquel rostro oscurecido, aquellas mejillas injuriadas; y así como Ruth recogia las espigas que se habian escapado del cuidado de los segadores, comenzó á recoger y limpiar las gotas de sangre que manaban las heridas; y como siente el devoto Guillermo Neobrigense, tomó María la cruz en las manos, y la acomodó sobre el lastimado hombro del Redentor, y comenzó á seguirle al Calvario ansiosa de morir con él.

Así debió ser, dice Santa Brígida; porque si Adan y Eva habian sido la causa de la caida del mundo, Jesucristo y María debian concurrir á repararle. Y despues de esto ¿aun os escusais, oh cristianos, de llevar la cruz del Redentor, y padecer con él? ¿Aun rehusais esa ligera cruz que os manda llevar Jesucristo, siendo vosotros la causa de que él la lleve tan pesada? ¿Aun buscais la diversion y la alegría? ¿Aun respirais el aire del mundo? ¿Aun cantais los cánticos profanos de Babilonia? *Usquequo deliciis dissolveris filia vaga?* ¿Hasta cuándo quereis vaguear por los objetos mundanos, sin mirar con reflexion el estrago que va haciendo en Jesucristo vuestro pecado? Los que no conoceis el pecado

y su malicia, venid y ved el estrago que ha hecho en Jesucristo : *Non est species ei neque decor.* Los que aun no conoceis la justa indignacion de Dios contra la culpa, venid y ved lo que ejecuta por las agenas en su amado Unigénito : *Quem proposuit ad ostensionem justitiæ.*

Si quereis temblar con la estrechísima residencia que os espera, venid y ved el cargo que os hará Jesucristo : *Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ?* ¿Qué mas he podido hacer por vosotros, ingratos? dice Jesucristo : mira con qué trabajo camino por buscarte y sacarte del letargo en que duermes. Oveja descarriada, oye mis silbos; hijo pródigo, vuelve á la casa de tu padre; mujer que has perdido la joya de la gracia, enciende la luz de la caridad para buscarla : *Cur me graviorum criminum tuorum cruce, quam illa in qua perpenderam afflixisti?* os dice con San Agustin : mirad, que lo que mas me molesta es la cruz que me poneis de nuevo con las culpas. ¿Qué decís, cristianos? ¿Permaneceis aun en vuestra indiferencia? ¿Aun le negais las lágrimas á vuestro Dios?

Mandaba la ley que el dia de la expiacion todos se compungiesen para alcanzar la propiciacion de los pecados; pero al que se desentendia de un motivo tan justo de dolor, le amenazaba con esta terrible maldicion : *Omnis anima, quæ afflicta non fuerit die hac, peribit de populis suis :* « Quien no se afligiese en este dia perecerá. » Ved aquí el gran dia de las expiaciones en que Jesucristo va pagando con su sangre y cruz los pecados del mundo. Ahora es cuando Dios tiene derecho de deciros : Si no os afligís, si no llorais, si no llevais conmigo la cruz, daos por perdidos. No, no demos lugar al cumplimiento de tan terrible amenaza. Lleguémonos á los piés de Jesucristo, y confusos de haber sido tan ingratos hasta aquí, pidámosle misericordia de lo íntimo del alma.

(DE SANCHEZ SOBRINO.[1])

Mas no permita Dios que yo me gloríe sino en la cruz de N. S. Jesucristo, por el cual el mundo no es crucificado á mí, y yo al mundo.

SÁN PABLO A LOS GALATAS, VI, 14.

Si alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales, es el interés de su propia gloria : formados á imágen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo ; mas en órden á la verdadera gloria y á los medios de conseguirla no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos á las máximas del siglo y hechos á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo ; el poder, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos ; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el espíritu de Dios, creen con el Apóstol que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sino en la cruz de Jesucristo, y juzgan con arreglo á la moral del Evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expian las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca, como San Pablo, su gloria en las tribulaciones, pues solo por medio de ellas puede tener conformidad con la adorable imágen de su Redentor ; condicion indispensable para ser salvos, segun el mismo Apóstol. Sí, el Unigénito de Dios hecho

[1] Sermon de Nuestra Señora de las Lágrimas.

hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer, para ser participantes de su gloria; modelo que no debemos copiar sino con el pincel de las lágrimas, porque, como afirma San Juan Climaco, si ellas no se nos comunicaren por Dios, serian muy pocos los que se salvaren.

Hasta el mismo Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, debió segun su oráculo sujetarse á los sufrimientos y á la ignominia de la pasion, ántes de entrar en su gloria; y como, en cuanto Dios, no podia llorar, tomó nuestra naturaleza, que le proveyó suficiente caudal de lágrimas, como se esplica Tertuliano, probando así ántes la hiel que los panales. María Santísima asímismo, aunque libre de toda culpa y mancha, no lo estuvo de un torrente de lágrimas que inundaron su alma sobre el monte Calvario á presencia de la pasion y muerte de su Hijo. Y hé aquí el fundamento de donde yo infiero su mayor gloria, porque juzgo en efecto, que estas lágrimas fueron gloriosas en su orígen y por su objeto. Sí, esta no es una paradoja inaudita, es por el contrario una verdad irrefragable, que conocerá fácilmente todo el que considere, que la fuente y orígen de estas lágrimas es el Espíritu Santo, y el objeto de ellas la adorable pasion de Jesucristo, Redentor del género humano.

En efecto, aunque alguno de aquellos que en el idioma de los mundanos pasan por espíritus fuertes, por una especie de afectacion estoica nos pretenden insensibles para hacernos constantes, degradándonos de la humanidad, para darnos el título de magnánimos; y aunque á este respecto afirmen que las lágrimas ceden en descrédito de un ánimo generoso y en deshonor de la constancia, sin embargo, segun la justa economía de Dios en el plan de su providencia, y atendido el lenguaje del Evangelio, son las lágrimas un signo sensible, y como un augusto sello de eleccion para la gloria verdadera. Jesucristo sabio é infalible apreciador del mérito, llama bienaventurados á los que lloran, prometiéndoles en recompensa digna de sus lágrimas las consolaciones del Espíritu Santo.

Mas para que no aprehendais por luz las que son tinieblas, ni por gloria lo que es oprobio é ignominia, consagro esta primera reflexion á ilustrar esta máxima de nuestro Salvador, esplicando cuál sea esta bienaventuranza, efecto del don de lágrimas, y haciendo patentes cuáles

deben reputarse oscuras, cuáles gloriosas, cuáles dimanadas del espíritu del mundo, cuáles originadas del Espíritu Santo. Separemos pues ante todas cosas la ignominia de las unas del honor de las otras, distinguiendo con el Apóstol las que vienen del Espíritu de Dios, de las que proceden de nuestras pasiones. Segreguemos para decirlo de una vez, las que se originan de lo que San Pablo llama tribulacion de la carne[1] de las que resultan de tribulaciones de espíritu, segun el Sabio, para conocer mejor el mérito y el carácter de las de María.

Seria en efecto un error grosero persuadirse á que todas las lágrimas son gloriosas, ó que provienen todas del Espíritu Santo. Una imaginacion, por ejemplo, tímida, como se esplica un sabio, estravagante, inquieta, embarazada, es por lo comun orígen de muchas lágrimas; un humor triste y melancólico, una emulacion desconfiada, aun sin tener rival; males que en lo físico ni podemos prever ni evitar; bienes que ni podemos obtener ni recobrar, son orígen por lo comun de vuestro llanto, fuente de vuestras lágrimas. Cada vicio, cada pasion nos turba: una desesperacion ambiciosa que no alcanza lo que solicita; una insaciable codicia que ós marchita, os devora y os consume; el descubrimiento de un artificio criminal, que os empobrece y os deshonra; los bienes enteramente disipados por el juego ó por el lujo escesivo del vestido ó de la mesa; un favor adquirido por inicuas complacencias, que se disminuye ó que se acaba; el descubrimiento en fin de vuestras vergonzosas prostituciones, deidades de barro, idólatras de Adónis, amadores del siglo; ¿no son, os ruego, otros tantos artificios de vuestras lágrimas voluntarias? ¿No es el placer, oh insensatos y ciegos partidarios del mundo, el oro, una belleza frágil, una vil criatura, ú otro miserable objeto de esta naturaleza, lo que perdido ó no conseguido por vosotros, fomenta las mas veces vuestros gemidos y anima vuestros suspiros? ¿Llamaré yo en esta hipótesis gloriosas vuestras lágrimas? ¿tendrán ellas el mismo orígen que las de María? ¿Podré ponerlas á cubierto de su propia ignominia? ¿Serán indicio de una eleccion que Dios hace de vosotros para su gloria futura, ó mereceréis en recompensa de ellas las dulces consolaciones que promete Jesucristo á los que lloran? Nada ménos. Inficionadas están vuestras lágrimas desde su mismo orígen, serán cubiertas de oprobio delante de Dios.

Consultando pues el Evangelio y tradicion constante de la Iglesia,

[1] Cor., VII, 28.

solo llamo gloriosas en su orígen aquellas lágrimas que se emplean en llorar nuestras culpas y las de nuestros hermanos; gloriosas llamo aquellas con que se llora la peregrinacion de esta vida y la ausencia de la patria celestial, como los israelitas cautivos en Babilonia, cuando sentados á las márgenes de sus rios, suspiraban oprimidos con la memoria de Sion; gloriosas finalmente llamo aquellas que tienen por motivo sobrenatural á un Dios ofendido; y estas mismas son las que nacen de superior impulso del Espíritu Santo, cuyo amor y caridad las produce en nuestros corazones.

De estas lágrimas habla el Nazianzeno, cuando esclama : ¡Oh feliz diluvio, oh lágrimas dichosas! que elevais á un alma penitente, aun estando próxima á caer en el abismo; ellas son mas alegres que la mayor risa, y los que las vierten, conocen su admirable suavidad : de estas habló San Agustin cuando dijo, que son mas dulces las lágrimas de los que oran, que el gozo de los teatros : de ellas habla el Crisólogo, cuando esclama : ¡Oh felices lágrimas de los pecadores! que regando el cielo humedecen la tierra y apagan el infierno : de ellas habla San Basilio, llamándolas seminario del gozo y aumento de la gloria : de ellas dice el Justiniano : ¡Oh humildes lágrimas! vuestra es la potencia, vuestro el reino; vosotras no temeis el tribunal del Juez, no hay quien os impida acercaros á Dios; entrais solas, mas no volveis vacías. ¿Qué mas? venceis al invencible, ligais al Omnipotente, inclinais al Hijo de la Vírgen, abris las puertas del cielo y ahuyentais al demonio; de estas habla la Doctrina cristiana, cuando copiando el oráculo de Jesucristo, llama bienaventurados á los que lloran. Estos son finalmente aquellos gemidos inenarrables con que segun el Apóstol interpela por nosotros el Espíritu Santo, haciéndonos gemir y llorar, como San Agustin se esplica.

Tal es la verdadera idea que debemos conseguir de las que llamo lágrimas gloriosas y bienaventuradas; tal es su orígen escelente, y el carácter singular que las distingue. Segun estos principios, ¿será temeridad afirmar que las lágrimas de María dimanaron del Espíritu Santo? ¿Negaremos á nuestra augusta Madre un don concedido á tantos justos? El precioso don de lágrimas, este privilegio singular, unido íntimamente con las consolaciones del Espíritu Santo, esta voz de la naturaleza muda y sin mas articulacion que la que le comunica la gracia, pero que siempre es oida de Dios, ¿tendrá en María inferior lugar á aquel, de donde en

todo tiempo han dimanado las lágrimas de los demas Santos? ¿Qué, osaremos negar á la Madre del Omnipotente, lo que es forzoso conceder á Job en la pérdida de su familia y bienes, á Tobías en medio de su aflicion, á Jacob, al ver ensangrentada la túnica de su Hijo, á Judit en las calamidades públicas de su pueblo, á Raquel en la muerte de sus hijos, á la piadosa Ana en el oprobio de su esterilidad, á Jeremías finalmente en la infidelidad de Israél?

Si dimanaron todas estas de Dios, ¿carecerian las de María de tan alto orígen? Atendida la justa economía del Señor, que en la distribucion de sus gracias sabe mezclar las lágrimas con los gozos y las aflicciones con las glorias, y que se dignó preferir á María á todos los demas justos, atendido su carácter de Madre y heredera del Crucificado, no podia negarle aquel torrente de lágrimas que pedia con instancia el profeta, para llorar las calamidades públicas de su pueblo. Con esta gloriosa fuente de lágrimas debia regar el Espíritu Santo aquel huerto cerrado, obra de sus mismas manos, como habia prometido por boca del Eclesiástico[1]. De este mismo orígen y manantial en fin debian salir los gemidos de aquella viuda cuyas lágrimas, segun las Escrituras, regando sus mejillas se elevaron hasta el cielo. Gloriosas pues debieron ser estas lágrimas dimanadas de tan alto orígen, siendo uno mismo el espíritu que las causaba y exaltaba, que las humillaba y elevaba, que las animaba y aceptaba.

Ni deben reputarse ménos gloriosas por su objeto que por su orígen, pues si este es el Espíritu de Dios, aquel es la adorable pasion de Jesucristo, que respecto de María no fué ménos gloriosa que dolorosa. Es verdad que Dios en la tragedia augusta del Calvario puso presentes á María sin intermision sus lágrimas, como David, se esplica; es constante que se las dió á beber hasta embriagarla, como dice el mismo; es innegable que todos los profetas nos la presentan, ya como una ciudad desamparada y muda en la muerte de sus hijos, ya como desolada y oprimida todo el dia de tristeza, ya como una mujer verdaderamente fuerte que corre apresurada al desierto, no tanto al olor de los ungüentos, como al de las penas de su Hijo; ya en fin como una madre afligida á cuyos ojos ha desfallecido su luz, que busca y no halla con quien dividir sus aflicciones, ni quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador se ha retirado mucho en cumplimiento de sus divinos oráculos. Es verdad que los Pa-

[1] Eccl., xxiv, 42.

dres y Doctores de la Iglesia nos la proponen triste, afligida y compasiva á presencia de un Dios-Hombre desfalleciente, sin especie ni hermosura, conculcado y despreciado, reputado entre inicuos, cubierto de ignominias, herido y humillado por Dios, hecho una vasta llaga y semejante al pelícano del desierto; es verdad que al ver esta dura situacion de su Dueño y Hacedor, la alimentaba aquel pan de lágrimas que en otro tiempo á David, regando con ellas sus vestidos y la tierra; es verdad, segun la tradicion constante de los Padres, que estas sus preciosas lágrimas recibian aumento, cuando consideraba sobre este horrible monstruo del pecado, que debiendo su orígen al príncipe del infierno deberá su consumacion al jefe de los réprobos; este misterio de iniquidad que obrándose de dia, se estiende á manera de torrente impetuoso por todas las generaciones. Pero es igualmente cierto que la verdadera gloria de un alma justa sobre la tierra son las dulces consolaciones del Espíritu Santo, que no podemos negar á María en estas circunstancias, porque atendida la voluntad de nuestro soberano Legislador, anunciada á los mortales por San Pablo, María no ménos que nosotros debió gloriarse en la cruz de Jesucristo. Es así mismo indubitable que María, Madre y heredera del crucificado y de su Espíritu debió tolerar gozosa su cruz; esto es, sus aflicciones, como de Jesucristo afirma el Apóstol. Ni es ménos cierto que los Apóstoles, segun consta de sus mismas Actas, iban llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir oprobios en nombre de Jesucristo y que San Pablo se gloriaba en todas sus enfermedades y tribulaciones [1].

Mas ¿para qué nos detenemos? ¿Es imposible observar el precepto de gloriarse en la cruz del Salvador, como de algunos otros pretenden los impíos? ¿O por ventura no comprendió á María, que no podia ignorar la voluntad de su Hijo en esta parte, y que debió ser la primera en advertir con su ejemplo la observancia de las leyes? ¿Le faltaria acaso un ánimo generoso y pronto, ó los ausilios necesarios para conformarse con la adorable imágen de su Hijo; condicion sin la cual no seremos predestinados, segun el Apóstol? Léjos de aquí, calumnias groseras; no pretendais oscurecer las glorias de María sobre el Calvario.

Pero mostremos ya con alguna individualidad los motivos poderosos de gloriarse, que se presentaban al espíritu de María en el conflicto de sus lágrimas. ¿No veía cumplidas las promesas del cielo, desaparecidas

[1] Rom., v. 3.—Cor., xii, 9.

las sombras, pasado el tiempo de las figuras, evacuadas las profecías, el deseo de los patriarcas satisfecho, venida la plenitud del tiempo? ¿No veía la ley antigua abrogada, abolidas sus ceremonias y sacrificios, profanados ya sus sacramentos y festividades, deshecha la sinagoga, y el templo abandonado? ¿No veía, como se esplica un orador de nuestro siglo, la nueva gracia establecida, el nuevo Testamento ya sellado, quitado el velo á las Escrituras, subrogado el Evangelio á la ley de Moisés, un nuevo órden de cosas, un órden mas sublime, mas recomendable, mas santo, una oblacion mas pura y mas preciosa, un pueblo mas fiel, sacramentos mas eficaces, templos mas augustos, ceremonias mas loables, leyes mas perfectas, gracias mas abundantes? ¿No veía que Jesucristo habia conquistado enteramente su reino, que habia recibido un golpe mortal la idolatría, que estaba confundida la sabiduría de los filósofos, destruidos los oráculos, vencidos los demonios, reconciliado el cielo con la tierra, satisfecha la justicia del Padre, vengada su gloria y conquistada la gloria del Redentor? ¿No veía los gloriosos triunfos de la Fe por el ministerio de los Apóstoles, la constancia y trofeos de sus mártires, la pureza finalmente de las vírgenes? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la tragedia del Calvario que los producia. Es pues constante que las lágrimas de María no fueron ménos gloriosas por su adorable objeto que por su orígen.

Aprended tambien á llorar y á gloriaros en la cruz de Jesucristo, si quereis recibir algun dia las dulces consolaciones del Espíritu Santo. Rociad vuestro pan y vuestro lecho con lágrimas, esta dichosa agua, este bautismo de penitencia, como un Padre se esplica. La pasion de Jesucristo, las ofensas de un Dios sumamente bueno, la pérdida de su gracia, la ruina de vuestra alma ó la de vuestros hermanos, son solamente objetos dignos de vuestros suspiros, y los que únicamente pueden hacer gloriosas vuestras lágrimas. Llorad pues ahora, os diré con el Crisólogo, cuando se regocijan los impíos, á fin de alegraros cuando ellos empiecen un eterno llanto. Llorad ahora, repito con San Macario, antes que entrando en la eternidad, despedacen á vuestros cuerpos vuestras mismas lágrimas.

Vos, augusta soberana Madre, que en medio de vuestra mayor aflicion mirabais como gloria vuestra, y con una tierna complacencia y gozo espiritual, la reparacion de nuestras almas y las humildes lágrimas de los penitentes, no mireis ahora con desden nuestros turbados corazones.

Por vuestra intercesion pedimos á Dios humillados y contritos un precioso don de lágrimas para expiacion de nuestras culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois, madre nuestra, madre de misericordia, madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra : á vos clamamos, á vos suspiramos en este valle de lágrimas : mostradnos despues de este destierro á Jesus vuestro Hijo que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo.

NI LA MAYOR VIRTUD

NI LA MAS PERFECTA SANTIDAD ESTAN EXENTAS DE TRIBULACIONES.

(DE GONZALEZ.)

> Hizo el Señor lo que pensó: cumplió su palabra que tenia ordenada desde los dias antiguos; destruyó y no perdonó.
>
> JEREMIAS, II, 17.

Verdaderamente Señor que vuestros juicios son incomprensibles. El humilde cristiano los adora sin atreverse á profundizarlos, miéntras el orgulloso incrédulo los condena por querer someterlos al juicio de su débil razon. En lo mismo en que el primero halla los mas sólidos argumentos con que demostrar la existencia de vuestra universal justicia, de vuestra adorable providencia, descubre el segundo razones, que en su opinion, son las mas evidentes para impugnar estos atributos de vuestra esencia.

Tales son los caminos del Señor en la distribucion de los bienes y males de este mundo. Este misterio es un escollo inevitable para el hombre destituido de la luz clarísima de la fe; un escollo en que por necesidad se estrella, se pierde su ciega razon. Porque ¿cómo ha de conciliar la desgracia del justo y la prosperidad del malvado con la infinita justicia de un Dios que dirige todos los acontecimientos del mundo? Un Job, un Josef, un Tobías... todos estos y otros innumerables fueron pecadores desde el momento de su formacion, y aunque el Señor tuvo la generosidad de perdonarles la culpa, no estimó conveniente condenarles al mismo tiempo á toda la pena. Por grandes que fueren la calamidad y la desgracia de que se vieron oprimidos, en nada ofendian los derechos de la divina justicia, que seguramente no les imponia aun toda la pena merecida. Hay sin embargo una gran diferencia entre estos y María santísima. Esta Señora

es la única entre todos los descendientes de Adan, que fué pura, santa, inmaculada en su concepcion; es una criatura singular y prodigiosa que en todo el discurso de su vida no cometió el mas leve pecado, porque en nada ofendió ni desagradó á su Dios; es la escogida desde la eternidad para el destino mas sublime, para la santidad mas completa y para la gloria mas elevada. Ahora bien, ¿debiera ser justamente esta Señora el blanco de la adversidad; habia razon para sumergirla en el abismo mas profundo de dolor y amargura?

Cuando los hijos del Zebedeo tuvieron la debilidad de pretender los primeros destinos en el reino de Jesucristo, les dió á entender este Dios de bondad y justicia, que la gloria á que ellos aspiraban no se concedia sino á los que tuviesen toda la fortaleza necesaria para beber el cáliz amargo que á todos prepara la inexorable justicia del Padre celestial. De este pasage podemos inferir con fundamento, que María ocupa el lugar mas elevado y glorioso en el reino de los cielos; puesto que escedió á todos con aquella constancia con que agotó hasta las heces el amarguísimo cáliz que bebió al mismo tiempo que su Hijo en la tierra.

No quisiera que acalorada la imaginacion con el recuerdo de los dolores de María, llegara á exaltarse en términos que me hiciera incurrir en el vicio de la exageracion; mi intento es demostrar que ninguna criatura ha sufrido tanto, ni puede ser comparada en sus penas con esta Madre vírgen.

Desde que el ambicioso Herodes, resuelto á destruir la inocente vida de su adorado Jesus, sacrificó con fiera inhumanidad todos los parvulitos de Belen y sus inmediaciones, sin que tantos sacrificios fueran suficientes á apagar la sed insaciable de sangre que devoraba á aquel mónstruo; mas aun, desde que el santo anciano Simeon le predijo la muerte que esperaba á aquel tierno infante que tenia en sus brazos, jamás dejó de herir su amantísimo corazon la penetrante espada que entónces le clavó. La muerte afrentosa de su amado estuvo desde aquel momento siempre fija en su alma; recuerdo que acibaraba todos sus placeres, llenaba de amargura todas sus delicias, convertia en insufribles penas los tiernos besos que aquel estamparia en sus megillas. La prevision de un acontecimiento tan horroroso era un tormento insoportable, un continuado martirio, porque lo miraba como inevitable.

No cabe duda; aquella idea, que no podia apartar de su mente un solo

momento, la atormentaba con esceso, pero aun no se habia verificado lo que temia ; y esto mitigaba algun tanto su afliccion, pues hasta que llega el fatal instante, se esfuerzan á borrar de la imaginacion su cruel idea la piedad, el amor, la propension que inspira la naturaleza. Al modo que el miserable reo, quien apurados inútilmente todos los recursos, se le intima la sentencia de muerte, ve los preparativos, oye la campana que designa la hora fatal, es colocado en el cadalso, sin que por eso deje de formar en su debilitada imaginacion vanas ilusiones de un indulto, ó de cualquier accidente raro é imprevisto que impida la ejecucion; así como el enfermo postrado en el lecho de la muerte, desahuciado de los médicos, destituido de todas las fuerzas, sin razon, sin sentimiento, ni movimiento, presta aun grandes esperanzas de vida al padre, á la esposa, al hijo, al amigo, que no consultan mas que á los anhelantes deseos de su corazon, por cuyo medio su dolor se mitiga, y no llega á sentir todo el lleno de la desgracia que está ya cayendo sobre ellos, hasta que viene el momento, aquel momento terrible en que reciben como de repente un golpe que antes parecian haber despreciado, ven desaparecer á su vista todo género de esperanza, y se entregan sin el menor consuelo al dolor mas vehemente, prorumpiendo en gritos descompasados, ó quedando inmóviles en el mas profundo abatimiento; así la Madre del Dios que espira...

Pero ¡oh afligidísima Señora! Madre la mas afligida de todas las madres! ¿qué objeto se presenta á vuestros ojos? Marías piadosas, ¡ay! ¡ay! ¡qué circunstancia tan oportuna de ejecutar vuestra conocida piedad! jamas en vuestra vida habeis tenido otra semejante. Mirad que la muerte, esa furia implacable trata de sacrificar dos víctimas á la vez : al ejercer su furor en el inocentísimo Jesus no dejará de estender su afilada guadaña, y descargar, si le es posible, el mismo golpe sobre su Madre santísima.

No hay arbitrio, no hay medio alguno de evitarlo : *fecit Dominus quæ logitavit* : es indispensable que la serpiente infernal lance todo su veneno sobre la esforzada heroína, para que esta pise, destruya con su firme planta la erguida cerviz de aquel mónstruo. *Complevit Dominus quæ præceperat à diebus antiquis* : cuatro mil años antes habia dispuesto el Señor que pues la entraña del infierno consiguió seducir, esclavizar, hacer infeliz al hombre por medio de la debilidad de una mujer, sirviese de medio la heróica fortaleza, de otra mujer, para triunfar de aquel astuto enemigo, destruir su imperio, devolver la libertad al

hombre, y reponerle en la senda de la verdadera felicidad. La fortaleza heróica digo, sí; se necesitaba una fortaleza heróica, estraordinaria, la mayor de que fuera capaz la criatura.

Llegó el momento prefijado por la inexorable Providencia para ejecutar la obra mas grande y estupenda del amor y de la misericordia divina; llegó el momento destinado para la mas lamentable y horrorosa catástrofe; llegó el momento en que el Señor habia determinado salvar el género humano, y por eso *fecit quæ cogitavit* : hizo ejecutarlo por los medios que habia adoptado su infinita sabiduría ; puso por obra los adorables decretos de su providencia : *fecit quæ cogitavit : destruxit et non pepercit.*

Preparáos, Madre afligida! preparáos, que es necesaria toda la fortaleza de vuestro espíritu, y tal vez no sea suficiente. ¡Gran Dios! si sola la prevision de esta escena constituye á vuestro Hijo en tan mortal agonía que os veis precisado á enviar un ángel para que le conforte y conserve su vida, ¿cómo es posible que pueda soportar su presencia la mas delicada de las vírgenes, la mas amante de las madres? Enviad pues alguna de las virtudes del cielo, para que sostenga á su esclarecida reina, y le ayude á recibir el desapiadado golpe que aparenta oprimirla.

Almas sensibles y piadosas, las que tan inmensos beneficios reportais de la muerte del Salvador y de los dolores de su purísima Madre, contemplad, contemplad atentamente la situacion tan crítica en que se encuentra esta Señora ; ponéos en su lugar, y ved si podeis formaros alguna idea de su dolor, pues yo confieso que no encuentro palabras para describirlo. Vosotros debeis embotar tan fieros cuchillos ; á vosotros toca mitigar su amarguísima situacion ; vosotros estais en el caso de proporcionarle algun consuelo contra tan insoportable afliccion, acompañándola, manifestándoos animados de sus mismos sentimientos, oprimidos de su mismo dolor, y remontando en lo último de vuestro corazon, con igual sinceridad que la suya, la pasion de su Hijo y vuestro Redentor. Vosotros, ya que los malos cristianos, tienen la bárbara inhumanidad de abandonarla, menospreciando los beneficios que á cada paso reciben del cielo, vosotros debeis confesar con ella, que todo, todo sin escepcion lo habeis recibido de su amantísimo Jesus; que sus disposiciones son siempre acertadas; que su providencia es justísima, santísima ; que nada se hace que no esté decretado por ella desde la eternidad. Vosotros, solos vosotros debeis acompañarla ; no el desventurado que aun arrastra las duras cadenas de la culpa, y cuya presencia le ocasiona un tormento agudo é in-

soportable. Vosotras debeis trasladar á vuestro corazon el amargo dolor de que está penetrado el suyo, detestando la culpa como el mayor de los males, persiguiéndola como el mas abominable de los mónstruos, alejando de vosotros para siempre hasta su nombre, purificando cada vez mas vuestras almas con las abundantes lágrimas de una verdadera penitencia.

¡Qué poderoso, qué dulce lenitivo será este para el fiero dolor que esperimenta! Vuestras lágrimas enjugarán las suyas; templará el suyo vuestro sentimiento; vuestra afliccion derramará un inefable consuelo en su alma. Verá entónces llena de júbilo el copioso é interesante fruto que ha producido la afrentosa muerte de su Hijo, dando una vida feliz a vuestras almas. Esta satisfaccion, la mayor y mas deliciosa que puede gozar un alma justa, no solo no le permitirá fijar su atencion en la pérdida que ha sufrido, sino que le representará en cada una de vuestras almas el objeto mas grato y embelesador. Verá en ellas gloriosísimamente retratado á su amado Hijo, cuya vista la colmará de un consuelo, de un gozo que esperimentaréis tambien vosotros, si verdaderamente habeis participado de su dolor.

GLOSA DE LA SALVE REGINA.

(DE FRAY PEDRO DE PADILLA [1])

Alta Reina esclarecida,
como los cielos hermosa,
sacra Vírgen escogida
para ser Madre y Esposa
del que á todos nos dió vida;
si al rey de paz y consuelo,
Verbo divino del Padre,
pudiste bajar del cielo,
siendo tú su Hija y Madre,
bien te dicen los del suelo:
Dios te salve, Reina.

El unicornio hermoso,
que es Dios, á quien humanaste,
quedó de muy riguroso
manso y misericordioso,
despues que tú le humillaste;
porque la antigua discordia
sola tú aplacar pudiste,
y en tan dichosa concordia
bien te cuadra, pues paríste
la misma misericordia,
Madre de misericordia.

De triste en alegre estado
tú nos trocaste la suerte;
de ti nació disfrazado
el que dió, muriendo, muerte,
á la muerte y al pecado.
Benditísima María,
consuelo de nuestra pena,
pues que vida y alegría
al mundo de ti se ordena
sola tú, Señora mia,
Vida y dulzura.

Si Dios en ti no encarnara,
la esperanza se perdiera
de que el hombre se librara,
que sin Dios hombre no hubiera
quien al mundo rescatara:
Así que en cuanto tú hiciste
nuestro bien solicitaste,
á Dios de carne vestíste,
y con eso aseguraste
que eres y serás y fuiste
Esperanza nuestra.

[1] *Jardin Espiritual.*—Madrid 1585.

Celestial emperadora,
tú dejaste rico el suelo
de cuanto bien tiene ahora,
y despues subiendo al cielo
eres nuestra intercesora :
sentada estás á la diestra
del Hijo á quien engendraste,
y pues al Hombre se muestra
desde allí cuanto le amaste,
esperanza y gloria nuestra,
Dios te salve.

¿A quién hemos de acudir
en todas las ocasiones
que nos pudieren venir,
sino á las intercesiones
que tú nos sabes pedir?
Como del Hijo sabemos
de ti que aunque mas pidamos,
Vírgen, no te cansaremos,
así cuando nos hallamos
sin el bien que pretendemos,
A ti llamamos.

El que una vez ha caido
mal se podrá levantar,
no siendo favorecido,
porque sin Dios no hay pensar
que se cobre Dios perdido;
necesitados estamos
de tu favor si caemos,
porque al punto que pecamos,
sin la gracia, que perdemos,
tan solamente quedamos
Desterrados hijos de Eva.

Nuestra miseria te mueva,
bendita Vírgen sagrada,
á pedirnos gracia nueva,
que sin ti los hijos de Eva
mal podremos pedir nada :
y viendo que no sucede
que pidas y no te den ;
cuando nuestra culpa escede,
para recobrar el bien,
como á quien todo lo puede,
A ti suspiramos.

A ti, que sagrario fuiste
de aquella Divinidad
que de tu carne vestiste,
y con tu gran humildad
le enamoraste y rendiste :
á ti, por quien nos cobramos
divino y celestial medio,
por quien á Dios granjeamos,
cuando nos falte remedio
será muy bien que acudamos
Gimiendo y llorando.

Que un corazon humillado
no despreciaréis los dos,
Tú y el Hijo tan amado,
que se humilló siendo Dios,
de la humilde enamorado:
tu intercesion pueda tanto
con el Verbo soberano
que del reino del espanto
nos libre, Vírgen, tu mano;
pues aquí no hay sino llanto
En este valle de lágrimas.

Si tu favor no socorre
para lo que nos conviene,
nadie habrá que nos ahorre,
porque lo que el mundo tiene,
es moneda que no corre:
todos estamos de suerte
que no sufre dilacion
la cura de mal tan fuerte;
y pues hay tal ocasion,
Vírgen de compadecerte,
Ea, pues, Señora.

Pide para el daño hecho
perdon, y á lo porvenir
un tan abrasado pecho,
y tan dispuesto á servir,
que á Dios deja satisfecho:
pide lo que tú supieres
que nos conviene, Señora;
y pues que tanto nos quieres
no te descuides ahora,
pues há tanto tiempo que eres
Abogada nuestra.

Ante la suma grandeza,
que ha ofendido nuestra culpa,
presenta nuestra bajeza,
y aquesta flaca disculpa
de nuestra naturaleza.
Muestra al Hijo regalado
el pecho en que le criaste,
y habiéndosele mostrado
dí: Pues tanto los amaste,
vuelve y mira, Hijo amado,
Aquellos tuyos.

Pues quieres del pecador
que á ti se convierta y viva,
y estos conocen su error,
en su amparo los reciba,
Hijo, tu divino amor;
y pues con fe verdadera,
humildes vuelven á ti,
y yo soy su medianera,
válgales ser esto así
que se les muestren siquiera
Ojos misericordiosos.

Todo este favor tenemos
de tu mano, Vírgen santa,
mas tantas veces caemos
que á cada paso traemos
el cuchillo á la garganta:
de suerte que es menester
no dejarnos un momento,
Vírgen de favorecer;
y si mudares intento,
por nuestro desmerecer,
Vuelve á nosotros.

Que en siendo de ti olvidados,
quedamos todos perdidos,
de piés y manos atados,
con fuertes lazos tejidos
de nuestros propios pecados:
y pues por nosotros fuiste
Madre del Hijo que tienes,
de quien tanto recibiste,
no nos niegues de tus bienes,
Señora, pues tantos diste,
Y á Jesus.

Para que nuestra desgracia
en ventura mude el nombre
por tu ruego y su eficacia,
como nos le diste hombre,
dánosle ahora por gracia.
Échese, Vírgen, el resto
en remediar nuestros males,
y el Hijo dulce dispuesto
con tus ruegos virginales
hará que saquemos de esto
Fruto bendito.

Quedaremos prevenidos
con su gracia, y reformados;
y de esta favorecidos
seremos de los llamados,
y despues los escogidos.
Quien por Madre te eligió
lo puede muy bien hacer,
pues que Vírgen te crió,
y sin dejarlo de ser
con traje nuestro salió
De tu vientre.

Nació para ser modelo
y regla de nuestra vida,
abrió el camino del cielo,
y la esperanza perdida
resucitó y el consuelo.
Murió, porque no muriese
el hombre, que tanto amó,
y para que á sí volviese,
todo cuanto padeció
quiso, Vírgen, que sirviese
A nosotros.

Dejó su cuerpo en comida
para que convaleciese
con aquel manjar de vida
el que la gracia tuviese
por sus ofensas perdida.
Qudónos para memoria
de su sagrada pasion,
y para alcanzar victoria
de cualquiera tentacion,
con que merezcamos gloria
Despues de este destierro.

Las mercedes recibidas
son tantas del que pariste,
que fueran pocas mil vidas,
cuanto mas una tan triste,
para serle agradecidas.
Y estando tan obligados,
no osaremos pedir mas;
á ti iremos humillados,
Vírgen, y llevarnos has
al Hijo, y nuestros pecados
Muestra.

Y no es posible que vista
nuestra gran necesidad,
á tu peticion resista,
ni que el autor de maldad
nos venza en esta conquista:
que para estas ocasiones
te guardan los que te aman,
y así en sus tribulaciones
entre otros nombres te llaman
todas las generaciones
¡Oh clementísima!

Porque viendo tu clemencia
acudir á nuestra falta,
sabemos de cierta ciencia
que ella suple en lo que falta,
nuestra gran insuficiencia.
Éresnos madre piadosa,
aunque no lo merezcamos,
siempre misericordiosa;
y por eso te llamamos,
sagrada Vírgen gloriosa:
¡Oh piadosa!

No hay blason que no te cuadre
por solo tu merecer
tanto que siendo tu Padre
el que te pudo hacer,
te quiso escoger por Madre:
de ti nos vino el consuelo
y el descanso de la vida,
por ti se cobró en el suelo
toda la gracia perdida,
y tú enriqueces el cielo,
¡Oh dulce Vírgen!

Tu santo nombre glorioso,
que á los demonios asombra,
es tan dulce y tan sabroso
que á cualquiera que le nombra
le da un valor milagroso.
Y el que por sí ya no es parte
á resistir tentaciones,
lo será con invocarte;
y así en las tribulaciones
nos valemos de llamarte
María.

Con tu nombre, Vírgen pura,
se ilustra nuestra memoria,
y es para nuestra ventura
salvo-conducto de gloria
que los puertos asegura.
Por él nos hacen mercedes,
y con poder soberano
rompen los lazos y redes
del enemigo inhumano,
Vírgen; y pues tanto puedes,
Ruega por nosotros.

Dile al mismo que engendraste,
que es hombre y Dios verdadero;
mira aquellos que criaste,
por quien puesto en un madero
tanta sangre derramaste.
Que con este es imposible,
si á vuestro arrepentimiento
se da todo lo posible,
que lleve á colmo su intento
el enemigo invisible,
Santa Madre de Dios.

Haz que de sus confianzas
sea el fruto compasion,
y que de sus asechanzas
en lugar de perdicion
nazcan vuestras esperanzas:
y pide al que le envió
do no ha de verle jamas
Vírgen, pues de ti nació,
y cuanto quieras podrás,
de aquel bien que le quitó,
Que seamos dignos.

Pídele que nos ampare,
y nos confirme en su fe,
y lo que no le agradare
fuerzas de gracia nos dé
con que luego se repare :
y con medios como estos
por tu mano grangeados,
aunque estamos en él puestos
tan mal por nuestros pecados,
gozaremos bien dispuestos
De las promesas de Cristo.

Para que en todo se acierte,
le pide al que nos dió vida,
que nuestras vidas conserve;
y tú, Vírgen escogida,
nos ampara en vida y muerte.
No nos falte tu consuelo
en la postrimera hora,
porque partiendo del suelo
libres de culpa, Señora,
te alabemos en el cielo.
Asi sea.

A NUESTRA SEÑORA.

(DE FRAY LUIS DE LEON.[1])

OCTAVAS.

No viéramos el rostro al Padre eterno
alegre, ni en el suelo al Hijo amado,
quitar la tiranía del infierno
ni el fiero capitan encadenado:
viviéramos en llanto sempiterno,
durara la ponzoña del bocado,
serenísima Vírgen, si no hallara
tal Madre Dios en vos donde encarnára.

Que aunque el amor del hombre ya habia hecho
mover al Padre eterno á que enviase
el único engendrado de su pecho,
á que encarnando en vos le reparase;
con vos se remedió nuestro derecho,
hicistes nuestro bien se acrecentase,
estuvo nuestra vida en que quisistes,
Madre digna de Dios, y así vencistes.

No tuvo el Padre mas, Vírgen, que daros,
pues quiso que de vos Cristo naciese,
ni vos tuvistes mas que desearos,
siendo el deseo tal que en vos cupiese;
habiendo de ser Madre contentaros
pudiérades con serlo de quien fuese
menos que Dios, aunque para tal Madre
bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.

[1] *Poestas Sagradas.*

Con la humildad que al cielo enriquecistes,
vuestro ser sobre el cielo levantastes:
aquello que fué Dios, solo no fuistes,
y cuanto no fué Dios atrás dejastes:
del Espíritu Santo concebistes,
y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes,
que lo que el cielo y tierra no abrazaron
vuestras santas entrañas encerraron.

Y aunque sois Madre, sois Vírgen entera,
hija de Adan de culpa preservada,
y en órden de nacer vos sois primera,
y antes que fuese el cielo sois criada:
piadosa sois, pues la serpiente fiera
por vos vió su cabeza quebrantada:
á Dios de Dios bajais del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzais del suelo al cielo.

Estáis ahora, Vírgen generosa,
con la perpetua Trinidad sentada,
do el Padre os llama Hija, el Espíritu Esposa,
y el Hijo que engendrastes Madre amada.
De allí con larga mano y poderosa
nos repartís la gracia que os es dada;
allí gozais, y aquí pára mi pluma,
que en la esencia de Dios está la suma.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

Crauk p.

QUINTA ESTACION

QUINTA ESTACION

SIMON EL CIRENEO AYUDA A JESUS A LLEVAR LA CRUZ.

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

onsidera, alma mia, como al ver los judíos que era tal la debilidad de Jesus, que á cada paso parecia iba á exhalar el espíritu, temiendo que muriese en el camino, cuando todo su afan era el verlo morir en el infame patíbulo de la cruz, obligaron á *Simon de Cyrene*, ó el Cireneo, á que le ayudase á llevar la cruz.

Dulcísimo Jesus mio, no es mi ánimo rehusar la cruz como el Cireneo, pues la acepto y la abrazo. Acepto tambien la muerte que me está destinada, con todos los padecimientos que deban acompañarla : la uno y allego á la vuestra, y os la ofrezco. Habeis muerto por mi amor : yo quiero morir tambien por el

vuestro, y para agradaros. Dadme el socorro de vuestra gracia. Jesus mio, os amo, y me arrepiento de haberos ofendido : no permitais que vuelva á ofenderos. Haced que os ame, y disponed de mí segun vuestra santísima voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

SOBRE LA SANTA CRUZ.[1]

No conoce el hombre su precio.
Job, xxviii, 13.

¿No veis la señal gloriosa que consuela de nuevo á la Iglesia y á todos los verdaderos fieles? ¿No recordais el signo de triunfo que ha de ostentarse á los ojos del mundo, para dicha y corona de los buenos, terror y confusion de los malvados, participando de la gloria y majestad del Hijo del hombre, cuando al último dia de los siglos, venga á juzgar el universo? Es el glorioso estandarte de la libertad; llenáos de júbilo, cristianos: ¡la enseña venturosa de la salud del hombre, el instrumento adorable de la restauracion del pecador, la que ha conquistado el cielo cerrado por la culpa de la descendencia de Adan! El árbol bello y frondoso que va cubriendo con sus ramas toda la redondez del orbe, el árbol misterioso, cuyo fruto es un antídoto eficaz contra la amargura mortífera que causó el fruto vedado del primer árbol del paraiso y la cruz triunfante y gloriosa; la esperanza de los fieles, y la desesperacion de los impíos que la desprecian, porque no la conocen, *nescit homo pretium ejus*. Signo ántes de ignominia, es hoy un sello de gloria y de fidelidad que premia y ennoblece á los siervos de Dios.

En la opinion de todas las naciones era la cruz el mas infame de todos los suplicios: era maldito, en la Palestina ó la Judea, el que moria en ella, y los romanos hacian espirar en tan ominoso patíbulo á los esclavos que atentasen contra la vida de sus señores; pero desde que la cruz se vió salpicada con la sangre nobilísima y real del Hijo de un Dios, sobre

[1] *Del púlpito español.*

la cima del Gólgota, enclavado en ella, adquirió el mas alto honor, y los mismos romanos dieron testimonio de esta verdad, prohibiendo el uso de la cruz en el castigo afrentoso de los mayores delitos; con la idea de que en adelante no recibieran los reos en vez de infamia, honor, y en lugar de castigo, una recompensa. Hoy es la cruz la piedra mas preciosa de las coronas imperiales, el ornamento de los grandes, el premio de los señores, y en sentir de San Cirilo de Alejandría, la gloria de las glorias; *gloria gloriarum crux Christi*: el mayor oprobio del hombre es hoy el mas glorioso timbre del cristiano. No hay blason tan ilustre como padecer por amor de Jesucristo en la cruz. El Apóstol que subió hasta el tercer cielo por la escala de las tribulaciones y de los tormentos, ha fundado sus delicias y toda su gloria en la cruz de Jesucristo [1]. Bien podia establecerla sobre la sabiduría del Hijo de Dios en su majestad ó sobre su gloria, mas halló la sabiduría en la locura de la cruz, halló la majestad en la humillacion á la cruz, y halló su poder en la flaqueza de la cruz, en espresion de San Agustin. Los sabios del siglo se avergüenzan del oprobio de la cruz; mas el Doctor Santo de las gentes encontró en él una gloria, que le hace superior al mundo.

Algunos se glorían del favor de los reyes ó de los poderosos; otros suelen gloriarse en la mania vana, carnal y diabólica que infla el corazon, estos en la libertad y potencia de satisfacer sus pasiones mezquinas; aquellos en fin en la señal de una victoria, conseguida de sus enemigos en el campo de batalla; mas el Apóstol funda todo el resplandor de su gloria en el Omnipotente, dueño único de todos los tesoros de la naturaleza y de la gloria; su favorita ciencia es la cruz, pues hace alarde de no saber otra cosa mas que Jesucristo crucificado. Si la cruz es locura para los que se pierden, es la virtud y el poder de Dios para los que se salvan; es la libertadora de los hijos de Dios; en ella ha sido crucificado el hombre viejo de la culpa; es el glorioso estandarte de la victoria conseguida por Jesucristo contra el demonio, llevándole aherrojado al carro de su triunfo, despues de haberle vencido y derrotado sobre la cima del calvario. Una devocion esterior y vana es motivo y objeto de gloriarse algunos, así como la circuncision fomentaba la vanidad y orgullo de los judíos; pero es evidente que no hay sólida y verdadera gloria fuera de la cruz, que llama el padre San Leon, *fuente de todas las bendiciones y causa de todas las gracias*. Un antiguo doctor decia en otro tiempo á

[1] Galat., VI, 14.

los gentiles, que el cristiano es un hombre destinado por su profesion á los trabajos y á la muerte, y que solo es grande cuando padece, porque no se conocen los héroes de la virtud hasta que son probados en el crisol de las tribulaciones. Los trabajos, los tormentos y la muerte labraron á los mártires la corona de su inmortalidad, y las aflicciones sufridas con paciencia por amor de Dios, adquieren al cristiano la mansion de las delicias eternas. Ya se deja columbrar por estas reflexiones, que pretendo haceros ver en la cruz la misteriosa nave que nos ha de llevar al puerto de la gloria.

Dos puntos de vista ostenta el misterio de la cruz; uno á los ojos de la fe, y otro á los del mundo; este solo descubre dolor, pobreza y oprobio en la naturaleza humana; mas la fe descubre en el dolor un tesoro de inefables consuelos, en la pobreza, riquezas inmensas de gracia y de salud, y en el oprobio en fin todos los motivos de una verdadera gloria. Hé aquí por qué todo fiel que se alimenta de la fe y de la razon, siente los consuelos que le hacen confesar que el yugo de la cruz es muy suave; siente la necesidad de llevarla en gozo y paciencia, porque es el precio único que nos adquiere la gracia de la salvacion, y porque es la compañera inseparable del hombre desde que nace hasta que muere; tan suave y fácil de llevar al justo, como insoportable y terrible el pecador. Esta verdad es dura, inaccesible al espíritu humano, entorpecido por las nieblas del error y maligno vapor de las pasiones; es muy áspera á la malicia y flaqueza del hombre mundano; pero se insinúa del modo mas admirable en los corazones llevados por la divina gracia, hasta conocer el gran misterio consumado en los brazos de la cruz, donde segun San Pablo [1], fué derogado el decreto de nuestra condenacion, y donde solamente halla el cristiano la ciencia de la salvacion.

El triunfo de la cruz, en el último dia, no solo resplandecerá contra los judíos y los gentiles, sino tambien contra todos los falsos cristianos, que viven en el cristianismo, sin adorar á un Dios crucificado, sin dar la menor señal de gratitud á su amor para con el hombre, sin imitarle, sin seguir á Jesus, hasta entrar con él en el huerto de las Olivas, y agonizar por su amor, como los fieles discípulos. Será la cruz un juez terrible, cuya sola vista llenará de confusion y horror á todos los que San Pablo llama con lágrimas [2] *enemigos de la cruz*.

Al brillo de la cruz bramarán los amantes de la vida sensual, los

[1] Ephes., II, 15.— [2] Philipp., III, 18.

ociosos, los que hoy nadan en los placeres y opulencia, injusta y sacrílegamente adquiridos, con ultraje de la humanidad doliente y desvalida. ¡Ay del avaro y usurero en el dia último, cuando sus ateridos y fieros rostros caigan heridos por el resplandor de la cruz! ¡Ay de aquellos hipócritas piadosos que solo se contentan con adorarla esteriormente sin abrazar sus mortificaciones! La cruz será su tormento y un tormento forzado; en estéril lloro verterán lágrimas eternas. Será por la cruz el triunfo de la justicia de un Dios crucificado contra todos los impíos y los pecadores, contra los réprobos que despreciaron los méritos de la muerte del Salvador, que renunciaron á los gustos y delicias que la religion de Jesus mezcla con sus aflicciones y penas, queriendo mas anegarse en el torrente de amarguras que derrama el mundo en sus falsos y efímeros placeres.

Siempre que Dios quiere renovar los prodigios de su gracia en la conversion del pecador, dice San Bernardo que para desprender su corazon de los afectos criminales, suele derramar amarguras sobre sus antiguos placeres, porque el vicio y la virtud son incompatibles, y la caridad no puede entrar en un alma poseida de la sensualidad; por lo cual ántes de establecer Dios su reino en el corazon del pecador, entra debilitando primero el furor de las pasiones que le dominan, con todos los afectos desordenados, derramando disgustos y amarguras en todos los objetos de su amor. Así trata Dios á los pecadores que quiere convertir, de lo cual, entre otros innumerables, un testimonio auténtico y nada sospechoso nos ofrece de sí mismo el santo y grande Agustino, confesando al Señor, que despues que le miró con ojos de misericordia, habia comenzado á derramar amarguras en todos los consuelos de su vida. Salomon en todas las grandezas y deleites mundanos, no encontró mas que vanidad y afliccion. Y en esto, al par de la misericordia, resplandece la sabiduría de Dios: sino la sociedad se convirtiera en un caos horrendo, la Religion misma seria un desórden, porque mandándonos aborrecer el mundo, por estar lleno de perversidad y de corrupcion, si no dejamos de amarlo, aunque sintiendo sus amarguras, ¿quién podria enfrenar nuestro injusto amor, si estuviera lleno de placeres? No habria para nosotros otro Dios que la pasion, y daríamos á las criaturas el culto del Ser supremo, y los deleites ilícitos aumentando la ceguera al insensato, le precipitarian en el abismo de su propia perdicion. Por esta causa la Divina misericordia, derramando continuamente hiel sobre todos

los placeres mundanos, los desprende de nuestros corazones, y el disgusto y tedio que hallamos en las cosas de la tierra, nos obligan por necesidad á buscar las cosas del cielo.

Por otra parte, ¿qué seria del pobre sobre la tierra, si la virtud probada por los trabajos, no llenara su corazon de inefables delicias? Las varias aflicciones de la vida humana, segun el Apóstol Santiago, son el motivo de la mayor alegría : no solo constituyen la futura, sino tambien la presente felicidad. Tal es el honor que hace á la religion cristiana un filósofo de la Francia moderna. Así como Dios con su divina mision forma la dicha de los predestinados en la mansion del descanso eterno, así con la tribulacion hace felices á los buenos en el valle de las fatigas, en este mundo que es el reino de la fe. Por esto dice San Juan Crisóstomo, que la alegría del mundo es alegría de los ojos, porque solamente consiste en el placer que ocasiona la vista de terrenas hermosuras; pero la alegría que Dios concede á los que padecen por él, es la alegría del corazon tranquilo y puro, en que rebosaba el corazon del Rey profeta : *dedisti lætitiam in corde meo*. Es el gozo que se funda en la fe, una alegría que se robustece con su oposicion á la alegría mundana, cimentada en la ilusion y falsedad; porque no se ha visto todavía en mas de cuarenta siglos, un hombre halagado por el mundo con sólidos y verdaderos placeres sobre la tierra.

Durante la vida del hombre, la risa está mezclada con el dolor, la tristeza sucede á la alegría, y ésta le dispone para la miseria; de modo que si bien se reflexiona en los gustos humanos, son infinitamente mas, en calidad y número, los males que los bienes; pero el deleite santo del corazon del justo es como aquellas fuentes, cuyas cristalinas aguas saltan hasta la vida eterna, pues empezando en esta vida, dura por toda la eternidad, sin disgustos ni menoscabo alguno; conforta nuestras almas, animándonos á despreciar unos placeres falsos y caducos por las delicias que promete la esperanza de los bienes eternos.

Los pecadores que viven llenos de regalos, delicias, honores y riquezas, por mas duracion que tengan esas cosas, ¿estarán por ventura libres de cruz? Segun los filósofos paganos, no hay mortal alguno exento del dolor; de modo que el que rehusa seguir la cruz, ésta le seguirá por todas partes, porque así como todos mueren, padecen todos. « Una gran fatiga, dice el Espíritu Santo, se crió para todos los hombres, y un

yugo pesado sobre los hijos de Adan, desde el dia de su nacimiento hasta el de su sepultura[1]. »

Cuando el navegante por alta mar vaya gozoso y sin temer alguno de los escollos y peligros que le rodean, entónces podremos creer que el hombre está libre de la cruz de la tribulacion. Los deleites ilícitos llevan consigo un gérmen de muerte, que solo producen tédio y temor, y el mismo desórden de la traicion es un cáncer mortal que devora los corazones.

Los reyes y los hombres del siglo que están mas halagados por el aura del placer y de la gloria, son unos pobres esclavos de los deberes que les fatigan dia y noche, ó de mezquinas pasiones, que como los filistéos á Sanson le sacan los ojos; yacen amarrados con cadenas de oro y en una esclavitud espléndida; son oprimidos con una tribulacion formidable. Ora busquen los hombres los deleites impuros, ora las riquezas ó los honores, « en el mundo no se halla mas que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida[2]; » todos enemigos adunados en destruir la energía del espíritu y el vigor del cuerpo humano. No suele el curso de las aguas, dice San Juan Crisóstomo, gastar con tanta vehemencia las orillas de los rios, como las delicias sepultan fácilmente todos los cimientos de la salud. Los negros é impuros deleites, cuando se apetecen, están llenos de cuidados, cuando se gozan, de penas, y producen un fruto mortal en los interminables y ominosos dolores que ocasionan : son los que hacen los mártires del demonio, del siglo, de la carne y del infierno. ¿Y qué diremos del usurero y del avaro, tan mezquinos y crueles consigo mismos y con los pobres? Transidos de hambre en medio de sus riquezas, oprimidos de cuidados y atormentados en sus deseos, arrebatados á cosas ilícitas y martirizados en continuo afan, solo vienen á poseer el agua de Tántalo, el hígado de Ticio, el cántaro de las Danaides, la peña de Sísifo y la rueda de Ixion. ¿Quién levantó la cruz en que pereció el impío Aman, sino la sed rabiosa de los honores? En nada respetaba todos sus tesoros y opulencia, si no le rendia tambien su acatamiento el venerable anciano Mardoqueo.

Está bien, dirán la sensualidad y la pereza, ladeándose á una y á otra parte y queriendo realizar el imposible de servir á un tiempo á dos señores ; huyamos las espinas del cruel dolor que producen las pasiones; pero ¿porqué ceñir uno su frente noble con las espinas de la virtud?

[1] Eccl., LX, 1. — [2] I. Joann., II, 16.

¿No las produce? ¿no es fruto la virtud de acerbas espinas tambien? ¿No deben huirse igualmente dos estremos viciosos? Pues ¿quién ha visto un reo de muerte, cuyos momentos de vida deben ser empleados en llanto y penitencia, segun la Escritura, llenarse de gozo, cuando la tristeza es la que reina en un valle de lágrimas? La naturaleza de las cosas es inmutable. — Tales son los sofismas del pecador y del voluptuoso, llenos de dolor y sensualidad. Es una verdad que la cruz es el martirio del espíritu y de la carne, y que segun el Apóstol, no parece que sirve de gozo sino de tristeza; mas reflexionemos: ó el amargor de una medicina tiene en sí mismo un consuelo inefable, ó no lo tiene. Si lo segundo, ¿cómo clama por ella el enfermo? Porque en ella se funda la esperanza del doliente; ella es el motivo de su alegría. Si la esperiencia da continuo testimonio de lo primero; luego debe ser un insensato el que no la toma. Lo mismo decimos de la cruz, tomada segun conviene; tiene en sí misma un tesoro de alegría, es la sustancia del gozo espiritual, *omne gaudium*. Creed afianzado todo el gozo, cuando seais probados en varias tribulaciones; alegráos, porque os esperan ricas y brillantes coronas en el cielo; este es el dogma consolador del cristianismo.

La última trinchera del sibarita y del cristiano indolente, es la idea de que la alegría es efecto, si se quiere, del dolor; pero que no puede acompañarlo; que no van unidos dolor y gozo; que mútuamente se destruyen; que uno ú otro caso escepcional nada prueban. Sí; pero si los casos son tantos como el número de los justos de las dos iglesias, militante y triunfante, ¡qué contradiccion tan miserable la de los filósofos de nuestro siglo! Empeñados á su vez en deducir del particular conclusiones universales, con ultraje de la razon que solo llevan en los labios, cuya estátua besan para despues arrojarla, pisotearla y arrastrarla por el lodo; no quieren ver el universal de nuestro caso, que sale de la coleccion de todos los individuos. ¿Son pocos los Apóstoles? ¿son pocos los mártires, que tostándoles los tiranos en camas de fuego, en parrillas ardientes, cantaban llenos de gozo, cual si descansaran en un lecho de rosas? ¿Son pocos los millones de confesores y de tiernas doncellas, que han preferido los trabajos por amor á Jesucristo, á la misma felicidad sin ellos? ¿qué han deseado no morir, para tener el consuelo de padecer? Teresa y Florentina, Zoilo y Pelayo, honor y delicia de los españoles, vos habeis dado un testimonio esclarecido de esta verdad.

¡Qué digo! en la tierra la felicidad es un mal positivo, y la adversidad

es un bien real; luego es mas preciosa que la primera, es la corona del cristiano, es la prenda de una dichosa eternidad. David, Manases y los Macabéos son la prueba de que la tribulacion estimula al pecador á volverse hácia su Dios ofendido, y que la prosperidad ocasiona su olvido: la cruz produce el temor de Dios y la compuncion, y la prosperidad rebaja el espíritu. El temor de los juicios eternos y los grandes trabajos ablandan los mas endurecidos corazones, como el hielo y la nieve se derriten por el ardiente rayo del sol; pero los placeres mundanos son como la calma que suele preceder á la horrenda esplosion de un volcan. A vuestra santa meditacion queda la eleccion del camino: el de la virtud es una alfombra de rosas cubierta con arenas; el del deleite está lleno de puntas aceradas y clavos ardientes, cubierta la superficie con deshojadas y mústias flores.

Y esta es la razon de amar, no solo la cruz en sí misma, sino á todos aquellos que nos la ocasionen; en eso consiste la perfeccion cristiana; este amor tan fino es la enseña gloriosa de la cruz. « Amad, dice Jesucristo, á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen[1]. » ¿Qué cosa mas justa que corresponderme á mí, que he padecido por vosotros tantos y tan crueles tormentos? ¿Qué cosa tan dulce y gloriosa como tornarme heridas por heridas, injurias por injurias y sangre por sangre? ¿No es por ventura un honor para el siervo, el que beba en la copa de su señor y su rey? Por esto dije á los dos hermanos que anhelaban sentarse en mi trono: Bebereis en verdad mi cáliz; por ser un signo de amor, hacerlos en la tierra participantes del cáliz de mi pasion.

¡Ojalá entiendan estas cosas los hijos de los hombres, que tan desalados corren en cisternas rotas y llenas de fango, buscando empleos, honores, riquezas, vanidades y honras! Cuando la cruz de Jesucristo es ciertamente mas preciosa que el cetro imperial, ¿quién no deja todas las cosas del mundo por abrazarla? El que ama ardientemente á Dios, dice un santo doctor, muy perseguido y atribulado, primero elige llevar por él las pasiones y la cruz, que habitar en el cielo; porque no da tanto lustre á la cabeza del hombre una corona de piedras preciosas, como la cadena de hierro, las aflicciones, las persecuciones y la cruz que se lleva en paciencia por Dios.

La cruz de Jesucristo es aquel árbol grande, á cuya deliciosa sombra

[1] Matth., v, 44.

descansa el alma cristiana como la Esposa de los Cantares, y aprende del divino Maestro las sublimes lecciones de caridad, mansedumbre, paciencia y humildad, atesorando el caudal de todas las virtudes cristianas. La meditacion sobre la pasion y tormentos de Jesus es la escuela grande de la perfeccion cristiana; hallan en ella los santos su alegría y sus consuelos, y las almas se recrean en ella con los frutos suavísimos de la devocion y del amor. ¿Dónde se formó el espíritu de un San Bernardo, sino en la pasion del Cristo? ¿Dónde adquirió su sabiduría el santo obispo de Hipona, sino, como él mismo dice, en las heridas del Redentor? De aquí salieron los dulces ardores que abrasaban el corazon del Serafin de Asis. El sol de Aquino, ¿dónde aprendió su portentosa ciencia y sus escelsas virtudes sino en el libro de la cruz? A los piés de un crucifijo encontraba el Doctor evangélico el tesoro de luces, virtudes, gracias y sabiduría que le enriquecian. San Buenaventura en los místicos ayes de su corazon, tan inflamados del amor divino, parece que no tenia otro papel que la cruz, ni mas pluma que la lanza, ni conocia mas tinta que la preciosa sangre de Jesus. ¡Oh cuán bueno es habitar siempre á vista de la cruz! esclama el seráfico doctor.

Segun el Apóstol, Dios prohibe al cristiano el gloriarse en otra cosa, que en la cruz de Jesucristo; ¿y qué es gloriarse en una cosa? Es amarla y apreciarla como el cimiento de nuestra mayor grandeza, como la fuente de nuestros bienes y nuestra felicidad; el espíritu de la cruz hace á Dios reinar en nuestras almas. ¿Será posible, cristianos, que nuestra pereza, insensibilidad y malicia, resistan todavía la fuerza de su gracia omnipotente, sin ablandarse nuestros corazones con el fuego divino de su amor? El amor propio, el orgullo, la impaciencia, la sensualidad, no descansan como la Esposa mística á la sombra de la cruz; y si no volvemos en nosotros, perderemos con ella el reino de los cielos. ¡Ah! ¿podremos mirar atentamente un crucifijo, sin penetrarnos de un vivo dolor, llenos de vergüenza y confusion al vernos por nuestras culpas tan enemigos de la cruz, careciendo de sus admirables frutos? — La santa cruz es el admirable misterio del amor que atrajo á sí todas las cosas: su devocion nos ofrece el maná escondido en ella, que produce la conversion en las almas: si arreglamos la vida por el modelo que nos presenta la cruz, ésta de seguro será la mística nave que nos lleve al puerto de la eterna felicidad.

SOBRE LA OBLIGACION DE QUE CADA UNO TOME SU CRUZ.

(DE FRAY LUIS DE LEON [1].)

Si alguno quiere seguirme, niéguese á sí mismo y tome su cruz cada dia y sígame.

Luc., xiv.

Dice Cristo en el Evangelio que cada uno tome su cruz; no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue con la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe al estado religioso, y se cargue con los cuidados de la casada: ni le place que la casada se olvide del oficio de su casa, y se vuelva monja. El casado agrada á Dios en ser buen casado, y el fraile en ser buen religioso; el mercader en hacer debidamente su oficio; y aun el soldado sirve á Dios en mostrar en los tiempos debidos su esfuerzo, y en contentarse con su sueldo, como lo dice San Juan. La cruz que cada uno ha de llevar, y por donde ha de llegar á juntarse con Cristo, es la obligacion y la carga que cada uno tiene por razon del estado en que vive. Quien cumple con ella cumple con Dios, sale con su intento, queda honrado é ilustre, y por el trabajo de la cruz alcanza el descanso que merece. Mas por el contrario, quien no cumple con esto, aunque trabaje mucho en cumplir con los oficios que toma por su voluntad, pierde el trabajo y las gracias. Mas la ceguedad de los hombres es tan miserable y tan grande, que á pesar de esta verdad, y como si nos fuera vedado el satisfacer á nuestros oficios, y el ser aquellos mismos que profesamos ser, así tenemos enemistad con ellos, huímos de ellos, y metemos todas las velas de nuestra industria y cuidado en hacer los ajenos. Pues algunas personas de profesion religiosa se ve que todo su cuidado es gobernar las casas de sus deudos, ó de otras personas que por su voluntad han tomado á su cargo. Y por el contrario

[1] *La Perfecta casada.* — Introduccion.

en las casadas hay otras que descuidan sus casas como si fuesen de sus vecinas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario; perdiéndose miéntras tanto la moza, la hija adquiere malas costumbres, húndese la hacienda, y vuélvese demonio el marido.

Y así los unos y los otros, por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben, y no alcanzan lo que pretenden, y trabajan incomparablemente mas de lo que fuera si trabajáran en hacerse perfectos cada uno en su oficio, y queda su trabajo sin fruto y sin luz. Y como en la naturaleza los monstruos que nacen con partes y miembros de animales diferentes no se conservan ni viven, así esta monstruosidad de diferentes estados en un compuesto, el uno en la profesion y el otro en las obras, los que la siguen no se logran en sus intentos. Y como la naturaleza aborrece los monstruos, así Dios huye de estos y los abomina. Y por esto decia en en la ley vieja que ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y el estambre de otro, ni ménos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda en agua y en tierra. Y no digo, ni me pasa por el pensamiento, que el casado ú otro alguno han de carecer de oracion, sino digo la diferencia que ha de haber entre la buena religiosa y casada; pues en aquella el orar es todo su oficio, y en esta ha de ser medio el orar, para que mejor cumpla con el suyo...

Aquella no quiso el marido, y negó el mundo, y despidióse de todos, para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo: esta ha de tratar con Cristo para alcanzar de él gracia y favor con que acierte á criar el hijo y á gobernar bien la casa y á servir, como es razon, al marido. Aquella ha de vivir para orar continuamente; esta ha de orar para vivir como debe. Aquella aplace á Dios regalándose con él: esta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por él. Volvamos los ojos hácia el prógimo, y veremos ¡cuántas mugeres hay que por no tener cuenta con su estado, y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpetua lid y desgracia! ¡Cuántas se han visto lastimadas y afeadas con los desconciertos de sus hijos é hijas, con quien no quisieron tener cuenta! ¡Cuántas yacerán en estrema pobreza, porque no atendieron á la guarda de sus haciendas, ó por mejor decir, porque fueron la perdicion y la polilla de ellas! Así es que no hay cosa mas rica, ni mas feliz, como nos lo dice la Sagrada Escritura, que la buena muger; ni peor ni mas desairada que la casada que no lo es.

(DE FRAY LUIS DE GRANADA[1].)

Para muchas cosas es en gran manera provechosa la consideracion de la muerte, y especialmente para tres. La primera, para alcanzar la verdadera sabiduría, que es saber el hombre regir y ordenar su vida. Porque, como dicen los filósofos, en las cosas que se ordenan á algun fin, la regla y medida para encaminarlas se toma del mismo fin. Y por esto los que edifican, los que navegan, y finalmente todos los que algo quieren hacer, siempre ponen los ojos en el fin que pretenden, y conforme á él encaminan todo lo demás. Pues como entre los fines y términos de nuestra vida, uno de ellos sea la muerte donde todos vamos á parar, el que quisiere acertar á encaminar bien su vida ponga los ojos en este blanco, y conforme á él encamine todo lo que hubiere de hacer. Mire cuán pobre y desnudo ha de salir de aquí, y cuán recio juicio ha de pasar allí, y cuán hollado y olvidado ha de estar en la sepultura; y conforme á esto mire como ordena su vida. De esta manera la ordenaba un filósofo, que decia: Desnudo nací del vientre de mi madre, y desnudo tengo de volver á la sepultura; ¿pues para qué quiero perder tiempo en allegar riquezas si el fin ha de ser desnudo? De no mirar este fin nacen todos nuestros yerros. De aquí nace nuestra presuncion, nuestra soberbia, nuestra codicia, nuestros regalos, y las torres de viento que edificamos sobre arena. Porque si pensásemos cuales nos habemos de ver de aquí á pocos dias en aquella pobre casa, mas humilde y mas templada seria nuestra vida. ¿Cómo tendria presuncion quien allí mirase cómo es

[1] *Libros de Oracion y Meditacion*, CAP. X.

el polvo y ceniza? ¿Cómo tendria por dios á su vientre quien allí mirase como es manjar de gusanos? ¿Quién levantaria tan altos sus pensamientos, viendo cuán flaco es el cimiento sobre que se fundan? ¿Quién andaria perdido buscando riquezas por mar y por tierra, viendo que le han de hacer allí pago con una pobre mortaja? Finalmente, todas las obras de nuestra vida se corregirian si todas las midiésemos con esta regla.

Por esto decian los filósofos que la vida del sabio no era otra cosa sino un continuo pensamiento de la muerte. Porque esta consideracion enseña al hombre lo que es algo y lo que es nada, lo que debe seguir y lo que debe huir, conforme al fin en que ha de parar. De aquellos filósofos que llamaban Bracamanos se escribe que eran dados á este pensamiento, que tenian las sepulturas abiertas á las puertas de sus casas, para que entrando y saliendo por ellas siempre se acordasen de este paso. Al profeta Jeremías dijo Dios que descendiese á la casa donde se labraba el barro, porque queria hablar allí con él. Bien pudiera Dios hablar en otro cualquier lugar con su profeta, mas quísole hablar en este para dar á entender que la casa del barro (que es la sepultura) es la escuela de la verdadera sabiduría donde Dios suele enseñar á los suyos su doctrina. Allí les enseña cuán grande sea la vanidad del mundo, la miseria de la carne, la brevedad de la vida, y sobre todo allí les enseña á conocer se á sí mismos, que es una de las mas altas filosofías que se pueden saber. Desciende, pues, oh hombre, con el espíritu á esta casa, y ahí verás quién eres, y de qué eres, y en qué has de parar, y en que pára la hermosura de la carne y la gloria del mundo, y así aprenderás á despreciar todo lo que el mundo adora por no saber mirarlo, pues no mira mas que á la cara de Jezabel, que asoma por la ventana muy compuesta, y no á los estremos miserables de ella, los cuales, despues de comido el cuerpo, quiso Dios que quedase entero, para que por aquí viésemos cuán otra cosa es el mundo de lo que parece, y para que de tal manera le mirásemos á la cara, que tambien nos acordásemos de los estremos dolorosos en que pára su gloria.

Lo segundo aprovecha esta consideracion para apartarnos del pecado, segun que lo testifica el Eclesiástico, diciendo: «Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamas pecarás.» Gran cosa es no pecar, y gran remedio es para esto acordarse el hombre que ha de morir. San Juan Climaco escribe de un monje, que siendo gravemente tentado de la hermosura

de una mujer que él habia visto en el mundo, como viniese á saber que ya era muerta, fuese á la sepultura donde estaba, y refregó su pañizuelo en el cuerpo hediondo de la difunta, y todas las veces que el demonio le volvia á convidar con aquel mal pensamiento, poníase aquel pañizuelo en las narices, y decia: Cata aquí, miserable, lo que amas, y cata aquí en qué paran los deleites y hermosuras del mundo. Gran remedio era este para vencer el pecado, y no es menor la profunda consideracion de la muerte, segun aquello que dice San Gregorio : « No hay cosa que así mortifique los apetitos de esta carne perversa, como considerar qué tal ha de estar ella misma despues de muerta. »

El mismo santo cuenta de otro monge que teniendo ya la mesa puesta para comer, y dar un poco de refrigerio al cuerpo fatigado, le sobrevino á deshora la memoria de la muerte : y como si este pensamiento fuera un alguacil, de tal manera lo atemorizó y sobresaltó que finalmente le hizo dejar la comida. Mira cuánto puede en el corazon del justo la memoria de esta cuenta, pues le hace abstenerse de una obra tan lícita y necesaria para la vida.

Verdaderamente una de las cosas mas espantosas que hay en el mundo es saber los hombres tan de cierto la cuenta que en esta hora se les ha de pedir, y tener tanta facilidad en pecar. Si un caminante que no lleva mas que un solo maravedí en la bolsa, entrase en una venta, y asentado á la mesa pidiese al huésped perdices, gallinas y capones, y finalmente todo cuanto hay en la posada, y cenase muy á su placer, sin acordarse que habia de haber hora de cuenta, ¿quién no tendria á este por burlador ó por loco? Pues ¿qué mayor locura que la de aquellos que tan desenfrenadamente se derraman por todos los vicios, y duermen tan á su sabor en ellos, sin acordarse que de ahí á poco espacio, al salir de la posada, se les ha de pedir tan estrecha cuenta de toda aquella soltura?

Por esto es de creer cierto que el demonio trabaja cuanto puede por hacernos perder esta memoria, porque sabe él muy bien cuánto ganaríamos con ella; porque de otra manera ¿cómo seria posible olvidarse los hombres de una cosa tan terrible, tan espantable, y que tan de cierto saben que ha de venir por sus casas? Un recelo de una pérdida muy pequeña de hacienda, ó de otra cosa semejante, nos trae muchas veces desvelados, y nos hace perder el sueño y la salud; pues ¿cómo no hace esto la memoria de la muerte, que así para lo del cuerpo como para lo del ánima es la cosa mas horrible de cuantas nos pueden venir? Por gran-

disima maravilla tengo que estando los hombres tan cuidadosos en cosas de paja, vivan tan descuidados en cosa que tanto va.

Lo tercero aprovecha esta consideracion no solo para bien vivir (como está dicho), sino allende de esto para bien morir. Grande ayuda es el apercibimiento para las cosas árduas y dificultosas. Un tan grande salto, como es el de la muerte, que llega desde esta vida á la otra, no se puede bien saltar si no se toma muy de atras y muy de lejos la corrida. Ninguna cosa grande se hace bien de la primera vez; pues tan grande cosa es morir, y tan necesario el bien morir, muramos muchas veces en la vida, porque acertemos á morir bien aquella vez en la muerte. La gente que ha de pelear tiene primero sus estudios y ejercicios, con los cuales aprende en tiempo de paz lo que ha de hacer en tiempo de guerra. El caballero que ha de pasear la carrera primero la pasea y anda toda, y reconoce los pasos de ella, por no hallarse nuevo al tiempo de la corrida; y pues á todos nos es forzoso pasar esta carrera (pues no hay hombre que viva que no haya de ver la muerte), y el camino tan oscuro y tan fragoso como todos sabemos, y el peligro tan grande que el que cayere ha de ir á dar consigo en el profundo del infierno, bien será que pasemos ahora todo este camino, y miremos todos los pasos que hay en él uno por uno, porque en todos ellos hay mucho que considerar. Y no nos contentemos con mirar solamente lo que pasa por de fuera al rededor de la cama del doliente, sino mucho mas debemos trabajar por entender lo que pasa dentro de su corazon.

Comenzando, pues, ahora desde el principio de esta batalla, mira cómo la muerte, cuando haya de venir, vendrá cuando mas seguro estés y menos pienses en su venida, como suele acaecer á muchos. « El dia del Señor, dice el Apóstol, vendrá como ladron, el cual aguarda siempre á venir cuando los hombres están mas descuidados y seguros, para hacer mejor su asalto[1]; » pues así suele las mas veces acaecer que al tiempo que el hombre menos piensa que ha de morir, y mas olvidado está de este paso, echando sus cuentas adelante, y proponiendo negocio de muchos dias y años, súbitamente viene la muerte, y corta el hilo de todas estas esperanzas y devaneos, y deja burlados todos los consejos humanos. De esta manera viene á cumplirse lo que dijo aquel santo rey: « Fué cortada mi vida así como la tela que el tejedor corta antes de tiempo, pues apenas

[1] Thes., 5.

estaba comenzada á tejer, al mismo tiempo que se urdia se cortó[1]. »

El primer golpe con que suele herir la muerte es el temor del morir. Recia cosa es esta para el que ama la vida. Duele tanto esta palabra, que muchas veces la disimulan los amigos de la carne, aunque sea con perjuicio del ánima miserable. Esforzado ánimo tenia el rey Saul, mas despues que le apareció aquella sombra de Samuel[2], y le dijo cómo habia de morir en la batalla, y al cabo añadió, diciendo: Mañana tú y tus hijos os veréis acá conmigo, fué tan grande el temor y espanto que recibió que á la hora perdido todo el esfuerzo cayó en tierra como muerto. Pues ¿qué sentirá el amador de esta vida cuando le den á él semejante nueva que esta? Allí luego se le representará el apartamiento y destierro perpetuo de este mundo, y de todo cuanto hay en él: allí verá el hombre cómo ya es llegada su hora, y cómo amaneció aquel dia por su casa, en que se ha de apartar de todo lo que ama en esta vida. El cuerpo morirá una vez, mas el corazon morirá tantas veces cuantos amores de cosas piensa perder, pues entre todas ellas pondrá la muerte cuchillo de division. Tanto mas suele doler la muela al tiempo de sacarla cuanto mas encarnada estaba en las encías. Pues como el corazon del malo está tan arraigado en el amor de las cosas de esta vida, no puede dejar de sentir muy grave dolor cuando ve que es llegada ya la hora de que se ha de apartar de cada una de ellas. Entónces las cosas mas amadas hieren mas agudamente el corazon; y lo que suele ser consuelo de los trabajos, en aquella hora es verdugo mas cruel. Cuenta San Agustin que al tiempo que deliberaba apartarse del mundo y de todos sus deleites, que le parecia que todos ellos se le ponian delante, y le decian: ¡Cómo! ¿y para siempre nos has de dejar, y nunca mas nos has de ver? Pues mira tú qué sentirá un corazon de carne, cuando las cosas que mas ama se le pongan en aquella hora delante, y se vea despojar de todas, de tal manera que le sea forzoso el decir: Ya no habrá mas mundo para mí, mas aire, ni sol, ni cielo para mí, ni mas hijos y mujer y regalos para mí. Del todo quedo desnudo, del todo me ha de despojar ahora la muerte. Llegada es ya mi vez, cumplido es el número de mis dias: ahora moriré á todas las cosas, y todas ellas á mí. Pues ¡oh mundo! quedáos á Dios. Heredades y hacienda mia, quedáos á Dios. Amigos y mujer, é hijos mios, quedáos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás.

Otro apartamiento hay aun mas temeroso despues de este, que es el

[1] Psalm. 37. — [2] I, Reg. 28.

del ánima y del cuerpo, compañía tan antigua y tan amada. De todas las cosas habia despojado el demonio al santo Job sino de la vida[1], y parecíale que en comparacion de este despojo, todos los otros eran livianos, y así dijo: Piel por piel, y todo lo que el hombre posee, dará por la vida. Esta es la cosa que naturalmente mas se ama, y cuyo apartamiento mas se siente. Si apartarse un caminante de otro, cuando han caminado un poco de tiempo juntos, causa tristeza y soledad, ¿qué será apartarse dos tan grandes amigos y compañeros, como son el ánima y el cuerpo, que juntos han caminado desde el vientre de la madre hasta aquella hora, y que con tan grandes beneficios se tienen obligados uno á otro? ¿Qué será cuando el espíritu diga á la carne: Sin ti me tengo de ver solo? y la carne diga al espíritu: ¿Pues tal quedaré yo sin ti, que todo el ser que tenia lo recibia de ti?

Despues de esto, luego naturalmente se le representa al hombre en lo que ha de parar su cuerpo despues que el ánima se aparta de él. Ve, pues, que la mejor suerte que le puede caber no es mas que una pequeña sepultura. Maravíllase de tan baja suerte como esta, porque considerando por una parte la estima en que él tenia su cuerpo, viendo por otra á cuán bajo y miserable lugar ha de venir á parar, no acaba de maravillarse de esto. Mira cuán estrecha es aquella casa que se le apareja en la tierra, cuán oscura, cuán hedionda, cuán acompañada de gusanos y de huesos y calaveras de muertos, y cuán horrible aun de solo mirar á los vivos. Y como ve que aquel cuerpo, á quien él solia tratar con tanto regalo, y aquel vientre á quien él tenia por Dios, y aquel paladar á cuyos deleites servian la mar y la tierra, y aquella carne para quien se tejia el oro y la seda, y se aparejaba la cama blanda y regalada, ha de ser echada en tan miserable muladar, y allí ha de ser pisada y comida de gusanos, y allí ha de venir á tener la misma figura que tiene un rocin que se muere por esos campos, que el caminante se tapa las narices, y se da priesa á caminar por no olerlo; cuando todo esto considera, y ve que á la cama blanda sucede la tierra dura, y á la vestidura preciosa la pobre mortaja, á los suaves olores la podre y la hediondez, y en lugar de tantos manjares y servidores ha de haber tantos gusanos y comedores, no puede (si algun juicio tiene) dejar de maravillarse, viendo á cuán baja suerte desciende tan noble naturaleza, y con quién es

[1] Job., 2.

igualado en aquella hora el que con tanta desigualdad vivia en la vida.

No es de los sabios maravillarse, y la costumbre de cada dia quita á las cosas grandes su admiracion, y con todo esto se maravillaba aquel gran sabio de esta miseria, aunque tan cuotidiana y tan usada, cuando decia[1]: « Si de una manera muere el hombre y la bestia, ¿qué aprovecha haber trabajado mas en buscar la sabiduría? Si el cuerpo en este apartamiento viniera á parar en alguna cosa que fuera de precio, ú de provecho, parece que fuera esto alguna manera de consuelo; mas esto es cosa de admiracion que venga á parar una tan escelente criatura en la mas deshonrada y abominable cosa del mundo. » Esta es aquella gran miseria de que con mucha razon se maravillaba el santo Job, cuando decia: « El árbol despues de cortado tiene esperanza de revivir, y volver á reverdecer: y si se envejeciere en la tierra su raiz, y el tronco estuviere muerto en el polvo, con la fresca del agua vuelve á retoñecer, y á criar hojas como cuando de nuevo fué plantado; mas el hombre despues de muerto y despojado y consumido, ruégote que me digas dónde está. » Grande fué sin duda el tributo que se cargó sobre los hijos de Adan por el pecado. Bien entendió aquel eterno Juez la penitencia que daba al hombre cuando dijo: Polvo eres, y en polvo te volverás.

Mas no es esta la mayor causa que hay allí para temer: mucho mas es cuando el ánima tiende los ojos adelante, y comienza á pensar los peligros de la otra vida, y se pone á imaginar lo que adelante será. Porque esto es ya como alejarse de la lengua del agua, y meterse en alta mar, donde no se ve sino cielo y agua por todas partes, que para los nuevos navegantes suele ser causa de mayor temor. Porque cuando el hombre mira aquella eternidad de siglos que se sigue despues de la muerte, y aquella nueva region no conocida ni hallada de los vivos, por donde ya quiere comenzar á caminar, y aquella gloria ó pena perdurable que allí le ha de caber, y ver que donde quiera que el madero cayere allí estará para siempre, y no sabe hácia cuál de las dos partes ha de caer, no puede dejar de tener aquí gran turbacion[2]. Estaba Benadad, rey de Siria, enfermo, y dábale tanta pena el no saber si habia de morir de aquella enfermedad, ó no, que envió al príncipe de su ejército con cuarenta camellos cargados de riquezas al profeta Eliseo pidiéndole con palabras de grande humildad que lo sacase de aquella perple-

[1] Eccli., 2, 3. — [2] Eccli., xviii, 4. Reg., 8.

jidad en que estaba, haciéndole saber de cierto si sanaria de aquella enfermedad ó no. Pues si en tan gran cuidado pone á un hombre el amor de una vida tan breve como esta, ¿qué tan grande será el que tendrá un sabio cuando se vea en tal paso, que pueda decir con verdad: De aquí á dos horas me darán una de dos cosas, ó vida para siempre, ó muerte para siempre, y no sé cierto cuál de estas dos ha de ser? ¿Qué martirio puede ser igual á esta congoja? Dime, si un rey estuviese preso en tierra de turcos, é yendo sus embajadores á rescatarlo, concertasen los infieles que aquel negocio se determinase por suertes, y que si le cupiese buena suerte fuese rescatado y llevado por sus embajadores á su reino; y si la contraria, que luego fuese echado en una gran hoguera, que ya estuviese allí encendida delante de él, dime, cuando estuviesen ya echando las suertes, cuando estuviesen ya metiendo la mano en el cántaro, y todo el mundo suspenso aguardando lo que saldria, y el mismo rey presente esperando aquella tan dudosa fortuna que le habia de caber; ¿cuál te parece que estaria, cuán turbado, cuán temeroso, y cuán aparejado para prometer y ofrecer á Dios todo lo posible por salir bien de aquel trabajo? ¿Pues qué es todo esto (por mucho que sea) sino una sombra, si se compara con el peligro de que hablamos? ¿Cuánto mayor es el reino que nosotros pretendemos? y ¿cuánto mayor la hoguera que tememos? y ¿cuánto mas penosa la perplejidad de este negocio? Pues por una parte nos estarán aguardando los ángeles para llevarnos al reino del cielo, y por otra los demonios para echarnos en la hoguera del infierno, y nadie sabe cual de estas dos suertes de ahí á una hora le ha de caber. Mira, pues, cuál estará tu corazon en este paso, cuán temeroso, cuán humilde, cuán derribado ante la cara de aquel que solo puede sacarte de este peligro. No me parece que hay lengua en el mundo que pueda declarar esto como es.

Tras de esta congoja se sigue otra no menor (especialmente en aquellos que han vivido mal), que es venir á caer tarde en la cuenta de sus engaños, y en los yerros de la vida pasada. ¡Oh cuán confusos se hallarán allí los malos, cuando les abra los ojos el dolor de la pena, los cuales habia cerrado antes el sabor de la culpa! ¡Qué claro verán entónces, cuán falsos eran aquellos dioses á quien servian, y cuán engañosos aquellos bienes tras que andaban, y cómo por el camino que pensaban hallar descanso hallaron su perdicion! Venian los criados del rey

de Siria á prender al profeta Eliseo, y como Dios los cegase á todos por la oracion del profeta, despues de ya ciegos díjoles el profeta: Andad acá conmigo, y mostraros hé lo que venis á buscar[1]. Y dicho esto llevólos en pos de sí hasta Samaria, y púsolos en la plaza de la ciudad en medio de todos sus enemigos, é hizo otra vez oracion, y dijo: Abre, Señor, los ojos de estos miserables, para que vean donde están. Pues dime, ruégote, cuando estos abriesen los ojos, y viesen dónde habian venido á parar, creyendo que iban á hallar buen recaudo de lo que buscaban, ¡qué espantados quedarian, y qué confusos! Pues ¿qué cosa puede representar mas al propio el discurso y los engaños de nuestra vida? Todos andamos en este mundo por el camino de nuestros apetitos y codicias; unos á buscar oro, otros honras, otros deleites, otros oficios y dignidades, y á cada uno le parece que va bien encaminado para alcanzar lo que desea. Mas cuando la presencia de la muerte, y el peligro de la cuenta descubre la vanidad de nuestras esperanzas, entónces como nos hallamos alcanzados de cuenta, conocemos claramente nuestro engaño, y vemos que por el camino que pensábamos hallar descanso, hallamos nuestra perdicion. ¡Oh miserables de nosotros, qué ciegos andamos ahora, y qué ojos tendremos entónces! ¡Cuán diferentes serán allí nuestros juicios, y cuán otros los pareceres! Allí veremos cuán miserable cosa sea todo lo que hay en este mundo, cuán falsos sus bienes, cuán desvariados sus caminos, cuán mentirosas sus promesas, cuán amargos sus placeres, y cuán breve su gloria. Allí conoceremos (aunque tarde) cómo sus riquezas eran espinas, y sus deleites ponzoña; y finalmente cómo cerrados los ojos, sin saber adonde íbamos al cabo de la jornada, nos hallamos en la plaza de Samaria, y en la tela del Juicio Divino, cercados de todos nuestros enemigos. ¿Pues cuán confusos se hallarán los malos en aquella hora, y cuán burlados? Cuán de veras podrá cada uno decir allí: ¡miserable de mí! ¿qué provecho me traen ahora todos mis placeres pasados, sino tener indignado contra mí para esta hora el Juez que me ha de sentenciar? Ya los placeres se acabaron, y no queda de ellos ni reliquia ni memoria para hecho de alegrarme (no mas que si nunca fueran), y por otra parte quedan como espinas que atraviesan mi corazon, y hacen mi causa dudosa, y atormentan ahora mi ánima, y ¿por ventura para siempre la atormentarán? Este es el fruto que he cogido de mis deleites: esta es la dentera que me causan

[1] 4, Reg., 6.

ahora mis golosinas pasadas: los deleites ya dejaron de ser; fuéronse, y nunca mas volverán: y por ventura, por deleites que duraron un punto, se me apareja eterno tormento. ¿ Pues qué ceguedad pudo ser mayor? ¡ cuánto mejor me fuera nunca haber nacido, que haber ofendido á quien para esta hora tanto habia menester! ¡Cuánto mejor fuera que la tierra se abriera, y me tragara antes que pensara en ofenderle! ¡ Oh dia desdichado! ¡ Oh hora malaventurada en que yo, Señor, te ofendí! ¿ Cómo no miré por esta hora? ¿Cómo no me acordé de este juicio? ¿Cómo se cegaron mis ojos con tan pequeño resplandor? ¿ Este es el camino que yo tenia por acertado? ¿ En esto paran las honras del mundo? ¿ Tan poco vale para esta hora todo cuanto en él se estima?

De esta congoja se sigue otra no menor, que es el temor de la cuenta que se nos ha de pedir. Este es uno de los mayores trabajos que allí se pasan. Porque además de ser cosa tan temerosa entrar en juicio con Dios, acrecientan los mismos demonios este temor en aquella hora, los cuales antes los deshacian con la esperanza de la misericordia divina. Allí traen á la memoria la grandeza de los juicios de Dios y de su justicia, la cual muestran ser tan grande que á su mismo Hijo no perdonó por los pecados ajenos [1]. Pues si esto se hace en el madero verde, en el seco, dicen, ¿ qué se hará? Allí, pues, comenzará el malo á temblar, y decir entre sí: Miserable de mí, si es verdad lo que toda la Escritura clama, que Dios ha de dar á cada uno segun sus obras, yo que tan malas obras tengo hechas, ¿ qué espero recibir? Si el Evangelio dice que conforme el fruto que diere el árbol será juzgado[2], ¿ quién tan malos frutos tiene dados como yo, qué juicio puede esperar? Si el profeta dice que no subirá al monte de Dios sino el que tuviere las manos inocentes y el corazon limpio, yo que tan malas manos he tenido, y tan sucio corazon, ¿ adónde iré? Si el Sabio dice que el que cierra sus orejas por no oir la ley clamará, y no será oido [3], ¿ qué espera quien tan cerradas las ha tenido para Dios, y tan abiertas para las mentiras del mundo? Pues, oh, Dios mio, ¿ con qué cara pareceré ahora delante de ti, y te pediré que me oigas, pues tú tantas veces me llamaste, y no te oí? ¿ Cómo te pediré que me recibas en tu casa, pues tú tantas veces llamaste á la mia, y te dí con las puertas en la cara? ¿Cómo te hallaré yo ahora al tiempo del menester, pues tú tantas veces me hubiste menester, y no me hallaste? ¿ Con qué titulo te pediré al cabo de la jornada que me des el cielo, ha-

[1] Luc., 23. — [2] Math., 3,-Psalm. 23. —[3] Prov., 28.

biendo empleado toda la vida en servicio de tu enemigo? Oh cuán justamente me podrás, Señor, allí decir: al mundo y al demonio serviste, ve á esos que te den el galardon. De esta manera respondió el profeta Eliseo al rey Joram, el cual habiendo empleado toda la vida en servicio y culto de los ídolos, en el tiempo de la necesidad acogióse al profeta de Dios, para que le diese remedio; al cual el santo profeta respondió: ¿Qué tienes tú que ver conmigo, rey Joram? Corre, ve á los profetas de tu padre y madre, á quien has seguido, y pídeles que te den ahora remedio.[1] ¡Oh cuántos imitamos á este mal rey en vida y en muerte! En la vida servimos al mundo, y en la muerte llamamos á Dios. ¿Pues qué respuesta esperamos en aquella hora, sino la que tiene él ya respondida en semejante causa? ¿Qué tienes tú que ver conmigo, pues que nunca me serviste? Corre, ve á los consejeros que seguiste, y á los ídolos á quien amaste, y serviste y adoraste, y diles que te den el pago de tu servicio. « Cuando clamares, dice Dios por Isaías, vengan á socorrerte tus valedores, á los cuales todos soplará el viento, y se los llevará el aire[2]. »

Aquí comienza el hombre á desear espacio de penitencia, y parécele (si se lo diesen) que no se contentaria con cualquier penitencia, sino que haria la mas áspera vida del mundo. Y como ve que no se lo dan, y se acuerda del tiempo, y de los aparejos que antes tuvo para esto, y como los dejó pasar en vano, duélese en gran manera de esta pérdida, y conoce qué tal castigo merece quien tan mal cobro puso en lo que tenia. ¡Oh á cuantos de nosotros acaece esta misma burla, que gastamos el tiempo que Dios nos da en vanidad y burlerías, y despues viene á faltarnos cuando mas era menester! Y así nos acaece como á los pajecillos ó mozos de palacio, que les dan una vela para acostarse, y ellos gástanla en jugar toda la noche, y despues vienen á acostarse á oscuras.

Llegada ya la enfermedad á lo postrero, comienza la Iglesia á ayudar á sus hijos con oraciones y sacramentos, y con todo lo que puede. Y porque la necesidad es tan grande (pues en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser) dase priesa á llamar á todos los santos, para que le ayuden todos en tan grande peligro. ¿Qué otra cosa es aquella letanía que allí se manda rezar sobre el que muere, sino que la Iglesia, como piadosa Madre, acongojada por el peligro de su hijo, llama á todas las puertas del cielo, y da voces á todos los santos para echarlos por

[1] I. Reg., 8. — [2] Isai., 57.

rogadores ante el acatamiento divino por la salud de aquel necesitado?

Luego el sacerdote unge todos los sentidos y miembros del doliente con aquel sagrado óleo, pidiendo á Dios le perdone todo lo que pecó con cualquiera de ellos. Y así ungiendo los ojos, dice: Por esta uncion, y por su divina misericordia, te perdone Dios todo lo que pecaste con la vista. Y de esta manera unge todo lo demas. Pues si el pecador miserable ha sido suelto de la vista, ú de la lengua, ú de alguno de los otros sentidos, y se le representan en aquella hora todas aquellas solturas pasadas, y ve el poco fruto que le queda en las manos de ellos, y el aprieto en que se ve por ellas, ¿cómo podrá dejar de sentir entrañable dolor? ¿Qué diera por nunca haber alzado los ojos del suelo, ni haber abierto la boca para hablar palabra mala?

Tras de esto llega la agonía de la muerte, que es la mayor de las batallas de la vida, cuando ya encienden la candela, y comienzan á aparejar el hábito ó la mortaja, y dicen al doliente que es llegada ya la hora de la partida, que comience á encomendarse á Dios, y á llamar á su bendita Madre, que suele socorrer en aquella hora á los que la llaman: cuando ya comienzan á sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre mujer, que comienza á sentir los daños de la nueva viudez y soledad: cuando ya comienza á despedirse el ánima de las carnes, y al tiempo de despedirse cada uno de los miembros hace sentimiento por su salida. Entónces es cuando se renuevan los cuidados del ánima, entónces es cuando está ella batallando y agonizando, no tanto por la salida cuanto por la hora de la cuenta, que se le viene acercando. Aquí es el temer y temblar aun de los muy esforzados. Estando en este paso el bienaventurado Hilarion, comenzó á temblar y rehusar la salida, y el santo varon esforzábase diciendo: Sal fuera, ánima, sal fuera, ¿de qué temes? Setenta años há que sirves á Cristo, ¿y aun temes la muerte? Pues si temia esta salida quien tantos años habia servido á Cristo, ¿qué hará quien há por ventura otros tantos que le ofende? ¿Adónde irá? ¿A quién llamará? ¿Qué consejo tomará? ¡Oh si pudiesen los hombres entender hasta dónde llega esta perplejidad y congojas! Ruégote imagines ahora qué tal estaria el corazon del patriarca Isaac, cuando su padre le tenia sobre la leña atado de piés y manos para sacrificarle[1]. Encima de sí veía relucir el cuchillo del padre, debajo de sí veía arder la llama del fuego, los mozos que le pudieran socorrer habíanse quedado á

[1] Gen., 22.

la subida del monte, él estaba atado de piés y manos para no poder huir ni defenderse; pues ¿qué tal estaria entónces el corazon de este santo mozo, cuando así se viese? Pues mucho mas apretada estará el ánima del malo en esta hora, porque á ninguna parte volverá los ojos, que no vea causas de turbacion y de temor. Si mira hácia arriba, ve la espada de la divina Justicia, que le está amenazando; si mira hácia abajo, ve la sepultura abierta, que le está esperando; si mira dentro de sí, ve la conciencia, que le está remordiendo; si mira alrededor de sí, barrunta que están allí los ángeles y los demonios aguardando y esperando cada una de las partes á quien ha de caber la presa. Si vuelve los ojos hácia atras, ve como ya los criados y los parientes, y los bienes de esta vida se quedan acá, y no son parte para socorrerle, pues él solo sale de esta vida; y todo lo demas se queda en ella. Finalmente, si despues de todo eso vuelve los ojos hácia dentro y mira á sí mismo, espántase de verse; y si posible fuese querria huir de sí. Salir del cuerpo, esle intolerable; quedarse en él, es imposible; dilatar la salida, no le es concedido. Lo pasado le parecerá un soplo, y lo venidero (como ello es) parece infinito. ¿Pues qué hará el miserable cercado de tantas angustias? ¡Oh locura y ceguedad de los hijos de Adan, que para tal trance no se quieren con tiempo proveer!

Finalmente, acabada ya esta tan larga contienda, arráncase el ánima de las carnes, y sale de su antigua morada, y queda el cuerpo despojado de todo el bien que tenia.

Ahora consideremos cuál sea la suerte que á cada una de estas dos partes ha de caber. Primeramente considera qué tal queda el cuerpo despues que el ánima se parte de él. ¿Qué cosa mas estimada que el cuerpo de un príncipe cuando vive? ¿Y qué cosa mas desestimada y mas vil que el mismo cuerpo cuando muere? ¿Dónde está aquella antigua majestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante de él, y aquel hablarle de rodillas y con tantas reverencias? ¡Qué presto se deshace toda aquella pompa, como si fuera una cosa soñada, ó un negocio de farsa que se deshace en una hora!

Luego se apareja la mortaja, que es la mas rica joya que se puede sacar de esta vida, con la cual se hace pago al mas rico de los hombres en aquella hora. Por lo cual con mucha razon dijo el profeta: « No temas cuando el hombre enriqueciere mucho, y vieres que se multiplica la

gloria de su casa, porque cuando muriere no llevará consigo sus cosas, ni descenderá con él su gloria[1]. »

Luego abren un hoyo de siete ú ocho piés en largo, aunque sea para Alejandro Magno, que no cabia en el mundo, y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan casa para siempre, allí solar perpetuo en compañía de los otros muertos, y allí le salen á recibir los gusanos : y allí finalmente lo depositan en una pobre sábana, cubierto el rostro con un sudario, y atados los piés y manos en balde; porque bien seguro está que no huirá de la cárcel, ni se defenderá de nadie. Allí lo recibe la tierra en su regazo, y le dan paz los huesos de los finados, y le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan á aquella mesa y á aquella casa que está constituida para todo viviente. Y la postrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra, y cobijarle muy bien con ella, para que no vean las gentes su hediondez y su deshonra; y el mayor beneficio que allí le puede hacer el mayor de sus amigos, es honrarle con un puñado de tierra. Y por esto los fieles suelen usar de esta ceremonia con los difuntos, porque Dios depare quien haga otro tanto con ellos. ¿Qué mayor confusion se puede tomar de nuestra miseria, que ver aquí los hombres prevenirse con tiempo para no carecer de un tan pequeño beneficio? ¡Oh avaricia de vivos, y pobreza de muertos, cómo desea tanto para tan breve vida quien con tan poco espera contentarse en aquella hora!

Luego el enterrador toma la azada y pison, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima de la tierra muy tapiada. De manera que el mas lindo rostro del mundo, y mas curado y mas guardado del sol y aire, andará allí debajo del pison del rústico cavador, que no tiene empacho de darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, y sumirle los ojos y las narices, porque quede bien acompañado de tierra : y sobre el otro gentilhombre, que cuando vivia no le habia de tocar el aire, ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por encima, le echarán aquí un muladar de basura : y el otro que andaba lleno de ámbar y olores, se verá aquí cubierto de hediondez y de gusanos. Este es, pues, el paradero de las galas y de toda la gloria del mundo.

De esta manera le dejarán aposentado sus amigos en aquella casa tan estrecha, en aquella tierra de olvido, y en aquella cárcel tenebrosa, en

[1] Psalm. 48.

la cual quedará acompañado de perpetua soledad. ¡Oh mundo! ¿y qué es de tu gloria? Riquezas, ¿qué es de vuestro poder? Amigos, ¿dónde me habeis dejado? ¿Cómo desapareció tan presto una tan antigua compañía? ¿Cómo se deshizo tan presto la rueda de tan grande felicidad? Los que vieron á la reina Jezabel por justo juicio de Dios comida de perros[1] (y que no quedó otra cosa mas de toda aquella su hermosura que la calavera, y los estremos de los piés y manos), como la habian conocido ántes en tanta gloria, y entónces la veian en tal figura, maravillados de tan gran mudanza, preguntaban y decian: ¿Esta es aquella Jezabel? Y todos cuantos pasaban por aquel camino y miraban así comida de perros como estaba, repetian aquella misma esclamacion: ¿Esta es aquella Jezabel? ¿esta es aquella tan gran reina, y señora de Israel? ¿esta es aquella tan poderosa, que se enseñoreaba de las haciendas de sus vasallos con la sangre de sus dueños? ¿á tan baja suerte puede traer la muerte á los poderosos?

Pues desciende tú ahora, hermano, con el espíritu á las sepulturas de los príncipes y grandes señores que habrás oido ó conocido en este mundo, y mira aquella tan horrible disforme figura que allí se muestra, y verás como tienes tú tambien razon para esclamar con las mismas palabras, y decir: ¿Esta es aquella Jezabel? ¿esta es aquella cara que yo conocí tan viva? ¿estos aquellos ojos claros? ¿esta es aquella lengua tan ligera? ¿este aquel cuerpo tan polido? ¿en esto paran los esceptros y las coronas? ¿este es el fin de la gloria del mundo? ¡Oh cuántas veces, dice un sabio, me acaece entrar en los sepulcros de algunos muertos; y maravillado y atónito de lo que veo, pongo los ojos en aquella figura, meneo los huesos, junto las manos, concierto los labios, y póngome á decir entre mí: Mira aquellos piés cuántos caminos anduvieron! ¡aquellas manos cuánto apañaron y guardaron! ¡aquellos ojos cuántas vanidades miraron! ¡para aquella boca cuántas golosinas se guisaron! ¡aquellos huesos de la cabeza cuántas torres de viento fabricaron! por el deleite de aquellos polvos y pellejos tan sucios, ¡cuántos pecados se hicieron, por los cuales el ánima de este cuerpo, por ventura, estará ahora penando para siempre! Salgo despues de aquel lugar atónito, y encontrando con algunos hombres pongo los ojos en ellos, y miro que estos tambien, y yo con ellos, nos hemos de ver presto de aquella manera y en aquella misma vileza. Pues, ¡oh miserable de mí! ¿para qué

[1] Reg., 9.

son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿Para qué las galas y atavíos, pues aquí me tengo de ver tan feo? ¿Para qué los deleites y comidas, pues aquí tengo de ser manjar de gusanos?

Ahora dejemos el cuerpo en el sepulcro, y veamos el camino que lleva el ánima por aquel nuevo mundo, que es como otro hemisferio, donde hay cielo nuevo y tierra nueva, y otra suerte de vida, y otro modo de entender y conocer. Salida, pues, de la carne, entra en esta nueva region, por donde nunca jamás anduvieron los vivos, llena de espanto y de sombras de muerte. ¿Pues qué hará aquí el nuevo peregrino en tierra tan estraña, si no tiene merecida para este tiempo la guarda y la defension angélica? ¡Oh ánima mia, dice San Bernardo, cuál será aquel dia cuando sola entrarás en aquella region no conocida, donde te saldrán al camino aquellos monstruos tan temerosos y tan terribles! ¿Quién volverá por ti? ¿quién te defenderá? ¿quién te librará de aquellos leones que rabian de hambre, y están aparejados para tragar?

Temeroso es por cierto este camino, mas muy mas temeroso es el juicio que allí se ha de celebrar. ¿Quién podrá declarar cuán estrecha sea la tela de este juicio, cuán derecho el Juez, cuán solícitos los acusadores, cuán pocos los padrinos, cuán menuda la cuenta, y cuán largo el proceso de nuestra vida? Pues si el justo, como dice San Pedro, apénas se salvará, ¿el pecador y malo dónde parecerá? Y es cosa muy para notar que en esta tan grande necesidad, donde parece que las cosas que mas amamos, y por quien mas hicimos, nos habian mas de ayudar, no solamente no nos ayudarán, sino ántes ellas serán las que allí mas nos apretarán. La cosa que mas amaba y apreciaba aquel hermoso Absalon eran sus cabellos, y esos mismos ordenó Dios por justo juicio que le causasen la muerte[1]. Este mismo juicio se apareja á los malos en aquella hora: que las cosas que mas amaron en esta vida, y por quien mas ofendieron á Dios, esas vengan entónces á hacer su pleito mas dudoso, y darles mayor tormento. Allí los hijos que por fas y por nefas procuraron enriquecer, allí la mala mujer por cuyo amor quebrantamos la ley de Dios, allí la hacienda y la honra, y los deleites, que fueron nuestros ídolos, se harán nuestros verdugos, y nos atormentarán mas crudamente: allí hará Dios su juicio en todos los dioses de Egipto, ordenando que aquellas mismas cosas en que nosotros teníamos puesta nuestra gloria, esas vengan allí á ser causa de nuestra perdicion[2].

[1] Reg., 14, 18.— [2] Isai., 19.

Pues el golpe de aquella sentencia divina, si es conforme á nuestras culpas, ¿quién lo podrá esperar? Decia uno de aquellos padres del yermo que de tres cosas vivia siempre con gran temor. La primera, cuando habia de salir su ánima de las carnes; la segunda, cuando habia de ser presentada ante el juicio de Dios; y la tercera, cuando habia de ser pronunciada la sentencia de su causa. ¿Pues qué será sobre todo esto, si al cabo se da por sentencia que sea para siempre condenado? ¿Qué angustias serán aquellas para ti? ¡Y qué dia de fiesta para tus enemigos[1]! Cómo se cumplirán entónces aquellas palabras del profeta, que dicen: « Abrieron su boca sobre ti tus enemigos, y silbaron y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragarémos; este es el dia que esperamos; hallámoslo; vímoslo[2].»

Mas tú, oh buen Jesus, alumbra los ojos de mi ánima, porque no duerma yo en la muerte, porque nunca diga de mi enemigo: Prevalecido hé contra él.

[1] Theren., 2. — [2] Psalm. 12.

VI STATIO.

SESTA ESTACION

SESTA ESTACION

LA VERONICA ENJUGA EL SUDOR DE JESUCRISTO

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

Considera, alma mia, como la devota Verónica al ver á Jesucristo tan abatido, con el rostro bañado de sudor y sangre, movida á compasion, le dió un pañuelo, con el cual se enjugó el Señor, dejando impresa en él la imágen de su santísimo rostro.

Amado Jesus, vuestras facciones eran hermosas, pero en este viaje están enteramente desfiguradas, á causa de las heridas y de la sangre. ¡Ah! tambien era bella mi alma cuando recibió vuestra gracia en el bautismo, pero ya la he

afeado despues con mis pecados. Vos solo, Redentor mio, podeis restituirle su primitiva hermosura : hacedlo por los méritos de vuestra pasion.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

UNA MUJER PIADOSA ENJUGA EL ROSTRO DE JESUS[1].

I.

¿Reconoces santa mujer á ese hombre de dolores? — Sí, es Jesus, el Dios amado de mi corazon. ¡Qué ensangrentado está! — Piadosa Verónica apresúrate á mitigar sus dolores, enjuga su adorable rostro. Por mi parte me parece estar oyendo á mi Salvador que me dice : ¡Oh pecado, pecado del hombre, cuánto me haces sufrir! Oh Padre mio, mucho pesa tu divina justicia sobre mí ; al menos ten misericordia con los culpables.

II.

Una débil mujer se abre paso entre la muchedumbre, se arroja á los piés de Jesus, y le enjuga el rostro con presteza. Pero ¡ay! esa accion tan hermosa proporciona al Hijo de Dios nuevos ultrajes y nuevas invectivas. Cerrad la boca, malvados ; ¿no sabeis que estáis ultrajando á vuestro mismo Dios? — Alma fiel, apacigua tu indignacion : ¿acaso no está escrito que debo padecer toda clase de ignominia? Aprende pues por mi ejemplo, á soportar una injuria con paciencia.

[1] *El Camino del Calvario, ó Doce Meditaciones diferentes sobre las estaciones.*—Paris, 1852.

III.

El populacho se irrita al ver que esa santa mujer enjuga el rostro de Jesus, y resuenan por todas partes gritos de rabia y de furor. Una sola palabra de vuestra boca, oh Jesus, habria podido confundir á vuestros enemigos; pero no, quisísteis guardar un silencio absoluto. — Salvador mio, cuando padezca por causa de los hombres, dadme fuerzas para callarme, de cuyo modo les apaciguaré mas fácilmente y mi alma conservará siempre la paz y el sosiego.

IV.

Piadosa Verónica, eres la única que prodigas á Jesus algunos consuelos en su doloroso tránsito: ¡ todos le han abandonado ! ¿ Dónde están aquellos leprosos que sanó, aquellos cojos á quienes hizo andar, aquellos ciegos que recobraron la vista ? ¡ Oh Salvador mio, qué ingratos son los hombres ! ¡ qué poco agradecen vuestros beneficios !

V.

El Cristiano. ¡ Qué consuelo tan grande fué para la piadosa Verónica el ver impreso en su lienzo el adorable rostro de su Divino Redentor !

El Salvador. Eso es lo que se gana, hijo mio, siguiéndome en la via de las tribulaciones. En la cruz se halla la salvacion y la vida; se halla la fuerza del alma, y un manantial inagotable de gracia y de consuelos.

VI.

¡ Cuántos favores disfrutará el alma fiel que sigue á Jesucristo por el camino del Calvario ! Una mujer piadosa se compadece de los dolores del

Salvador, y al instante el Señor la recompensa! Como una madre consuela á su hijo, así os consolaré yo, dice á los que padecen; cuando esto esperimenteis vuestro corazon rebosará de alegría.

VII.

Jesus no ve en torno suyo sino verdugos. ¿Dónde están sus fieles discípulos?... Todos le abandonaron, y solo una mujer se compadece de sus dolores. ¡Oh Salvador de mi alma! Aun cuando todo el mundo huya de vos, os seré siempre fiel; aun cuando todo el mundo se obstinara en perderse, por mi parte quiero asegurar mi salvacion.

VIII.

Una mujer piadosa trata de aliviar al Señor, enjugando la sangre y el sudor de su divino rostro. — ¡Ah! Nosotros no podemos consolaros ¡oh divino Redentor! porque hemos pecado, somos hijos de iniquidad, y nos hemos retirado de vos. Pero perdonadnos, Señor, apaciguad vuestra cólera. ¡Oh! ya que sois el Dios de la misericordia, compadeceos de nosotros!

IX.

¡Qué valor por parte de esta santa mujer, y qué afan para aliviar á Jesus! Así vemos que Jesus se apresura á darla su recompensa, imprimiendo los rasgos de su divino rostro en el lienzo con que acaba de enjugarle.

X.

Una mujer piadosa se compadece de los sufrimientos de nuestro Redentor, y al punto Jesus imprime en su lienzo sus adorables rasgos. ¡Dios

mio! ¡cuán generosamente recompensais á aquellos que honran vuestros padecimientos! — ¡Oh hijo mio! ama mis dolores y los tuyos, y si permaneces firme en la tentacion, te prepararé un reino semejante al que mi Padre me ha dado.

XI.

Ven, pueblo cristiano, ven á mezclar tus lágrimas con las del Salvador. Jesus llora, no por sus dolores, sino por los escándalos del lugar sagrado; llora por la indiferencia de aquellos á quienes quiere penetrar con su santo amor y que le desdeñan : llora por los sacrilejios que diariamente se cometen. Ven pues con la piadosa Verónica, ven á enjugar las lágrimas de sangre que inundan su rostro y enrojecen la tierra.

XII.

¡Oh piadosa mujer, enjugas la sangre que me inunda! Cuando mi Santa Madre enjugaba en el pesebre las lágrimas que corrian de mis párpados, ya pensaba yo en tu accion generosa, y ya te preparaba la recompensa.

Señor, dadme un corazon sensible á vuestras penas, porque mis pecados os han clavado en la cruz así como mojaron vuestros ojos con lágrimas en el pesebre. En nombre de vuestro amor, perdonadme hoy, y abridme el cielo á la hora de mi muerte.

(DE SANTA TERESA DE JESUS[1].)

Tomad aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo; no hagais caso de lo que os dijeren, hacéos sordos á las murmuraciones, tropezando y cayendo con vuestro Esposo, no os aparteis de la cruz, ni la dejeis.

Há tantos dias que escribí lo pasado, sin haber tenido lugar para tornar á ello, que si no lo tornase á leer, no sé lo que decia : por no ocupar tiempo habrá de ir como saliere, sin concierto. Para entendimientos concertados, y almas que están ejercitadas y pueden estar consigo mesmas, hay tantos libros escritos, y tan buenos, y de personas tales, que seria yerro que hiciésedes caso de mi dicho en cosa de oracion. Pues como digo, teneis libros tales, á donde van por dias de la semana repartidos los misterios de la vida del Señor, y de su pasion, y meditaciones del juicio, é infierno, y nuestra no nada, y lo mucho que debemos á con Dios, escelente doctrina y concierto para principio y fin de la oracion.

Quien pudiere y tuviere costumbres de llevar este modo de oracion, no hay que decir, que por tan buen camino el Señor le sacará á puerto de luz, y con tan buenos principios el fin lo será. Y todos los que pudieren ir por él llevan descanso y seguridad, porque atado el entendimiento vase con descanso: mas de ello querria tratar, y dar algun remedio, si el Señor quisiese que acertase, y sino, al ménos que entendais hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os fatigueis las que le tuviéredes.

Hay unas almas, entendimientos tan desbaratados como unos caballos desbocados, que no hay quien los haga parar, ya van aquí, ya van allí, siempre con desasosiego ; es su mesma naturaleza, ó Dios que lo permite.

[1] *Camino de Perfeccion*, cap. XIX — XXVII.

Héles mucha lástima, porque me parece como unas personas que han mucha sed, y ven el agua de muy léjos, y cuando quieren ir allá, hallan quien los defienda el paso al principio, y medio, y fin. Acaece, que cuando ya con su trabajo, y con harto trabajo, han vencido los primeros enemigos, á los segundos se dejan vencer, y quieren mas morir de sed, que beber agua, que tanto ha de costar. Acabóseles el esfuerzo, faltóles ánimo, y ya que algunos le tienen para vencer tambien los segundos enemigos, á los terceros se les acaba la fuerza, y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva, que dijo el Señor á la Samaritana, que quien la bebiere, no tendrá sed. Y con cuanta razon y verdad, como dicho de la boca de la mesma Verdad, que no la tendrá de cosa de esta vida, aunque crece de las cosas de la otra muy mayor de lo que acá podemos imaginar por esta sed natural. Mas con qué sed se desea tener esta sed, porque entiende el alma su gran valor, y es sed penosísima que fatiga, trae consigo la mesma satisfacion con que se mata aquella sed; de manera, que es una sed que no ahoga, sino á las cosas terrenas, ántes da hartura, de manera, que cuando Dios la satisface, una de las mayores mercedes que puede hacer al alma, es dejarla con la mesma necesidad, y mayor queda siempre de tornar á beber esta agua.

El agua tiene tres propiedades, que ahora se me acuerda que me hacen al caso, que muchas mas tendrá. La una es, que enfria, que por calor que hayamos, en llegando al agua se quita : y si hay gran fuego, con ella se mata, salvo si no es de alquitran, que se enciende mas. ¡Oh válame Dios, qué maravillas hay en este encenderse mas el fuego con el agua, cuando es fuego fuerte, poderoso, y no sujeto á los elementos, pues este con ser su contrario no le empece, antes le hace crecer ! Mucho valiera aquí poder hablar, quien supiera filosofía, porque sabiendo las propiedades de las cosas, supiérame declarar, que me voy regalando en ello, y no lo sé decir, y aun por ventura no lo sé entender. De que Dios, hermanas, os traiga á beber esta agua, y las que ahora bebeis, gustaréis de esto, y entenderéis como el verdadero amor de Dios si está en su fuerza, y ya libre de cosas de tierra del todo, y que vuela sobre ellas, es señor de todos los elementos del mundo ; y como el agua procede de la tierra, no hayais miedo que mate á este fuego de amor de Dios, no es de su jurisdicion, aunque son contrarios, es ya señor absoluto, no le está sujeto, y así no os espanteis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro, para que procureis esta libertad.

¿No es linda cosa, que una pobre monja de San José pueda llegar á señorear toda la tierra y elementos? ¿Y qué mucho que los Santos hiciesen de ellos lo que querian con el favor de Dios? A San Martin, el fuego y las aguas le obedecian; y á San Francisco las aves y los peces; y así á otros muchos Santos, que se veía claro ser tan señores de todas las cosas del mundo, por haber bien trabajado de tenerle en poco, y sujetádose de veras con todas sus fuerzas al Señor de él. Así que, como digo, el agua que nace en la tierra, no tiene poder contra este fuego, sus llamas son muy altas, y su nacimiento no comienza en cosa tan baja. Otros fuegos hay de pequeño amor de Dios, que cualquier suceso los amatará, mas á este no: aunque toda la mar de tentaciones venga, no le harán que deje de arder, de manera que no se enseñorée él de ellas. Pues si es agua de la que llueve del cielo, muy ménos le amatará, mas que esta otra le aviva; no son contrarios, sino de una tierra, no hayais miedo que se hagan mal el un elemento al otro, ántes ayuda el uno al otro á su efecto; porque el agua de las lágrimas verdaderas, que son las que proceden en verdadera oracion, vienen dadas del Rey del cielo, que le ayuda á encender mas, y á hacer que dure, y el fuego ayuda al agua á enfriar.

¡Oh válame Dios, qué cosa tan hermosa, y de tanta maravilla, que el fuego enfria, y aun yela todas las afecciones del mundo cuando se junta con el agua viva del cielo, que es la fuente de donde proceden las lágrimas, que quedan dichas, que son dadas, y no adquiridas por nuestra industria! Así, que á buen seguro, que no deja calor en ninguna cosa del mundo, para que se detenga en ellas, si no es para si puede pegar este fuego, que es natural suyo, no se contentar con poco sino que si pudiese abrasaria todo el mundo.

Es la otra propiedad limpiar cosas no limpias. Si no hubiese agua para lavar, ¿qué seria del mundo? ¿Sabeis qué tanto limpia esta agua viva, esta agua celestial, esta agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que cae del cielo? Que de una vez que se beba, tengo por cierto que deja el alma clara, y limpia de todas las culpas. Porque como tengo escrito, no da Dios lugar á que beban de esta agua (que no está en nuestro querer, por ser cosa muy sobrenatural esta divina union) si no es para limpiarla, y dejarla limpia, y libre del lodo, y miseria en que por las culpas estaba metida: porque otros gustos que vienen por medianería del entendimiento, por mucho que hagan, traen el agua cor-

riendo por la tierra, no la beben junto á la fuente, nunca faltan en este camino cosas lodosas en que se detenga; y no va tan puro, ni tan limpio. No llamo yo esta oracion (que como digo va discurriendo con el entendimiento) agua viva · conforme á mi entender, digo, que por mucho que queramos hacer, siempre se pega á nuestra alma (ayudada de este nuestro cuerpo y bajo natural) algo de camino de lo que no querríamos.

Quiérome declarar mas. Estamos pensando qué es el mundo, y cómo se acaba todo para menospreciarlo, y casi sin entendernos nos hallamos metidos en cosas que amamos de él, y deseándolas huir, por lo ménos nos estorba un poco pensar cómo fué, y cómo será, y qué hice, y qué haré. Y para pensar lo que hace al caso para librarnos, á las veces nos metemos de nuevo en el peligro. No porque esto se ha de dejar, mas hase de temer: es menester no ir descuidados. Acá lleva este cuidado el mesmo Señor, que no quiere fiarnos de nosotros : tiene en tanto nuestra alma, que no la deja meter en cosas que la puedan dañar, por aquel tiempo que quiere favorecerla, sino ponerla de presto junto cabe sí, y muéstrale en un punto mas verdades, y dale mas claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años. Porque no va libre la vista, ciéganos el polvo como vamos caminando : acá llévanos el Señor al fin de la jornada, sin entender cómo. La otra propiedad del agua es, que harta, y quita la sed : porque sed me parece á mí, que quiere decir, deseo de una cosa que nos hace gran falta, que si del todo nos falta, nos mata. Estraña cosa es, que si nos falta, nos mata; y si nos sobra, nos acaba la vida, como se ve morir muchos ahogados.

¡Oh, Señor mio, y quién se viese tan engolfada en esta agua viva, que se le acabase la vida! ¿Mas no puede ser esto? Sí, que tanto puede crecer el amor, y deseo de Dios, que no lo pueda sufrir el fuego natural, y así ha habido personas que han muerto. Yo sé de una que si no la socorriera Dios presto, era esta agua viva tan en gran abundancia, que casi la sacaba de sí, con arrobamientos. Digo, que casi la sacaba de sí, porque aquí descansa el alma. Parece que, ahogada de no poder sufrir el mundo, resucita en Dios, y su Majestad la habilita, para que pueda gozar lo que estando en sí no pudiera sin acabársele la vida. Entiéndase de aquí, que como en nuestro sumo Bien no puede haber cosa, que no sea cabal, todo lo que él da es para nuestro bien ; y así por mucha abundancia que haya de esta agua, no hay sobra, que no puede haber demasía en cosa suya : porque si da mucho, hace, como he dicho, hábil al alma, para que sea

capaz de haber mucho : como un vidriero que hace la vasija de la manera que es menester, para que quepa lo que quiere echar en ella. En el desearlo, como es de nosotros, nunca va sin falta, si alguna cosa buena lleva, es lo que en el ayuda del Señor; mas somos tan indiscretos, que como es pena suave y gustosa, nunca nos pensamos hartar de esta pena: comemos sin taza, ayudamos como acá podemos á este deseo, y así algunas veces mata : dichosa tal muerte. Mas por ventura con la vida ayudará á otros para morir por deseo de esta muerte. Y esto creo que hace el demonio, porque entiende el daño que ha de hacer con vivir, y así tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud, y no le va poco en ello. Digo, que quien llegó á tener esta sed tan impetuosa, que se mire mucho, porque crea que tendrá esta tentacion; y aunque no muera de sed, acabará la salud, y dará muestras esteriores, aunque no quiera, que se han de escusar por todas vias. Algunas veces aprovechará poco nuestra diligencia, que no podremos todo lo que se quiere encubrir: mas estemos con cuidado cuando vienen estos ímpetus tan grandes de crecimiento de este deseo, para no añadir en él, sino con suavidad cortar el hilo con otra consideracion, que podrá ser que nuestra naturaleza á veces obre tanto como el amor, que hay personas, que cualquiera cosa, aunque sea mala, desean con grande vehemencia. Estas no creo serán las muy mortificadas, que para todo aprovecha la mortificacion. Parece desatino, que cosa tan buena se ataje, pues no lo es, que yo no digo que se quite el deseo, sino que se ataje, y por ventura será con otro que se merezca tanto. Quiero decir algo, para darme mejor á entender. Da un gran deseo de verse ya con Dios, y desatado de esta cárcel, como lo tenia San Pablo, pena por tal causa, y que debe en sí ser muy gustosa : no será menester poca mortificacion para atajarla, y del todo no podrá. Mas cuando viera que aprieta tanto, que casi va á quitar el juicio, como yo ví á una persona no há mucho, y aunque de su natural impetuosa, pero tan amostrada á quebrantar su voluntad, que me parece que la ha ya perdido, porque se ve en otras cosas : digo que por un rato la vi como desatinada, de la gran pena y fuerza que se hizo en disimularla, y que en caso tan escesivo, aunque fuese espíritu de Dios, tengo por humildad temer ; porque no hemos de pensar que tenemos tanta caridad, que nos pone en tan gran aprieto. Digo, que no tendré por malo, si puede (aunque por ventura todas veces no podrá), que mude el deseo, pensando que si vive servirá mas á Dios, y podrá ser que dé luz á alguna alma que

se habia de perder, y que con servir mas merecerá por donde pueda gozar mas de Dios, y témase lo poco que ha servido : y estos son buenos consuelos para tan gran trabajo, y aplacará su pena, y ganará mucho, pues por servir al mesmo Señor se quiere acá pasar, y vivir con su pena. Es como si uno tuviese un gran trabajo, ó grave dolor, consolarle con decir tenga paciencia, y se deje en las manos de Dios, y que cumpla en él su voluntad, que dejarnos en ellas, es lo mas acertado en todo. Y que si el demonio ayudó en alguna manera á tan gran deseo, que seria posible, como cuenta, creo, Casiano de un ermitaño de asperísima vida, que le hizo entender, que se echase en un pozo, porque veria mas presto á Dios. Yo bien creo que no debia haber vivido con humildad, ni bien; porque fiel es el Señor, y no consintiera su Majestad que se cegara en cosa tan manifiesta ; mas está claro, que si el deseo fuera de Dios, no le hiciera mal. Trae consigo la luz, y la discrecion, y la medida (esto es claro) sino que este adversario enemigo nuestro, por donde quiera que fuere procura dañar : y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotras. Este es punto importante para muchas cosas, así para acortar el tiempo de la oracion, por gustosa que sea, cuando se vienen á acabar las fuerzas corporales, ó hacer daño á la cabeza : en todo es muy necesario discrecion. ¿Para qué pensais, hijas mias, que he pretendido declarar el fin, y mostrar el premio ántes de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar á beber de esta fuente celestial, y de esta agua viva? Para que no os congojeis del trabajo y contradicion que hay en el camino, y vayais con ánimo, y no os canseis ; porque como he dicho, podrá ser que llegadas, que no os falte sino bajaros á beber en la fuente, lo dejeis todo, y perdais este bien, pensando que no tendréis fuerza para llegar á él, y que no sois para ello. Mirad que convida el Señor á todos, pues es la mesma verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no nos llamará el Señor á todos ; y aunque nos llamara, no nos dijera : Yo os daré de beber. Pudiera decir : Venid todos, que en fin no perderéis nada, y á los que á mí me pareciere yo les daré de beber : mas como dijo, sin esta condicion, á todos, tengo por cierto que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva. Dénos el Señor, que la promete, gracia para buscarla como se ha de buscar.

Parece que me contradigo en este capítulo pasado de lo que habia dicho; porque cuando consolaba á las que no llegaban aquí, dije que

tenia el Señor diferentes caminos por donde iban á él, así como habia muchas moradas. Así lo torno ahora á decir, porque como entendió su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es; mas no dijo, por este camino vengan unos, y por este otros, ántes fué tan grande su misericordia, que á nadie quitó que procurase venir á esta fuente de vida á beber. ¡Bendito sea por siempre, y con cuánta razon me hubiera quitado á mí! Y pues no me mandó lo dejase cuando lo comencé, y hizo que me echasen en el profundo, á buen seguro que no lo quite á nadie, ántes públicamente nos llama á voces : mas como es tan bueno, no nos fuerza, ántes da de muchas maneras á beber á los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado, ni muera de sed : porque de esta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes, y otros pequeños, y algunas veces charquitos para niños, que aquellos les basta, y mas seria espantarlos ver mucha agua; estos son los que están en los principios. Así que, hermanas, no hayais miedo que murais de sed. En este camino nunca falta agua de consolacion, tan faltada que no se pueda sufrir : y pues esto es así, tomad mi consejo, y no os quedeis en el camino, sino pelead como fuertes, hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí á otra cosa, sino á pelear. Y con ir siempre con esta determinacion de ántes morir, que dejar de llegar al fin del camino, si os llevare el Señor con alguna sed en esta vida, en la que es para siempre os dará con toda abundancia de beber, y sin temor que os ha de faltar. Plega al Señor no le faltemos nosotras.

Ahora para comenzar este camino, que queda dicho, de manera que no se yerre desde el principio, tratemos un poco de cómo se ha de principiar esta jornada, porque es lo que mas importa. Digo, que importa el todo para todo. No digo de quien no tuviere la determinacion que aquí diré, deje de comenzar, porque el Señor le irá perficionando; y cuando no hiciese mas de dar un paso, tiene en sí tanta virtud, que no haya miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien pagado. Es, digamos, como quien tiene una cuenta de perdones, que si la reza una vez, gana, y miéntras mas veces, mas : mas si nunca llega á ella, sino que se la tiene en el arca, mejor fuera no tenerla. Así, que aunque no vaya despues por el mismo camino, lo poco que hubiera andado de él, le dará luz para que vaya bien por los otros; y si mas anduviere, mas. En fin, tenga por cierto no le hará daño el haberle comenzado para cosa ninguna, aunque lo deje, porque el bien nunca hace mal. Por eso á todas las per-

sonas que os trataren, hijas, habiendo disposicion, y alguna amistad, procurad quitarles el medio de comenzar tan gran bien. Y por amor de Dios os pido, que vuestro trato sea siempre ordenado á algun bien de aquel con quien habláis, pues vuestra oracion ha ser de para provecho de las almas: y esto habeis siempre de pedir al Señor. Mal pareceria, hermanas, no lo procurar de todas maneras. Si quereis ser buen deudo, esta es la verdadera amistad: si buena amiga, entended que no lo podeis ser sino por este camino. Ande la verdad en vuestros corazones, como ha de andar por la meditacion, y vereis claro el amor que somos obligados á tener á los prójimos. No es ya tiempo, hermanas, de juego de niños (que no parece otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas), ni haya en vosotras tal plática, que si me quereis, ó no me quereis, ni con deudos, ni con nadie, si no fuere yendo fundadas en un gran fin y provecho de aquel ánima: que puede acaecer que, para que os escuche vuestro deudo, ó hermano, ó persona semejante una verdad, y la admita, sea menester de disponerle con estas pláticas y muestras de amor, que á la sensualidad siempre contentan, y acaecerá tener en mas una buena palabra (que así la llaman), y disponer mas que muchas de Dios, para que despues estas sepan bien; y así yendo con advertencia de aprovechar, no las quito, mas si no es para esto, ningun provecho pueden traer, y podrán hacer daño sin entenderlo vosotras. Ya saben que sois religiosas, y que vuestro trato es de oracion, no se os ponga delante, no quiero que me tengan por buena, porque es provecho, ó daño comun el que en vos vieren, y es gran mal, que á las que tanta obligacion tienen de no hablar, sino en Dios, como las monjas, les parezca bien la disimulacion en este caso, si no fuese alguna vez para mas bien. Este es vuestro trato y lenguage: quien os quisiere tratar, depréndale, ó sino, guardaos de deprender vosotras el suyo, que será infierno. Si os tuvieron por groseras, poco va en ello; si por hipócritas, ménos. Ganaréis de aquí, que no os verá sino quien se entendiere por esta lengua, porque no lleva camino uno que no sabe algarabía, gustar de hablar mucho con quien no sabe otro lenguaje: y así, ni os cansarán, ni dañarán, que no seria poco daño comenzar á hablar nueva lengua, y todo el tiempo se os iria en eso. Y no podeis saber, como yo que lo he esperimentado, el gran mal que es para el alma, que por saber la una, se olvide la otra, y es un perpetuo desasosiego, del que en todas maneras habeis de huir; porque lo que mucho conviene para este camino,

que comenzamos á tratar, es paz, y sosiego en el alma. Si los que os trataren quisieren deprender vuestra lengua (ya que no es vuestro de enseñar) podeis decir las riquezas que se ganan en deprenderla, y de esto no os canseis, sino con piedad, y amor, y oracion, porque le aproveche, para que entendiendo la gran ganancia, vaya á buscar maestro que le enseñe; que no seria poca merced que os hiciese el Señor despertar á alguna alma para este bien. ¡Mas qué de cosas se ofrecen en comenzando á tratar de este camino, aun á quien tan mal ha andado por él como yo!

No os espanteis, hijas, de las muchas cosas que es menester mirar para comenzar este viaje divino, que es camino real para el cielo. Gánase yendo por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho á nuestro parecer; tiempo vendrá que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio. Ahora tornando á los que quieren ir por él, y no parar hasta el fin, que es llegar á beber de esta agua de vida, como han de comenzar, digo, que importa mucho, y el todo, una grande y determinada determinacion, de no parar hasta llegar á ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino, ó no tenga corazon para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo: como muchas veces acaece con decirnos, hay peligros, fulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro que rezaba mucho cayó, hacen daño á la virtud, no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadezas, basta el *Pater noster* y *Ave Maria*. Esto así lo digo, hermanas, y como si basta: siempre es gran bien fundar vuestra oracion sobre oraciones dichas de tal boca como la del Señor. En esto tienen razon, que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca, y nuestra devocion tan tibia, no era menester otros conciertos de oraciones, ni eran menester otros libros. Y así me ha parecido ahora (pues, como digo, hablo con almas que no pueden recogerse en otros misterios, que les parece son artificios, y hay algunos ingenios tan ingeniosos, que nada les contenta) ir fundando por aquí unos principios, y medios, y fines de oracion; aunque en cosas subidas no me detendré. Y no os podrán quitar libros, que si sois estudiosas, y teniendo humildad, no habeis menester otra cosa. Siempre yo he sido aficionada, y me han recogido mas las palabras de los Evangelios, que los libros muy concertados, en especial si no era el autor muy aprobado, no los habia gana

de leer. Allegada, pues, á este Maestro de la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideracion que os contente. No digo que diré declaracion de estas oraciones divinas, que no me atrevería, y hartas hay escritas; y cuando no las hubiera, fuera disbarate, sino consideracion sobre las palabras del *Pater noster;* porque algunas veces con muchos libros, parece se nos pierde la devocion, en lo que tanto nos va tenerla. Que está claro, que el mesmo maestro cuando enseña una cosa toma amor con el discípulo, y busca que le contente lo que le enseña, y le ayuda mucho á que lo deprenda, y así hará el Maestro celestial con nosotras; y por ello ningun caso hagais de los medios que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es, que quiera yo ir por un camino á donde hay tantos ladrones, sin peligros, y ganar un gran tesoro. Pues bueno anda el mundo, para que os lo dejen tomar en paz, sino que por un maradeví de interese se pondrán á no dormir muchas noches, y á desasosegaros cuerpo y alma. Pues cuando yéndole á ganar, ó á robar (como dice el Señor que le ganan los esforzados) por camino real (y por camino seguro, por el que fué nuestro Rey, por el que fueron todos los escogidos y Santos) os dicen hay tantos peligros, y os ponen tantos temores: los que van á su parecer á ganar este bien sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán? ¡Oh hijas mias, que muchos mas sin comparacion, sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano, y pierden del todo el agua, sin beber poca, ni mucha, ni de charco, ni de arroyo! Pues ya veis, sin gota de esta agua, ¿cómo se pasará camino donde hay tantos con quien pelear? Está claro que al mejor tiempo morirán de sed, porque queramos, que no, hijas mias, todos caminamos para esta fuente, aunque de diferentes maneras: pues creedme vosotras, y no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oracion. Y no hablo ahora en que sea mental, ó vocal para todos, para vosotras digo que lo uno y lo otro habeis menester. Este es el oficio de los religiosos: quien os dijere que esto es peligro, tenedle á él por el mismo peligro, y huid de él, y no se os olvide, que por ventura habréis menester este consejo. Peligroso será no tener humildad, y las otras virtudes: ¿mas camino de oracion, camino de peligro? Nunca Dios tal quiera, que el demonio parece ha inventado poner estos medios, y así ha sido mañoso á hacer caer á algunos que tenian oracion. Y miren tan gran ceguedad, que no miran el mundo de millares, como dicen, que han caido en herejía y en grandes males sin

tener oracion, ni saber qué cosa era, y entre muchos de estos, si el demonio por hacer mejor su negocio ha hecho caer á algunos bien contados que tenian oracion, ha hecho poner tanto temor en las cosas de virtud á algunos. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden, porque huyen del bien, por librarse del mal. Nunca tan mala invencion he visto, parece del demonio. ¡Oh Señor mio, tornad por vos! Mirad que entienden al revés vuestras palabras : no permitais semejantes flaquezas en vuestros siervos. Hay un gran bien, que siempre veréis algunos que os ayuden, porque esto tiene el verdadero siervo de Dios, á quien su Majestad ha dado luz del verdadero camino, que por estos temores le crece mas el deseo de no parar. Entiende claro por donde va á dar el golpe del demonio, y húrtale el cuerpo, y quiébrale la cabeza; mas siente él esto, que cuantos placeres otros le hacen, le contentan. Cuando en un tiempo de alboroto, en una zizaña que ha puesto, que parece lleva á todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que les abra los ojos, y diga, que miren les ha puesto niebla en ellos el demonio para no ver el camino : ¡qué grandeza de Dios que puede mas á las veces un hombre solo, ó dos, que digan verdad, que muchos juntos! Torna poco á poco á descubrir el camino, dales Dios ánimo. Si dicen que hay peligro en la oracion, procura se entienda cuán buena es la oracion, sino por palabras, por obras. Si dicen que no es bien á menudo las comuniones, entónces las frecuenta mas : así que como hay uno ó dos que sin temor sigan lo mejor, luego torna el Señor poco á poco á ganar lo perdido. Así que, hermanas, dejaos de estos medios, nunca hagais caso de cosas semejantes de la opinion del vulgo; mirad que no son tiempos de creer á todos, sino á los que viéredes van conforme á la vida de Cristo. Procurad tener limpia conciencia, y menosprecio de todas las cosas del mundo, y creer firmemente lo que tiene la santa madre Iglesia, y á buen seguro que vais buen camino. Dejaos, como he dicho, de temores á donde no hay que temer. Si alguno os lo pusiere, declaradle con humildad el camino, decid que teneis Regla, que os manda orar sin cesar, que así nos lo manda, y que la habeis de guardar. Si os dijeren que sea vocalmente, preguntad ¿qué si ha de estar el entendimiento y corazon en lo que decís? Si os dijeren que sí, veis á donde confiesan, que forzado habeis de tener oracion mental, y aun contemplacion, si os la diere Dios allí.

Sabed, hijas, que no está la falta, para ser ó no ser oracion mental,

en tener cerrada la boca: si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios, con mas advertencia que en las palabras que digo, junto está oracion mental y vocal. Salvo si no os dicen que esteis hablando con Dios, rezando el *Pater noster*, y pensando en el mundo, aquí callo; mas si habeis de estar, como es razon se esté hablando con tan gran Señor, es bien esteis mirando con quién hablais, y quién sois vos, siquiera para hablar con crianza. Porque, ¿cómo podeis hablar, y llamar al Rey Alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar á un grande, si no entendeis bien qué estado tiene, y qué estado teneis vos? Porque conforme á esto se ha de hacer el acatamiento, y conforme al uso; porque aun esto es menester tambien que sepais, sino enviaros han por simple, y no negociaréis cosa. ¿Pues qué es esto, mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? Rey sois, Dios mio, sin fin, que no es reino prestado el que teneis. Cuando en el Credo se dice, vuestro Reino no tiene fin, casi siempre me es particular regalo. Aláboos, Señor, y bendígoos para siempre. Pues nunca vos, Señor, permitais se tenga por bueno que quien fuere á hablar con vos sea solo con la boca. ¿Qué es esto, cristianos? ¿Los que decís no es menester oracion mental, os entendeis? Cierto que pienso no os entendeis, y así quereis desatinemos todos, ni sabeis cuál es oracion mental, ni cómo se ha de rezar la vocal, ni qué es contemplacion, porque si lo supiésedes, no condenaríades por un cabo lo que alabais por otro. Yo he de poner siempre junta oracion mental, con la vocal, cuando se me acordare, porque no os espanten, hijas, que yo sé en qué caen estas cosas, que he pasado algun trabajo en este caso; y así querria que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo á algun caminante que va errado, y que ha perdido el camino, le acaece andar de un cabo á otro, y todo lo que anda buscando por donde ha de ir, se cansa, y gasta el tiempo, y llega mas tarde. ¿Quién puede decir que es mal, si comienza uno á rezar las Horas, ó el Rosario, que comience á pensar con quién va á hablar, y quién es el que habla, para ver cómo le ha de tratar? Pues yo os digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en entender estos dos puntos, se hiciese bien, que primero que comenceis la oracion vocal, que vais á rezar, ocupeis harto tiempo en la mental. Sí, que no hemos de llegar á hablar á un príncipe con el descuido que á un labrador, ó como á un pobre, como nosotras, que como quiera que nos hablaren va bien. Razon es, que ya que por humildad de este Rey, si

como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oir, ni me deja de llegar á sí, ni me echan fuera sus guardas (porque saben bien los ángeles que están allí la condicion de su Rey, que gusta mas de esta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si mas supiera, mas dijera, que no de los muy sabios letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad), así, que no porque él sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos. Siquiera para agradecerle el mal olor que sufre en consentir cabe sí una como yo, es bien que procuremos conocer su limpieza, y quién es. Es verdad que se entiende luego en llegando como con los señores de acá; con que nos digan quién fué su padre, y los cuentos que tiene de renta, y el ditado, no hay mas que saber, porque acá no se hace cuenta de las personas, para hacerles honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡Oh miserable mundo! Alabad mucho á Dios, hijas mias, que habeis dejado cosa tan ruin, á donde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos; y si ellos faltan, luego falta el mundo de hacerles honra. Cosa donosa es esta, para que os holgueis, cuando hayais todas de tomar alguna recreacion, que este es buen pasatiempo, entender cuán ciegamente pasan su tiempo los del mundo. ¡Oh emperador nuestro, sumo poder, suma bondad, la mesma sabiduría sin principio, sin fin, sin haber términos en vuestras perfeciones, son infinitas sin poderse comprehender, un piélago sin suelo de maravillas, una hermosura, que tiene en sí todas las hermosuras, la mesma fortaleza! ¡Oh válame Dios, quién tuviera aqui junta toda la elocuencia de los mortales, y sabiduría para saber bien (como acá se puede saber, que todo es no saber nada) para en este caso dar á entender alguna de las muchas cosas, que podemos considerar para conocer algo de quien es este Señor y bien nuestro! Sí, llegaos, á pensar, y entender en llegando con quién vais á hablar, ó con quién estais hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender como merece ser tratado este Señor, que los ángeles tiemblan delante de él, todo lo manda, todo lo puede, su querer es obrar. Pues razon será, hijas mias, que procuremos deleitarnos en estas grandezas, que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. ¡Oh válame Dios! Pues acá cuando uno se casa, primero sabe con quién, y quién es, y qué tiene: nosotras ya desposadas, antes de las bodas, que nos ha de llevar á su casa, ¿no pensaremos en nuestro Esposo? Pues acá no quitan estos pensamientos á las que están desposadas, ¿por-

qué nos han de quitar que procuremos entender quién es este hombre, y quién es su padre, y qué tierra es esta á donde me ha de llevar, y qué bienes son los que promete darnos, qué condicion tiene, cómo podré contentarle mejor, en qué le haré placer, y estudiar como haré mi condicion que conforme con la suya? Pues si una mujer ha de ser bien casada, no la avisan otra cosa, sino que procure esto, aunque sea hombre muy bajo su marido. ¿Pues, Esposo mio, en todo han de hacer menos caso de vos, que de los hombres? Si á ellos no les parece bien esto, déjenos vuestras esposas, que han de hacer vida con vos. Es verdad, que es buena vida, si un esposo es tan zeloso, que quiere no trate con nadie su esposa, linda cosa es, que no piense como le harán este placer, la razon que tiene de sufrirle no querer que trate con otro, pues en él tiene todo lo que puede querer. Esta es oracion mental, hijas mias, entender estas verdades. Si quereis ir entendiendo esto, y rezando vocalmente, muy en hora buena, no me estéis hablando con Dios, y pensando en otras cosas, que esto hace no entender qué cosa es oracion mental.

Pues digo que va muy mucho en comenzar con gran determinacion, por tantas causas, que seria alargarme mucho si las dijese, solas dos ó tres os quiero, hermanas, decir. La una es, que no es razon que á quien tanto nos ha dado, y contino da, que una cosa que queremos determinar á darle, que es este cuidadito (no cierto sin interese, sino con tan grandes ganancias) no se le dar con toda determinacion, sino como quien presta una cosa para tornarla á tomar. Esto no me parece á mí dar, antes siempre queda con algun disgusto, á quien han emprestado una cosa, cuando se la tornan á tomar; en especial si la há menester, y la tenia ya como por suya. O que si son amigos, y á quien la prestó debe muchas dadas sin ningun interese, con razon le parecerá poquedad, y muy poco amor, que aun una cosa suya no quiere dejar en su poder, siquiera por señal de amor. ¿Qué esposa hay, que recibiendo muchas joyas de valor de su esposo, no le dé siquiera una sortija, no por lo que vale, que ya todo es suyo, sino por prenda que será suya hasta que muera? ¿Pues qué menos merece este Señor, para que burlemos de él, dando, y tomando una nonada que le damos? Sino que este poquito de tiempo que nos determinamos de darle, de cuanto gastamos con otros, y con quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, démosle libre el pensamiento, y desocupado de otras cosas, y

con toda determinacion de nunca jamás se lo tornar á tomar, por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradiciones, ni por sequedades; sino que ya como cosa no mia tenga aquel tiempo, y piense me le pueden pedir por justicia, cuando del todo no se le quisiere dar. Llamo del todo, porque no se entiende, que dejarlo algun dia, ó algunos, por ocupaciones justas, ó por cualquier indisposicion, es tomársele ya. La intencion esté firme, que no es nada delicado mi Dios, no mira en menudencias, así tendrá que os agradecer, es dar algo. Lo demás, bueno es á quien no es franco, sino tan apretado, que no tiene corazon para dar, harto es que preste. En fin haga algo, que todo lo toma en cuenta este Señor nuestro, á todo hace como le queremos; para tomarnos cuenta, no es nada menudo, sino generoso; por grande que sea el alcance, tiene él en poco perdonarle, para ganarnos. Es tan mirado, que no hayais miedo, que un alzar de ojos, con acordarnos de él, deje sin premio. Otra causa, es porque el demonio no tiene tanta mano para tentar; há gran medio á ánimas determinadas, que tiene ya él esperiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas, viene en provecho de ellas, y de otras, y que sale él con pérdida. Y ya que no hemos nosotros de estar descuidados, ni confiar en esto, porque lo habemos con gente traidora, y á los apercibidos no osa tanto acometer, porque es muy cobarde, y si viese descuido, haria gran daño; mas si conoce á uno por mudable, y que no está firme en el bien, y con gran determinacion de perseverar, no le dejará á sol, ni á sombra, miedos le pondrá, é inconvenientes, que nunca acabe. Yo lo sé esto muy bien por esperiencia, y así lo he sabido decir, y digo que no sabe nadie lo mucho que importa. La otra cosa que hace mucho al caso es, que pelea con mas ánimo; ya sabe, que venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen, no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir despues, pelea con mas determinacion, y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la vitoria, y que le va la vida en vencer. Es tambien necesario comenzar con seguridad, de que si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa: esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquen, saldrán muy ricos. No hayais miedo que os deje morir de sed el Señor, que nos llama á que bebamos de esta fuente. Esto queda ya dicho, y querríalo decir muchas veces, porque acobarda mucho á personas que aun no conocen del todo la bondad del Señor por esperiencia,

aunque la conocen por fe. Mas es gran cosa haber esperimentado con el amistad y regalo que trata á los que van por este camino, y como casi les hace toda la costa. Y los que esto no han probado, no me maravillo que quieran seguridad de algun interese. Pues ya sabeis que es ciento por uno, aun en esta vida; y que dice el Señor: Pedíd, y daros han: si no creeis á su Majestad en las partes del Evangelio, que asegura esto, poco aprovecha, hermanas, que me quiebre yo la cabeza á decirlo. Todavía digo, á quien tuviere alguna duda, que poco se pierde probarlo, que eso tiene bueno este viaje, que se da mas de lo que se pide, ni acertáremos á desear. Esto sin falta, yo lo se, y á las de vosotras que lo sabeis por esperiencia, por la bondad de Dios, puedo presentar por testigos.

Ahora, pues, tornemos á hablar con las almas que he dicho, que no se pueden recoger, ni atar los entendimientos en oracion mental, ni tener consideracion. No nombremos aquí estas das cosas, pues no sois para ellas, que hay muchas personas en hecho de verdad, que solo el nombre de oracion mental, ó contemplacion, parece que las atemoriza; y por si alguna viene á esta casa, que tambien, como he dicho, no van todos por un camino. Pues lo que quiero ahora aconsejaros (y aun puedo decir enseñaros, porque como madre en el oficio de priora que tengo es lícito) es cómo habeis de rezar vocalmente, porque es razon entendais lo que decís. Y porque quien no puede pensar en Dios, puede ser que oraciones largas tambien la cansen, tampoco me quiero entremeter en ellas, sino en las que forzado habemos de rezar (pues somos cristianos) que el *Pater noster* y *Ave Maria*, porque no puedan decir por nosotras, que hablamos, y no nos entendemos. Salvo si nos parece que basta irnos por la costumbre con solo pronunciar las palabras y esto basta. Si basta, ó no, en eso no me entremeto, los letrados lo dirán; lo que yo querria que hiciésemos nosotras, hijas, es que no nos contentemos con solo eso, porque cuando digo *Credo*, razon me parece será que entienda y sepa lo que creo, y cuando Padre nuestro, amor será entender quién es este Padre nuestro, y quién es el Maestro que nos enseñó esta oracion. Si quereis decir que ya os lo sabeis, y que no hay para que se os acuerde, no teneis razon, que mucho va de maestro á maestro; pues aun de los que acá nos enseñan, es gran desgracia no nos acordar, en especial si son santos, y son maestros del alma, es imposible si somos buenos discípulos. Pues de tal Maestro como quien nos enseñó esta oracion, y con tanto amor, y deseo

que nos aprovechase, nunca Dios quiera que no nos acordemos de él muchas veces, cuando decimos la oracion, aunque por flacos no sean todos. Pues cuanto á lo primero, ya sabeis que enseña su Majestad, que sea á solas, que así lo hacia él siempre que oraba, y no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento. Ya esto dicho se está, que no se sufre hablar con Dios, y con el mundo, que no es otra cosa estar rezando, y escuchando por otra parte lo que están hablando, ó pensar en lo que se le ofrece, sin mas irse á la mano. Salvo si no es algunos tiempos, que ó de malos humores (en especial si es persona que tiene melancolía) ó flaqueza de cabeza, que aunque mas lo procura, no puede, ó permite Dios dias de grandes tempestades en sus siervos, para mas bien suyo; y aunque se afligen, y procuran quitarse, no pueden, ni están en lo que dicen, aunque mas hagan, ni asienta en nada el entendimiento, sino que parece tiene frenesí, segun anda desbaratado; y en la pena que da á quien lo tiene, verá que no es culpa suya. Y no se fatigue, que es peor, ni se canse en poner seso á quien por entónces no le tiene, que es su entendimiento, sino rece como pudiere, y aun no rece, sino como enferma procure dar alivio á su alma, y entienda en otra obra de virtud. Esto es ya para personas que traen cuidado de sí, y tienen entendido no han de hablar á Dios y al mundo junto. Lo que podemos hacer nosotras es procurar estar á solas, y plegue á Dios que baste, como digo, para que entendamos con quien estamos, y lo que nos responde el Señor á nuestras peticiones. ¿Pensais que se está callando, aunque no le oimos? Bien habla al corazon cuando le pedimos de corazon, y bien es que consideremos qué somos cada una de nosotras, á quien el Señor dice esta oracion, y que nos la está mostrando. Pues nunca el Maestro está tan lejos del discípulo, que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo que entendais vosotras os conviene, para rezar bien el *Pater noster*; no os apartar de cabe el Maestro, que os lo mostró. Diréis, que ya esto es consideracion, que no podeis, ni aun quereis sino rezar vocalmente; porque tambien hay personas mal sufridas, y amigas de no se dar pena, que como no lo tienen de costumbre, esla recoger el pensamiento al principio, y por no cansarse un poco, dicen que no pueden mas, ni lo saben, sino rezar vocalmente. Teneis razon en decir que es oracion mental, mas yo os digo cierto, que no sé como lo aparte, si ha de ser bien rezado lo vocal, y entiendo con quien hablamos; y aun es obligacion que procuremos rezar con advertencia, y aun plegue á Dios que con estos remedios vaya bien

rezado el *Pater noster*, y no acabemos en otra cosa impertinente. Yo lo he probado algunas veces, y el mejor remedio que hallo es, procurar tener el pensamiento en quien enderezo las palabras. Por eso tened paciencia, y procurad hacer costumbre de cosa tan necesaria.

Y porque no penseis que se saca poca ganancia de rezar vocalmente con perfeccion, os digo, que es muy posible, que estando rezando el *Pater noster*, os ponga el Señor en contemplacion perfecta, ó rezando otra oracion vocal, que por estas vias muestra su Majestad, que oye al que le habla, y le habla su grandeza, suspendiendo el entendimiento, y atajándole el pensamiento, y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar, sino es con mucha pena. Entiende, que sin ruido de palabras le está enseñando ese Maestro divino, suspendiendo las potencias; porque entónces ántes dañarian, que aprovecharian, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan : está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo ama : conoce que goza de lo que ama, y no sabe cómo lo goza : bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento á desearle, abrázale la voluntad sin entender cómo; mas en pudiendo entender algo, ve que no es este bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos, por ganarle en la tierra : es don del Señor de ella, y del cielo, que en fin, da como quien es. Esta, hijas, es contemplacion perfeta, ahora entenderéis la diferencia que hay de ella á la oracion mental, que es lo que queda dicho, pensar y entender lo que hablamos, y con quién hablamos, y quién somos los que osamos hablar con tan grande Señor. Pensar esto, y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido, y lo mucho que estamos obligados á servir, es oracion mental. No penseis que es otra algarabía, ni os espante el nombre, rezar el *Pater noster* y *Ave Maria*, ó lo que quisiéredes, es oracion vocal; pues mirad que mala música hará sin lo primero, aun las palabras no irán con concierto todas veces. En estas dos cosas podemos algo nosotros con el favor de Dios : en la contemplacion que ahora dije, ninguna cosa; su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya sobre nuestro natural. Como está dado á entender esto de contemplacion muy largamente, lo mejor que yo lo supe declarar en la relacion de mi vida, que tengo dicho escribí, para que viesen mis confesores que me lo mandaron, no lo digo aquí, ni hago mas de tocar en ello. Las que hubiéredes sido tan dichosas, que el Señor os llegue á estado de contem-

placion, si le pudiésedes haber, puntos tiene, y avisos, que el Señor quiso que acertase á decir, que os consolarian mucho, y aprovecharian, á mi parecer, y al de algunos que le han visto, que le tienen para hacer caso de él (que vergüenza es deciros yo que hagais caso del mio) y el Señor sabe la confusion con que escribo mucho de lo que escribo. Bendito sea, que así me sufre. Las que, como digo, tuvieren oracion sobrenatural, procúrenle despues de yo muerta; las que no, no hay para qué, sino esforzarse á hacer lo que en esto va dicho, ganando por cuantas vias pudieren, y haciendo diligencia, para que el Señor se la dé, suplicándoselo á él, y ayudándose ellas, y dejen al Señor, que es quien la ha de dar, y no os la negará, si no os quedais en el camino, sino que os esforceis hasta llegar á la fin.

Ahora, pues, tornemos á nuestra oracion vocal, para que se rece de manera, que sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto, y para, como he dicho, rezar como es razon, la examinacion de la conciencia, y decir la confesion, y santiguaros, ya se sabe ha de ser lo primero : luego, hija, procurad, pues estais sola, tener compañía. ¿Pues qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oracion que vais á rezar? Representad al mismo Señor junto con vos, y mira qué amor, y humildad os está enseñando, y creedme, miéntras pudiéredes, no esteis sin tan buen amigo. Si os acostumbrais á traerle cabe vos, y él ve que lo haceis con amor, y que andais procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos : no os faltará para siempre : ayudaros há en todos vuestros trabajos : tenerle heis en todas partes. ¿Pensais que es poco un tal amigo al lado? ¡Oh hermanas! Las que no podeis tener mucho discurso del entendimiento, ni podeis tener el pensamiento sin divertiros, acostumbraos : mirad que sé yo que podeis hacer esto, porque pasé muchos años por este trabajo, de no poder sosegar el pensamiento en una cosa, y eslo muy grande, mas sí, que nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad á pedírselo, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con ello, sea en mas; no nos duela el tiempo en cosa que tambien se gasta : ¿quién va tras nosotras? Digo que esto puede acostumbrarse á ello y trabajar, y andar cabe este verdadero Maestro.

No os pido ahora que penseis en él, ni que saqueis muchos concetos, ni que hagais grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento, no os pido mas de que le mireis. ¿Pues quién os quita volver los

ojos del alma, aunque sea de presto, si no podeis mas, á este Señor? Pues podeis mirar cosas muy feas, ¿y no podeis mirar la cosa mas hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le mireis, pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. Haos sufrido mil cosas feas y abominaciones contra él, y no ha bastado para que os deje de mirar, ¿y es mucho, que quitados los ojos de estas cosas esteriores, le mireis algunas veces á él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice la esposa, sino que le miremos. Como le quisiéredes le hallaréis: tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no quedará por diligencia suya. Así, como dicen, ha de hacer la mujer para ser bien casada, con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste, y si está alegre (aunque nunca lo esté) alegre: mirad de qué sujecion os habeis librado, hermanas. Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotras, que él se hace sujeto, y quiere que seais vos la señora, y andar él á vuestra voluntad. Si estáis alegre, miradle resucitado, que solo imaginar como salió del sepulcro os alegrará; mas con qué claridad, y con qué hermosura, con qué majestad, qué vitorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de la batalla á donde ha ganado un tan gran reino, que todo le quiere para vos. ¿Pues es mucho, que á quien tanto os da volvais una vez los ojos á mirarle? Si estáis con trabajos, ó triste, miradle camino del huerto: qué afliccion tan grande llevaba en su alma, pues con ser el mismo sufrimiento, la dice, y se queja de ella; y miradle atado á la coluna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos, por lo mucho que os ama; perseguido de unos, escupido de otros, negado de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por él, helado de frio, puesto en tanta soledad, que el uno con el otro os podeis consolar; ó miradle cargado con la cruz, que aun no le dejaban huelgo. Miraros há con unos ojos tan hermosos, y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores, por consolar los vuestros, solo porque os vais vos con él á consolar, y volvais la cabeza á mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mio! (le podeis vos decir, si os ha enternecido el corazon de verle tal, que no solo querais mirarle, sino que os holgueis de hablar con él, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazon, que las tiene él en muy mucho) ¿tan necesitado estáis, Señor mio, y bien mio, que quereis admitir una pobre compañía como la mia, y veo en vuestro semblante, que os habeis consolado conmigo? ¿Pues cómo, Señor, es posible que os dejan solo los ángeles, y que aun no os consuela vuestro

Padre? Si es así, Señor, que todo lo quereis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por vos? ¿De qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, é imitaros en algo : juntos andemos, Señor; por donde fuéredes tengo de ir; por donde pasáredes, tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella cruz, no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo, no hagais caso de lo que os dijeren, hacéos sordas á las murmuraciones, tropezando, y cayendo con vuestro Esposo, no os aparteis de la cruz, ni la dejeis. Mirad mucho el cansancio con que va, y las ventajas que hace su trabajo á los que vos padeceis, por grandes que los querais pintar; y por mucho que los querais sentir, saldréis consolados de ellos; porque veréis que son cosa de burla, comparados á los del Señor. Diréis, hermanas, que cómo se podrá hacer esto, que si le viérades con los ojos del cuerpo, en el tiempo que su Majestad andaba en el mundo, que lo hiciérades de buena gana, y le mirárades siempre. No lo creais, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza á recoger si quiera la vista para mirar dentro de sí á este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantico cuidado) muy menos se pusiera al pié de la cruz con la Magdalena, que via la muerte al ojo. ¿Mas qué debia pasar la gloriosa Vírgen, y esta bendita santa? ¿Qué de amenazas? ¿Qué de malas palabras? ¿Y qué de encontrones? ¿Y qué de descomedimientos? Pues con qué gente lo habian tan cortesana, si lo era del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debia ser cosa terrible lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentian el suyo. Así que, hermanas, no creais fuérades para tan grandes trabajos, si no sois ahora para cosas tan pocas : ejercitándoos en ellas podeis venir á otros mayores. Lo que podeis hacer para ayuda de esto, procurad traer una imágen y retrato de este Señor, que sea á vuestro gusto, no para traerle en el seno, y nunca le mirar, sino para hablar muchas veces con él, que él os dará que le decir. Como hablais con otras personas, ¿porqué os han mas de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creais, al menos yo no os creeré si lo usais, porque si no, si fallarán, que el no tratar con una persona causa estrañeza, y no saber como nos hablar con ella, que parece no la conocemos, y aunque sea deudo; porque deudo y amistad se pierde con la falta de la comunicacion. Tambien es remedio tomar un libro de romance bueno, aun para recoger el pensamiento, para venir á rezar bien vocalmente, y poquito á poquito ir acostumbrando el

alma con halago y artificio para no la amedrentar. Haced cuenta, que há muchos años que se ha ido de con su Esposo, y que hasta que quiera tornar á su casa, es menester saberlo mucho negociar, que así somos los pecadores. Tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento á su placer, ó pesar, por mejor decir, que la triste alma no se entiende, que para que torne á amor á estar en su casa, es menester mucho artificio, y si no es así, y poco á poco, nunca haremos nada. Y tórnoos á certificar, que si con cuidado os acostumbrais á lo que he dicho, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo os la quisiera decir, no sabré. Pues juntáos cabe este buen Maestro, y muy determinadas á deprender lo que os enseñare, y su Majestad hará que no dejeis de salir buenas discípulas, ni os dejará, si no le dejais. Mirad las palabras que dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene, que no es pequeño bien y regalo del discípulo, ver que su maestro le ama.

DE LO MUCHO QUE NOS DIÓ EL ETERNO PADRE EN DARNOS Á JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR, Y CUANTO LO DEBIAMOS AGRADECER, Y APROVECHARNOS DE ESTA MERCED.

(DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE AVILA[1].)

Mucha razon tiene Dios de quejarse, y sus pregoneros, para reprehender á los hombres de que tan olvidados estén de esta merced, digna que por ella se diesen gracias á Dios de noche y de dia, porque, como dice San Juan, « así amó Dios al mundo, que dió á su Unigénito Hijo, para que todo hombre, que creyere en él y le amare, no perezca, mas tenga la vida eterna. » Y en esta merced están encerradas las otras como menores en la mayor, y efectos en causa. Claro es que quien dió el sacrificio contra los pecados, perdon de pecados dió cuanto es de su parte: y á quien el Señor lo dió, tambien le dió el señorío. Y finalmente, quien dió su Hijo, y tal Hijo dado á nosotros, y nacido para nosotros, no nos negará cosa que necesaria nos sea: y quien no la tuviere, de sí mismo se queje, que de Dios no tiene razon: que para dar á entender esto, dijo San Pablo: « Quien el Hijo nos dió, todas las cosas nos dará con él, » mas dijo: « Todas las cosas nos ha dado con él, porqué de parte de Dios todo está dado, perdon y gracia, y el cielo. » ¡Oh hombres! ¿porqué perdeis tal bien, y sois ingratos á tal amor, y á tal dáviva, y negligentes á aparejaros para recibirla? Cosa seria digna de reprehension que un hombre anduviese muerto de hambre y desnudo, lleno de males, y habiéndole uno mandado en su testamento gran copia de bienes, con que podia pagar y salir de sus males, y vivir en descanso, se quedase sin gozar de ellos, por no ir dos ó tres leguas de camino á entender en el tal testamento. La redencion hecha está, tan copiosa, que aunque perdonar

[1] *Libro espiritual*, cap. XIX.

Dios las ofensas que contra él hacen los hombres sea dádiva sobre todo humano sentido; mas la paga de la pasion y muerte de nuestro Señor escede á la deuda del hombre en valor, mucho mas que lo mas alto del cielo y mas profundo del suelo, como dice San Agustin: « Azotes debia el hombre culpado, y ser preso y escarnecido, y muerto; » ¿pues no os parece que están bien pagados con azotes y tormentos, y muerte de un Hombre, no solo justo, mas que es Hombre y Dios? Inefable merced es que adopte Dios por hijos los hijos de los hombres, gusanillos de la tierra. Mas para que no dudásemos de esta merced, pone San Juan otra mayor, diciendo [1]: « La palabra de Dios es hecha carne, » como quien dice: No dejeis de creer que los hombres nacen de Dios, por espiritual adopcion, mas tomad en prendas de esta maravilla otra mayor, que es el Hijo de Dios ser hecho Hombre, é Hijo de una mujer. Tambien es cosa maravillosa que un hombrecillo terrenal esté en el cielo, gozando de Dios, y acompañado de Angeles, con honra inefable; mas mucho mas fué estar Dios puesto en tormentos y menosprecios de cruz, y morir entre dos ladrones, con lo cual quedó la Justicia divina tan satisfecha, así por lo mucho que el Señor padeció, como principalmente por ser Dios el que padeció, que nos da perdon de lo pasado, y nos echa bendiciones, con que nuestra esterilidad haga fruto de buena vida, y digna del cielo, figurada en el hijo que fué dado á Sara, vieja y estéril; porque el becerro cocido en la casa de Abrahan, que es Jesucristo crucificado en el pueblo que de Abrahan venia, fué á Dios tan gustoso, que de airado se tornó manso, y la maldicion conmutó en bendicion, pues recibió cosa que mas le agradó que todos los pecados del mundo le pueden desagradar; ¿pues porqué desesperas, hombre, teniendo por remedio y por paga á Dios humanado, cuyo merecimiento es infinito? Y muriendo, mató nuestros pecados, mucho mejor que muriendo Sanson murieron los Filisteos [2]: y aunque tanto hubiésedes hecho tú como el mismo demonio, que trae á desesperacion, debes esforzarte en Cristo, Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, del cual estaba profetizado que habia de arrojar todos nuestros pecados en el profundo del mar, y que habia de ser ungido el Santo de los Santos, y tener fin el pecado, y haber sempiterna justicia. Pues si los pecados están ahogados, quitados y muertos, ¿qué es la causa porque enemigos tan flacos y vencidos te vencen y te hacen desesperar?

[1] Joann., 1. — [2] Judith., 16.

SÉPTIMA ESTACION

SÉPTIMA ESTACION

SEGUNDA CAIDA DE JESUS

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

Considera, alma mia, la segunda caida de Jesus bajo el enorme peso de la cruz. Esta nueva caida acrecienta y conmueve todos los sentimientos de dolor que le causaban ya sus heridas, así en su venerable cabeza como en el resto de sus sagrados miembros.

¡Oh dulcísimo Jesus mio! ¡cuántas veces me habeis perdonado, y cuántas he reincidido en mis culpas y ofensas! ¡Ah! por los méritos de vuestra segunda caida, ayudadme á perseverar en vuestra gracia hasta la muerte. Haced que en todas las tentaciones, me encomiende siempre á vos. Os amo,

Jesus mio, os adoro con todo mi corazon; arrepiéntome de haberos ofendido; no permitais que vuelva á ofenderos. Haced que os ame siempre, y disponed de mí segun vuestra santísima voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sœcula sœculorum.—Amen.

SOBRE JESUCRISTO CARGADO CON LA CRUZ[1].

La cruz sobre los hombros de Jesus cuando está caido en tierra, indica que cargó con nuestras iniquidades, las cuales le abrumaron con su peso.

« Si alguno quiere venir en seguimiento mio, dice Jesucristo, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame[2]. » Cuando el Hijo de Dios hablaba de este modo á sus discípulos, no solamente prevéia ya todas las circunstancias de su pasion y de su muerte, sino que fundaba la moral de su Evangelio en los tres grandes caracteres de verdad que le distinguen, á saber : las profecías esplicadas y cumplidas, la negacion de sí mismo, y la imitacion de las virtudes cuyos modelos nos ofrece en su sacratísima persona.

Al fundar la moral de su Evangelio en las profecías esplicadas y cumplidas en él, confirmaba su verdad hasta lo sumo. El pesado madero que llevaba consigo nuestras iniquidades, parece impuesto por la mano de los hombres; pero en realidad fué el Padre figurado por Abrahan quien cargó con él á su Hijo, cuyo puesto ocupaba Isaac. Todas las circunstancias de la figura son admirables. El mismo Abrahan preparó la leña para el holocausto de su hijo, haciéndole subir con esa carga sobre los hombros hasta el monte que Dios le señalara, que era el mismo donde se

[1] *Devocion á los dolores y á la cruz de N. S. Jesucristo.*—Paris.—MDCCCXI.—[2]Math., XVI, 24.

encontraba el Calvario, el mismo quizá, pues que para un sacrificio tan inaudito era necesario que estuviese léjos de la ciudad, y léjos de todas las miradas. El mismo le puso sobre la leña y el altar despues de haberle atado, circunstancias todas que dan á conocer de un modo inesplicable que el Padre celestial fué quien echó sobre los hombros de su hijo, la carga que debe terminar su sacrificio, señalándole el monte donde quiere que sea inmolado, y colocando así en un mismo sitio, las predicciones y el cumplimiento de ellas, las figuras y la realidad.

Jesucristo cuando cargó la cruz sobre sus hombros para llevarla al lugar del sacrificio, cumplia lo que habia dicho á su Padre en el primer momento de su encarnacion. « No quisiste sacrificio ni oblacion, pero me has formado un cuerpo. No te pudiste contentar ni con holocausto ni con víctimas para la expiacion de los pecados, y desde el primer momento de mi vida vengo para serte ofrecido. » Pero ¿cómo puede suceder que una víctima tan pura nos venga presentada en la misma profecía como « andando agobiada con el peso de sus iniquidades sin poder mirar al cielo, y próxima á desfallecer á fuerza de tristeza? » El profeta quiere hacernos notar aquí visiblemente la presente circunstancia; y Jesucristo, agobiado con el pesado yugo de nuestras iniquidades que va á expiar por una caridad incomprensible como si él mismo las hubiese cometido, andando con sus manos y sus rodillas, caido en el suelo de flaqueza para ocultar el íntimo dolor de que solo Dios es testigo, es el digno intérprete de una profecía que cumplió en todas sus partes.

San Pedro dice de él que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Esto es seguro : en su carne crucificada llevó nuestras iniquidades para abolirlas y para lavarlas en su sangre. Pero la misteriosa circunstancia que consideramos, es en cierto modo una imágen mas sencilla y natural de esa verdad que la crucifixion, y la cruz de Jesus cuando está caido en tierra, indica que cargó con nuestras iniquidades, las cuales le abrumaron con su peso.

« Todos nosotros como ovejas nos estraviamos, cada uno se desvió por su camino : y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros [1], » esto es, todos nosotros hemos contribuido á la pesada carga que lleva Jesucristo mas bien á los ojos de su Padre que á los de los hombres; todos nos hemos estraviado, no solamente en general, sino cada uno en

[1] Isai., LIII, 6.

particular, y todos hemos seguido nuestras pasiones, diversificándolas, inflamándolas y llevándolas al esceso, cada cual segun el grado de sus tinieblas y de su depravacion. Y el Señor, misericordioso con todos, cargó en los hombros y en la cabeza de su Hijo la iniquidad personal y particular de cada uno de nosotros, á fin de que nuestra esperanza ademas de sus fundamentos públicos y generales tuviese otros particulares en Jesucristo, y á fin de que nos convenciésemos todos de que nuestra iniquidad fué su carga, aunque consolándonos al mismo tiempo con la certidumbre de que esa carga no durará siempre.

Pero volvamos á estas palabras de Jesucristo en su Evangelio : « Si alguno quiere venir en seguimiento mio, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame. » El mayor número de los cristianos de nuestros dias, tomarian quizá esas palabras por uno de tantos consejos que hay en el Evangelio, comprendiendo muy pocos que deben considerarse como uno de los caracteres fundamentales de la verdad evangélica. Por lo ménos, en ellas se encierra toda la moral de Jesucristo y en ellas residen la grandeza y la sabiduría verdaderas, puesto que de ellas se desprenden la abnegacion de sí, el triunfo del amor á Dios y al prógimo, y la perfecta imitacion de las virtudes de Jesus. Ah! qué bien conocia el punto donde reside toda la gloria del hombre, aquel confesor de la fe, que interrogado ante los jueces sobre sus títulos y cualidades se contentó con responder : ¡Cristiano es mi nombre : Católico mi apellido ! ¡Sublime profesion de fe, porque pone en accion aquellas palabras de Jesus, mostrándonos en ese ilustre confesor al discípulo que se niega á sí mismo, tomando su cruz y siguiendo á su Maestro!

¿Hasta cuándo nos alejaremos de ese divino modelo? Jesucristo, el Hijo de Dios, no puede poner nuevamente en posesion de sus derechos á nuestra naturaleza sino por medio de su abnegacion personal; solo negándose á sí mismo opera la salvacion del mundo, y se inmola á un tiempo al amor de su Padre y al del género humano... y nosotros queremos ser sus discípulos, sin seguir sus divinos ejemplos! Si el Hijo de Dios unido al hijo del hombre, no hubiera atendido mas que á sí en el aislamiento de los demas hombres, Jesus habria sido Dios y hombre al mismo tiempo; pero tambien los elegidos de quienes es gefe no habrian existido por él, ni su gloria hubiera sido la de todas las generaciones de los Justos. Por eso su eterno imperio sobre los santos es el premio de su abnegacion y de su sacrificio. Fué exaltado porque se humilló hasta la muerte en la

cruz, cumpliendo así toda justicia, reconciliando en su persona el cielo y la tierra, Dios y los hombres.

Y nosotros, que no somos nada por nosotros mismos, y que no podemos llegar á la perfeccion, á la felicidad y á la gloria sino por él, quisiéramos llegar con él sin abnegacion, sin negarnos á nosotros mismos, esto es, quisiéramos ser los elegidos de la naturaleza humana, como debemos desearlo por nuestra vocacion de cristianos, sin que nos costase sacrificio ninguno, en una palabra querríamos combatir sin obstáculos y triunfar sin combate. Pero no es esto lo que Jesucristo exije de nosotros : Jesus quiere que renunciemos á nosotros mismos : que renunciemos en nosotros al hombre-Adan con todos sus vicios, para encontrarnos en el Hombre-Dios con todas sus virtudes. A ese precio, ¿podemos titubear en tomar nuestra cruz y seguirle?

¿Qué es el hombre sin Jesucristo? ¿qué son todas sus riquezas, sus placeres y sus glorias sino la nada? Así pues, aun cuando Jesucristo nos convida para ir á él á que renunciemos primeramente á nosotros mismos, no quiere por eso despojarnos, sino enriquecernos, puesto que en último resultado, el renunciar á nosotros mismos es renunciar á la nada; y acudir á él es aspirar al bien supremo.

Todos los Justos desde Abel hasta Jesucristo han llevado su cruz, y desde Jesucristo no ha habido santo sin la suya. Negarnos á llevar nuestra cruz valdria tanto como querer desterrarnos nosotros mismos de la sociedad de los Justos, á cuya cabeza se halla Jesucristo, y cuyo inalterable reposo no es de este mundo.

No podemos hacernos semejantes á Jesucristo sino mediante la abnegacion de nosotros mismos; sin esta abnegacion, el hombre no mira mas que por sí propio, no ve sino su fortuna, su ambicion, su orgullo, su felicidad de un dia; no ve mas que el momento presente, al que limita todo su ser. Por el contrario el hombre que sabe renunciar á sí mismo sabe compadecerse de los males del prógimo. El interés de sus semejantes se identifica con el suyo, y se vuelve capaz de grandes y generosos sacrificios. La virtud no es un nombre vano para él ; la religion no le manda en vano que trabaje para su inmortal salvacion, y por último, la voz de Jesucristo, que le muestra sus gloriosas huellas bañadas con su sangre y con la de los mártires, no es una voz sin influencia sobre su espíritu y su corazon.

Ademas ¿qué mortal, al echar una mirada sobre la pasion de Jesucristo, puede decir que sufre lo que sufrió Jesucristo? ¿Os quejais de la injusticia de los hombres? ¿Hácia quién han sido los hombres mas injustos que hácia Jesucristo? ¿Teneis una tristeza mortal? ¿Os acordais del jardin de Getsemaní?

¿Habeis tal vez colocado en la amistad vuestra mayor dicha? ¿Deplorais por ventura el abandono, la cobardía de vuestros amigos? Pues bien, acordáos de la noche del pretorio y del beso de Júdas. Mirad á Jesucristo, comtempladle desde su nacimiento; pues su pasion, empezada en el pesebre, ha continuado hasta la agonía de la muerte, en la ignominia de la cruz, hasta en el descenso á los infiernos.

En fin, cuando llegamos á ese terrible momento para el cual se ha hecho toda la vida, la muerte, tan horrible sin la muerte de Jesucristo, cualquiera que sean nuestros dolores, nuestras angustias, decid si hay un dolor semejante al dolor de Jesucristo, una muerte comparable á la suya! Hombres, decid si hay una de vuestras miserias que Jesucristo haya olvidado de pasar: decid si Jesucristo no ha sido enteramente semejante á vosotros, y si sus brazos estendidos sobre la cruz no abrazan á toda la humanidad.

Permitidme, dolorido Jesus, que yo pueda preguntaros con el seráfico doctor San Buenaventura: ¿Temeis la muerte? ella es espantosa, es acerbísima; pero acordaos que vos suspirais por ella, y seis dias há que entrásteis en su busca por las puertas de Jerusalen. Ahora que la veis de cerca ¿la temeis? ella ha de ser el precio de nuestro rescate, ¿quereis que nos perdamos? ¡Oh Jesus mio! ¿y dónde esta el amor hácia nosotros? Vuestra muerte es nuestra salud, ¿y temeis morir? ¿en un mismo corazon temor á la muerte y deseo de morir? ¡Pobre Jesus mio! es fuerza que esclame yo con San Lorenzo Justiniano: ¡Qué afectos tan contrarios y tan violentos agitan vuestro espíritu! Yo estoy para decir que miro en la persona del Salvador á dos Jesuses que combaten. El uno suspira anhelando por abrazar la santa cruz, el otro huye de ella temeroso. El uno dice: ¡oh cuán dulce y cuán precioso es mi cáliz! El otro clama: pase de mí este cáliz de amargura. El uno está festivo, el otro triste; el espíritu le quiere muerto, la carne le quiere vivo; la humanidad es flaca, la divinidad animosa; el amor le toma de la mano y le alienta, el temor le aflige y le abate. ¡Oh pasiones diferentes! ¡leyes contrarias! ¡opuestos movimientos! ¡Y en qué tortura tan cruel poneis el corazon de Jesus!

¡ A lo menos, si para disminuir los afanes de Jesus, dejasen de representarse á su vista los mónstruos de nuestras culpas ! Si pudiese caer sobre sus ojos un oscuro velo que le embarazase ver los delitos del mundo, se ahorraria de la mayor parte de las agonías que forman su tristeza ; mas siendo tan presentes á su vista los pecados que cometerian los hombres en toda la sucesion de los siglos, no podrá menos de serle este conocimiento tormentoso sobre el que tenia con sus horribles afrentas y dolores.

Yo, diria Jesus con palpitantes labios, voy á morir á fin de que no mueran eternamente los hombres que son las delicias de mi amor; no obstante ¿ cuántos entre los hombres renovarán mi muerte todos los dias con sus culpas, formando con ellas el capital de mi dolor y de su eterna condenacion? ¡ Ah almas ingratas, mas queridas, estimadas, pero perdidas ! ¡ así malograis mis afanes haciendo una impía venta de paraiso por el vil desahogo de una pasion ! Yo por vosotras del Calvario voy á subir sobre la cruz ; yo os llamare á altas voces desde ella, y vosotras os mantendreis siempre sordas ; ¿ yo muero por vosotras, y vosotras quedaréis sin vida ? Yo estoy pronto á morir mil veces si fuera necesario por vuestra salud, y mis beneficios no han de servir sino para aumentar el número y la cualidad de vuestras ingratitudes. ¡ Ah sangre mia ! ¡ ah fuego vuestro ! ¡ah muerte mia temporal ! ¡ah muerte vuestra eterna ! ¡ oh pasion mia ! ¡ oh infierno vuestro ! ¡ oh almas redimidas por mí ! ¡ oh almas rebeldes á mi amor!

A estos estremos de desconsuelo obligaba á Jesucristo el conocimiento de tantas almas ingratas y miserables, cuyas maldades son el gran peso que le oprime y le derriba sobre la tierra, como se dice en el salmo. Por esto, como si no bastase el humor de sus pupilas para llorar, llora por todos los poros de su cuerpo, deshaciéndose en lágrimas de sangre. Considerar que tantas pruebas de amor se dan á los ingratos y á los pérfidos, prever que su pasion será estéril á mucha parte de los cristianos, y que los efectos de su amor serán algun dia la medida de su furor y de sus venganzas, le hicieron clamar que su espíritu está triste hasta la muerte; pero son vuestras culpas quienes le afligen y le oprimen con dolores. ¿ Piensas tú, libertino, que el Dios que te crió y que te conserva, está triste hasta la muerte, cuando te abandonas á los placeres, y corres á embriagarte de delicias ? ¿ Piensas tú, señora, que Dios está caido en tierra en una agonía mortal, cuando vives sin otros cuidados que

los que fomentan el lujo, y frisan con el genio de tu curiosidad y galantería? ¿No eres tú, ingrato, el que traspasas el corazon de Jesus con una espada tan aguda, que le reduce á un estado tan triste y afanado, como que se ve en la precision de acudir á su Padre por consuelo? ¿ No eres tú, avaro, el que renuevas con el mayor oprobio del Salvador la traicion del pérfido discípulo, vendiéndole todos los dias, estimando en mas tus ganancias que su sangre?

Reconoced, pues, vuestro modelo, vuestro gefe en las miserias, en la flaqueza, en los sufrimientos, en el abandono, en el oprobio. El es verdaderamente el rey de la humanidad, puesto que la humanidad no es mas que miseria, y que todos los males de la humanidad se concentran en él.

¡Ah! Si Jesucristo hubiera nacido en la púrpura; si hubiera estado rodeado de homenajes; si hubiera subido al cielo sin haber pasado por la tumba, seria un legislador, pero no seria un mediador. No podria esclamar: « Venid á mí, vosotros todos los que estáis abrumados por el dolor, y yo os aliviaré. » ¿ Podrian decir los desgraciados: Nos ha ayudado verdaderamente en nuestras penas, y ha conocido nuestros males? ¿Reconoceríamos al hijo de Adan, al que ha honrado nuestros dolores, divinizado nuestros trabajos? ¿Qué comprenderiamos de la vida y de la muerte? La pasion de Jesucristo solo esplica la vida, sola ella esplica la muerte. El monte Olivete y el Calvario hacen oir, para consolarla, estas palabras que pesan sobre la raza humana: sufrimiento, agonía, sacrificio, muerte. Sí, ahí teneis al hombre. Jesucristo tiene de hombre todo menos el pecado; y el pecado lo lleva sobre sí, porque quiere expiarlo y beber hasta las heces el cáliz de la amargura. Sí, divino Jesus; vos sois el nuevo Adan, el gefe de la raza humana; sí, nosotros somos vuestros miembros; yo os reconozco por nuestra comunidad de dolores.

Gracias á la pasion de Jesucristo, Dios no es ya solamente el Dios poderoso, el Dios terrible, es el Dios que ama. Un Dios que padece, un Dios que llora, un Dios atado á una cruz, tal es verdaderamente el Dios de la humanidad.

Sí, divino Salvador; he conocido por vuestra pasion que vos sois mi Dios: *Ecce cognovi quoniam Deus meus es*. De las llagas de Jesucristo y de mis propias llagas he nacido. El Calvario me ha dado á luz. Hijo de sangre y de dolor, no puedo renegar mi orígen. Sí, Dios nos quita lo que nos es caro, dice un padre, y le ofrecemos con sumision un corazon herido, ensangrentado por la perdida de lo que con justicia amábamos, es

sangre que á ejemplo suyo ofrecemos al Salvador; la sangre de la penitencia que sale de nuestros ojos por las lágrimas, es la sangre de nuestras almas, dice San Agustin.

Cuando llegue la muerte, esa prueba que Jesucristo ha querido mitigar muriendo como nosotros, la muerte, la pasion de la humanidad, Jesucristo será para nosotros como Simon Cireneo, llevará nuestra carga. Las enfermedades, las flaquezas, el abandono no son ya solamente nuestros males: lo son de Jesucristo. Nuestros ojos se cierran, pero los de Jesucristo tambien se cerraron; padecemos, morimos, pero Jesucristo tambien ha sufrido, ha muerto por nosotros, y Jesucristo es nuestro Dios. Los dolores del Hombre-Dios consolarán los nuestros. Pontífice segun el órden de Melquisedec, sois el sacerdote y el holocausto; nosotros somos culpables, mas vos sois inocente; nosotros podemos ser salvados por vuestro sacrificio; aceptad, pues, nuestra muerte unida á la vuestra; dadnos los remordimientos de Pedro, el dolor de la Magdalena; nosotros ponemos nuestra alma en vuestras manos; queremos morir mirando vuestra cruz.

Gracias á la pasion de Jesucristo, la union de Dios y del hombre es ahora tan íntima, que podemos decir con toda verdad: Dios ha padecido, Dios ha muerto por nosotros. Hay, pues, un punto donde la divinidad y la humanidad se unen por el dolor y por el amor, y es la cruz. Hé aquí porqué el sacrificio es toda la religion. Hé aquí porqué la cruz es el misterio que todo lo esplica lo mismo la vida que la muerte; ella es el problema sin el cual no es posible comprender nada, la nube tenebrosa que ilumina nuestra oscuridad: *Nubes tenebrosa illuminans noctem.* De la leña del árbol de la ciencia, signo de deleite y de orgullo, es de donde han salido la redencion de la humanidad. La cruz es la voluntad del Padre, la gloria del Hijo, el triunfo del Espíritu Santo, el gozo de los ángeles, la seguridad de la Iglesia. La cruz es la via que un Hombre-Dios nos ha trazado con su sangre, para conducirnos hasta él; solo la cruz puede llevarnos á la verdadera patria.

Proyectos ambiciosos, vanidad mundana, placeres insensatos, en adelante no podeis seducirme ya; demasiado tiempo me he detenido fiado en vuestras engañosas promesas. Vuestro ejemplo me arrastra, Señor mio; y aun cuando ignorase que sois Hijo de Dios y del hombre, en la grandeza de vuestro sacrificio conoceria que sois por escelencia el hombre del género humano, pues que sois su víctima; puesto que con la entera

abnegacion de vos mismo, os consagrais á la salvacion de todos, vais á consumar sobre el Calvario las profecías que os anunciaron despues de tantos siglos como el Redentor de todos los pecados, y por fin os dignais unirme á esas altas y sublimes ideas, regeneradoras de nuestra naturaleza, que no forman con vos mas que un solo corazon y un solo espíritu.

(DE SANTA TERESA DE JESUS[1].)

I.

Hermanas, ¡cómo os podria yo decir la riqueza y tesoros y deleites que hay en las quintas moradas! Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender, ni las comparaciones pueden servir de declararlo, porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin. Enviad, Señor mio, del cielo luz, para que yo pueda dar alguna á estas vuestras siervas : pues sois servido de que gocen algunas de ellas tan ordinariamente de estos gozos, porque no sean engañadas, transfigurándose el demonio en ángel de luz, pues todos sus deseos se emplean en desear contentaros.

Y aunque dije algunas, bien pocas hay que no entren en esta morada que ahora diré. Hay mas, y ménos, y á esta causa digo que son las mas de las que entran en ellas. En algunas cosas de las que aquí diré, que hay en este aposento, bien creo que son pocas; mas aunque no sea sino llegar á la puerta, es harta misericordia la que los hace Dios : porque puesto que son muchos los llamados, son pocos los escogidos. Así digo ahora, que aunque todas las que traemos este hábito sagrado del Cármen,

[1] Moradas Quintas.—Contienen cuatro capítulos. Trata de cómo en la oracion se une el alma con Dios; dice los efectos con que queda el alma ; habla de otra manera de union que puede alcanzar el alma con el favor de Dios, y lo que importa para esto el amor del prójimo, y concluye recomendando la perseverancia.

somos llamadas á la oracion y contemplacion (porque este fué nuestro principio, de esta casa venimos, de aquellos santos padres nuestros del monte Carmelo, que en tan gran soledad, y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos) pocas nos disponemos para que nos la descubra el Señor. Porque cuanto á lo esterior vamos bien, para llegar á lo que es menester en las virtudes; para llegar aquí, hemos menester mucho, mucho, y no nos descuidar poco ni mucho; pero eso, hermanas mias, alto á pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y nos dé fuerzas en el alma para cavar hasta llegar á este tesoro escondido. pues es verdad que le hay en nosotras mesmas : que esto querria yo dar á entender, si el Señor es servido que sepa. Dije fuerzas en el alma, porque entendais que no hacen falta las del cuerpo, á quien Dios nuestro Señor no las da, no imposibilita á ninguno para comprar sus riquezas, con que dé cada uno lo que tuviere se contenta. Bendito sea tan gran Dios.

Mas mirá, hijas, que para esto que tratamos no quiere que os quedeis con nada; poco, ó mucho, todo lo quiere para sí; y conforme á lo que entendiéredes de vos que habeis dado, se os harán mayores ó menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega á union, ó sino, nuestra oracion. No penseis que es cosa soñada como la pasada (digo soñada, porque así parece está el alma como adormecida, que ni bien parece está dormida, ni se siente despierta). Aquí, con estar todas dormidas, y bien dormidas á las cosas del mundo, y á nosotras mesmas; porque en hecho de verdad se queda como sin sentido aquello poco que dura, que ni hay poder pensar aunque quieran. Aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento hasta el amar; si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni querria. En fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir mas á Dios, que así es una muerte sabrosa; un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo : deleitosa, porque aunque de verdad, parece se aparta el alma de él, para mejor estar en Dios : de manera que aun no sé yo si le queda vida para resollar.

Ahora lo estaba pensando, y paréceme que no : al ménos, si lo hace, no se entiende si lo hace; todo su entendimiento se querria emplear en entender algo de lo que siente; y como no llegan sus fuerzas á esto,

quédase espantado de manera que si no se pierde del todo no menea pié ni mano, como acá decimos de una persona que está tan desmayada que nos parece está muerta.

¡Oh secretos de Dios! que no me hartaria de procurar dar á entenderlos, si pensase acertar en algo, y así diré mil desatinos, por si alguna vez atinase, para que alabemos al Señor. Dije que no era cosa soñada, porque en la morada que queda dicha, hasta que la esperiencia es mucha, queda el alma dudosa de qué fué aquello : ¿si se le antojó? ¿si estaba dormida? ¿si fué dado de Dios? ¿si se transfiguró el demonio en ángel de luz? queda con mil sospechas, y es bien que las tenga ; porque (como dije) aun el mesmo natural nos puede engañar allí alguna vez : porque aunque no hay tanto lugar para entrar las cosas emponzoñosas, unas lagartijillas sí, que como son agudas, por dó quiere se meten : y aunque no hacen daño, en especial si no hacen caso de ellas, como dije, porque son pensamentillos que proceden de la imaginacion, y de lo que queda dicho, importunan muchas veces. Aquí, por agudas que son las lagartijas, no pueden entrar en esta morada; porque ni hay imaginacion, ni memoria, ni entendimiento que pueda impedir este bien.

Y osaré afirmar que si verdaderamente es union de Dios, que no puede entrar el demonio ni hacer ningun daño ; porqué está su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma, que no osará llegar, ni aun debe entender este secreto. Y está claro, pues dicen que no entiende nuestro pensamiento, ménos entenderá cosa tan secreta, que aun no la fia Dios de nuestro pensamiento. ¡Oh gran bien, estado á donde éste maldito no nos hace mal! Así queda el alma con tan grandes ganancias, por obrar Dios en ella, sin que nadie le estorbe, ni nosotros mesmos. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar, y puede dar todo lo que quiere? Parece que os dejo confusas en decir si es union de Dios, y que hay otras uniones. Y como si las hay, aunque sean en cosas vanas, cuando se aman mucho, tambien las transportará el demonio, mas no con la manera que Dios, ni con el deleite y satisfaccion del alma, y paz y gozo. Es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos : y mas que no tiene que ver á donde se engendran estos contentos, ó los de la tierra, que es muy diferente su sentir, como lo teneis esperimentado.

Dije yo una vez que es como si fuesen en esta grosería del cuerpo, ó en los tuétanos, y atiné bien : que no sé cómo lo decir mejor. Paréceme

que aun no os veo satisfechas, porque os parecerá que os podeis engañar, que esto interior es cosa recia de examinar; y aunque para quien ha pasado por ello basta lo dicho, porque es grande la diferencia, quiéroos decir una señal clara, por donde no os podeis engañar, ni dudar si fué de Dios, que su Majestad me la ha traido hoy á la memoria, y á mi parecer es la cierta. Siempre en cosas dificultosas (aunque me parece que lo entiendo, y que digo verdad) voy con este lenguaje *de que me parece*, porque si me engañare estoy muy aparejada á creer lo que dijeren los que tuvieren letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita, y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho mas y mas. Y en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas por donde ven que pueden pasar estas. De esto tengo grandísima esperiencia, y tambien la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro : al ménos creo que quien no creyere que puede Dios mucho mas, y que ha tenido por bien y tiene algunas veces comunicarlo á sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas. Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creed de Dios mucho mas y mas, y no pongais los ojos en si son ruines ó buenos á quien las hace, que su Majestad lo sabe, como os lo he dicho, no hay para qué nos meter en esto, sino con simpleza de corazon y humildad servir á su Majestad, y alabarle por sus obras y maravillas.

Pues tornando á la señal que digo, es la verdadera : ya veis esta alma que la ha hecho Dios boba del todo para imprimir mejor en ella la verdadera sabiduría, que ni ve, ni oye, ni entiende en este tiempo que está así, que siempre es breve, y aun harto mas breve le parece á ella de lo que debe ser. Fija Dios á sí mesmo en lo interior de aquel alma de manera que cuando torne en sí, en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios, y Dios en ella : con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pasen años sin tornarle Dios á hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo ; aun dejemos por los efectos con que queda, que estos diré despues : esto es lo que hace mucho al caso.

¿Pues diréisme, cómo lo vió? ¿ó cómo lo entendió? ¿si no ve ni entiende? No digo que lo vió entónces, sino que lo ve despues claro : y no porque es vision, sino una certidumbre que queda en el alma, que solo

Dios la puede poner. Yo sé de una persona que no habia llegado á su noticia que estaba Dios en todas las cosas por presencia, y potencia, y esencia, y de una merced que le hizo Dios de esta suerte, lo vino á creer de manera, que aunque un medio letrado de los que tengo dicho, á quien preguntó cómo estaba Dios en nosotros (y él lo sabia tan poco como ella ántes que Dios se lo diese á entender) le dijo que no estaba mas de por gracia, ella tenia ya tan fija la verdad que no le creyó, y preguntólo á otros que le dijeron la verdad, con que se consoló mucho. No os habeis de engañar, pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, aunque no le vemos, porque acá no queda así, sino de sola la Divinidad. Pues ¿cómo lo que no vimos se nos queda con esa certidumbre?

Eso no lo sé yo, son obras suyas, mas sé que digo verdad : y quien no quedare con esta certidumbre, no diria yo que es union de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia ú otras muchas maneras de mercedes que hace Dios al alma. Hemos de dejar en todas estas cosas de buscar razones, para ver como fué, pues no llega nuestro entendimiento á entenderlo, ¿para qué nos queremos desvanecer? Basta ver que es todo poderoso el que lo hace : y pues no somos ninguna parte, por diligencias que hagamos para alcanzarlo, sino que es Dios el que lo hace, no lo queramos ser para entenderlo.

Ahora me acuerdo sobre esto que digo *de que no somos parte*, de lo que habeis oido que dice la Esposa en los Cantares: Llevóme el Rey á la bodega del vino (ó metióme creo que dice). Y no dice que ella se fué. Y dice tambien que anda buscando á su amado, por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor cuando quiere y como quiere, mas por diligencias que nosotros hagamos no podemos entrar, su Majestad nos ha de meter y entrar en el centro de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor no quiere que tengamos en esta mas parte de la voluntad, que del todo se ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos, sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró á sus discípulos, cuando dijo : *Pax vobis*, y salió del sepulcro sin levantar la piedra. Adelante veréis como su Majestad quiere que le goce el alma en su mesmo centro, aun mas que mucho en la postrera morada. ¡Oh hijas, qué mucho veremos, si no queremos ver mas de nuestra bajeza y miseria, y

entender que no somos dignas de ser siervas de un Señor tan grande, que no podemos alcanzar sus maravillas! Sea por siempre alabado.

II.

Pareceros há que ya está todo dicho lo que hay que ver en esta morada, y falta mucho, porque como dije hay mas y menos. Cuanto á lo que es union, no creo sabré decir mas. Mas cuando el alma á quien Dios hace estas mercedes se dispone, hay muchas cosas que decir de lo que el Señor obra en ella; algunas diré, y de la manera que pueda. Para darlo mejor á entender, me quiero aprovechar de una comparacion, que es buena para este fin: y tambien para que veamos cómo, aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada; mas para que su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho disponiéndonos. Ya habréis oido sus maravillas en cómo se cria la seda (que solo él puede hacer semejante invencion) y como de una simiente, que es á manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oido, y así si algo fuere torcido no es mia la culpa), con el calor en comenzando á haber hoja en los morales, comienza esta simiente á vivir (que hasta que haya este mantenimiento de que se sustenta, se está muerta), y con hojas de moral se crian, hasta que despues de grandes les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mesmos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados, á donde se encierran, y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mesmo capucho una mariposita blanca muy graciosa.

Mas si esto no se viese, sino que nos lo contaran de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudierámos sacar que una cosa tan sin razon como es un gusano y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho, y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditacion basta esto, hermanas, aunque no os diga mas, que en ello podeis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios. Pues, ¿qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas, y regalarnos de ser esposas de Rey tan sabio y poderoso.

Tornemos á lo que decia. Entónces comienza á tener vida este gusano, cuando con el calor del Espíritu Santo se comienza á aprovechar del ausilio general que á todos nos da Dios, y cuando comienza á aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia, así á continuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones puede tener. Entónces comienza á vivir, y vase sustentando en esto, y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que á mí me hace al caso, que estotro poco importa. Pues crecido este gusano (que es lo que en los principios queda dicho de esto que he escrito) comienza á labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir. Esta casa querria dar á entender aquí que es Cristo. En una parte me parece he leido, ú oido, que nuestra vida está escondida en Cristo, ó en Dios, que todo es uno: ó que nuestra vida es Cristo. En que esto sea, ó no, poco va para mi propósito.

Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer que su Majestad mismo sea vuestra morada, como lo es en esta oracion de union, labrándola nosotras. Parece que quiero decir que podemos quitar y poner en Dios, pues digo que él es la morada, y la podemos nosotros fabricar para meternos en ella. Y como si podemos no quitar de Dios, ni poner, sino quitar de nosotros, y poner como hacen estos gusanitos, que no habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor que el mesmo Señor sea el premio de esta obra. Y así como ha sido el que ha puesto la mayor costa, así quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció su Majestad, y que todo sea una cosa.

Pues ea, hijas mias, priesa á hacer esta labor, y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad el estar asidas á ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oracion y mortificacion, obediencia, todo lo demás que sabeis. Que así obrásemos como sabemos, y somos enseñadas de lo que hemos de hacer. Muera, muera este gusano (como lo hace en acabando de hacer para lo que fué criado) y veréis como vemos á Dios, y nos vemos tan metidas en su grandeza como lo está este gusanillo en este capucho. Mirá que digo ver á Dios, como dejo dicho que se da á sentir en esta manera de union.

Pues veamos qué se hace este gusano; ¿qué es para lo que he dicho todo lo demás? ¿Qué? Cuando está en oracion, bien muerto está al mundo,

sale una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cual sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios, y tan junta con él que á mi parecer nunca llega á media hora! Yo os digo de verdad que la mesma alma no se conoce á sí; porque mirá la diferencia que hay de un gusano feo á una mariposita blanca, que la mesma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien (de dónde le pudo venir, quiso decir, que bien sabe que no le merece); vese con un deseo de alabar al Señor, que se querria deshacer, y de morir por él mil muertes. Luego le comienza á tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen á Dios, y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido. Y aunque en la morada que viene se tratará mas de estas cosas en particular, porque aunque casi lo que hay en esta morada, y en la que viene despues, es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efectos; porque como he dicho, si despues que Dios llega á un alma aquí, se esfuerza á ir adelante, verá grandes cosas. ¡Oh pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haber estado mas quieta, y sosegada en su vida! ¡ es cosa para alabar á Dios, y es que no sabe á donde posar, y hacer su asiento, que como le ha tenido tal todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que le da Dios de este vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias!

Ya no tiene en nada las obras que hacia siendo gusano, que era poco á poco tejer el capucho; hanle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso á paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios segun son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por esperiencia como ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella, ni su figura; porque la flaqueza que antes le parecia tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte: el atamiento con deudos, y amigos, ó hacienda, que ni le bastan actos ni determinaciones, ni quererse apartar, que entónces le parecia se hallaba mas junta; ya se ve de manera que le pesa estar obligada, á lo que para no ir contra Dios es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas.

Parece que me alargo, y mucho mas podria decir, y á quien Dios hubiese hecho esta merced verá que quedo corta, y así no hay que espantar, que esta mariposita busque asiento de nuevo, así como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues á dónde irá la pobrecica? Que

tornar á donde salió no puede, que como está dicho, no es en nuestra mano, aunque mas hagamos, hasta que es Dios servido de tornarnos á hacer esta merced. ¡Oh Señor, y qué nuevos trabajos comienzan á esta alma! ¿Quién dijera tal, despues de merced tan subida? En fin, en fin, de una manera ó de otra ha de haber cruz mientras vivimos. Y quien dijere que despues que llegó aquí, siempre está con descanso y regalo, diria yo que nunca llegó sino que por ventura fué algun gusto (si entró en la morada pasada) y ayudado de flaqueza natural, y aun por ventura del demonio, que le da paz, para hacerle despues mucha mayor guerra. No quiero decir que no tienen paz los que llegan aquí, que sí tienen y muy grande, porque los mesmos trabajos son de tanto valor y de tan buena raiz, que con serlo muy grandes, de ellos mesmos sale la paz y el contento.

Del mesmo descontento que dan las cosas del mundo, nace un deseo de salir de él tan penoso, que si algun alivio tiene es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y aun no basta, porque aun el alma con todas estas ganancias no está tan rendida en la voluntad de Dios, como se verá adelante, aunque no deja de conformarse; mas es con un gran sentimiento (que no puede mas, porque no le han dado mas) y con muchas lágrimas cada vez que tiene oracion, esta su pena en alguna manera. Quizá procede de la muy grande, que le da de ver que es ofendido Dios, y poco estimado en este mundo, y de las muchas almas que se pierden, así de herejes como de moros; aunque las que mas las lastiman son las de los cristianos: que aunque ve es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se pueden enmendar y salvarse, teme que se condenan muchos.

¡Oh grandeza de Dios, que pocos años antes estaba esta alma (y aun quizá dias) que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditacion tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir.

Pues válame Dios, si muchos dias y años yo me procuro ejercitar en el gran mal, que es ser Dios ofendido, y pensar que estos que se condenan son hijos suyos y hermanos mios, y los peligros en que vivimos, cuán bien nos está salir de esta miserable vida, ¿no bastara? Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí como las de acá, que eso bien podríamos con el favor del Señor tenerla, pensando mucho esto, mas no llega á lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma, y la

muele, sin procurarlo ella, y aun á veces sin quererlo. ¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Ya os lo diré. ¿No habeis oido (que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no á este propósito) de la esposa, que la metió Dios á la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues esto es que como aquel alma ya se entrega en sus manos, el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere mas de que haga Dios lo que quisiere de ella. Que jamas hará Dios (á lo que yo pienso) esta merced, sino á alma que ya toma muy por suya; quiere que sin que ella entienda cómo salga de allí sellada con su sello; porque verdaderamente el alma allí no hace mas que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime á sí, solo esta dispuesta, digo blanda, y aun para esta disposicion tampoco se ablanda ella, sino que se está queda, y lo consiente.

¡Oh bondad de Dios, que todo ha de ser á vuestra costa! Solo quereis nuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera. Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que esta alma ya se conozca por suya, da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida: no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién mas debia querer salir de esta vida? Y así lo dijo su Majestad en la Cena: con deseo he deseado. Pues ¿cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habíades de morir, tan penosa y espantosa? No, porque el grande amor que tengo, y deseo de que se salven las almas, sobrepuja sin comparacion á esas penas, y las muy grandísimas que he padecido y padezco despues que estoy en el mundo, son bastantes para no tener esas en nada, en su comparacion.

Es así que muchas veces considerando en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco, de ver ofender á nuestro Señor tan insufridero, que se quisiera mucho mas morir que sufrirlo: y pensando si un alma con tan poquísima caridad, comparada á la de Cristo (que se puede decir casi ninguna en esta comparacion) sentia este tormento tan insufridero, ¿qué seria el sentimiento de nuestro Señor Jesucristo, y qué vida debia pasar, pues todas las cosas le eran presentes, y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacian á su Padre? Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima pasion, porque entónces ya veia el fin de estos trabajos, y con esto, y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte, y demostrar el amor que tenia al Padre en padecer tanto por él, moderaria los dolores, como acaece acá á los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias, que

no las sienten casi, ántes querrian hacer mas y mas, y todo se les hace poco. Pues ¿qué seria á su Majestad, viéndose en tan gran ocasion para mostrar á su Padre cuán cumplidamente cumplia el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡Oh gran deleite, padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan contino tantas ofensas hechas á su Majestad, é ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo (si no fuera mas de hombre) un dia de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuanto mas una.

III.

Pues tornemos á nuestra palomica, y veamos algo de lo que Dios da en este estado; siempre se entiende que ha de procurar ir adelante en el servicio de nuestro Señor y en el conocimiento propio: que si no hace mas de recibir esta merced, y como cosa ya segura descuidarse en su vida, y torcer el camino del cielo (que son los mandamientos) acaecerle há lo que á la que sale del gusano, que echa la simiente, para que produzcan otras y ella queda muerta para siempre. Digo que echa la simiente, porque tengo para mí que quiere Dios que no sea dada en balde una merced tan grande, sino que ya que no se aprovecha de ella para sí, aproveche á otros. Porque como queda con estos deseos y virtudes dichas, el tiempo que dura en el bien siempre hace provecho á otras almas, y de su calor les pega calor: y aun cuando le tienen ya perdido, acaece quedar con esa gana de que se aprovechen otras, y gusta de dar á entender las mercedes que Dios hace á quien le ama y sirve.

Yo he conocido persona que le acaecia así, que estando muy perdida gustaba de que se aprovechasen otras con las mercedes que Dios le habia hecho y mostrarles el camino de oracion á las que no lo entendian, y hizo harto provecho, harto. Despues la tornó el Señor á dar luz. Verdad es que aun no tenia los efectos que quedan dichos. ¿Mas cuántos debe haber que los llama el Señor á el apostolado, como á Judas, comunicando con ellos? ¿y los llama para hacer reyes, como Saúl, y despues por su culpa se pierden? De donde sacaremos, hermanos, que para ir mereciendo mas y mas, y no perdiéndonos como estos, la seguridad que podemos tener

es la obediencia, y no torcer de la ley de Dios (digo á quien hiciere semejantes mercedes, y aun á todos).

Paréceme que queda algo oscura, con cuanto he dicho, esta morada, pues hay tanta ganancia de entrar en ella, bien será que no parezca que quedan sin esperanza á los que el Señor da cosas sobrenaturales; pues la verdadera union se puede muy bien alcanzar con el favor de nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos á procurarla, con no tener voluntad, sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios.

¡Oh que de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad! como creo ya he dicho. Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere, que habeis alcanzado esta merced del Señor, y ninguna cosa se os dé destotra union regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es proceder de esta que ahora digo, y por no poder llegar á lo que queda dicho, sino es muy cierta la union de estar resignada nuestra voluntad en la de Dios. ¡Oh qué union esta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, y en la otra tambien; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá (si no fuere si se viese en algun peligro de perder á Dios, ó ver si es ofendido), ni enfermedad, ni pobreza, ni muerte, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Iglesia de Dios, que ve bien esta alma que él sabe mejor lo que hace que ella lo que desea.

Habeis de notar que hay penas y penas, porque algunas penas hay producidas de presto de la naturaleza; y contentos lo mesmo, y aun de caridad de apiadarse de los prójimos (como hizo nuestro Señor cuando resucitó á Lazaro) y no quitan estas el estar unidos con la voluntad de Dios, ni tampoco turban el ánimo con una pasion inquieta, desasosegada, que dura mucho. Estas penas pasan de presto, que (como dije de los gozos en la oracion) parece que no llegan á lo hondo del alma, sino á estos sentidos y potencias. Andan por estas moradas pasadas, mas no entran en la que está por decir postrera. ¿Pues para esto no es menester lo que queda dicho, de suspension de potencias? No, que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos, y llegarlas á estas moradas, y no por el atajo que queda dicho. Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y mas á vuestra costa, porque acullá ayuda mucho para morir el verse en vida tan nueva; acá es menester que viendo en esta le matemos nosotras. Yo os confieso que será á mucho mas trabajo, mas su precio se tiene, y así será mayor el galardon si salís

con victoria : mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la union verdaderamente con la voluntad de Dios.

Esta es la union que toda mi vida he deseado : esta es la que pido siempre á nuestro Señor, y la que está mas clara y segura. ¡Mas ay de nosotros, que pocos debemos de llegar á ella! Aunque á quien se guarda de ofender al Señor y ha entrado en religion le parezca que todo lo tiene hecho. ¡Oh que quedan unos gusanos que no se dan á entender, hasta que, como el que royó la yedra á Jonás, nos han roido las virtudes con un amor propio, una propia estimacion, un juzgar á los prójimos (aunque sea en pocas cosas) una falta de caridad con ellos, no los queriendo como á nosotros mesmos! Que aunque arrastrando cumplimos con la obligacion para no ser pecado, no llegamos con mucho á lo que ha de ser, para estar del todo unidas con la voluntad de Dios.

¿Qué pensais, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfectas, para ser unos con él y con el Padre, como su Majestad lo pidió. Mirá, ¿qué nos falta para llegar á esto? Yo os digo que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan léjos, y todo por mi culpa; que no há menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos á su Hijo, que nos enseñase el camino. No penseis que está en si se muere mi padre ó hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios, que no lo sienta : y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y á las veces consiste en discrecion, porque no podemos mas, y hacemos de la necesidad virtud : cuantas cosas de estas hacian los filósofos, ó (aunque no sean de estas) de otras, de tener mucho saber. Acá solas estas dos que nos pide el Señor, amor de su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar : guardándolas con perfeccion hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con él. ¡Mas qué léjos estamos de hacer como debemos á tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho! Plegue á su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar á este estado, que en nuestra mano está si queremos.

La mas cierta señal que á mi parecer hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos á Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos : mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas que miéntras mas en esto os viéredes aprovechadas, mas lo estais en el amor de Dios, porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos á su Majestad por

mil maneras; en esto yo no puedo dudar. Impórtanos mucho andar con gran advertencia, como andamos en esto, que si es con mucha perfeccion todo lo tenemos hecho; porque creo yo que segun es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raiz el amor de Dios, que no llegaremos á tener con perfeccion el del prójimo.

Pues tanto nos importa, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que así por junto vienen en la oracion, de parecer, que haremos y aconteceremos por los prójimos, y por sola una alma que se salve; porque si no vienen despues conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Así digo de la humildad tambien, y por todas las virtudes. Son grandes los ardides del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la teniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tiene razon porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raiz: así como las que da Dios están libres de ella y de soberbia.

Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que cuando están en oracion les parece querrían ser abatidas, y públicamente afrentadas por Dios, y despues una falta pequeña encubrirían si pudiesen, ó que si no la han hecho, y se la cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto sufre, para no hacer caso de lo que á solas determinó á su parecer, que en hecho de verdad no fué determinacion de la voluntad (que cuando esta hay verdadera, es otra cosa), sino alguna imaginacion, que en esta hace el demonio sus saltos y engaños, y á mujeres ó gente sin letras podrá hacer muchos; porque no sabemos entender las diferencias de potencias é imaginacion, y otras mil cosas que hay interiores. ¡Oh hermanas, cómo se ve claro á donde está de veras el amor del prójimo, en algunas de vosotras, y en las que no está con esta perfeccion! Si entendiésedes lo que nos importa esta virtud, no traeríades otro estudio.

Cuando yo veo almas muy diligentes á entender la oracion que tienen, y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devocion que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la union, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor; que si ves una enferma á quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devocion, y te compadezcas de ella, y si tiene algun dolor, te duela á ti, y si fuere menester

lo ayunes, porque ella le coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera union con su voluntad, y que si vieres loar mucho á una persona, te alegres mas de que si te loasen á ti : esto á la verdad fácil es, que si hay humildad ántes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras, y encubrirla.

Mucho he dicho en otras partes de esto, porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas; plega al Señor nunca la haya, que como esto sea, yo os digo que no dejeis de alcanzar de su Majestad la union que queda dicha. Cuando os veades faltas en esto, aunque tengais devocion y regalos, que os parezca habeis llegado ahí, y alguna suspensioncilla en la oracion de quietud (que á algunas luego les parece que está todo hecho) creedme que no habeis llegado á union, y pedid á nuestro Señor que os dé con perfeccion este amor del prójimo, y dejad hacer á su Majestad, que él os dará mas que sepais desear, como vosotras os esforceis, y procureis en todo lo que pudiéredes esto, y forzar vuestra voluntad, para que se haga en todo la de las hermanas (aunque perdais de vuestro derecho) y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque mas contradiccion os haga el natural, y procurar tomar trabajo, por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penseis que no ha de costar algo, y y que os lo habeis de hallar hecho. Mirá lo que costó á nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte la murió tan penosa, como muerte de cruz.

IV.

Paréceme que estais con deseo de ver qué se hace esta palomica, y á dónde asienta (pues queda entendido que no es en gustos espirituales, ni en contentos de la tierra, mas alto es su vuelo) y no os puedo satisfacer de este deseo hasta la postrera morada. Y aun plega á Dios se me acuerde, ó tenga lugar de escribirlo, porque han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora, y como la cabeza no está para tornarlo á leer, todo debe ir desbaratado, y por ventura dicho algunas cosas dos veces, como es para mis hermanas, poco va en ello. Todavía quiero mas declararos lo que me parece que es esta oracion de union :

conforme á mi ingenio pondré una comparacion, despues diremos mas de esta mariposica, que no pára, aunque siempre fructifica haciendo bien á sí, y á otras almas, porque no halla en sí verdadero reposo. Ya tendréis oido muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente (bendita sea su misericordia, que tanto se quiere humillar), y aunque sea grosera comparacion, yo no hallo otra que mas pueda dar á entender lo que pretendo que el sacramento del matrimonio. Porque aunque de diferente manera; porque en esto que tratamos, jamas hay cosa que no sea espiritual, esto corpóreo va muy lejos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos al que deben tener los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro; porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay como se decir, mas sabe el Señor darlas muy bien á sentir.

Paréceme á mí que la union aun no llega á desposorio espiritual, sino como por acá cuando se han de desposar dos, se tratan si son conformes, y que el uno y el otro quieran, y aunque vean, para que mas se satisfagan el uno del otro. Así acá, presupuesto que el concepto está ya hecho, y que esta alma está muy bien informada, cuan bien le está, y determinada á hacer la voluntad de su Esposo, de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y su Majestad (como quien bien entenderá si es así) lo está de ella, y así hace esta misericordia, que quiere que le entienda mas, y que (como dicen) vengan á vistas, y juntarla consigo. Podemos decir que es así esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay mas dar y tomar, sino un ver el alma por una manera secreta quien es este Esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias, en ninguna manera podrá entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo : mas como es tal el Esposo, de solo aquella vista la deja mas digna de que se vengan á dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada que hace de su parte lo que puede, para que no se desconcierte este divino desposorio. Mas si esta alma se descuida á poner su aficion en cosa que no sea él, piérdelo todo, y es tan grandísima pérdida, como lo son las mercedes que va haciendo, y mucho mayor que se puede encarecer.

Por eso, almas cristianos, á las que el Señor ha llegado á estos términos, por él os pido que no os descuideis, sino que os aparteis de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte que se pueda meter en ellas, como lo está despues de hecho el desposorio (que es en la

morada que diremos tras esta), porque la comunicacion no fué mas de una vista, como dicen, y el demonio andará con gran cuidado á combatirla, y á desviar este desposorio, que despues como ya la ve del todo rendida al Esposo, no osa tanto, porque la ha miedo; y tiene esperiencia que si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida, y ella con mas ganancia.

Yo os digo, hijas, que he conocido personas muy encumbradas, y llegar á este estado, y con la gran sutileza y ardid del demonio, tornarlas á ganar para sí, porque debe juntarse todo el infierno para ello; porque como muchas veces digo, no pierden un alma sola, sino una gran multitud. Ya él tiene esperiencia en este caso; porque si miramos la multitud de almas que por medio de una traía Dios á sí, es para alabarle mucho los millares que convertian los mártires : una doncella como Santa Ursula. Pues las que habrá perdido el demonio por Santo Domingo y San Francisco, y otros fundadores de órdenes, y pierde ahora por el padre Ignacio, el que fundó la Compañía, que todos, está claro, como leemos, recibian mercedes semejantes á Dios. ¿Qué fué esto, sino que se esforzaron á no perder por su culpa tan divino desposorio? Oh, hijas mias, que tan aparejado está este Señor á hacernos merced ahora como entónces, y aun en parte mas necesitado de que las queramos recibir, porque hay pocos que miren por su honra como entónces habia. Querémonos mucho : hay mucha cordura para no perder de nuestro derecho. ¡Oh qué engaño tan grande! El Señor nos dé luz para no caer en semejantes tinieblas por su misericordia.

Podréisme preguntar, ó estar con duda de dos cosas. La primera que si está el alma tan puesta con la voluntad de Dios (como queda dicho), ¿cómo se puede engañar, pues ella en todo no quiere hacer la suya? La segunda, ¿por qué vias puede entrar el demonio tan peligrosamente que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo, y tan llegadas á los sacramentos, y en compañía (podiamos decir) de ángeles? Pues por la bondad del Señor todas no traen otros deseos sino de servirle y agradarle en todo, que ya los que están metidos en las ocasiones del mundo no es mucho. Yo digo que en esto teneis razon, que harta misericordia nos ha hecho Dios : mas cuando vea, como he dicho, que estaba Júdas en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mesmo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no hay seguridad en esto.

Respondiendo á lo primero, digo que si esta alma se estuviese siem-

pre asida á la voluntad de Dios, está claro que no se perderia : mas viene el demonio con unas sutilezas grandes, y debajo de color de bien vala desquiciando en poquitas cosas de ella, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco á poco oscureciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios, y llegando á la suya.

De aquí queda respondido á lo segundo, porque no hay encerramiento tan encerrado á donde él no pueda entrar, ni desierto tan apartado á donde deje de ir. Y aun otra cosa os digo, quizá lo permite el Señor para ver cómo se há aquel alma, á quien quiere poner por luz de otras, que mas vale que en los principios si ha de ser ruin lo sea, que no cuando dañe á muchas. La diligencia que á mí se me ofrece mas cierta (despues de pedir siempre á Dios en la oracion que nos tenga de su mano, y pensar muy contino, como, si él nos deja, seremos luego en el profundo, como es verdad, y jamás estar confiadas en nosotras, pues será desatino estarlo) es andar con particular cuidado y aviso, mirando como vamos en las virtudes : si vamos mejorando ó disminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras, y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias; que si miramos en ello, y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia ó la pérdida. Que no penseis que alma que llega Dios á tanto, la deja tan apriesa de su mano que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente su Majestad tanto que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras : así que no se le podrá esconder el daño.

En fin, sea la conclusion en esto, que procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda algun salto nos quiere hacer el demonio; pues no es posible que habiendo llegado á tanto, deje ir creciendo, que el amor jamás está ocioso ; y así será harto mala señal. Porque alma que ha pretendido ser esposa del mesmo Dios, y tratádose ya con su Majestad, y llegado á los términos que queda dicho, no se ha de echar á dormir.

Y para que veais, hijas, lo que hace con las que ya tiene por esposas, comencemos á tratar de las sextas moradas, y veréis como es poco todo lo que pudiéremos servir y padecer, y hacer para disponernos á tan grandes mercedes : que podrá ser haber ordenado nuestro Señor que me lo mandasen escribir, para que, puestos los ojos en el premio, y viendo

cuán sin tasa es su misericordia (pues con unos gusanos quiere así comunicarse y mostrarse) olvidemos nuestros contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza corramos encendidas en su amor. Plega á él que acierte yo á declarar algo de cosas tan dificultosas, que si su Majestad y el Espíritu Santo no menea la pluma, bien sé que será imposible; y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no acierte á decir nada, pues sabe su Majestad que no es otro mi deseo (á cuanto puedo entender de mí) sino que sea alabado su nombre, y que nos esforcemos á servir un Señor que así paga aun acá en la tierra, por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, sin los intérvalos, y trabajos, y peligros, que hay en este mar de tempestades, porque á no le haber de perderle y ofenderle, descanso seria, que no se acabase la vida hasta el fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios, y Señor, y Esposo. Plega á su Majestad merezcamos hacerle algun servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos en las obras buenas. Amen.

VIII STATIO.

de Jeru

OCTAVA ESTACION

OCTAVA ESTACION

JESUS CONSUELA A LAS HIJAS DE JERUSALEN QUE LLORABAN

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

onsidera, alma mia, como algunas piadosas mujeres, viendo lo mucho que padecia Jesus y la sangre que derramaba, señalando con ella su doloroso camino, prorumpieron en copioso llanto, y Jesus las dijo : « Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí : llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. »

Jesus mio afligido, yo lloro mis pecados, no tanto por las penas que por ellos merecia, como por los disgustos que os he causado. Vuestro amor, y no el temor del infierno, es el que me hace derramar lágrimas. Jesus mio, os amo mas que á

mí mismo, y me arrepiento de haberos ofendido : no permitais que vuelva á ofenderos. Haced que os ame siempre, y disponed de mí segun vuestra santísima voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sœcula sœculorum.—Amen.

JESUS DIRIGE LA PALABRA A LAS HIJAS DE JERUSALEN

QUE LE SEGUIAN LLORANDO [1].

Y le seguia mucho tropel de gentes y mujeres que le plañian y lloraban.

Y volviéndose Jesus á ellas, dijo: Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos.

Porque mirad que vendrá tiempo en que se diga: bienaventuradas las estériles, y bienaventurados los vientres que no engendraron, y los pechos que no dieron de mamar.

Entónces empezarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos.

Porque si con el leño verde se hace esto, ¿qué se hará con el seco?

(San Lucas, xxiii, 27, 31.)

I.

Contempla, alma mia, las hijas de Jerusalen... — Admira su amor á Jesus... — Mira las lágrimas que derramaron sus ojos... — Mezcla tu llanto con el suyo; ó mas bien, graba en tu memoria estas palabras de Jesus: Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos: porque si con el leño verde se hace esto, ¿qué se hará con el seco? Si, cuando se trata de castigar el pecado, Dios es terrible: ¡ay del pecador impenitente y endurecido!

[1] *El Camino del Calvario, ó Doce Meditaciones diferentes sobre las estaciones.*—Paris, 1852

II.

Hijas de Jerusalen, ¿reconoceis al Rey de la gloria? ¡Ah! si su rostro se halla cubierto de sangre y de sudor, es para expiar la vanidad y pecados de los mundanos. ¿Acaso su vestidura ensangrentada no condena los frívolos adornos de tantos orgullosos cristianos? Jesus, el Rey del cielo, se halla convertido en objeto de befa y escarnio.

III.

Hijas de Jerusalen, si os hallais enternecidas de los dolores de Jesus, ¿no lo estáis tambien de su paciencia? — Medita, pues, alma mia, con enternecimiento, la calma y dulzura que respiran sus palabras. « No lloreis por mí. » — ¡Ay! y cuando yo padezco ¿no son amargas mis palabras? ¿No me irrita cuanto me rodea? ¿No soy un motivo de escándalo? — ¿Hasta cuándo seré tan diferente de mi modelo?

IV.

Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos... Así habla Jesucristo conociendo de antemano los castigos que deben sufrir los judíos por no haberse querido aprovechar de sus gracias y beneficios. Pero al mismo tiempo, Señor, ¿no pensabais tambien en mí que tantas veces he abusado de vuestras gracias? Sí por cierto, y eso debe hacerme verter lágrimas amargas, porque esas gracias me eran concedidas á costa de vuestra sangre, y no he querido aprovecharme de ellas.

V.

El cristiano. Vuestras palabras, ¡oh dulce Salvador! fueron palabras de consuelo para aquellas pobres mujeres, porque les hablasteis de sus desgracias futuras con una tierna compasion. Decid únicamente una palabra, y mi alma será consolada.

El Salvador. Hijos mios, bienaventurados los que lloran.

VI.

¡Oh buen Jesus! ¿No estáis harto todavía de dolores y de humillaciones? — Piadosas mujeres, no lloreis mis tormentos, llorad la ingratitud del mundo. Mi delicia consiste en hallarme en medio de los hijos de los hombres; los llamo y no me hacen caso; los tiendo la mano, y nadie se digna echarme una mirada. — Señor, yo nunca olvidaré vuestra ternura y os amaré siempre.

VII.

¿Comprendeis, hijo mio, las palabras que aquí pronuncia Jesucristo. « No lloreis por mí, llorad por vosotras... » pues á todos nos están dirigidas. Sí, que llore por sí mismo aquel que se olvida de que tiene un alma... que llore aquel que ha pecado y nada teme... Llorad vosotros que correis á vuestra perdicion sin sentirlo... — ¡Ah, Señor, dadnos fuerzas, valor y buena voluntad!

VIII.

No lloreis por mí, llorad por vosotros; no tardeis un momento en convertiros; no aplaceis de dia en dia vuestro cambio, porque mi cólera llegaria á estallar de repente, y os perderia en el dia de la venganza

eterna. No permanezcais mas tiempo aun en la engañosa via del pecado. — Jesus, que eres mi Salvador, ayúdame. Señor, líbrame por la gloria de tu nombre, y perdóname mis faltas, por el nombre verdaderamente santo que llevas.

IX.

Admiremos la generosidad del Salvador. Le siguen unas mujeres llorando condolidas de sus padecimientos, y Jesus las dice que gasten aquellas lágrimas en llorar por ellas y por sus pecados. — ¡Oh divino Redentor! Enseñadme á llorar por mí mismo y por mis estravíos; quebrantad mi corazon por medio del arrepentimiento mas sincero; acordadme las lágrimas mas amargas por mis culpas, y llenad mi alma de a compuncion mas viva.

X.

Si quieres salir triunfante, hijo mio, debes estar siempre dispuesto á la batalla; si te niegas á padecer, no recibirás el laurel victorioso. Combate pues valerosamente, si pretendes alcanzar la diadema inmortal; sufre con paciencia, pues no se llega al descanso sin trabajar antes. — Señor, facilítame por medio de tu gracia, lo que naturalmente me parece superior á mis fuerzas. Haz que ame y abrace por tu nombre todas las tribulaciones de la vida, puesto que es ventajoso para la salvacion de mi alma, el que por tu amor padezca y me vea perseguido.

XI.

No lloreis por mí, sino llorad por todos los crímenes dignos de la execracion de los siglos. Llorad por la frialdad de vuestros corazones, por esas miradas poco modestas, por esos discursos frívolos, por ese poco respeto que mostrais en mis templos. — Sí, almas fieles, lloremos juntos las prevaricaciones de Israel; prosternémonos ante el trono de la mise-

ricordia; lloremos por las llagas del corazon de Jesus, y no nos consolemos jamás de haber despedazado tantas veces un corazon tan amante.

XII.

Hijas de Jerusalen, llorais por mis dolores y mi abandono : tambien en Bethléem, otras piadosas mujeres lloraron mi soledad y mis padecimientos. Bienaventurados aquellos que me siguen en el camino de la cruz, porque de ellos es el reino de los cielos.

Haced, Señor, que marchemos siempre á vuestro lado; que por todas partes por donde vayais, os acompañemos : pues ¿no sois el camino, la verdad y la vida?

(DE FRAY DIEGO DE ESTELLA.[1])

Enmolda tu alma en Jesucristo, sé amigo de su cruz y pasion, entrégate en todo á él, ama lo que él amó.—Dichosos aquellos que dejaron todas las cosas por Cristo.

I.

COMO PARA GOZAR DE DIOS CONVIENE DESPRECIAR LAS VANIDADES DEL MUNDO.

«Ninguno puede servir á dos señores[2];» dice Cristo nuestro Redentor. Suave es la divina consolacion, y esta no es para todos, sino para los que desprecian las vanidades del mundo. No es posible gustar de Dios y amar desordenadamente las cosas de esta vida. Todos quieren gozar de la suave conversacion del Señor, pero muy pocos son los que quieren perder sus intereses y menospreciar de corazon los bienes terrenales. Desean recibir la interior consolacion del alma, y juntamente satisfacer á sus apetitos. Si quieres seguir á Cristo, conviene negar á ti mismo[3]. Despídete del mundo, para gozar de Dios. De los Samaritanos, que eran una jente perdida, dice la Escritura que temian á Dios, y juntamente con esto tenian ídolos que adoraban[4]. No puedes temer á Dios con amor filial y

[1] *La vanidad del mundo.*—Primera parte.— [2] Math., 6. — [3] Luc., 9. — [4] IV, Reg.

verdadero y adorar el vicio que amas. Por amor de esto mandó Jacob á los suyos quitar los ídolos, para orar y sacrificar á Dios[1]. Contrarios son Jesucristo y el demonio; ninguna cosa tienen comun, ni pueden morar juntos. Quita primero el amor del mundo si quieres que venga Dios á tu alma. No podrás gustar de Dios hasta que los bienes de este mundo y sus deleites tengas por amargos y desabridos. Cuando las cosas de este siglo tuvieses por acedas, entónces está tu ánima dispuesta para recibir la interior consolacion de Jesucristo. Como es imposible mirar con un ojo al cielo, y con el otro á la tierra, así no cabe en razon, ni se compadece, que teniendo las afecciones en los bienes terrenales, quieras gozar de las espirituales consolaciones. Si quieres gozar de Dios, forzoso es que seas privado de todo género de mundana y sensual consolacion. Si quieres gozar del sol, vuelve las espaldas á la sombra. Vuelve las espaldas al mundo despreciando estas sombras y vanidades suyas, y gozarás del Sol de justicia Jesucristo. Nadie goza de la consolacion espiritual sino el que vuelve las espaldas á la terrena. Vil es la consolacion humana, pues impide á la divina[2]. No busques á Dios entre los vergeles y florestas de los deleites y pasatiempos del mundo, pues le halló Moisen entre las espinas de la penitencia y aspereza de la vida[3]. Porque los mundanos le buscan en los regalos, nunca merecen hallarle. Aborrece de corazon toda mundana delectacion, y serás de parte de Dios recreado. Desarraiga el amor del mundo de tu alma, para que dé lugar que el divino amor haga presa en ella. No permitió Dios que su santa arca y el ídolo Dagon tuviesen un altar: y aunque porfiaron los Filisteos, jamas pudieron hacer que estuviesen juntos[4]. No quiere Dios que esté en pié el ídolo del vicio que adoras, donde está su divina Persona. No consiente que él y el mundo sean juntamente adorados. Por tanto si á Dios quieres amar, cumple que desames la gloria de este siglo. Nunca apareció Dios á Moisen estando en Egipto[5], ni tú esperes gozar de él viviendo entre las tinieblas del mundo. Renuncia el palacio de Faraon menospreciando las honras y vanidades en que vives, porque en el desierto de la vida solitaria hallarás como otro Moisen el amparo de Dios y espiritual consolacion[6]. En tanto que se hallare en ti la harina de Egipto, no gustarás del maná del cielo. Acábese primero en ti todo amor mundano, y gozarás del amor divino. Tienes el estómago lleno de malos humores, y por eso no recibes el delicado y sustancial manjar del cielo. Menosprecia de corazon todas las cosas que deleitan debajo

[1] Gen. 35.—[2] Mal., 4. — [3] Exod., 3. — [4] I, Reg., 5. — [5] Exod., 2. — [6] Idem, 10.

del cielo, y podrás levantar tu animo sobre el cielo, y recibir parte de los gozos del cielo. Aquella pobre viuda por mandado del profeta Eliseo echaba aceite en los vasos vacíos que sus hijos le ofrecian, y faltando los vasos cesó el aceite, que Dios milagrosamente habia multiplicado [1]. Si quieres que Dios derrame en tu corazon su divina gracia conviene que se le ofrezcas vacío de amor mundano. Aparejada está la divina largueza, para comunicarte sus dones, y los da á quien le ofrece el corazon desocupado de todo lo que es mundo, y sabe á mundo. Y si cesa esta celestial consolacion, es porque cesas tú de darle vaso vacío, en que ese divino licor se derrame. Cuando cesó el aceite, no fué por culpa del magnífico dador, sino por falta de vasos vacíos. Créeme, que si Dios no te da las gràciàs que dió á sus grandes amigos, que no es porque no es ahora tan magnífico como entónces, sino porque no dispones tu voluntad como aquellos santos la disponian y daban á Dios. Entrégate todo á él, quebrando de todo con el mundo, y verás lo mucho que del Señor recibes. Pocos son los que perfectamente renuncian al mundo y á sí mismos. Muchos quieren tener dos respetos, y entregándose á Dios reservan los cumplimientos que tienen en el mundo. No te sea grave apartarte de los amigos y parientes, pues no sirven sino de impedir el camino del cielo. No revela Dios al alma sus íntimos secretos delante de testigos, ni quiere conversar con el bullicioso, que en muchos negocios se ocupa. Ninguno es amado del mundo sino el que es desechado de Cristo, y ninguno es querido de Cristo sino aquel que el mundo desprecia. David recibió al siervo egipcio á quien su amo habia desechado [2]. Así recibe Dios á los que el mundo desecha. Presto oyen la voz de Dios los que no tienen en este mundo cosas que los deleitan. No puedes perfectamente amar á Dios si no desprecias á ti mismo, y al mundo, por Dios. En esto verás si amas á Dios, echando la cuenta con el amor que tienes al mundo. Cuanto á Dios mas amares tanto estimarás en menos las cosas de la tierra. No quiere el Señor nuestro corazon partido ni dividido, sino entero. Por no perder un Dios tan verdadero, ten en poco estos falsos bienes: y alcanzarás la perfecta consolacion del espíritu.

[1] IV, Reg., 4. — [2] II, Idem, 30.

II.

DE LA PAZ DEL CORAZON.

« Mi paz os doy y mi paz os dejo[1], » dice el Señor. En tanto que al mundo sirvieres, siempre vivirás en contienda. El amor de las cosas terrenales es liga de las penas espirituales. Los amadores del mundo viven en continuo tormento. Rueda es el mundo, que siempre da vueltas, y volviendo mata á sus amadores. Los mundanos nunca alcanzarán la paz del corazon. Ama á Dios, y tendrás vida. Niega á ti mismo, y conseguirás la verdadera paz. ¿Quién alcanza la verdadera paz? El que es humilde y manso de corazon. Limpia tu corazon de toda malicia, y tendrás la buena paz. Apártate de las cosas que te distraen, porque no hallarás en ellas holganza si no vuelves á tu corazon, y buscares á Dios, y le amares sobre todas las cosas. No hay buena paz sino en Dios y en el hombre virtuoso, que hace todas las cosas por Dios, á quien ama. Está en silencio, y sufre un poco por amor de Dios, y él te librará de toda carga é inquietud. La buena conciencia da confianza para con Dios en la tribulacion y en la muerte; pero la mala conciencia siempre anda con temor, y tiene consigo contienda. El airado presto cae de un mal en otro. El sufrido y manso de enemigo hace amigo : y halla á Dios propicio, por la piedad que tiene con el que peca. El que desea tener paz debe morar en Sion, donde está la pacífica Jerusalen[2]. Si tuvieres á Dios contigo tendrás la paz que cantaba Simeon haber alcanzado, cuando tenia á Jesucristo en sus brazos.[3] Él solo da la paz, la cual, segun él mismo dice, no puede dar el mundo.[4] Deprende á vencerte en todas las cosas, y el Señor te dará esta paz interior. Corta tus desordenados apetitos, quita de ti los vanos deseos, lanza fuera la codicia de este mundo, y vivirás pacífico y contento. Ninguno te podrá turbar, ninguna cosa te dará pena, gozarás de la suavidad del espíritu, y tendrás paraiso encima de la tierra. « Ninguna cosa puede acontecer al justo, dice el Sabio, que le dé turbacion[5]. » Tus propias pasiones son las que te hacen la guerra, y teniendo los enemigos dentro en

[1] Joann., 14. — [2] Psalm. 75. — [3] Luc., 2. — [4] Joann., 14. — [5] Prov., 12.

casa quéjaste de los de fuera. Grande, Señor, es quien manda á sí mismo. Este es el grande señorío de nuestra voluntad, que tiene mayor poder que el de los reyes y emperadores del mundo, los cuales no pueden hacer amigos de sus enemigos, como nuestra voluntad queriendo puede tener por amigos los que primero eran sus enemigos. La causa porque te dan pena las injurias, adversidades ú otras cualesquier tribulaciones, es porque las aborreces. Pregonaste guerra contra estos trabajos, y porque los tienes por enemigos te dan molestia. En tu mano está amarlos, y así lo que ahora te da pena te dará despues consolacion. San Andrés con la cruz holgada, y aquel glorioso Padre San Francisco á las enfermedades las llamaba hermanas, y por eso aquellos y los otros Santos se deleitaban en las tribulaciones que te dan enojo, porque amaban ellos lo que tú aborreces. Ama lo que aquellos Santos amaron, pues está en tu mano, y alcanzarás la consolacion que ellos tenian en sus trabajos. Si padeciendo persecucion recibes pena, no te quejes de quien te persigue, mas ántes te debes quejar de ti mismo, pues teniendo libertad para amar la persecucion, no quieres. Enmolda tu alma en Jesucristo, sé amigo de su cruz y pasion, entrégate de todo á él, y ama lo que él amó, y verás cuánta dulzura y suavidad hallarás en las cosas que ahora tienes por desabridas. Entra dentro de ti mismo, y méte á cuchillo todas tus pasiones y deseos de mundo, y nunca tendrás queja de nadie. Y si algun agravio tienes, vuelve contra ti, y véngate de esos tus enemigos de dentro, que son los que te desconsuelan, y no te quejes de los de fuera, pues ningun perjuicio te pueden hacer, si tú no quieres. Como la polilla nacida en el paño destruye al mismo paño, y el gusano roe el madero donde se crió, así esos agravios que tanto roen tu corazon, de la propia concupiscencia nacen, en ti se criaron, y te cortan la vida, y como víboras rompen las entrañas de la madre donde fueron engendrados. ¡Oh cuán pacífico vivirias si fueses verdaderamente mortificado, y dejases estas cosas de fuera! En tanto que anduvieres distraido por las cosas de este siglo, no tendrás reposo en tu corazon. Entónces andará tu vida concertada, cuando morares contigo mismo. El que está en todo lugar no está en parte alguna. Los peregrinos tienen muchas posadas, y ningunas amistades. Si te quitares de las ocupaciones esteriores, gozarás de la buena paz. ¿Qué aprovecharán todos los negocios temporales, cuando viniere Dios á examinar tu conciencia[1]? ¿Quieres ser quieto de dentro? no te derrames de fuera.

[1] Luc., 17.

No curas del reino de Dios, que está dentro de ti, cuando te diviertes á estas vanidades de fuera. Tanto estas cosas serán á nosotros ménos molestas, cuanto mas trabajaremos de ser dentro de nosotros mas pacíficos. No mora el Espíritu Santo sino en el corazon pacífico, segun aquello que está escrito en el salmo : « En la paz tiene su lugar.[1] » Acusa al pecador el gusano de su mala conciencia, pero el que tiene conciencia segura gozará de la paz verdadera del corazon, porque si en lo interior no hay paz, no te irá bien por mas que la busques en las criaturas. Si tuvieses paz contigo no te hará daño la malicia ajena. Verdadera es la sentencia que dice que ninguno es ofendido, sino de sí mismo. El mayor enemigo que tienes eres tú mismo. El sabio no recibe injuria, aunque otro se la quiera hacer[2]. Todo tu bien consiste en la virtud del ánimo, contra la cual no puede quien quita la libertad, honras ó riquezas. Las persecuciones no solo no dañan, mas ántes dan materia de merecimiento. Pues la gloria del cristiano es la cruz de Jesucristo, abrázate con la cruz del Señor, y ninguno te podrá turbar ni dar pena ; ántes alcanzarás de él verdadero reposo del espíritu, y vivirás pacífico y contento.

III.

CÓMO LA VANIDAD DEL MUNDO SE DESCUBRE CON LA VIDA DE CRISTO.

« Sed imitadores de Jesucristo, como hijos muy amados, » dice el Apóstol[3]. Todo tu estudio sea conformar tu vida con la del Salvador. Aunque no hubiera otra razon para condenar las vanidades del mundo, sino la vida de Jesucristo, y el ejemplo que nos dió, solo esto bastaba para confusion de aquellos que tienen nombre de cristianos. Mas sabiduría y ciencia hallará en la vida de Cristo el simple idiota para vencer las vanidades de este siglo, y conocer sus engaños, de lo que el sutil disputador podrá hallar en la consideracion de la máquina universal del mundo. La vida y pasion de Cristo somos enseñados á imitar, pero contemplar todo el rostro del mundo sin alabanza y gloria de Dios, vanidad es y ocura. Vergüenza es vivir en deleites y regalos, viendo á nuestro

[1] Psalm. 75. — [2] Galat., 6. — [3] Ephes., 5.

capitan Joab en grandes afrentas y peligros[1]. No hay soldado que viendo morir á su capitan no se ponga á peligro de muerte, olvidado de la vida y de sus placeres. Si tú buscas la honra viendo á tu capitan general deshonrado, grande señal es que no eres de su bandera. Preciándote de cristiano, mucho te debes correr y afrentar, hallando en ti algun amor de las vanidades que buscan los infieles. Todos dicen ser cristianos, pero muy pocos son los que imitan la vida de Jesucristo. Son conformes en el nombre, y muy contrarios en las costumbres. Si como con regla se midiesen las vidas de muchos con la vida del Redentor, muy á la clara conocerian todo lo torcido de sus corazones, pues quitándolos de aquella rectitud en que Dios los puso, los inclinaron al amor de las cosas que él quiso fuesen despreciadas. ¿Quién sabe mas, Dios ó el mundo? Pues si crees que Dios sabe mas, mira que escoge pobreza y abatimiento, y solo esto baste para conocer cuán perdida es tu vida. Si en la cera donde el sello figuró torres, castillos, ciudades y campos, tocare el rayo del sol, luego será toda derretida, y deshechas aquellas figuras. De esta manera aunque en tu corazon estén figuradas estas riquezas, honras y vanidades del mundo, si fueses tocado con el rayo de aquel Sol de justicia Jesucristo, y mirases su vida, presto desharias de tu alma esas locuras y vanidades. Así se deshicieron las imágenes que el mundo pintó en el corazon de la Magdalena, y en solo tocar este divino rayo en el corazon de San Mateo publicano, y de Zaqueo, se deshicieron las imágenes del mundo, al cual despreciando siguieron la vida de Cristo[2]. En tu mano está sacar ese tu corazon á este sol, pues á todos alumbra, y á ninguno se niega. Ama lo que Cristo amó, y ten en poco lo que él despreció, si quieres acertar. Desviado andas del verdadero camino del cielo, si desordenadamente buscas honras y riquezas en este suelo. Si el mundo fuera bueno, y sus honras y riquezas fueran provechosas, no las mandara despreciar el Redentor á sus amados discípulos[3]. En el menosprecio de sí mismo, y aspereza de vida, te enseñó el Señor la poca cuenta que debes tener con las cosas de la tierra. Aquel duro pesebre en que fué reclinado el dia de su santo nacimiento condena los regalos de este mundo [4]; aquel establo muestra cuán vanas son las honras y prosperidades de la vida presente, y aquellos viles paños en que la divina Majestad fué envuelta nos dan bien á entender que tales son las riquezas de este siglo. Procede por el discurso de su vida, y hallarás que el Hijo de Dios hecho hombre

[1] II, Reg., 11. — [2] Luc., 19; Math., 9; Luc., 19. — [3] Math., 4. — [4] Luc., 2.

siempre nos enseñó el menosprecio del mundo, así en la vida como en la muerte.

Si eres cristiano, y crees al Evangelio que esto dice, ¿por qué buscas honras y riquezas en esta vida? ¿Está tu Señor pobre y desnudo y tú vives en regalos? Desabridos son todos los misterios de la vida de Cristo, al que se convierte á las cosas esteriores y vanas[1]. Un afecto vence á otro afecto, y el que gusta de las cosas espirituales fácilmente desprecia todas las cosas terrenales, por amor de Cristo. El Hijo de Dios siendo rico se hizo pobre y despreciado por ti, ¿pues porqué tú que eres pobre y miserable buscas honras y riquezas en este mundo? Si aquel que crió todas las cosas no quiso ser rey cuando lo elegian, ni quiso tener cosa alguna en este mundo[2], ¿qué buscas tú en él? Y no solo con ejemplos de vida, pero tambien con palabras y doctrina, enseñó el Salvador el menosprecio del mundo y amor de la pobreza, como parece en muchos lugares del Evangelio. Predicando aquel gran sermon del monte, la primera cosa que alabó fué el desprecio de los bienes de la tierra, y así comenzó, diciendo : « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos[3]. » Y Jeremías en persona del Salvador dice: « Acuérdate de mi pobreza[4]. » Confusion es tuya que gastes tú la vida en juntar riquezas y hacer tesoros, viendo á Jesucristo tan pobre y alabando tanto la pobreza. Mucho debes temer no te diga este Señor lo que dijo á unos pecadores : « Vosotros sois de este mundo[5]. » No vino el Hijo de Dios á destruirte, sino á demostrar el camino del cielo, y por asegurar tu salvacion. Si Cristo acertó, tú vas errado, y si él escogió bien, tú eliges mal : y si él con ignominia y pasion abrió las puertas de la gloria, sin falta ninguna, siendo tan amigo de honras y vanidades derechamente caminas al infierno. En grande peligro vives, grande riesgo corre tu salvacion, si no dejas el mal camino que llevas, y determinas muy de veras de seguir las pisadas de aquel que no pudo errar. Grande abuso que quiere un vil gusano de la tierra ser grande, haciéndose el Dios de la Majestad tan pequeño. Pues tú, oh ánima cristiana, si vieres á tu esposo Isaac andar por tierra, debes como otra Rebeca cubrirte con el manto[6], habiendo vergüenza de ver á Jesucristo en desprecio, y á ti en el alto camello de la honra y potencia de este mundo, y así desciende segun aquella hizo despreciando los altos estados y vanidades del siglo presente,

[1] Math., 27. — [2] Joan., 6. — [3] Math., 6. — [4] Theren., 3. — [5] Joann., 8. — [6] Gen., 24.

conformándote con la vida del Redentor, porque goces con él despues de las verdaderas riquezas y honra que para siempre dura.

IV.

DE LA VANIDAD QUE HAY EN LAS COSAS DEL MUNDO.

« Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dice el Sabio. Ví todo lo que se hace debajo del sol, y todo era vanidad [1]. » Con razon este mundo en la Escritura es llamado hipócrita, pues teniendo buena apariencia es de dentro lleno de corrupcion y vanidad. En estos bienes sensibles parece bueno, siendo, segun verdad, lleno de falsedad y mentira. No pongas en su amor fija el áncora de tu corazon. Las verdes cañas alegran la vista, y los ojos se deleitan en su frescura y muestra de fuera. Pero si las quiebras, hallarás dentro ser huecas y vanas. No te engañe el mundo, ni se ceben tus ojos de esa verdura y hermosura que parece : porque cierto si quieres considerar lo que debajo está escondido, hallarás que es todo vanidad. Si el mundo con el cuchillo de la verdad fuese abierto, seria visto ser falso y vano. Porque cuanto hay en el mundo es pasado, presente ó por venir. Lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es instable y momentáneo. Vanidad es esperar en él, y vanidad muy grande hacer caso de sus favores. Vanidad es desear sus honras, y mayor vanidad amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios, y vanidad es por cierto tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas humanas. Vanos son los cuidados que se emplean en servir á este mundo infelice. Todo finalmente es vanidad, sino á solo Dios amar y servir. Breve y engañosa es toda la gloria de este mundo : y vanos son los que se gozan en las riquezas, honras y deleites de esta vida, despues de las cuales cosas se siguen perpetuos lloros. Dichosos aquellos que dejaron todas las cosas por Cristo, y caminaron por el camino estrecho del cielo. Vano es el vivir, vanos son los bienes mundanos : vana es la hermosura, y todo contentamiento de esta vida. El vaso que está vacío, en tocándole suena quien es. Si con fe viva dieses un toque á todo el mundo visible, y

[1] Eccl., 1.

á sus pasatiempos, muy presto oirás el sonido de su vanidad : pues tan breve y engañoso es. El santo rey David se llamó pobre y necesitado[1], no porque le faltasen honra ni riquezas, sino porque entendia que era todo vanidad, y que le faltaba su Dios. « Bienaventurado aquel que del mundo es olvidado. » Este tal vivirá consolado, no habrá quien lo quite de sus espirituales ejercicios : gozará de la suavidad y quietud del espíritu. Mas vale ser pobre que rico, mejor es ser pequeño que grande, y mejor ser idiota y humilde que letrado vano y soberbio. La ciencia y habilidades que Dios te dió para mas te obligar á le servir con mayor hervor y humildad, tomas por ocasion para ser mas relajado que los otros, y mas vano y arrogante. Cuanto mejor sea ser pequeño que grande, el dia último lo demostrará en aquel estrecho y riguroso juicio final donde los libros de nuestras conciencias serán abiertos y leidos delante de todo el mundo. Mas querremos haber amado á Dios, que haber disputado muy altas y subtiles cuestiones. Mas valdrá la limpia conciencia que haber predicado grandes y profundos sermones. No nos será preguntado por lo que dijimos, sino por lo que hicimos. Mas valdrá haber despreciado la vanidad del mundo, que seguir sus engañosos halagos y falsos prometimientos. Mejor te será en aquel dia haber hecho penitencia de tus pecados, que sirviendo á tus apetitos en tiempo tan breve ser despues lanzado en el fuego perdurable. Echa bien la cuenta, entra dentro de ti mismo, y mira cuán poco diste á Dios de esa vida que te dió, para que le sirvieses. ¿Qué fruto sacaste del tiempo que al mundo serviste? ¿Qué se han hecho tantos años pasados, tan sin provecho? El tiempo pasado no se puede recuperar. Pasan los dias de la vida sin los echar de ver : andando la muerte en el alcance. ¿Qué tienes de cuanto has hecho? En los amigos no hallaste amistad; en aquellos á quien hiciste bien, hallaste ingratitud, y en los hombres muchos engaños y cumplimientos. Pues mira cómo has perdido cuanto has hecho. Ese poco conocimiento de los hombres, y de todas las cosas de que te quejas te están diciendo que á solo Dios debes amar y servir. Permite el Señor para tu provecho que halles desagradecimiento en el mundo, porque te vuelvas á solo él. Pierdes todos tus trabajos si no los empleas en solo servir á Jesucristo. Solo el tiempo que gastas en servir á Dios es el tiempo aprovechado : porque todo lo demas es muy grande vanidad y perdicion. Si muy bien consideras la ingratitud de los hombres, y que gastaste lo mejor de tu vida en

[1] Psalm. 69.

contentarlos, llorarás por el tiempo pasado, y procurarás de servir á tu Criador en el tiempo por venir. Pluguiese á Dios que la cuenta que lanzas al cabo de tu vida sin poder recuperar los años pasados, que la echases en tu mocedad : para que con tiempo comenzases á servir á Dios, y le dieses los buenos años de tu vida. Vanidad es, y muy grande, gastar la vida en contentar á los hombres. Regímonos por solo lo que de fuera parece, y presto perece. Lo invisible, que es eterno, con pocas ocasiones lo olvidamos : y por eso es menester abrir los ojos para que nos paremos en el camino, haciendo del desierto propia tierra, para que cerrando los ojos que el pecado abrió abramos los ojos que el pecado cerró. Resigna tus apetitos, desnúdate de tus afectos, y tendrás en nada lo que ahora te parece alguna cosa.

V.

DEL MENOSPRECIO DEL MUNDO.

« Todas las cosas tuve por estiércol por ganar á Jesucristo, » dice San Pablo[1]. Viles son las cosas del mundo, y dignas de ser estimadas en nada, pues las compara el Apóstol al muladar y estiércol del mundo. ¡Oh suma perversidad y ceguedad terrible de los hijos de Adan! ¿Quién es Dios á quien dejas, sino fuente de bienes, centro de nuestra alma, verdadero descanso de nuestro corazon, y un acto puro de bondad? ¿Quién es el mundo á quien amamos sino cárcel de vivos, sepulcro de muertos, oficina de vicios, desprecio de virtudes, atormentador de la razon que nos lleva á Dios, enemigo de los presentes, olvido de los pasados, y oscurecedor de los hechos claros? El mundo pasa, y toda su concupiscencia[2]. Dime qué es lo que quieres: ¿amar estas cosas temporales y pasar con el tiempo ó amar á Cristo y vivir para siempre? ¿Qué mucho dejar todas las cosas por el que es todas las cosas? Mejor es dejar todas las cosas que ser de ellas dejado. No es digno de Dios el que no menosprecia al mundo por Dios. Menosprecia las riquezas, y serás rico: menosprecia las injurias, y alcanzarás victoria de tus enemigos: menosprecia

[1] Philip., 3. — [2] I, Joann., 2.

el descanso y poseerás perpetua holganza[1]. Locura es tener cuenta con el mundo, que con nadie tiene cuenta: y no tener cuenta con Dios, que con todos tiene cuenta. El Señor dice: « Ninguno puede servir á dos señores. » Pues hemos de servir, mejor es servir al que por nosotros se hizo siervo. Para servir á Cristo menester es tener por estiércol todo lo que él quiso que fuese reputado por tal. Aquellos que comieron el pan de Jesucristo en el desierto, asentáronse en el suelo[2]. No debian tener vestiduras preciosas, pues así las maltrataban. Era gente pobre y plebeya, y si en ellos hubo algunos ricos, despreciando la pompa y fausto mundano, humildemente se sentaron en el suelo. Has de ser pobre, ó si eres rico debes tener en poco esas riquezas que posees, si quieres gozar del delicado manjar de Jesucristo. Humíllense los grandes, menosprecien los deleites y vanidades en que viven, y asiéntense en el lugar postrero, si quieren ser de Dios apacentados. Para gozar de la dulce conversacion del Señor, requiérese esta modestia del ánimo, que es creer de ti que no eres digno de mas alto lugar que la tierra humilde. Aquella obediencia has de tener á la voluntad de Dios, que si te mandare descender del trono real al polvo de la tierra liberalmente obedezcas. No sabe este suave manjar al estómago lleno de mundo, ni gustan del maná del cielo los que están hartos de los ajos y cebollas de Egipto[3]. Estos que siguieron al Salvador en el desierto tanto gustaban de su doctrina que se olvidaron del mantenimiento corporal. El entendimiento ocupado actualmente en una cosa no puede perfectamente por un mismo tiempo ocuparse de otra. Así el que ocupa su entendimiento en estas niñerías de la tierra no puede vacar á las cosas altas y celestiales, y de aquí procede el olvido de la vida espiritual y de la salud del alma, como vemos vivir á muchos como si fuesen moradores de la tierra, y no hubiesen de pasar á la otra vida. A estos reprehende el santo rey David, diciendo: « Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendreis corazones aplomados? ¿porqué amais la vanidad y buscais la mentira[4]?» Pasamos como una florecita de henos, y andamos camino que nunca tornaremos, y mídenos las jornadas un correo tan ligero que vuela mas de mil millones de leguas dentro de veinte y cuatro horas, y hácenos correr con tanta furia como esta tras el mal, y llévanos á poner en las manos de aquel Juez terrible de quien está escrito: « Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo[5]. » Siendo esto así gastamos esta breve vida en ganar un poco de estiércol y un engaño manifiesto que

[1] Mal., 6. — [2] Joann., 6. — [3] Num., 11. — [4] Psalm. 4. — [5] Hebr., 10.

nos dejará mañana. Sueño es fantástico y engañoso, y de celebros turbados, el que duermen los varones de las riquezas[1]: y que cuando despertaren en la muerte se hallarán vacíos, y su arrepentimiento sin provecho. Júntaseles la verdadera y sempiterna muerte tras el sueño de esta vida, como á Sisara, que lo despertó Jael del sueño, que le causó el dulce beber de la leche, atravesando sus sienes con clavo pungitivo[2]. Bebiendo los mundanos deleites de este siglo son arrebatadamente punidos con muerte temporal y eterna, durmiendo en sus vanidades, y como Holofernes, que cuando despertó de la beodez se halló de cabeza en el infierno, que cierto era peor la escarapela que en el infierno pasaba con la cabeza de su ánima hinchiendo su porcion superior de perpetua miseria, que la que pasaba en Betulia donde Judit mostraba la cabeza de su cuerpo á todo el pueblo[3]. Viendo esto no ves, y oyendo no oyes, á semejanza de los ídolos de las vanidades en que andas, de quienes dice David en el salmo: « Sean semejantes á ellos los que los hacen[4]. » ¿Qué será cuando oyeres decir: Loco, esta noche quitarán esa ánima de ti; cuando aunque te pese hará Dios el divorcio de la carne y del mundo que tanto amas[5]? ¿Qué será cuando oyeres aquel escarnio con que mofando Dios de los amadores del mundo dice: ¿Dónde están sus dioses de ellos, en quien tenian su confianza? Levántense ahora, y ayúdenlos en esta necesidad[6]. Es menester pensar qué angostura es la que damos, y qué anchura la que en el cielo esperamos. Porque toda la tierra en comparacion del mundo y máquina universal es juzgada por un punto. De manera que si fingiésemos que la tierra estuviese en el cielo estrellado, y la tornase Dios clara como una de las otras estrellas, no se podria de acá abajo divisar por su pequeñez. Y si en respecto del firmamento es la tierra como un punto, ¿cuánto será menor puntillo respecto del cielo empíreo? ¿Pues qué dejas menospreciando el mundo, aunque fueses señor de él, sino un angosto nido de hormigas, por los reales y anchos palacios del cielo? Si considerases las cosas que en el cielo te se prometen, asco tendrias de todo lo que hay acá en la tierra. Moisés pudo ser sucesor del rey Faraon, y criado por hijo de su hija[7]. Pero despreció aquellas honras y dignidad, como dice el Apóstol, por el oprobio de Jesucristo, el cual prefirió á los tesoros de Egipto[8]. Por despreciar aquella honra, le hizo Dios como Dios de Faraon, á quien era terrible y temeroso[9]. Si quieres ser á los pecadores en terror,

[1] Psalm. 75. — [2] Judic., 4. — [3] Judith., 13. — [4] Psalm. 134. — [5] Luc., 12.— [6] Deut., 32.— [7] Exod., 2. — [8] Hebr., 11. — [9] Exod., 4.

á los reyes en reverencia, y que todo te sea sujeto, menosprecia las cosas de este siglo. Mandó Dios á Ezequiel que figurase en un adobe á Jerusalen, y á sus muros y torres, y al cerco de los Caldeos[1]. Encima de un poco de lodo mandó dibujar las fuerzas, ejércitos y poderes del mundo, y todo lo que á los hombres parece grande, por demostrar que todo esto no es sino un poco de tierra. Las cosas grandes del mundo están en un pequeño adobe esculpidas. Los adobes son de barro, y con el agua se deshacen : y los edificios hechos de ellos son de tierra flaca. Estos edificios hacia el pueblo de Israel en Egipto estando cautivo por mandado de Faraon[2]. Semejantes obras edifican los que sirven al mundo. Deja la tierra por el cielo. Si estuviese uno preso por graves y atroces delitos, y de manera que supiese que de ahí á una hora le habian de ahorcar, y hacer cuartos, y viendo un agujero en la cárcel por donde podria huir, y salvar su vida, si este no quisiese huir hallando tan buena comodidad, por no desnudarse el sayo, ó por no perder su jubon ó calzas, ¿no seria loco? Cualquier hombre de juicio viéndose condenado á muerte, pudiendo escapar de ella pasando por un estrecho agujero, si el salir le impide la ropa, se desnudará de cuanto tiene : y aunque sea dejando entre las piedras de la pared pedazos de sus carnes y cuero, saldrá por salvarse y vivir. Oye, hombre mundano, á Jesucristo, que dice : «Entrad por la puerta angosta, porque muy estrecho es el camino que lleva á la vida. » El camino es estrecho, y andamos condenados á muerte, y no sabemos si mañana ejecutarán la sentencia : y no somos para huir de la muerte del infierno despreciando el mundo. ¡Oh cuántos hay que mas quieren su capa que su vida ! Mas quieren ser ricos y ir condenados para siempre á la horca del infierno, que dejando estas riquezas temporales salvarse desnudos, y vivir para siempre con Cristo. Escápate de la muerte, y huye como pudieres. Huye del infierno, y no hagas caso de perder la capa, ni el sayo, ni cuanto posees, por librarte de la damnacion eterna, y gozar de vida perdurable. Muchos mas quieren vivir prelados, y ir al infierno, que ser súbditos, y salvarse : mas quieren ser ricos, y perderse, que pobres, y gozar de Dios en el cielo. Vanidad de vanidades. Esta es una grandísima vanidad. Vanísimo es, y muy loco, el preso, que por no perder una capa ó un sayo, habiendo luego de perder la vida, y las vestiduras, que ama, quiere mas ser muerto, y perderlo todo, que perdiendo sus vestidos salvar la vida. El mundo está lleno de este género de vanos. No quieren

[1] Ezec., 4 — [2] Exod., 1, 5.

resignar beneficios, no quieren desechar prelacías, no quieren pagar lo que deben, no quieren renunciar los deleites, faustos y vanidades en que viven: y finalmente que mas quieren vestidos ir al infierno que desnudos entrar en la gloria. No lo hizo así el santo mozo José [1], pues mas quiso dejar la capa en las manos de la mala mujer, que perder á Dios, y ser de ella favorecido. Todo se ha de dejar y perder por salvar la vida del alma. Quita, hombre mundano, esos tus ojos de la tierra, y ponlos en Jesucristo crucificado, y le verás que pasa de este mundo al Padre rasgado su sacratísimo cuerpo, y hecho un mar de sangre, herido todo de piés á cabeza: y que por esta estrechura y angostura pasó de esta vida mortal á la inmortal y gloriosa. Imitáronle sus amados Apóstoles, y de esta manera lo siguieron los santos mártires, desnudos, despedazados, echados á leones y á fieras, asados y degollados. Los santos confesores y vírgenes despreciaron el mundo, escupieron en sus deleites, acocearon sus riquezas, y abominaron cuanto hay en este siglo, atormentaron su carne, y viviendo pobres, en grande aspereza de vida, con lágrimas y gemidos alcanzaron el cielo. Pues ¿cómo quieres tú cargado de oficios y riquezas, regalando tu cuerpo, y viviendo en tantos deleites, entrar tan vestido y calzado por donde los Santos entraron desnudos de todo amor mundano, haciendo pedazos sus carnes? Deja esas vanidades en que vives, menosprecia este mundo ciego y malaventurado, pasa por la angostura de las piedras, como hace la culebra, dejando la piel vieja de tus malas costumbres juntamente con todas las honras y riquezas de este mundo cautivo. Mañana aunque no quieras lo has de dejar todo; despídete del mundo antes que te despida, gánale por la mano, despreciándole antes que te vuelva el rostro, y no seas ciego, que por tener lo que por fuerza has de dejar, y por ventura antes de lo que piensas, pierdas lo que ahora amas, juntamente con la vida. Menospreciándole tendrás aquí paraiso, y despues gozarás para siempre de perpetuo descanso en el cielo.

[1] Gen., 39.

VI.

DEL VANO FIN DE LAS COSAS MUNDANAS.

« Muchos andan de quien decia á vosotros, y ahora lo digo llorando, enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es perdicion : » decia el Apóstol. El fin de los que aman el mundo, dice San Pablo que es muerte y perdimiento[1]. No eches mano de lo que el mundo te representa, porque luego se seguirá la verdad de sus engaños. Los contentamientos, que te muestra, correos son de la muerte. Huye de sus mentiras, si no quieres verte perdido. No mires lo presente, pero considera lo que está por venir. Sé diligente en correr con el pensamiento al remate del pecado, y teniendo lo futuro como presente aborrecerás los deleites y vanidades que el mundo te ofrece. Nuestras vidas son como rios, que corren al mar de la muerte. Las aguas de los rios son dulces, pero su fin es entrar en las amargas aguas del mar[2]. Dulce es esta vida á sus amadores, mas será amarga cuando llegare á la muerte. El paradero de las sabrosas aguas de los rios es amargo, y el fin de la vida del hombre es acedia. Las vanidades, que aman los mundanos, sin falta ninguna vienen á rematarse en tristeza y pesares. Comienzan en bien, y acaban en mal. La entrada es alegre, y muy triste la salida. Si quieres pensar cuanto mas grande es el tormento que el deleite, de grado renunciarás semejantes vanidades. No te verás caido en la culpa, ni en la tristeza, que muerde tu conciencia. Breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta. No te cebes de las vanidades que el falso mundo te da : antes pon tus ojos en lo que ha de parar. Dios dice : « Convertiré vuestra fiesta en llanto, y vuestro gozo en lloro. La risa será mezclada de dolor, y los estremos del gozo ocupan las lágrimas[3]. » Aquella estátua que hizo Nabucodonosor tenia la cabeza de oro, y los piés de barro. Este mundo tiene los principios ricos y hermosos, que codician los mundanos. No ven que sus piés, que son sus fines y cosas postreras, son viles y de tierra. Piensa en el fin sin fin, y vivirás para siempre sin fin. No mires á lo que ahora eres, sino á lo que has de ser. No mires á

[1] Philip., 3. — [2] I. Reg. 14.—[3] Amos., 8 : Prov., 14.

la hermosura presente, sino á la fealdad en que ha de parar toda esa hermosura. No te ocupes en lo presente, mas contempla lo que ha de suceder. Créeme, que todo tu mal depende en no acordarte del fin del pecado, cuando estás en los principios. Aun no has comenzado á probar sus bienes, cuando te está zaheriendo y dando en rostro con sus abominaciones. Lloraba, y con mucha razon, el profeta Jeremías sobre Jerusalen, diciendo: «Sus inmundicias están en sus piés, y no se acordó de su fin[1].» En los piés, que era el último de los vicios, tenia sus inmundicias. El alma desatinada olvidóse del fin, y acordóse del principio. Teniendo ojos para ver la afeitada y compuesta cabeza, no ocupó la vista en la consideracion de los fines del mundo. La causa por qué nuestro Redentor lloró sobre Jerusalen era porque conocia los males que habian de venir sobre ella. Tener cuenta con lo presente, y no acordarse de la tristeza en que pára la alegría mundana, es cosa mucha para llorar. Por eso llora Jesucristo[2] porque la descuidada Jerusalen, engañada con la alegría presente, no tenia cuenta con los trabajos advenideros. Mucho es para llorar verte tan engañado que no curas de los tristes fines en que se han de rematar todos los deleites y contentamientos con que huelgas al presente. No te rijas por lo que te se antoja al principio, pero conoce lo que ha de suceder. No pueda en ti mas el apetito que la razon. Falso es todo parecer que se recibe primero de la voluntad que del entendimiento. Pues conoces cuán amargos son los fines del mundo, no hagas caso de sus bienes. No pueda mas la codicia que lo que entiendes. Comunmente los hombres tienen mas cuenta con lo pasado que con lo porvenir. Tras el bien viene el mal, y á los mundanos contentamientos suceden amargos disgustos. Regla es del mundo no dar buena comida, sin dar despues mala cena. « Todo hombre pone al principio buen vino y á la postre el que no es tal[3],» dijo el arquitriclino, y muy bien, porque es costumbre del mundo comenzar con alegría, y concluir llorando. Pero en el convite donde Jesucristo se halla, hácelo al revés, y guárdase el buen vino para la postre: porque á los principios da trabajos, y despues muy grandes consolaciones. Así Dios á su amado pueblo Israelítico dió al principio muchos trabajos en el desierto[4], y despues al fin le dió regalos y tierra fertil, como el mismo Dios se lo dijo : « Despues que te afligí, y te probé, en el fin hube de ti misericordia. » Lo mismo leemos haber hecho con Jacob en casa de Laban, y con su hijo José en Egipto, y con David, y otros

[1] Tren., 1. — [2] Luc. 19. — [3] Joann., 3. — [4] Deut., 8.

muchos[1]. El mundo hácelo al revés, encubriendo en el principio los males que despues descubren sus postrimerías. Cuando dijeren paz, seguridad, entónces vendrá súbita muerte sobre ellos. El fin da el ser á las cosas. Cual es el fin, tales son las cosas en que te deleitas. El fin de los deleites es tormento, el fin de los manjares son enfermedades, y el fin y el paradero de esta vida, que tanto amas, no es sino gusanos y ceniza. El fin y conclusion de todo pecado mortal será muy grave tormento.

VII.

DE LA CONSIDERACION DEL VANO FIN DE LAS COSAS MUNDANAS.

« El hombre estando en honra, y no la entendiendo, fué comparado á las bestias insipientes, y hecho semejante á ellas[2], » dice el salmista. Dándole Dios prudencia para mirar lo que está por venir, y los tristes fines de las vanidades de las cosas del mundo, no quiso usar de este privilegio. Miró á la honra presente, y no á su amarga despedida. Detúvose en el deleite, que delante tenia, sin considerar la pena que despues se siguió, ni de la pena se acordó hasta que se vió dentro de ella. El Eclesiástico dice : « Yo dije de los hijos de los hombres que los probase Dios, y mostrase ser semejantes á las bestias[3]. » Vistió Dios á Adan de pellejas de brutos animales despues del pecado[4], por mostrar haber descendido á tal estado, por la culpa. Ofende á Dios el pecador y luego dice : No quisiera haber hecho este pecado. Pues conoces la malignidad del mundo, y que ese pesar es anejo á sus deleites, ¿ porqué no vias eso antes que pecaras? Lo que hace el sabio al principio hace el loco á la postre. Del prudente es pensar, como del necio decir no pensaba. Todo lo que se hace acaso se hace temerariamente. Mira primero las cosas. De un ánima santa dice el Sabio : «Consideró el campo, y compróle. Primero consideró, y despues compró, porque vió que era bueno[5]. » Así tambien aquel negociador evangélico primero halló el tesoro en el campo, y despues vendió cuanto tenia por comprarle[6]. No lo hizo así aquel rico ava-

[1] Gen., 29, 30. — [2] Psalm. 48. — [3] Eccli., 3. — [4] Gen., 3. — [5] Prov., 31. — [6] Math, 13.

riento[1] que abrió los ojos estando en el infierno : y entónces conoció los engaños y vanidades del mundo, como fuera razon que antes los conociera y huyera de él. Tambien aquel mundano que no quiso ir á la cena del Señor, dió por respuesta : He comprado una heredad, y voila á ver.[2] Despues que la compró la iba á ver, como segun razon fuera justo que la viera antes que la comprára. ¿ Pero cómo la comprára si la viera primero ? Ninguno que tiene ojos para ver al mundo lo comprára. La causa porque tan desenfrenadameute te entregas al mundo, es porque no quieres considerarle antes que le compres. Mira todo lo que hay en él y verás cómo es grande engaño dar alguna cosa por él, cuanto mas una tan preciosa perla y sobrepujante margarita, como es tu ánima. Mira primero lo que haces, porque despues no te pese de lo que hiciste, cuando aunque quieras no podrás deshacer la venta. Piensa en el enojo, fin de las cosas humanas y no te verás despues arrepentido. El salmista dice : « Pensé en mis caminos y volví para atras del camino que llevaba[3].» De pensar yo el paradero de los pecados nació dejar el mal camino, y volver á guardar tus mandamientos. Si yendo por un camino fueres avisado que hay en él ladrones y matadores, ¿ no dejarás el camino comenzado, y irás por otro? En el camino de los deleites por donde caminas hay ladrones, que matan y roban la gracia y méritos. Toma mi consejo y da la vuelta, si quieres escapar de la muerte. En viniendo la tentacion, considera el camino que llevas, porque cierto si ocupares tu entendimiento en conocer ese viaje volverás luego para atras. El Apóstol dice : « El galardon del pecado es la muerte[4].» Estaban Jacob y Esau en el vientre de su madre, y allí porfiaban sobre quién naceria primero[5]. Cuando nacieron, tomó Jacob á Esau por la planta del pié. La cabeza es el principio, y el pié lo último del hombre. Esta diferencia hay de los buenos á los malos, que los buenos como Jacob toman el vicio por el pié, y los malos por la cabeza. Los malos abrázanse con los deleites, honras y vanidades, no teniendo cuenta con el paradero de estas cosas ; y los buenos toman al mundo por el pié, considerando sus amargos fines. El Sabio dice : « No mires al vino cuando tiene buen color, ni cuando resplandece su color en el vidrio[6].» Entra blando, pero despues morderá como culebra, y así como basilisco derramará su ponzoña. No mires al mundo en sus principios, porque aunque entra halagando, y con blandura, á la postre morderá tu conciencia. Resplandecen aquí los placeres y prosperidades de esta vida como candela

[1] Luc., 16. — [2] Idem, 14. — [3] Psalm. 118. — [4] Rom. 8. — [5] Gen., 25. — [6] Prov., 23.

encendida, cuya llama es hermosa, y susténtase en tanto que dura la materia. Pero cuando se acaba, todo pára en humo y en mal olor, cuales son los remates de todas las cosas mundanas. Aunque ahora te deleite el resplandor de sus vanidades, no te engañes, que al fin causarán muy grande tristeza y remordimiento. En el salmo está escrito: «Como falta el humo, así desfallezcan, y como la cera en la presencia del fuego, así perezcan los pecadores en la presencia de Dios [1]. » Si fueres prudente, proverás en lo porvenir. Lo pasado da doctrina para lo que ha de ser. Acuérdate de las cosas pasadas, y considera lo que adelante podrá acontecer. El Apóstol dice: « ¿ Qué fruto sacaste de las cosas de que ahora habeis verguenza [2]?» Trae á tu memoria cuán infructuoso y perdido fué el tiempo que diste al mundo, piensa que muy presto se acabará. Vanos son los bienes de ese mundo, pues tienen tan vano fin. « El real profeta dice: « Aun tenian el manjar en sus bocas, y la ira de Dios descendió sobre ellos [3] » Aun no comienzan los mundanos á gustar de sus vanidades, cuando es con ellos la justicia divina castigando sus pecados. Ninguno, por grande sed que tenga, osará beber de la fuente en cuyo suelo ve serpientes venenosas, y otras suciedades pestilenciales. Así ninguno bebe de la fuente de este mundo, sino aquel que no mira el hondon y fin de las honras, deleites y vanidades de este siglo. Si los hombres mirasen los gusanos y abominaciones en que estos nuestros cuerpos han de ser resolvidos, y el fin de los que aman, y todo lo que el mundo posee, huirian de beber de la fuente de este mundo cautivo, del cual no se bebe agua clara, sino tósigo, que emponzoña y mata. Arrójanse pecho por tierra como los que despidió Gedeon [4], á beber sus venenosas aguas, entregándose á regalos, suciedades y vanas honras, soltando las riendas á sus apetitos, como ciegos y desatinados, no mirando las serpientes y gusanos, que están en el fin y suelo de este mundo. Como el caminante que, segun dice el Eclesiástico [5], abre su boca, y bebe de toda agua, así los mundanos sin diferencia alguna se entregan á sus vicios y apetitos sensuales. No han comenzado á gustar sus bienes, cuando ya la tristeza y tormento tienen ocupados sus corazones. Pues tan aneja es la tristeza á todas las cosas mundanas, considera en el principio el fin, y no te des á vanidades.

[1] Psalm. 67. — [2] Rom., 6. — [3] Psalm. 77. — [4] Judic., 7. — [5] Eccli., 26.

VIII.

DE LA VANIDAD DE LOS DICHOS DE LOS HOMBRES.

« Pon todo tu cuidado en el Señor, y él te criará[1], » dice el profeta. Todo tu estudio sea acerca de agradar y contentar á Dios, y no te ensalzarás con las alabanzas humanas, ni recibirás turbacion si de ti murmuraren los hombres. La causa por qué te da pena el mal que de ti dicen es porque pretendes contentarlos, y la razon porque te deleitan sus loores, es porque quieres tenerlos contentos. ¡Oh pluguiese á Dios que del todo en todo te determinases de no desear ni querer otra cosa sino hacer la voluntad de Dios, y estar bien con él, y cuán poca cuenta harias de las palabras de que ahora haces tanto caso! Acaba contigo de no querer contentar á otro sino á solo Dios, y vivirás quieto y consolado. Ninguna cosa te daria pena sino su ofensa, y en ninguna cosa recibirias consolacion, sino en la limpia conciencia. Todo el cuidado de los Santos era contentar á solo Dios, no haciendo caudal de los vanos dichos de los hombres. El Apóstol dice : « Vestíos de Nuestro Señor Jesucristo[2]. » No dice que te vistas de las vestiduras de Cristo, sino de Jesucristo. De sola la vestidura de Cristo, y no de Cristo, se visten los hipócritas, y todos aquellos que quieren contentar á los hombres, porque en lo esterior se muestran espirituales así en las palabras como en la composicion del cuerpo, siendo dentro llenos de pecados. Vístete de Jesucristo, trayéndole dentro de tu alma y corazon, siendo verdaderamente bueno, y no te fatigues por vender santidad fingida á los hombres, que ven solamente lo de fuera, teniendo á Dios ofendido. Muchos son justos delante de los hombres, que no lo son delante de Dios. A Noé, que era verdaderamente justo delante de Dios, dijo el mismo Señor : « A ti solo hallé justo delante de mí entre todas las gentes[3]. » De los padres de San Juan Bautista, dice el Evangelista San Lucas, que eran entrambos justos delante de Dios. No como los fariséos y sacerdotes de la la ley, cuyo estudio era ser justificados de los hombres, y ser de ellos alabados. Si tratares de contentar á

[1] Psalm. 54. — [2] Rom., 13. — [3] Gen., 7; Luc. 1; Math., 21.

solo Dios, fácilmente menospreciarás todo lo que los hombres dijeren de ti falsamente. Vanidad es hacer caso de los inicuos juicios y dichos de los hombres, estando bien con Dios. Muchos fueron alabados de los hombres que están ahora en el infierno, y muchos fueron tenidos por locos que gozan ahora de la gloria de Cristo. « Es alabado el pecador en los deseos de su corazon, y el malo es bendecido [1]: » dice el salmista. Y el Sabio dice que dirán los condenados estando en el infierno, hablando de los justos : « Estos son los que en algun tiempo tuvimos por cosa de risa, y en vituperio. Nosotros como necios pensábamos que su vida era locura[2]. » Y el Apóstol dice á los Corintios : « Nosotros somos locos por Cristo[3]. » De muchos amigos de Dios suelen burlar los hombres, alabando á los malos. Pues si esto es así, ni por ser alabado te debes gloriar, ni desconfiar entre las opiniones adversas. Si con razon te alabaren del bien que tienes no te ensoberbezcas, pues muchas faltas secretas hay en ti que si los hombres las supiesen no te alabarian. Y si te alaban de la virtud que no tienes, procura por alcanzarla, porque no engañes al mundo. Si con verdad murmuran, procura de enmendarte. Muchos viviendo mal persiguen á los que de ellos murmuran, lo cual es vanidad y manifiesta locura. Los que murmuran de tu mala vida, no habiéndolos tú enojado, ¿no está claro que murmurarán mucho mas si los persigues? El verdadero remedio es enmendarte del mal que se dice de ti con verdad, y de esta manera taparás las bocas á los murmuradores. Si contra razon murmuraren de ti, y fueres mal juzgado, conoce que son hombres, y que ningun mal te pueden hacer, sino mucho provecho, teniendo paciencia. Si para darte Dios la gloria, ó alcanzarte en el infierno, hubiese de consultar los hombres, y tomar consejo con ellos sobre lo que hará de ti, entónces seria bien que procurases mucho de que todos te alaben y te tengan por santo. Pero como Dios las ha de haber contigo á solas, y tu alma y él habeis de entrar solos al tomar de la cuenta, vanidad es esperar que nuestra vida sea aprobada de los hombres. No les ha Dios de tomar los votos, no les ha de ser preguntado por ti, ni han de dar allí su parecer. Y aunque digan lo que les parece de ti, no se ha de regir Dios por sus dichos, sino por lo que hallare en tu conciencia. Y si todas las gentes te condenaren, siendo tú amigo de Dios, ¿qué perjuicio te pueden hacer, aunque te reprueben? Ni lo que ellos reprueban es delante de Dios reprobado, ni todo lo que aprueban es á Dios acepto. Vanos son sus juicios, no conocen los

[1] Psalm. 9. — [2] Sap., 5. — [3] I. Cor., 4.

corazones, no saben los méritos del hombre, ni alcanzan lo interior del alma, y muchas veces son engañados. No dan ellos la gracia, no pueden dar la gloria, ni en su mano está condenarte, ni poderte salvar. Dios dijo á Samuel: « No juzgo yo segun el parecer de los hombres[1]. » Aunque tengas por amigos á todos los hombres del mundo, no serán poderosos para alargarte media hora de vida, ni te podrán librar del riguroso juicio de Dios. ¡Oh cuánto mejor será en el trance de la muerte tener á Dios por amigo que haber gastado la vida en contentar á los príncipes y reyes, los cuales, aunque nos amen, ninguna cosa nos podrán entónces aprovechar! Toma pues mi consejo, y no te congojes, porque haciendo lo que debes se murmure de ti, ni tampoco te fatigues por contentar la gente, ni busques sus loores en este mundo, porque es todo vanidad y perdimiento de tiempo. Mas antes levantando tu corazon á Dios con todas tus fuerzas, procura de contentar á él solo, tapando tus sentidos al estruendo y vanidad de este mundo infeliz.

[1] III. Reg., 16.

NOVENA ESTACION

NOVENA ESTACION

CAE JESUS POR TERCERA VEZ

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimisti mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

onsidera, alma mia, la tercera caida de Jesucristo. Su estenuacion era estremada, y los inhumanos verdugos querian obligarle á acelerar el paso, cuando apénas le quedaba aliento para caminar.

¡Oh Jesus mio despreciado! por los méritos de la debilidad que quisisteis padecer durante vuestro camino al Calvario, concededme fortaleza para vencer todos los respetos humanos, y domar las perversas inclinaciones que hasta ahora me han arrastrado á despreciar vuestro amor. Os amo, Jesus mio, os adoro de todo corazon y me arrepiento de habe-

ros ofendido. No permitais que vuelva á ofenderos. Disponed queos ame siempre, y haced de mí lo que sea de vuestro agrado.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

DE LA TERCERA CAIDA DE JESUS.[1]

I.

Padre Eterno, ¿Jesus no es ya vuestro Hijo? ¿No le veis estendido en el suelo... espirante... casi en la agonía? ¿No oís los golpes que sus verdugos descargan sobre él desaforados? Su muerte se aproxima : ¡oh Dios mio, libertad á Jesus!— No, no, es preciso que sea inmolado. Ciertamente es mi Hijo, pero tú me has ofendido, y solo él puede lavar tus manchas. — ¡Oh, Jesus mio, dadme un vivo sentimiento de todas mis ofensas, y confirmadme en mi resolucion de seros fiel hasta el último momento!

II.

Considera, alma mia, como Jesus cae en el polvo : ahí está para oprobio de los hombres; le miran como un vil gusano, como el último del mundo.

¿Hasta cuándo, Jesus mio, tendré yo ideas de elevarme? No soy mas que un poco de ceniza, nada, y sin embargo pretendo hacerme superior á todos. ¡Ah Dios de bondad! Decid una palabra y mi alma quedará sana.

[1] *El Camino del Calvario, ó Doce Meditaciones diferentes sobre las estaciones.*—Paris, 1852.

III.

Jesus no tiene mas fuerza, su carga le arrastra, cae en el polvo, y oigo las maldiciones de sus enemigos, que tratan de espantar al Hijo de Dios.—Persígamosle, persígamosle, esclaman. Sí, Señor, todos aquellos que antes vivian en paz en vuestra compañía, se dicen entre sí : Hagamos por triunfar, satisfagamos nuestra venganza.

¡Ah divino Maestro! ¿Podré pensar ya en vengarme de las miserables penas que puedan causarme los malvados? No; dócil á vuestro egemplo y lecciones, me regocijaré siempre que padezca por vuestro nombre.

IV.

Jesus cae por tercera vez. Consideremos todos que cae á nuestros piés, para llamarnos á su lado. Y sin embargo nosotros no queremos oirle.—¿Oh, hijo mio, dice, qué te he hecho? ¿qué pena te he causado? ¿te muestras tan frio conmigo, quizá porque he vertido mi sangre por ti? ¿Te alejas de mí porque te amo? ¡Ingrato! — No, Jesus mio, me acojo á vuestro lado; amparadme.

V.

El fiel Cristiano. ¡Otra vez mas con la frente en el polvo! ¡Otra vez mas se levanta Jesus resignado! Salvador mio, mucho me he desanimado en mis imperfecciones; he tomado ya tantas resoluciones, y tantas veces he sido inconstante!

El Salvador. Paciencia, cristiano, deposita en mí tu entera confianza. La vida del hombre es un combate continuo, y el que persevere hasta el fin ese será salvo.

VI.

¡Cuántos dolores, Dios mio, y cuántas angustias en esa nueva caida! —¡Oh hijo, mio, largo tiempo hace que deseo apurar las heces de este cáliz! Debo ser bautizado con bautismo de sangre, y anhelo ardientemente que llegue ese feliz momento! — Y yo quiero amaros, Salvador mio, hasta el último instante de mi vida.

VII.

Señor, al veros caer con el peso de la cruz, se me vienen á la memoria mis infinitos pecados. ¿No he cansado aun vuestra paciencia? ¿Puedo esperar aun mi salvacion? Hijo mio, si estás verdaderamente arrepentido, confia en mí, porque yo perdono al arrepentimiento. Pero si mis dolores dejan insensibles á los pecadores rebeldes y endurecidos, ¿quién podrá salvarlos?

VIII.

Divino Jesus, otra caida mas; ¡cuántos padecimientos! — Dos veces he caido al borde del abismo para sacarte de él, y dos veces te has negado á tomar mi caritativa mano: ¿serás bastante ingrato esta tercera vez para rechazar el perdon que te ofrezco?

Vuelvo á vos, Dios mio, á vos que quereis perdonarme mis crímenes, y que quereis curar las enfermedades en mi alma. ¡Ah! Rescatad mi vida de la muerte, con vuestra infinita ternura y misericordia.

IX.

Vuestra alma está triste hasta la muerte, oh Jesus mio; el dolor es angustioso y escesivo; estáis en tierra otra vez con vuestra cruz : ¿ vais á sucumbir ahora? — No, hijo mio; renuevo mi sacrificio, y acepto otra vez mas la muerte con tal de expiar tus pecados.

¡Oh Redentor mio! Muchas veces á mí tambien la tristeza me acaba, la sequedad y los padecimientos me desaniman, las dificultades me cansan; acudid, os llamo á mi socorro; venid á reanimar mi flaqueza; en vuestras manos encomiendo mi alma.

X.

Caeis, oh Jesus mio, caeis agobiado por la flaqueza y el dolor, y llena de amargura el alma. Tambien mi corazon se turba muchas veces; mi alma se sobrecoge de temor y espanto, y llego á creerme perdido entre las tristes tinieblas que me rodean.

Hijo mio, innumerables son las tribulaciones de los justos; pero debes considerar como un motivo de gozo, las pruebas de toda especie que inundarán tu alma; antes de llegar al cielo tienes que pasar por la esperiencia, como pasa el oro en el horno.

XI.

¡Caeis de nuevo, Jesus mio!— Sí, caigo sobre los bordes del infierno, para detener en su caida á los que profanan indignos mis tabernáculos. — ¡Ah Jesus! víctima de amor, penetrado del dolor mas amargo, en vista de los ultrajes que recibís en vuestros mismos altares, quiero, tanto como me sea posible, reparar esas lamentables abominaciones.

XII.

¿Qué veo? ¡Jesus caido por tercera vez! ¡Su adorable rostro besa el polvo! Grande es vuestra debilidad, Señor, inaudito vuestro cansancio! — Mas de una vez en mi vida, hijo mio, quise parecer débil : aquí tengo la debilidad del hombre moribundo, como en el pesebre tenia la del niño, cuando estaba envuelto en pañales y echado sobre la paja. Así pues no te desesperes en tus miserias; en mi debilidad hallarás tu fuerza y tu salvacion!

DEL MATRIMONIO ESPIRITUAL ENTRE N. S. JESUCRISTO

Y EL ALMA QUE PADECE POR SU AMOR.

DE SANTA TERESA DE JESUS[1].)

I.

Pareceros há, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino seria pensar esto, pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco lo tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espanteis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace que haya comunicado estas cosas á persona que las podemos venir á saber; para que mientras mas supiéremos que se comunica con las criaturas, mas alabaremos su grandeza, y nos esforzaremos á no tener en poco alma con quien tanto se deleita el Señor, pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha á la imágen de Dios, así no entendemos los grandes secretos que están en ella.

Plegue á su Majestad, si es servido, menee la pluma, y me dé á entender como yo os diga algo de lo mucho que hay que decir, y da Dios á entender á quien mete en esta morada. Harto lo he suplicado á su Majestad, pues sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias,

[1] Moradas séptimas.

para que mas sea alabado y glorificado su nombre. Esperanza tengo que no por mí, sino por vosotras, hermanas, me ha de hacer esta merced, para que entendais lo que os importa, que no puede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas, pues trae tantos bienes consigo como veréis.

¡ Oh gran Dios ! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender. Y es verdad que he estado en gran confusion, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada, porque me parece que han de pensar que yo lo sé por esperiencia, y háceme grandísima vergüenza; porque conociéndome la que soy, es terrible cosa. Por otra parte me ha parecido es tentacion y flaqueza, aunque mas juicios de estos echeis : sea Dios alabado, y entendido un poquito mas, y gríteme todo el mundo; cuanto mas que estaré yo quizá muerta cuando se viniere á ver. Sea bendito el que vive para siempre y vivirá.

Cuando nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece, y ha padecido por su deseo esta alma (que ya espiritualmente ha tomado por esposa), primero que se concluya el matrimonio espiritual métela en su morada, que es esta séptima; porque así como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia á donde solo su Majestad mora, y digamos otro cielo; porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa oscura, que como no la vemos lo mas ordinario debe parecer que no hay otra luz interior sino esta que vemos, y que está dentro de nuestra alma alguna oscuridad. De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta de sol de justicia, que está en ella dándole ser; sino por no ser ella capaz para recibir la luz, como creo dije en la primera morada, que habia entendido una persona, que estas desventuradas almas es así, que están como en una cárcel oscura, atadas de piés y manos para hacer ningun bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas, con razon podemos compadecernos de ellas, y mirar que en algun tiempo nos vimos así, y que tambien puede el Señor haber misericordia de ellas.

Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal, muy mayor que seria si viésemos un cristiano atadas las manos con una fuerte cadena, él amarrado á un poste y muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe sí muy estremados manjares, sino

que no los puede tomar para llegarlos á la boca, y aun está con grande hastío, y ve que va ya á espirar, y no muerte como acá, sino eterna. ¿No seria gran crueldad estarle mirando, y no le llegar á la boca que comiese? Pues qué, ¿si por vuestra oracion le quitasen las cadenas? Ya lo veis. Por amor de Dios os pido que siempre tengais acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes. No hablemos ahora con ellas, sino con las que ya con la misericordia de Dios han hecho penitencia por sus pecados, y están en gracia.

Que podemos considerar, no una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior, á donde caben tantas y tan lindas moradas como habeis visto; y así es razon que sea, pues dentro de esta alma hay moradas para Dios. Pues cuando su Majestad es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su morada, y quiere su Majestad que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos, que yo bien creo que la une consigo entónces, y en la oracion que queda dicha de union, aunque no le parece á el alma que está tan llamada para entrar en su centro, como aquí en esta morada, sino la parte superior; en esta va poco, sea de una manera ó de otra, el Señor la junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como lo quedó San Pablo en su conversion, y quitándola el sentido, cómo ó de qué manera es aquella merced que goza; porque el gran deleite que entónces siente el alma es de verse cerca de Dios: mas cuando la junta consigo, ninguna cosa entiende, que las potencias todas se pierden. Aquí es de otra manera: quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera estraña, y metida en aquella morada por vision intelectual; por cierta manera de representacion de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad todas tres personas, como una inflamacion, que primero viene á su espíritu á manera de una nube de grandísima caridad, y estas personas distintas, y por una noticia admirable, que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres personas una sustancia, y un poder, y un saber, y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma (podemos decir) por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo, porque no es vision imaginaria. Aquí se le comunican todas tres personas, y la hablan, y la dan á entender aquellas palabras que dice el Evangelio, que dijo el Señor que vendria él y el Padre y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.

¡ Oh válame Dios ! ¡ Cuán diferente cosa es oir estas palabras y creerlas ! ¡ A entender por esta manera cuán verdaderas son ! Y cada dia se espanta mas esta alma, porque nunca mas le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve (de la manera que queda dicho) que están en lo interior de su alma, en lo muy interior, en una cosa muy honda (que no sabe decir cómo es, porque no tiene letras) siente en sí esta divina compañía. Pareceros há que segun esto no andará en sí, sino tan embebida que no puede entender en nada : mucho mas que ántes, en todo lo que es servicio de Dios, y en faltando las ocupaciones, se queda con aquella agradable compañía : y si no falta á Dios el alma, jamás él la faltará, á mi parecer, de darse á conocer tan conocidamente su presencia ; y tiene gran confianza que no la dejará Dios, pues la ha hecho esta merced, para que la pierda, y así se puede pensar ; aunque no deja de andar con mas cuidado que nunca, para no le desagradar en nada.

El traer esta presencia, entiéndese que no es tan enteramente, digo tan claramente, como se le manifiesta la primera vez, y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo ; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la gente : mas aunque no es con esta tan clara luz, siempre que advierte se halla con esta compañía. Digamos ahora como una persona, que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas, y se quedase á oscuras, no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí.

¿ Es de preguntar si cuando torna la luz, y las quiere tornar á ver, si puede ? Esto no está en su mano, sino cuando quiere nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento ; harta misericordia la hace en nunca se ir de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido. Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer el alma para mas, con esta admirable compañía ; porque está claro que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfeccion, y perder el temor que traia algunas veces de las demas mercedes que la hacia, como queda dicho. Y asi fué, que en todo se hallaba mejorada, y le parecia que por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamás se movia de aquel aposento, de manera que en alguna manera le parecia habia division en su alma ; y andando con grandes trabajos, que poco despues de que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba de ella, á manera de Marta, cuando se quejó de María, y algunas veces la decia que se estaba ella siempre go-

zando de aquella quietud á su placer, y la deja á ella en tantos trabajos y ocupaciones, que no la puede tener compañía.

Esto os parecerá, hijas, desatino, mas verdaderamente pasa así, que (aunque se entiende que el alma está toda junta) no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario; por donde decia yo que se ven cosas interiores, de manera que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida del alma al espíritu, aunque mas sea todo uno. Conócese una division tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que los quiere dar el Señor. Tambien me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, que no es todo una cosa: hay tantas y tan delicadas en lo interior, que seria atrevimiento ponerme yo á declararlas: allá lo veremos, si el Señor nos hace merced de llevarnos por su misericordia adonde entendamos estos secretos.

II.

Pues vengamos ahora á tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfeccion, mientras vivimos; pues si nos apartásemos de Dios, se perderia este tan gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere su Majestad mostrarse al alma por vision imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien, y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. A otras personas será por otra forma; á esta de quien hablamos se le representó el Señor acabando de comulgar con forma de gran resplandor, y hermosura y majestad, como despues de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y él tendria cuidado de las suyas, y otras palabras, que son mas para sentir que para decir.

Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se habia representado el Señor á esta alma en esta manera; fué tan diferente que la dejó bien desatinada y espantada. Lo uno, porque fué con gran fuerza esta vision; lo otro, porque las palabras que le dijo, y tambien porque en lo interior de su alma, á donde se representó, si no es la vision pasada, no habia visto otras. Porque entended que hay grandísima diferencia de

todas las pasadas á las de esta morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como lo hay entre dos desposados, á los que ya no se pueden apartar. Ya he dicho que aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras mas á próposito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo, mas que si el alma no estuviese en él, sino solo espíritu, y en el matrimonio espiritual muy ménos, porque pasa esta secreta union en el centro muy interior del alma, que debe ser á donde está el mesmo Dios ; y á mi parecer no há menester puerta por donde entre : digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí, parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este aparecimiento de la humanidad del Señor así debia ser; mas lo que pasa en la union del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparécese el Señor en este centro del alma sin vision imaginaria, sino intelectual, aunque mas delicada que las dichas, como se apareció á los Apóstoles sin entrar por la puerta, cuando les dijo : *Pax vobis*.

Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé á qué lo comparar, sino á que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo por mas subida manera, que por ninguna vision ni gusto espiritual. No se puede decir mas de que, á cuanto se puede entender, queda el alma (digo el espíritu de esta alma) hecho una cosa con Dios, que como es tambien espíritu ha querido su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar á entender á algunas personas hasta dónde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar él de ella.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan; y la union tambien lo es, porque aunque union es juntarse dos cosas en una, en fin se pueden apartar, y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y despues se queda el alma sin aquella compañía. Digo de manera que lo entiendan. En esa otra merced del Señor no, porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro.

Digamos que sea la union como si dos velas de cera se juntasen en estremo que toda la luz fuese una, ó que el pábilo y la luz y la cera es todo uno; mas despues bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, ó el pabilo de la cera. Acá es como si cayendo agua

del cielo en un rio ó fuente, á donde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir y apartar cual es el agua del rio, ó la que cayó del cielo; ó como si un arroyo pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; ó como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace toda una luz. Quizá es esto lo que dice San Pablo, el que se arrima y allega á Dios hácese un espíritu con él, tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado su Majestad al alma por union. Y tambien dice : *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum;* así me parece decir aquí el alma, porque es á donde la mariposilla que hemos dicho muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo. Y esto se entiende mejor cuando anda el tiempo por los efectos, porque se entiende claro por unas secretas aspiraciones ser Dios el que da vida á nuestra alma, muy muchas veces tan vivas que en ninguna manera se puede dudar, porque las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir mas; que es tanto este sentimiento, que producen algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se puede escusar de decir. ¡Oh vida de mi vida! ¡Y sustento que me sustentas! Y otras de esta manera : porque de aquellos pechos divinos, á donde parece está Dios siempre sustentando al alma, salen unos rayos de leche que toda la gente del castillo confortan, que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel rio caudaloso, á donde se consumió esta fuentecita pequeña, salga algunas veces algun golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir estos dos desposados. Y así como sentiria esta agua una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ella, y no lo podrán dejar de sentir, de la mesma manera y aun con mas certidumbre se entienden estas operaciones que digo, porque así como no nos podria venir un gran golpe de agua, si no tuviese principio, como he dicho, así se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas y dé vida á esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envia á las potencias ó interior del alma. Ella, como he dicho, no se muda de aquel centro, ni se le pierde la paz; porque el mesmo que le dió á los Apóstoles cuando estaban juntos, se le puede dar á ella.

Héme acordado que esta salutacion del Señor debia ser mucho mas de lo que suena, y el decir á la gloriosa Magdalena que se fuese en paz, porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de

tal manera debian hacer la operacion en aquellas almas que estaban ya dispuestas, que apartase en ellas todo lo que es corpóreo en el alma, y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta union celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mesmo Señor la ha de henchir de sí. Y así orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé dónde es, dijo que fuesen una cosa con el Padre y con él, como Jesucristo Nuestro Señor está en el Padre, y el Padre en él.

¡No sé qué mayor amor puede ser que este! Y no dejamos de entrar aquí todos, porque así dijo su Majestad. No solo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí tambien, y dice: Yo estoy en ellos. ¡Oh válgame Dios, qué palabras tan verdaderas! ¡Y cómo las entiende el alma, que en esta oracion lo ve por sí! Y como lo entenderíamos todas, si no fuese por nuestra culpa, pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar, mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, á donde nuestra imágen está esculpida. Pues tornando á lo que decíamos, en metiendo el Señor el alma en esta morada suya, que es su centro de la mesma alma, así como dicen que el cielo empíreo á donde está Nuestro Señor no se mueve como los demás, así parece no hay los movimientos en esta alma en entrando aquí, que suele haber en las potencias é imaginacion, de manera que la perjudiquen ni quiten su paz.

¿Parece que quiero decir que en llegando el alma á hacerla Dios esta merced, está segura de su salvacion y de tornar á caer? No digo tal, y en cuantas partes tratare de esta manera, que parece está el alma en seguridad, se entienda mientras la divina Majestad la tuviere así de su mano, y ella no le ofendiere; al menos sé cierto que aunque se ve en este estado, y le ha durado años, que no se tiene por segura, sino que anda con mucho mas temor que antes en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle, como se dirá adelante, y con ordinaria pena y confusion de ver lo poco que puede hacer, y lo mucho á que está obligada, que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia; porque el hacer penitencia esta alma, mientras mas grande, le es mas deleite. La verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer y fuerzas, que aunque en otra parte he dicho

la gran pena que esto da, es muy mayor aquí. Todo le debe venir de la raiz á donde está plantada; que así como el árbol, que está cabe las corrientes de las aguas, está mas fresco y da mas fruto, ¿qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

Pues tornando á lo que decia, no se entienda que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz, el alma sí : mas en estas otras moradas no deja de haber tiempos de guerra y de trabajos y fatigas, mas son de manera que no se quita de su paz, y esto es ordinario. Y puesto este centro de nuestra alma, ó este espíritu, es una cosa tan dificultosa de decir, y aun de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar á entender, no os dé alguna tentacion de no creer lo que digo, porque decir que hay trabajos y penas, y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiéroos poner una comparacion, ó dos, plega á Dios que sean tales que diga algo; mas si no lo fuere, yo sé que digo verdad en lo dicho. Está el rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su puesto : así acá, aunque en esas otras moradas anden muchas barahundas y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, nadie entra en aquella, que le haga quitar de allí, ni las cosas que oye, aunque le dan alguna pena, no es de manera que la alboroten y quiten la paz; porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen mas ofendidas. Duélenos todo el cuerpo, mas si la cabeza está sana, no porque duele el cuerpo, dolerá la cabeza. Riéndome estoy de estas comparaciones que no me contentan, mas no sé otras, pensad lo que quisiéredes, ello es verdad lo que he dicho.

III.

Ahora, pues, decimos, que esta mariposita ya murió con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo. Veamos qué vida hace, ó qué diferencia hay de cuando ella vivia, porque en los efectos veremos si es verdadero lo que queda dicho. A lo que puedo entender son los que diré.

El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es,

como queda dicho; porque toda está de tal manera que no se conoce, ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que él miraria por las suyas. Y así de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un estraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querria ser en nada, nada; si no es para cuando entiende que puede haber de su parte algo, en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pondria de muy buena gana su vida. No entendais por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir (que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obligada conforme á su estado que hablamos en cosas interiores, que de obras esteriores poco hay que decir; que antes esa es su pena ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede y entiende que es servicio de Nuestro Señor, no lo dejaria de hacer por cosa de la tierra.

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que le inquiete, como solia: porque es en tanto estremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que su Majestad hace tiene por bueno, si quisiere que padezca en hora buena, y sino se mata, como solia. Tienen tambien estas almas un gran gozo interior, cuando son perseguidas, con mucha mas paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con las que las hacen mal, ó desean hacer, antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algun trabajo lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarian por librarnos de él, y encomiéndanlos á Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad holgarian perder, porque se las hiciese á ellos, porque no ofendiesen á Nuestro Señor.

Lo que mas me espanta de todo es que ya habeis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar alguna alma si pudiesen, que no solo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los Santos, no desean por entónces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando

ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás.

Verdad es que algunas veces que se olvidan de esto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios y desear salir de este destierro, en especial viendo lo poco que le sirven; mas luego tornan, y mira en sí mesma con la continuanza que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece á su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la mas costosa para ella que le puede dar. Temor ninguno tiene de la muerte, mas que tendria de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan escesivo, da ahora esos otros. Sea siempre bendito y alabado. El caso es que los deseos de estas almas no son ya de regalos ni de gustos, como le tienen consigo al mesmo Señor, y su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fué sino continuo tormento, y así que sea la nuestra, al menos con los deseos, que nos lleva como flacos en lo demás, aunque bien les cabe de su fortaleza, cuando ve que la han menester. Un desasimiento grande de todo y deseo de estar siempre ó sólas ú ocupadas en cosa que sea provecho de algun alma, no sequedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca querria estar sino dándole alabanzas; y cuando se descuida, el mesmo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente que procede aquel impulso (ó no sé cómo le llame) de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento ni de la memoria, ni cosa que se puede entender que el alma hizo nada de su parte; esto es tan ordinario, y tantas veces, que se ha mirado bien con advertencia. Que así como un fuego no echa la llama hácia abajo sino hácia arriba, por grande que quieran encender el fuego, así se entiende acá que este movimiento interior procede del centro del alma, y despierta las potencias.

Por cierto cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oracion, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros, y andarnos rogando (que no parece esto otra cosa, que nos estemos con él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan, por gozar de estos toques de su amor tan suaves y penetrativos. Esto habreis, hermanas, esperimentado, porque pienso, en llegando á tener oracion de union, anda el Señor con este cuidado, si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos.

Cuando esto os acaeciere, acordáos que es de esta morada interior, á donde está Dios en nuestra alma, y alabadle mucho, porque cierto es suyo aquel recaudo y billete escrito con tanto amor, y de manera que solo vos quiere entendais aquella letra, y lo que por ella os pide. La diferencia que hay aquí en esta morada es lo dicho, que casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que habia en todas las otras á tiempos, sino que está el alma en quietud para siempre. El no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios; porque, como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos ni potencias, que se descubrió su Majestad al alma, y la tiene consigo, á donde, á mi parecer, no osará entrar el demonio, ni le dejará el Señor; y todas las mercedes que hace aquí al alma como he dicho, son con ninguna ayuda de la mesma alma, sino de la que ella ya ha hecho de entregarse toda á Dios.

Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí al alma, y la enseña, que me parece es como la edificacion del templo de Salomon, á donde no se habia de oir ningun ruido; así en este templo de Dios, en esta morada suya, solo él y el alma se gozan con grandísimo silencio; no hay para qué bullir allí, ni buscar nada el entendimiento, que el Señor que le crió le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque aunque á tiempos se atiende esta vista y no le dejan mirar, es poquísimo intérvalo, porque, á mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas. Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan, si no es alguna vez, y esta no con aquellos arrobamientos y vuelos de espíritu; y son muy raras veces, y esas casi siempre no en público como antes (que era muy de ordinario) ni le hacen al caso grandes ocasiones de devocion, que vea, como antes, que si ven una imágen devota, ú oyen un sermon (que casi no era oirle) ó música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacia volar.

Ahora, ó es que halló su reposo, ó que el alma ha visto tanto en esta morada, que no se espanta de nada, ó que no se halla con aquella soledad que solia, pues goza de tal compañía. En fin, hermanas, yo no sé qué sea la causa, que en comenzando el Señor á mostrar lo que hay en esta morada, y metiendo el alma allí, se les quita esta gran flaqueza, que les era harto trabajo, y antes no. Quizá es que la ha fortalecido el

Señor, y ensanchado y habilitado; ó puede ser que querria dar á entender en público lo que hacia con estas almas en secreto, por algunos fines que su Majestad sabe, que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar. Estos efectos, con todos los demás que hemos dicho (que sean buenos) en los grados de oracion que quedan dichos, da Dios cuando llega el alma á sí con este ósculo que pedia la Esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta peticion. Aquí se dan las aguas á esta cierva que va herida en abundancia, aquí se deleita en el tabernáculo de Dios, aquí halla la paloma (que envió Noé á ver si era acabada la tempestad) la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo.

¡Oh Jesus! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura, que debe haber para dar á entender esta paz del alma! Dios mio, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y á los que la habeis dado no se la quiteis por vuestra misericordia; que en fin, hasta que les deis la verdadera, y las lleveis á donde no se pueda acabar, siempre se ha de vivir con temor. Digo la verdadera, no porque entienda esta no lo es, sino porque se podria tornar la guerra primera, si nosotros nos apartásemos de Dios. ¿Mas qué sentirán estas almas de ver que podrian carecer de tan gran bien? Esto les hace andar muy cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de flaqueza, para no dejar cosa que se les pueda ofrecer, para mas agradar á Dios por culpa suya. Mientras mas favorecidas de su Majestad, andan mas acobardadas y temerosas de sí: y como en estas grandezas suyas han conocido mas sus miserias, y se les hacen mas graves sus pecados, andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el publicano. Otras con deseos de acabar la vida, por verse en seguridad, aunque luego tornan con el amor que le tienen, á querer vivir para servirle, como queda dicho, y fian todo lo que les toca de su misericordia. Algunas veces las grandes mercedes las hacen andar mas aniquiladas, temen que como una nave, que va muy demasiado de cargada, se va á lo hondo, no les acaezca así. Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta ni hace perder la paz, sino pasan de presto como una ola, ó algunas tempestades, y torna bonanza; que la presencia que traen del Señor les hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas.

IV.

No habeis de entender, hermanas, que siempre en un ser están estos efectos que he dicho en estas almas, que por eso á donde se me acuerda, digo lo ordinario, que algunas veces las deja Nuestro Señor en su natural; y no parece sino que entónces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas de este castillo, para vengarse de ellas, por el tiempo que no las pueden haber á las manos. Verdad es que dura poco, un dia lo mas, ó poco mas, y en este gran alboroto (que procede lo ordinario de alguna ocasion se ve lo que gana el alma en la buena compañía que está, porque la da el Señor una gran entereza, para no torcer en nada de su servicio y buenas determinaciones, sino que parece le crecen, ni por un primer movimiento muy pequeño no tuercen de esta determinacion. Como digo, es pocas veces, sino que quiere Nuestro Señor que no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde lo uno; lo otro, para que entienda mas lo que debe á su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe.

Tampoco os pase por pensamiento que por tener estas almas tan grandes deseos y determinacion de no hacer una imperfeccion por cosa de la tierra, dejan de hacer muchas, y aun pecados. De advertencia no, que las debe el Señor á estas tales dar muy particular ayuda para esto: digo pecados veniales, que de los mortales, que ellas entiendan están libres, aunque no seguras, que tendrán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento. Tambien se le da las almas que ven que se pierden; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán de ellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura que parecia eran favorecidos del Señor, como un Salomon, que tanto comunicó á su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho. Y la que se viere de vosotras con mas seguridad en sí, esa tema mas, porque bienaventurado el varon que teme á Dios, dice David. Su Majestad nos ampare siempre; suplicárselo para que no le ofendamos es la mayor seguridad que podemos tener.

Bien será, hermanas, deciros qué es el fin para que hace el Señor estas mercedes en este mundo. Aunque en los efectos de ellas los habreis

entendido (si advertísteis en ello) os lo quiero tornar á decir aquí; porque no piense alguna que es para solo regalar estas almas, que seria grande yerro, que no nos puede su Majestad hacerle mayor, que es darnos vida, que sea imitando á la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto que son estas mercedes para fortalecer mas nuestra flaqueza, como aquí he dicho algunas veces, para poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto que los que mas cercanos anduvieron con Cristo Nuestro Señor fueron los de mayores trabajos: miremos á los que pasó su gloriosa Madre y los gloriosos Apóstoles.

¿Cómo pensais que pudiera sufrir San Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones y contemplacion, cuando es de Nuestro Señor, y no imaginacion ó engaño del demonio. ¿Por ventura escondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo dia de descanso (á lo que podemos entender) y tampoco le debia de tener de noche, pues en ella ganaba lo que habia de comer. Gusto yo mucho de San Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció Nuestro Señor, y le dijo que iba á Roma á ser crucificado otra vez. Ninguna rezamos esta fiesta á donde esto está, que no me es particular consuelo, ¿cómo quedó San Pedro de esta merced del Señor? ¿ó qué hizo? Irse luego á la muerte, y no es poca misericordia del Señor hallar quién se la dé.

¡Oh, hermanas mias! Qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honras, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma á donde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con él, como es razon, poco se debe acordar de sí: toda la memoria se le va en cómo mas contentarle, y en qué, ó por dónde mostrar el amor que le tiene. Para esto es la oracion, hijas mias: de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa, y merced hecha de Dios, como ya os he dicho; porque poco me aprovecha estar muy recogida á solas, haciendo actos con Nuestro Señor, proponiendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí que se ofrece la ocasion lo hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, pues todo lo que se está con Dios aprovecha mucho, y estas determinaciones, aunque seamos flacos en no las cumplir despues, alguna vez nos dará su Majestad como lo hagamos, y aun quizá, aunque nos pese, como hace muchas

veces, que como ve un alma muy cobarde, dale un muy gran trabajo bien contra su voluntad, y sácale con ganancia, y despues, como esto entiende el alma, queda mas perdido el miedo para ofrecerse mas á él.

Quise decir que es poco en comparacion de lo mucho mas que es, que conformen las obras con los actos y palabras, y que la que no pudiere por junto, sea poco á poco, vaya doblando su voluntad, si quiere que le aproveche la oracion, que dentro de estos rincones no faltarán ocasiones en que lo podais hacer. Mirá que importa esto mucho mas que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo quereis contentarle con solo palabras? ¿Sabeis que es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, á quien (señalados con su hierro, que es el de la cruz) porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como él lo fué, que no les hace ningun agravio ni pequeña merced : y si á esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay esta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo.

Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurá ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo ó por dónde las podeis hacer placer ó servir; pues lo que hiciéredes en este caso, haceis mas por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes que no se os caiga el castillo. Torno á decir que para esto es menester no poner vuestro fundamento solo en rezar y contemplar, porque sino procurais virtudes, y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas, y aun plega á Dios que sea solo no crecer, porque ya sabeis que quien no crece descrece, porque el amor tengo imposible contentarse de estar en un ser donde le hay.

Pareceros há que hablo con los que comienzan, y que despues pueden ya descansar : ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas en lo interior es para tenerle muy menos, y querer tenerle en lo esterior. ¿Para qué pensais que son aquellas inspiraciones que he dicho (ó por mejor decir aspiraciones) y aquellos recaudos que envia el alma del centro interior á la gente de arriba del castillo, y á las moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen á dormir? No, no, no, que mas guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos, y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba

con ellas padeciendo, porque entónces no entendia la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerla Dios allí. Y como la compañía que tiene le da fuerzas muy mayores que nunca (porque si acá dice David que con los santos seremos santos, no hay duda sino que estando hecha una cosa con el fuerte, por la union tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza: y así veremos la que han tenido los Santos para padecer y morir) es muy cierto que aun de la que á ella allí se le pega, acude á todos los que están en el castillo, y aun al mesmo cuerpo, que parece muchas veces no siente, sino (esforzado con el esfuerzo que tiene el alma, bebiendo del vino de esta bodega, á donde la ha traido su Esposo, y no la deja salir) redunda en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago da fuerza á la cabeza y á todo el cuerpo. Y así tiene harta mala ventura mientras vive, porque por mucho que haga, es mucho mas la fuerza interior y la guerra que se le da que todo le parece nonada.

De aquí debia venir las grandes penitencias que hicieron muchos Santos, en especial la gloriosa Magdalena, criada siempre en tanto regalo; y aquella hambre que tuvo nuestro padre Elías de la honra de su Dios, y tuvieron Santo Domingo y San Francisco de allegar almas, para que fuese alabado; que yo os digo que no debian pasar poco, olvidados de sí mesmos. Y esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oracion. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y seria bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que él fué y han ido todos sus Santos. No nos pase por el pensamiento: creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre á los piés, si su hermana no le ayudara? Su manjar es, que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben.

Decirme heis dos cosas: la una, que dijo que María habia escogido la mejor parte, y es que ya habia hecho el oficio de Marta regalando al Señor en lavarle los piés y limpiarlos con sus cabellos. ¿Y pensais que seria poca mortificacion á una señora como ella era irse por esas calles, y por ventura sola (porque no llevaba hervor para entender como iba), y entrar á dónde nunca habia entrado? ¿y despues sufrir la murmuracion

del fariséo, y otras muy muchas cosas que debia sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y (como sabemos) entre tan mala gente que bastaba ver que tenia amistad con el Señor, á quien ellos tenian tan aborrecido, para traer á la memoria la vida que habia hecho, y que se querria ahora hacer santa; porque está claro que luego mudaria vestido, y todo lo demás. Pues ahora se dice á personas, que no son tan nombradas, ¿que seria entónces? Yo os digo, hermanas, que venia la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificacion, que aunque no fuera sino ver á su Maestro aborrecido, era intolerable trabajo. ¿Pues los muchos que despues pasó en la muerte del Señor? Tengo para mí que el no haber recibido martirio fué por haberle pasado en ver morir al Señor, y en los años que vivió en verse ausente de él, que serian de terrible tormento, se verá que no estaba siempre con regalo de contemplacion á los piés del Señor. La otra, que no podeis vosotras, ni teneis cómo allegar almas á Dios, que lo haríades de buena gana; mas que no habiendo de enseñar y predicar, como hacian los Apóstoles, que no sabeis cómo. A esto he respondido por escrito algunas veces, y aun no sé si en este castillo: mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí.

Ya os dije en otra parte que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos á mano para servir á Nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oracion ayudaréis mucho; no querais aprovechar á todo el mundo, sino á las que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis á ellas mas obligadas. ¿Pensais que es poca ganancia, que sea vuestra humildad tan grande y mortificacion, y el servir á todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda á todas, y con las demás virtudes siempre las andeis despertando? No seria sino mucho, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que poneis por obra, que podeis, entenderá su Majestad que haríades mucho mas, y así os dará premio, como si le ganásedes muchas. Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientras fueren mejores, mas agradables serán sus alabanzas al Señor, y mas aprovechará su oracion á los prójimos.

En fin, hermanas mias, con lo que concluyo es que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las

obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará su Majestad que vamos pudiendo cada dia mas y mas, como no nos cansemos luego, sino lo poco que dura esta vida (y quizá será mas poco de lo que cada uno piensa) interior y esteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotros al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras. Plega á su Majestad, hermanas é hijas mias, que nos veamos todas á donde siempre le alabemos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás. Que yo os digo que es harta confusion mia, y así os pido por el mesmo Señor que no olvideis en vuestras oraciones á esta pobre pecadora.

Aunque cuando comencé á escribir esto que aquí va, fué con la contradicion que al principio digo, despues de acabado me ha dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que ha sido harto poco. Y considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que teneis, mis hermanas, y no casas tan bastantes como conviene en algunos monasterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues sin licencia de los superiores podeis entraros y pasearos por él á cualquier hora. Verdad es que no en todas las moradas podeis entrar por vuestras fuerzas, aunque os parezca las teneis grandes, si no os mete el mesmo Señor del castillo: por eso aviso que ninguna fuerza pongais, si halláredes resistencia alguna, porque le enojaréis de manera que nunca os deje entrar en ellas.

Es muy amigo de humildad: con teneros por tales, que no merezcais aun entrar en las terceras, le ganaréis mas presto la voluntad para llegar á las quintas, y de tal manera le podeis servir desde allí, continuando á ir muchas veces á ellas, que os meta en la mesma morada que tiene para sí, de donde no salgais mas, si no fuéredes llamada de la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumplais, como la suya mesma. Y aunque mucho estéis fuera por su mandado, siempre cuando tornáredes, os tendrá la puerta abierta. Una vez mostradas á gozar de este castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar á él, y que no os lo puede quitar nadie. Aunque no se trata mas de siete moradas, en cada una de estas hay muchas, en lo bajo y alto, y á los lados, con lindos jardines y fuentes, y

laberintos, y cosas tan deleitosas que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios, que lo crió á su imágen y semejanza. Si algo halláredes bueno en la órden de daros noticia de él, creed verdaderamente que lo dijo su Majestad por daros á vosotras contento, y lo malo que halláredes es dicho de mí. Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros á servir este mi Dios y Señor, os pido que en mi nombre, cada vez que leyéderes aquí, alabeis mucho á su Majestad, y le pidais el aumento de su Iglesia y luz para los luteranos, y para mí que me perdone mis pecados y me saque de purgatorio, que allá estaré quizá, por la misericordia de Dios, cuando esto se os diere á leer, si estuviere para que se vea, despues de visto de letrados; y si algo estuviere de error, es por mas no lo entender, y en todo me sujeto á lo que tiene la Iglesia católica romana, que en esto vivo y protesto y prometo vivir y morir.

UNOS VERSOS

DE

LA SANTA MADRE TERESA DE JESUS,

Nacidos del fuego del amor de Dios que en si tenia.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA.

Aquesta divina union
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazon:
mas causa en mí tal pasion
ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Solo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga:
quíteme Dios esta carga,
mas pesada que de acero,
que muero porque no muero.

Solo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta;
mira que solo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy lijero
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
es la vida verdadera:
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva:
muerte, no me seas esquiva;
vivo muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
á mi Dios, que vive en mí,
si no es perderte á ti,
para mejor á él gozarle?
quiero muriendo alcanzarle,
pues á él solo es el que quiero,
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti,
¿qué vida puedo tener?
sino muerte padecer
la mayor que nunca ví:
lástima tengo de mí,
por ser mi mal tan entero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
aun de alivio no carece:
á quien la muerte padece
al fin la muerte le vale:
¿qué muerte habrá que se iguale
á mi vivir lastimero?
que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
viéndote en el Sacramento,
me hace mas sentimiento
el no poderte gozar:
todo es para mas penar,
por no verte como quiero,
que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte,
se me dobla mi dolor:
viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte:
mira que muero por verte,
y vivir sin ti no puedo,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios, cuando será,
cuando yo diga de vero,
que muero porque no muero!

OTRA GLOSA SOBRE LOS MISMOS VERSOS.

Vivo ya fuera de mí,
despues que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazon le dí,
puse en mí este letrero,
que muero porque no muero.

Esta divina union,
y el amor con que yo vivo,
hace á mi Dios cautivo,
y libre mi corazon;
y causa en mí tal pasion
ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que está el alma metida!
solo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
vida no me seas molesta;
porque muriendo, ¿qué resta,
sino vivir y gozarme?
no dejes de consolarme,
muerte, que ansí te requiero,
que muero porque no muero.

DÉCIMA ESTACION

DÉCIMA ESTACION

JESUS ES DESNUDADO PARA SER CLAVADO EN LA CRUZ

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

Considera, alma mia, como los verdugos arrancaron violentamente las vestiduras de Jesus, cuya túnica interior se habia pegado á sus espaldas destrozadas, de modo que con ella le arrancaron pedazos de carne viva. Condoléos, almas devotas, de los sufrimientos de nuestro Salvador, y digámosle :

¡Oh Jesus inocente! por los méritos de los dolores que padecisteis en este momento, ayudadme á desnudarme de todas mis afecciones á las cosas de este mundo, para que todo mi amor se dirija únicamente á vos, que sois el solo digno de

ser amado. Os amo, Jesus mio, de todo mi corazon y me arrepiento de haberos ofendido. No permitais que vuelva á ofenderos, y disponed de mí segun vuestra santísima voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

(DE FRAY LUIS DE GRANADA[1].)

Venido habemos, ánima mia, al sacro monte Calvario, y llegado á la cumbre del misterio de nuestra reparacion. ¡Oh cuán maravilloso es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios, puerta del cielo, tierra de promision, y lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida: aquí está asentada aquella escalera mística que vió Jacob, que junta al cielo con la tierra, por donde los ángeles descienden á los hombres, y los hombres suben á Dios[2]. Este es, oh ánima mia, lugar de oracion: aquí debes adorar y bendecir al Señor, y darle gracias por este nuevo beneficio, diciendo así: Adorámoste, Señor Jesucristo, y bendecimos tu santo nombre, pues por medio de esta santa cruz redimiste al mundo; gracias sean dadas á ti, clementísimo Salvador, porque así nos amaste, y lavaste nuestros pecados con tu sangre, y te ofreciste por nosotros en esa cruz, para que con el olor suavísimo de este noble sacrificio, encendido con el fuego de tu amor, satisfacieses y aplacases á Dios. Bendito seas para siempre, Salvador del mundo, reconciliador de los hombres, reparador de los ángeles, restaurador de los cielos, triunfador del infierno, vencedor del demonio, autor de la vida, destruidor de la muerte, y redentor de los que están en tinieblas y sombra de muerte.

Todos, pues, los que teneis sed, venid á las aguas[3]; y los que no teneis oro ni plata, venid á recibir todos los bienes de balde. Los que deseais agua de vida, esta es aquella piedra mística, herida con la vara de Moisen en el desierto, de la cual salieron aguas en abundancia para el pue-

[1] *Libros de Oracion y Meditacion*, cap. XXIV. — [2] Gen., 3, 28. — [3] Isai., 55.

blo sediento[1]. Los que deseais paz y amistad con Dios, esta es tambien aquella piedra que roció el patriarca Jacob con óleo, y la levantó por título de amistad y paz entre Dios y los hombres[2]. Los que deseais vino para curar vuestras llagas, este es aquel racimo que se trajo de la tierra de promision á este valle de lágrimas, el cual ahora es pisado y estrujado en el lugar de la cruz para nuestro remedio[3]. Los que deseais el óleo de la divina gracia, este es aquel vaso precioso de la viuda de Eliseo lleno de óleo con que todos hemos de pagar nuestras deudas[4], y aunque el vaso parece pequeño para tantos, no mireis á la cantidad, sino á la virtud, la cual es tan grande que miéntras hubiere vaso que henchir siempre correrá la vena de este sagrado licor.

Despierta, pues, ahora, ánima mia, y comienza á pensar el misterio de esta santa cruz, por cuyo fruto se reparó el daño de aquel venenoso fruto del árbol vedado, como lo significó el esposo á la esposa en los Cantares, cuando dijo : « Debajo de un árbol te resucité, esposa, porque debajo de este árbol fué deshonrada tu madre, cuando fué engañada por la antigua serpiente[5].»

Mira, pues, cómo llegado ya el Salvador á este lugar, aquellos perversos enemigos (porque fuese mas vergonzosa su muerte), le desnudan de todas sus vestiduras hasta la túnica interior, que era toda tejida de alto abajo sin costura alguno. Mira, pues, aquí con cuánta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero, sin abrir su boca, ni hablar palabra contra los que así le trataban. Antes de muy buena voluntad consentia ser despojado de sus vestiduras, y quedar á la vergüenza desnudo, porque con ellas se cubriese mejor que con hojas de higuera la desnudez de aquellos que por el pecado habian perdido la vestidura de la inocencia y de la gracia recibidas. Dicen algunos doctores que para desnudar al Señor esta túnica le quitaron con grande crueldad la corona de espinas que tenia en la cabeza, y despues de ya desnudo se la volvieron á poner de nuevo, é hincarle otra vez las espinas por el celebro, y hacer nuevas aberturas y llagas en él, y es de creer cierto que usarian de esta crueldad los que otras muchas y muy estrañas usaron con él en todo el proceso de su pasion.

Y como la túnica estaba pegada á las llagas de los azotes, y la sangre estaba ya helada y abrazada con la misma vestidura, al tiempo que se la

[1] Exod., 27. — [2] Gen., 35.— [3] Num., 13. — [4] IV, Reg., 4. — [5] Cant., 8, Gen., 3,

desnudaron (como eran tan ajenos de piedad aquellos malvados) despegarónsela de golpe, y con tanta fuerza que le desollaron y renovaron todas las llagas de los azotes, de tal manera que el santo cuerpo quedó por todas partes abierto, y como desconcertado y hecho todo una grande llaga que por todas partes manaba sangre.

Considera pues aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras. Mira como la hermosura de los ángeles es aquí afeada, y la alteza de los cielos humillada, y la Majestad y grandeza de Dios abatida y avergonzada. Mira como aquella sangre real corre hilo á hilo por el celebro y por los cabellos, y por la barba sagrada, hasta teñir y regar la tierra. Considera el frio que padeceria aquel santo cuerpo, estando como estaba despedazado y desnudo, no solo de sus vestiduras, sino tambien de los cueros y de la piel, y con tantas puertas y ventanas de llagas abiertas por todo él. Y si estando San Pedro vestido y calzado la noche antes padecia frio[1], ¿cuánto mayor lo padeceria aquel delicadísimo cuerpo tan llagado y desnudo?

Por do parece que, aunque en todo el discurso de su vida nos dió el Salvador tan maravillosos ejemplos de desnudez y pobreza, mas en la muerte se nos dió, por un perfectísimo espejo de esta virtud, pues allí estuvo tan pobre que no tuvo sobre qué reclinar su cabeza, y para dar á entender que no habia tomado cosa del mundo, ni se le habia apegado nada de él. Conforme á este ejemplo leemos del bienaventurado San Francisco, verdadero imitador de esta pobreza de Cristo, que al tiempo que quiso espirar se desnudó de todo cuanto sobre sí tenia, y derribándose de la cama al suelo se abrazó con la tierra desnudo, para imitar en esto como fiel siervo la desnudez y pobreza del Señor. Ea pues, ánima mia, aprende tú tambien aquí á seguir á Cristo, pobre y desnudo, aprende á menospreciar todo lo que puede dar el mundo, para que merezcas abrazar al Señor desnudo con brazos desnudos, y ser unida con él por amor, que tambien esté desnudo sin mezcla de otro peregrino amor.

[1] Joann., 18.

(DE TRENTO.)

Como Moisés alzó la serpiente en el desierto, así tambien es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre.
San Juan, III, 14.

Un glorioso encomio de la cruz á la cual aludió en las citadas palabras el divino Redentor, pensó formar San Juan Damasceno, diciendo que estuvo vestida de la virtud y la sabiduría de Dios. Oid qué bellamente esplicó su pensamiento. «Segun el Apóstol, dice el Santo Doctor [1], cada uno de nosotros que ha sido bautizado en el nombre de Jesucristo, fué en virtud de su muerte regenerado á la gracia en el sacramento. Además cada uno de nosotros que ha sido bautizado ha vestido en el bautismo á Jesucristo. Y Jesucristo ¿ no es la virtud y la sabiduría de Dios? Pues del mismo modo, que en virtud de la muerte de Jesucristo, esto es, de su cruz, nos hemos vestido de Jesucristo mismo, igualmente nos hemos vestido del poder y de la sabiduría de Dios.» Así que, habiendo yo de tratar aquí de la cruz misma en honor de la invencion de la santa cruz, séame lícito no apartarme nada del bello pensamiento del citado Santo Padre, esto es, que por virtud de la cruz se comunica el poder y la sabiduría de Dios.

Queriendo probar San Pablo á los corintios que Jesucristo como advirtió el Cartusiano, es verdaderamente la virtud y sabiduría de Dios, dió por motivo, que lo que en Dios parece flaqueza y locura, es cosa mas

[1] Rom., VI, 3.

fuerte y mas sábia, que el mejor poder y la mejor sabiduría de los hombres [1]; lo cual, segun la opinion de San Atanasio, no se ha de entender solamente de la pasion de Jesucristo, de sus dolores, de sus oprobios y de su muerte, sino tambien de aquellos hombres rudos, despreciados y débiles, que fueron los primeros que llevaron la cruz en triunfo por todo el mundo animados no con otra fuerza y virtud, que la grande y eficaz que les comunicaba la cruz misma. De esta verdad nos dió un claro testimonio el Apóstol en el mismo capítulo á los corintios, donde diciendo que no habia venido á anunciarles el Evangelio, envuelto en vanas, artificiosas y altisonantes palabras [2] da esta razon : *para que no sea vana la cruz de Cristo* [3]; esto es, para que no fueran inútiles, ó no se dejasen de atribuir á la cruz los maravillosos efectos de su predicacion. Por tanto la cruz de Jesucristo era la que infundia virtud en las palabras de Pablo, y si la infundia en las palabras, ¿porqué no la habia de infundir en los demas misterios suyos apostólicos? Y si la infundia en él ¿por qué no habia de infundirla en los demás Apóstoles? Era muy conveniente que aquella cruz, que tanto les habia comunicado las penas, la pobreza y las ignominias de Jesucristo, les comunicase igualmente la virtud y sabiduría del mismo. Así, pues, figuráos á los Apóstoles en aquellos trescientos valerosos soldados de Gedeon, los cuales habiendo llegado de noche en el campo enemigo y cercádolo todo, llevando en la mano izquierda lámparas encendidas y en la derecha sonoras trompetas de guerra, gritaron : *La espada del Señor y de Gedeon* [4]; y desbarataron de un modo estraño y nunca visto el formidable ejército de los madianitas. En estos bravos campeones se figuró San Gregorio, en sus *Morales*, á los Apóstoles, y añade : Reconoced en el sonido de aquellas trompetas el sonido de la predicacion evangélica, y en aquellos vasos de barro, en que está encerrada la llama, reconoced el cuerpo débil y frágil que aprisiona el espíritu. Si con el tirano hierro de los perseguidores es atormentado y despedazado el cuerpo, veréis resplandecer inmediatamente como una lámpara el espíritu con la gloria y los milagros, triunfando así del enemigo infernal y obligándole á una vergonzosa fuga. Pero ¿y la espada? ¿aquella milagrosa y prodigiosa espada que hace tantas cosas estupendas? ¿Qué quiere significar, pregunto, esta espada? No otra cosa á mi entender que la cruz, lo cual aseguro con tanta mas confianza, que diciendo el pontífice San Leon, domó

[1] I, Cor., I, 25. — [2] Idem, 17. — [3] Idem, II. — [4] Judic., VII, 20.

al universo no con el hierro sino con el leño, vino á manifestar que la cruz en manos de los Apóstoles fué lo que suele ser la espada en manos de un valiente capitan. Y en efecto, si quereis verlo claramente, mirad á Andrés. Empuña él esta espada, y venciendo todos los grandes obstáculos que se le presentan, se introduce en la Escitia, penetra la Tracia, y gritando : La espada del Señor y de Andrés, basta esto para que el indómito escita y el fiero trace se postren á sus piés vencidos y humillados. Mirad á Tomás : empuña esta misma espada, y trasfiriéndose con ella á la India, grita : la espada del Señor y de Tomás; y no necesita valerse de otro medio para que abandone sus falsas deidades y su antiguo culto el desnudo indiano. Con esta espada va Pablo á Corinto, se adelante hasta la Grecia y pasa á Atenas, y solo con mostrarla y gritar : la espada del Señor y de Pablo, inmediatamente lo trastorna todo. El soberbio Areopago queda confundido, la pérfida Grecia se hace fiel, y la inconstante Corinto se convierte á la verdadera religion. Con esta espada acomete Juan el Asia y Matias á la Etiopia : muéstranla entrambos gritando : la espada del Señor y de Juan, la espada del Señor y de Matías; y no pudiendo resistirle el negro etiope, ni el afeminado asiático, abrazan reverentes la ley evangélica que se les anuncia, haciéndose fieles observadores de ella. Va finalmente Pedro intrépido y magnánimo á combatir á la reina del mundo, á la altiva Roma, y esclamando : la espada del Señor y de Pedro, Roma, la gran Roma abre á Pedro las puertas, recibe en triunfo la cruz y la coloca en el trono, haciendo desde allí temblar en los estrechos límites de su desmembrado imperio, al madianita infernal. ¡Oh grandes victorias de nuestra fe y de la santísima cruz! ¡cuán consolatorio y glorioso es para nosotros solo el recordaros!

Y no creais que á los Apóstoles ó á su tiempo se limitaron tan estupendos prodigios obrados por la cruz; en todos tiempos se ha comunicado por medio de ella á los fieles el poder de Dios, y para demostrarlo permitidme que en obsequio del misterio, os recuerde aquella memorable victoria del emperador Constantino. Bien sabeis que con pocos escuadrones ya intimidados y casi sublevados, se hąbia de atacar á un ejército numeroso compuesto de gente brava y aguerrida y mandada por muy valerosos capitanes, siendo general en jefe el mismo Maxencio, famoso mágico que tenia grande inteligencia con el diablo; pero entónces fué cuando para alentar las desanimadas tropas de Constantino, se vió bri-

llar en el aire el gran distintivo de la salud[1], el cual reconocido y acogido con militares aplausos de todo el campo, y pintado ó estampado majestuosamente en todas las banderas, inspiró tanto valor y tanta fortaleza á los soldados, que impacientes y seguros de vencer, presentaron la batalla al soberbio enemigo. Id pues, felices escuadrones, que al ver tremolar esa señal augusta en vuestras banderas, os anunció el triunfo y la victoria con la misma confianza que un profeta[2]. Y ¿cómo puede quedar vencido vuestro soberano que ha salido para salvar su pueblo, para salvarlo con su Cristo[3]? A la verdad del mismo modo que un rayo sobre las elevadas torres, que el aquilon sobre las selvas, ó una tempestad sobre las sazonadas mieses, se arroja Constantino sobre sus innumerables enemigos y en un momento los vence, los desbarata y los destruye; y á la manera que Faraon en el Eritreo, queda ahogado Maxencio en las aguas del Tíber. La adorable señal de la cruz no se cansó nunca de obrar cosas estupendas en beneficio del pueblo fiel.

Mas si es así, pregunto: ¿porqué no las obra tambien por los fieles de nuestros tiempos? La cruz, segun el Crisóstomo, es la esperanza de los cristianos, el consejero de los justos y el consuelo de los afligidos. Armados solo con la cruz, los mártires se presentaron alegres y animosos á los verdugos y á la muerte. Por amor únicamente de la cruz se resolvieron tantos santísimos religiosos á profesar una vida austerísima en los mas rígidos monasterios. Confiadas nada mas que en la cruz, pudieron tantas tiernas vírgenes ofrecer inmaculada al Señor la azucena de su pureza. ¿Qué mas? La cruz es escudo contra todos los asaltos, es la ley de los impíos, la delicia de los sacerdotes y el apoyo de la Iglesia. Pues, ¿porqué, vuelvo á preguntar, no muestra ser todo esto á los cristianos de nuestros tiempos? Yo os lo diré aunque deba amargar la verdad. La causa es que unos la tienen por cosa rídicula, como el gentil, y que otros se escandalizan de ella, como el judío, teniéndola en el mismo aprecio en que ellos la tuvieron. ¿Y cuál fué? ¡Ah católicos! no adoraríamos nosotros en los altares aquel sacrosanto leño, si no fuera por la admirable providencia de nuestro sapientísimo Dios; porque ya lo hicieran por costumbre, ya como es mas verósimil por odio, muerto que fué Cristo, los envidiosos y malignos judíos enterraron su cruz en un profundo hoyo, y juntamente con ella las de los dos ladrones crucificados con él. Mucho tiempo despues de haberse escondido cuidadosamente,

[1] Apoc., XII, 1. — [2] Num., XXIII, 21. — [3] Habac., III, 13.

casi se habia borrado del todo su memoria, y si vivia alguien en aquel tiempo que tuviera noticia del secreto sitio, ¿á quién lo habia de haber revelado el pérfido y obstinado hebreo? A esto se agrega que para hacerlo mas sospechoso y mas abominable á los fieles, habian erigido sobre él los judíos un infame simulacro de la impura deidad de Vénus. Pero ¿qué puede contra la sabiduría eterna la vana sabiduría del mundo? « Te dí un corazon sabio é inteligente[1], » dijo Dios á Salomon, despues de haberle infundido en un misterioso sueño la sabiduría, y lo mismo imagino yo que diria á Santa Elena despues de aquella vision celestial, en que se le declaró que habia de encontrar la santa cruz. En efecto, inmediatamente que llegó á Jerusalen, frustró los artificiosos pretestos con que se le queria ocultar el respetable arcano, llegó á descubrirlo por medios incógnitos y ocultos en la humana penetracion, hizo demoler el ara sacrílega, desenterró las cruces, las puso á la prueba de un milagro para conocerlas y distinguirlas, guiada de una luz sobrenatural, y descubierta así la cruz de Jesucristo, la espuso finalmente á la veneracion pública. ¡Leño adorable y arca de salvacion en nuestro comun naufragio! héme aquí postrado en tu presencia, y digan lo que quieran el gentil ó el hebreo, ó tal vez alguno de nuestros cristianos; yo te ofrezco rendido mis mas humildes adoraciones. Mírete el cielo, y quede atónito y asombrado; mírete la tierra y llénese de alborozo; mírete y brame y tiemble atemorizado el infierno. Y vos, gran reina, que nos habeis hallado el mas apreciable tesoro, y fuisteis no ménos sábia que aquella tan celebrada en la Escritura, que juzgaba á su pueblo al pié de una palma; vos, digo, tendreis un nombre inmortal en los fastos de la Iglesia; y miéntras que permanezca el testamento eterno de Jesucristo, os tendrá el pueblo fiel por venturosa sobre todas y os dará las mas sínceras gracias. Mas ¡oh cuántos cristianos hay, que avergonzándose de la cruz, la ocultan cuidadosamente y no osan mostrarse como secuaces suyos! ¡cuántos que quieren unirla con otras cruces, y procuran llevar á un mismo tiempo la cruz de Cristo y la del mundo! ¡cuántos que han llegado hasta á hollarla y despreciarla enteramente, erigiendo sobre ella abominables ídolos, como el ídolo soberbio de la ambicion, el ídolo impúdico de la carne, el ídolo avaro del interés, el ídolo vengativo del honor, y así de otros muchos! Y ¿cómo este árbol de vida, tan mal cultivado, aunque en un terreno regado por los sudores y la sangre de un Dios, ha de producir aquellos

[1] III, Reg., III, 12.

frutos que produjo felizmente en otras tierras ménos feraces, pero mejor cultivadas? A tierra, á tierra esos ídolos, y entónces se verá á la santa cruz obrar y repetir en todas partes sus antiguos prodigios; entónces se nos comunicará por medio de ella la virtud y sabiduría de Dios, para que no temamos ni los fraudes ni las fuerzas de nuestro espantoso enemigo; entónces se santificará el cristianismo, se ilustrará la Iglesia, se humillará el infierno y se poblará cada vez mas el cielo.

(DE SANTA TERESA DE JESUS.)

Anda siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada cosa y ocasion.

La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre.

Entre muchos siempre hablar poco.

Nunca porfiar mucho, especial en cosas que va poco.

Hablar á todos con alegría moderada.

De ninguna cosa hacer burlas.

Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á nuestro Señor, para que no hable cosas que le desagrade.

Jamás escusarte sino en muy probable causa.

Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho; y entónces sea con humildad, y con consideracion, que aquellos dones son de la mano de Dios.

Nunca afirme cosa sin saberlo primero.

Jamás de nadie oigas, ni digas mal, sino de ti mesma; y cuando holgares de esto vas bien aprovechando.

Siempre te imagina sierva de todos, y en todos considera á Cristo Nuestro Señor, y así le tendrás respeto y reverencia.

No pienses faltas agenas, sino las virtudes y tus propias faltas.

Despegue el corazon de todas las cosas, y busque, y hallará Dios.

Jamás hagas cosa que no puedas hacer delante de todos.

No hagas comparacion de uno á otro, porque es cosa odiosa.

En cosas que no le va, ni le viene, no sea curiosa en hablarlas, ni preguntarlas.

Tenga presente la vida pasada, para llorarla, y la tibieza presente, y lo que le falta para andar de aquí al cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

Jamás deje de humillarse y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas.

Ofrezca todas las cosas al Padre Eterno, juntamente con los méritos de su Hijo Jesucristo.

Nunca siendo superior reprenda á nadie con ira, sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprehension.

Ejercitarse mucho en el temor del Señor, que trae al alma compungida y humillada.

Mirad bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirse bien de Dios, que no se muda.

Nunca reprender á nadie sin discrecion, y humildad y confusion de sí mesma.

Acomodarse á la complexion de aquel con quien trata: con el alegre, alegre; y con el triste, triste: en fin hacerse todo á todos, para ganarlos á todos.

Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderacion decir lo que siente.

En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios y sabiduría, y en todas le alabe.

Use siempre á hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma.

Hagan actos de todas las demas virtudes.

Tu deseo sea de ver á Dios: tu temor, si le has de perder: tu dolor, que no le gozas: y tu gozo, de lo que te puede llevar allá: y vivirás con gran paz.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AT STATIO

UNDÉCIMA ESTACION

UNDÉCIMA ESTACION

JESUS CLAVADO EN LA CRUZ

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

CONSIDERA, alma mia, como fué Jesus inhumanamente arrojado sobre la cruz para ser clavado, y que estendiendo sus manos ofreció al eterno Padre el sacrificio de su vida por nuestra salvacion. Los desapiadados verdugos le clavaron y levantaron en la cruz, en donde abandonaron la víctima para que en ella muriese lentamente de dolor.

¡Oh Jesus mio tratado con tanta ignominia! clavad á vuestros piés este contrito corazon que os ofrezco, para que nunca mas pueda separarme de vos, sino que unido á vos os ame de

todo corazon. Sí, Jesus mio, os amo mas que á mí mismo, y me arrepiento de haberos ofendido : no permitais que vuelva á ofenderos. Haced que os ame siempre, y disponed de mí como fuere de vuestro agrado.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

SOBRE JESUCRISTO CLAVADO EN LA CRUZ[1].

Lo que dijo San Pablo del Evangelio, se debe decir tambien de los misterios de los dolores de Jesus, que es la parte mas esencial del Evangelio. Jamás el Señor manifestó de un modo mas claro y evidente su divina misericordia, que cuando entregó á su Hijo por nosotros, en un tiempo en que éramos enemigos suyos y que consentíamos en serlo para siempre. Jamás llevó su bondad á tal esceso, y todo cuanto la fe mas perfecta sea capaz de concebir hoy, es muy inferior á semejante amor.

Pero nunca tampoco estalló de un modo mas sorprendente y terrible la severidad de un Dios que se llama en las Escrituras *fuego consumidor y Dios celoso*, que cuando exijió de su único Hijo todo lo que las Escrituras nos dicen que padeció. El diluvio que ahogó á todos los hombres, y el fuego que consumió á las ciudades criminales, no son mas que una débil imágen de una justicia tan inexorable, y de una santidad tan irreconciliable con el pecador.

¿Quién de nosotros se habria podido imaginar, antes del cumplimiento del misterio de los dolores de Jesucristo, y aun despues que se cumplió y que fué anunciado á todo el universo, quién de nosotros habria podido comprender lo que era la santidad de Dios, y cómo su justicia no podia verse satisfecha, sino con los oprobios y dolores de su propio Hijo cuya historia nos hace estremecer? ¿Qué se puede añadir á la dignidad de un Hijo igual á su Padre en todas las cosas, y Dios lo mismo que él?

[1] *Devocion á los dolores y á la cruz de N. S. Jesucristo.*—Paris.—MDCCCXI.—[2]Deut., IV, 24.

¿Hay por ventura nada mas digno de admiracion y que fuese mas adecuado para dar nuevo realce y brillo á su inocencia, que la caridad que le llevó hasta el estremo de cargar con el grave peso de nuestros pecados? ¿Y estos pecados cuya carga lleva, acaso pueden penetrar hasta su conciencia? ¿No le son completamente estraños? Por último, si es preciso que por su parte se humille, ¿no es lo suficiente que llegue á tomar la forma de esclavo, volviéndose nuestro semejante? Una vida pobre, pasada en parte en la oscuridad, y despues agitada por tantas persecuciones, ¿no es bastante para detener la justicia de un Padre? ¿Debe añadirse á la agonía del huerto, á los azotes, á los inauditos oprobios que padeció Jesus en casa del príncipe de los sacerdotes y en el pretorio, la crucifixion y la muerte? ¿Es necesario que el Padre permanezca sumergido en un inexorable silencio, hasta que todo quede consumado, y que no permita que la naturaleza entera se conmueva, sino despues que la víctima ha espirado en la ignominia mas acerba y afrentosa?

Sí, cristiano, todo eso fué necesario, y todo fué exigido con tanta severidad que ninguna de las circunstancias vaticinada por los profetas quedó omitida, y no por la razon de que fué vaticinada, sino para satisfacer á la soberana justicia, á cuyo beneficio supieron los profetas que no quedaria satisfecha sino por aquel medio. « Así está escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese [1] » decia el Hijo de Dios hablando de sí mismo á los discípulos despues de su resurreccion. Todo estaba predicho.

Jesucristo está pues crucificado, pero en medio de un horroroso abismo de padecimientos, rodeado de la envidia, el odio, la calumnia y el furor de los judíos. El mismo compara en sus profetas la conspiracion universal contra su vida « al ardor de un fuego cuando se ceba en los espinos [2], » y mas adelante pinta así su suplicio : « Como el gruesso terron se desmenuza sobre la tierra, así han sido desunidos mis huesos cerca del sepulcro [3].» En otro paso nos pinta á sus enemigos como leones robadores y rugientes que le cercan por todas partes y se lanzan sobre él para devorarle. En el mismo Salmo añade hablando de sus padecimientos y dolores : « Horadaron mis manos y mis piés : contaron todos mis huesos, y ellos me estuvieron considerando y mirando cruelmente ; y se repartieron mis vestiduras y sobre mi ropa echaron suerte [4].» Todo,

[1] Luc., XXIV, 26, 46. — [2] Psalm. 117. — [3] Idem, 140. — [4] Idem, 21.

repetimos, se habia predicho, y todo debia cumplirse como estaba anunciado.

El pecador no conoce á Dios, ni su justicia, ni sus irrevocables decretos; y no pudo juzgar como es debido sus propias iniquidades, porque es injusto y ama la injusticia. La santidad de Dios está oculta á sus ojos: vive en las tinieblas, y á veces sosegado y contento porque no tiene á la vista la regla soberana de sus deberes; cree que Dios escusa lo que se perdona él á sí mismo, porque se formó una idea de Dios propia de un hombre débil que no hace caso de la iniquidad, que desprecia los mandamientos practicando el mal en la tierra.

Así nos tranquilizamos nosotros mismos con la muchedumbre de pecadores que se hallan en la propia situacion, comparando nuestras faltas con las de las personas que juzgamos mas criminales que nosotros, recordando las circunstancias que pueden atenuarlas á nuestros propios ojos. Solo el suplicio nos sorprende, pareciéndonos escesivo en tanto que consideramos nuestros pecados como una cosa muy comun y ordinaria.

Pero todas esas falsas preocupaciones se desvanecen cuando consideramos á Jesucristo entregado por su mismo Padre, porque en él se descubre la sombra del pecador, cuando le vemos caido en tierra y crucificado.

¿Qué somos nosotros en los altos designios del Criador? ¿Qué puesto ocupamos en las miras eternas? Si por nuestra naturaleza somos inferiores á los ángeles, ¿qué son pues los ángeles, y qué somos nosotros? ¿Qué es un ser pensador y racional consagrado enteramente á Dios? Ahora comprendo las palabras de San Pablo cuando dice, que ningun oido oyó jamás, que ningun ojo vió nunca, y que el espíritu del hombre no podia imaginar los bienes que Jesucristo tiene prometidos á sus elegidos. Seres por los cuales el Hijo de Dios abandonó el seno de su Padre, seres á cuya naturaleza se dignó unirse el Hijo de Dios, para ser su redentor y su víctima ante la justicia de su Padre, seres rescatados á tan alto precio, son sin duda ninguna superiores á todos los mundos materiales, y nada puede compararse en las maravillas del Todopoderoso al hombre justo, sino las inteligencias celestiales, ó el Hombre-Dios.

Nada es mas propio para darnos una idea de la misericordia del cielo sobre el hombre en general y sobre cada uno de nosotros en parti-

cular, que la vida del Hombre-Dios, clavado en la cruz, para sufrir en ella la pena del pecado.

Jesucristo clavado en la cruz nos prueba la existencia del cielo para el hombre justo, y nos prueba tambien la existencia del infierno para el malvado.

Medítese bien ese pensamiento.

¿Qué es pues el pecado ante la eterna justicia, si la eterna misericordia no puede perdonarle mas que á costa de la sangre del Hijo de Dios, clavado vivo en una cruz? Haced, Jesus mio, que ese espectáculo me llene á un tiempo de gratitud, de amor y de temor, que me penetre mas y mas del odio del pecado, que me ofrezca sin cesar la medida de los castigos que le están reservados, así como la de las recompensas que conquistasteis para la virtud, por los méritos de vuestra cruz sagrada.

(DE FRAY DIEGO DE ESTELLA.)

I.

DE LA MUESTRA DE AMOR QUE NOS DIÓ EL SALVADOR EN SU MUERTE.

« Pues salid ahora, hijas de Sion, salid, ánimas devotas de Jesucristo, y veréis al rey Salomon con la guirnalda que le corona su madre en el dia de su desposorio, y en el dia de la alegría de su corazon[2]. » No hallo, Señor, otra guirnalda, sino la que hizo tu madre la Sinagoga en el viérnes de la cruz, no de hojas ni flores, sino de crueles espinas, para atormentàr tu sagrada cabeza. Pues ¿cómo se llama este dia de fiesta, y alegría de tu corazon? ¿Por ventura esas espinas no te lastiman? Mas lastiman á ti que á ninguno de los hombres, porque tu delicadeza era mayor : mas por la grandeza del amor que nos tenias, no mirabas á tu dolor, sino á nuestro remedio, no á tus llagas, sino á la medicina de nuestras almas enfermas. Si al patriarca Jacob los muchos años del trabajoso servicio le parecian pocos dias por casar con Raquel[3], á causa del grande amor que le tenia, ¿qué te parecerán á ti tres horas de cruz, y un dia de pasion, por desposarte con la Iglesia, y hacerla tan hermosa que no le quede mácula ni ruga? Este amor te hace morir tan de buena gana, este te embriagó de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado en una cruz, hecho escarnio y oprobio del mundo. Tú eres aquel Noé que plantaste una viña, y bebiste del vino de ella con tanta abundancia[4], que embria-

[1] *Meditaciones devotísimas*, XVII, 18, 22, 23, 24, 25.—[2] Cant., 3. —[3] Gen., 29. —[4] Idem., 7.

gado de aqueste poderoso vino de amor caiste dormido en la cruz, y padeciste tales deshonras en ella, que tus mismos hijos se escandalizaron y hicieron burla de ti. ¡Oh maravilloso amor, que á tal estremo descendiste, y estraña ceguedad de los hombres, que tomaron ocasion para descreerte donde la habian de tomar para mas amarte! Dime, oh dulcísimo amor, si sola esta centella que nos mostraste acá de fuera fué tan espantable á los hombres, que ha sido escándalo á los judíos, y locura á los gentiles [1], ¿qué hicieran si les dieras alguna otra muestra que declarara toda la grandeza de este amor tuyo, pues si sola esta muestra, que es menor que el amor que nos tienes, hace á los hombres malos salir de sus sentidos, y perder la vista en medio del resplandor de la luz, ¿qué harán tus hermanos, hijos y amigos, que tan creido tienen, y tan conocido, á cuanto mas se estiende tu amor? Esto es lo que les hace salir de sí, y quedar atónitos cuando recogidos en el secreto de su corazon les descubres estos secretos, y se los das á entender y sentir. De aquí nace el deshacerse, y abrasarte sus entrañas: de aquí el desear los martirios: de aquí el holgarse con las tribulaciones: de aquí sentir refugio en las parrillas, y pasearse sobre las brasas encendidas: de aquí el desear los tormentos, como convites, y holgarse con lo que todo el mundo teme abrazar, lo que el mundo aborrece: buscar las abominaciones de Egipto, para sacrificar el ánima á Dios. El ánima que está desposada contigo, Redentor del mundo, y voluntariamente se junta contigo en el tálamo de la cruz, ninguna cosa tiene por mas gloria que traer consigo las injurias del crucificado. Pues ¿cómo te pagaré yo, amor mio, este amor? Esta sola es digna de recompensacion, cuando la sangre se recompensa con sangre. Aquella sangre que Moisen celebró en la amistad con Dios á su pueblo confederándole, y haciendo pacto con él [2], la cual era figura de esta, parte se derramó sobre el altar, y parte sobre el pueblo; la que caía sobre el altar era para aplacar á Dios, y la que caía sobre las cabezas del pueblo para obligar á los hombres. Dulcísimo Señor, yo conozco esta obligacion, no permitas que yo salga de ella, véame yo con esa sangre teñido, y en esa cruz enclavado. ¡Oh cruz, hazme lugar, y recibe en ti mi cuerpo, y deja al de mi Señor! Ensánchate, corona, para que pueda yo meter mi cabeza: dejad, clavos, esas manos inocentes, y atravesad mi corazon, y llagadlo de compasion y amor. Por amor de esto dice tu santo Apóstol: « Moriste para enseñorearte de vivos y muertos, no con amenazas ni castigos, sino con obras de amor [3]. » Cuéntame, entre los que mandares, por

[1] Cor., 1. — [2] Exod., 24. — [3] Rom., 4.

vivo ó por muerto, y véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor. ¡Oh cuán maravillosa y escelente manera de pelear has escogido, Señor, porque ya no con diluvio, ni con fuego del cielo, sino con halagos de paz y de amor has conquistado los hombres, no matando, sino muriendo, no derramando sangre agena, sino dando la tuya propia por nosotros en la cruz! ¡Oh maravillosa y nueva virtud, pues lo que no hicistes desde el cielo servido de ángeles, hiciste desde la cruz acompañado de ladrones! Tantas son las bocas de fuego que me dicen que te ame, cuantas llagas veo que tienes por mi amor en este tu Sagrado Cuerpo : cada herida de esas es una lengua, que me da voces que te ame. Bien será, ánima mia, que te ocupes en amar al que en todo tiempo y lugar con tan grande amor se ejercitó en buscarte. ¡Oh grandeza de Amor Divino, inflama todo mi corazon, para que todo se emplee en ti, no hallando lugar en mí otro adúltero amor! Paraiso de deleites de Dios, y templo de paz de nuestra ánima, recíbenos, fugitivos y peregrinos en este valle de miserias.

II.

CÓMO LA CRUZ DE CRISTO ENCIENDE NUESTRAS ALMAS EN AMOR.

¡Oh robador de corazones, roba, Señor, este mio, pues en la Escritura tienes nombre de robador, apresurado y violento[1]! ¿Qué espada será tan fuerte? ¿Qué arco tan recio y bien flechado, que pueda penetrar un fino diamante? La fuerza de tu amor ha despedazado infinitos diamantes. Tú has quebrantado la dureza de nuestros corazones, tú has inflamado á todo el mundo con tu amor, como tú dijiste por un profeta : « Con el fuego de mi amor será abrasada toda la tierra[2], » y en tu Evangelio dijiste: « Fuego vine á poner en la tierra, y ¿qué quiero yo, sino que arda[3]? » Bien habia entendido la virtud de esta venida y valor de este fuego aquel santo profeta que daba voces diciendo : « ¡Ojalá rasgases ya los cielos, y vinieses, y las aguas arderian con fuego[4]! » ¡Oh dulce fuego, oh dulce llama, que así enciendes los corazones helados mas que nieve, y los conviertes en amor! Esta es la causa de tu venida, traer este fuego desde el

[1] Isai., 8. — [2] Soph., 3 — [3] Luc., 12. — [4] Isai., 64.

cielo, y henchir al mundo de amor, como lo dijo el profeta : « Visitáste la tierra, y embriagástela de amor[1]. » ¡Oh amantísimo, suavísimo, hermosísimo y clementísimo Señor, embriaga nuestros corazones con este vino, abrásalos con ese fuego, y hiérelos con esa saeta de tu Amor! ¿Qué le falta á esa tu cruz para ser una espiritual ballesta, pues así hiere los corazones? El madero, la figura, el misterio, las heridas de tu cuerpo, y sobre todo el amor interior me da voces que te ame, y que nunca te olvide. ¿Pues cómo me olvidaré de ti? Si me olvidare de ti, oh buen Jesus, sea echado en olvido de mi mano derecha. Péguese mi lengua á los paladares, si no me acordare de ti, y si no te pusiere en principio de mis alegrías. Cata aquí pues, ánima mia, declarada la causa del amor que Cristo te tiene, porque no nace este amor de mirar lo que hay en el hombre, sino del Amor Divino, y deseo que tiene de hacer su santa voluntad. Pues por este mismo camino podrás entender de donde provienen tantos beneficios y promesas, como Dios tiene hechas al hombre, porque de aquí se esfuerce tu esperanza viendo sobre cuán firmes fundamentos está fundada, y como la causa porque Cristo amó al hombre no es el hombre, sino Dios, así tambien el modo, porque Dios tiene prometido tantos beneficios al hombre, no es el hombre, sino Cristo. La causa porque el Hijo nos ama es porque se lo manda su Padre, y la causa porque nos favorece el Padre, es porque se lo pide y merece el Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales planetas, por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la gloria, y se envian todas las influencias de gracias al mundo. ¿Ves cuán firmes son los estribos de amor? No lo son ménos los de nuestra esperanza. Tú nos amas, Redentor nuestro, porque tu Padre te lo manda, y tu Padre nos perdona, porque tú se lo suplicas. De mirar tú su corazon y voluntad resulta que me ames á mí, porque así lo pide tu obediencia, y de mirar él tus pasiones y heridas procede mi perdon y salud, porque así lo piden tus méritos. Miraos siempre, Padre y Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡Oh vista de soberana virtud, oh aspecto de sobrecelestiales planetas, de donde proceden los rayos de la Divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? pues si el Hijo obedece yo seré amado, y si el Padre mira yo seré perdonado. A un suspiro que dió aquella doncella llamada Axa ánte su padre Caleb, le dió el padre piadoso todo cuanto le pidió[2]. ¿Pues qué podrá negar tal Padre á los suspiros y lágrimas de tal Hijo? ¿Cuándo, Redentor mio, olerá tan mal el

[1] Psalm. 64.—[2] Josué, 15.

cieno de mis pecados que no huela mas suavemente el sacrificio de tu pasion? Es tan grande la hermosura de tu pasion sagrada, que todos los pecados del mundo juntos no son mas parte para afearla que un lunarico muy pequeño en un rostro de grande hermosura y lindeza. Pues, oh ánima flaca y desconfiada, que en tus angustias no sabes confiar en Dios, ¿por qué te acobardan tus culpas, y la falta de tus merecimientos? Mira que este negocio no estriba en ti, sino en Cristo: porque si el demérito del primer hombre terreno fué principio de tu caida, el mérito del segundo celestial fué principio y fin de tu remedio. Trabaja por estar unida con este por fe y amor, así como lo estás con el otro por vínculo de parentesco: porque si lo estuvieres, así como por el parentesco participas la culpa del trasgresor, así por el deudo espiritual comunicarás la gracia de Cristo. Si con él estuvieres de esta manera unida, cree cierto que lo que fuere de él será de ti, y lo que fuere del Padre será de los hijos, y lo que fuere de la cabeza eso será de los miembros, y, como dice el Evangelio, « donde estuviere el cuerpo allí se juntarán las águilas[1]. » Esto es lo que en figura de este misterio dijo el rey David á un hombre temeroso y turbado: « Júntate conmigo, que lo que será de mí será de ti, y conmigo serás guardado[2]. » No mires á tus fuerzas, que te harán desmayar, sino mira á este tu remediador, y tomarás esfuerzo. Si pasando el rio se te desvanece la cabeza, mirando las aguas que corren, levanta los ojos en alto, y mira los merecimientos del crucificado, y pasarás segura. Si crees de veras que el Padre te dió á su Hijo, cree tambien que te dará lo demas: pues todo es ménos. No pienses, ánima mia, que porque subió á los cielos te tiene olvidada: pues no se pueden compadecer en uno amor y olvido. La mejor prenda te dejó, cuando subió allá, que fué el palio de su carne preciosa, en memoria de su pasion y amor. Mira que no solamente viviendo padeció por ti, mas aun despues de muerto recibió la mayor de sus heridas, que fué la lanzada en el costado, para que sepas que en vida y en muerte te es amigo verdadero, y para que entiendas tambien por aquí que cuando dijo al tiempo del espirar: « Acabado es[3], » que aunque se acabaron sus dolores, no se acabó su amor. « Jesucristo, dice San Pablo, ayer fué, y hoy es tambien, y será en todos los siglos: porque cual fué en este siglo miéntras vivió para los que le querian, es ahora y será para siempre para todos los que le buscaren[4]. »

[1] Math., 24. — [2] I, Reg., 22. — [3] Math., 27. — [4] Hebr., 13.

III.

DEL BENEFICIO QUE NOS HIZO DIOS EN DARNOS A SU HIJO.

Entre los innumerables beneficios que de tus magníficas manos recibimos, Dios nuestro y Señor, el que tiene el primado, y donde mas claramente mostraste el inmenso amor que nos tienes, es en darnos á tu Unigénito Hijo. Porque, como dice tu santo Apóstol, « el que nos dió á su Hijo, ¿cómo con él no nos dará todas las otras cosas[1] ? » ¿Cómo nos negará lo que le pidiéremos el que tan liberalmente se dió á sí mismo, y con él todos los bienes? y si los beneficios recibidos obligan á amar al bienhechor, comenzando á contar las mercedes á mí hechas (si es posible contarse lo que no tiene cuento ni número), comenzaré á considerar lo mucho que me diste por ser amado de mí, pues diste á ti mismo por mí, procediendo este don de puro amor, segun aquello que tú mismo dijiste á Nicodemo : « Tanto amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo[2]. » Este es el Sumo Bien, infinito Bien, y Divinísimo que nos quisiste, dándonos á tu Hijo en testimonio y muestra del inefable amor con que nos amas. El medio y la fuente manantial de infinitas gracias fué la encarnacion de tu Hijo Nuestro Señor Jesucristo, ordenando que se hiciese hombre en nuestra carne mortal y pasible. Esta leccion tengo yo de leer con aquellos ojos, y con aquella consideracion, que Moisen vió la zarza llena de fuego, en la cual se dibujó la obra de este misterio[3] : porque así como se mostró el fuego entre las espinas de la zarza sin quemarla ni consumirla, así ayuntaste á la Divina Persona de tu Hijo nuestra humanidad sin consumirla, donde ardia el fuego de tu infinito amor. En fuego fué tambien manifestada esta admirable obra á Ezequiel ; porque en medio del fuego vió una figura de eletro[4], que es oro finísimo de veinte quilates, por la gloria y escelencia de nuestra humanidad, la cual resplandeció con maravillosas virtudes y milagros, y fué ensalzada sobre todo lo criado. En fuego, y en medio de él, se manifiesta este misterio : porque mana esta Divina obra de aquel Divino Fuego del Amor, que nos

[1] Rom., 8. — [2] Joann., 3. — [3] Exod., 3. — [4] Ezec., 1.

tuviste, y así la tengo de considerar, y tengo de llegar á ella, como á fuego para recibir calor de Divino Amor, que venza la frialdad de mi corazon. Cuanto voy mas adentro de esta leccion, tanto mas me voy acercando al fuego, por lo cual mas debria crecer tu Santo Amor en mi pecho, para arder en vivas llamas de fuego de amor. Aquí descansará y parará mi corazon sin pasar adelante, sacando riquezas divinas, hasta llegar al fin de mis deseos. La primera brasa de amor que aquí se me da, es ver el tiempo en que se prometió al hombre esta merced, y el fin porque se le concede. Entre otras muchas revelaciones hechas á los santos profetas, que declaraban que nos habias tú, Señor, de dar á tu Unigénito Hijo, una de las mas principales es aquella que dijo Isaías cuando fué al rey Acaz[1]. Fué puesto en grande angustia aquel impiísimo rey, y á punto de ser destruida Jerusalen, y queriendo tú librarle, enviástele al profeta Isaías con embajada de tanto bien, y para que estuviese seguro de la promesa Divina, dióle el profeta eleccion que escogiese cualquier señal en el cielo, ó en la tierra, la cual cumplida conociese que verdaderamente lo librarias, así como el profeta se lo decia, y perdiese todo el miedo que tenia. Entendió el mal rey que se pidiese algun milagro en el cielo, como que se detuviese el sol, ó volviese atrás, ó en los infiernos, como que resucitasen algunos muertos, ó se abriese la tierra, que seria Dios glorificado, y se convertiria á él su pueblo, y le adorarian, como á verdadero Señor, y no queriendo esto, mas procurando estorbarlo, quiso quedarse en su temor y peligro, y no pedir señal alguna, ni milagro. Levantó entónces Isaías su voz, y lleno del zelo de la honra de Dios dijo : « En pocó teneis ser enojosos á los siervos de Dios, dándoles cárceles, tormentos y muertos, ¿y no bastaba esto, sino que tambien á Dios en su propia persona y honra habeis de ser enemigos y contrarios, estorbando el testimonio de su Divinidad? Por esto os dará el Señor una señal, en que se glorificará y magnificará mucho mas de lo que este pueblo le podia dar de honra y alabanza, convirtiéndose á él. *Ecce :* Atended, y mirad, que una vírgen concebirá, y parirá un Hijo, que se llamará Emanuel, que quiere decir Dios con nosotros. » ¡Oh admirable palabra esta que dice por lo cual! ¿Qué es esto por lo cual? ¿Porqué se ha de hacer Dios hombre? Porque el hombre no quiere su honra y gloria, y procura de estorbarla aun con peligro de su vida. Por amor de esto le quieres tú, mi Dios, dar el mayor de los dones, y hacerle la mayor que pudo el hombre

[1] Isai., 7.

recibir, conviene á saber, dándole á tu Unigénito Hijo, hecho Hombre verdadero. ¿De dónde procede, Señor, esta gran magnificencia que usas con el mundo, sino de aquella infinita caridad y amor tuyo, pues el mayor de los dones se promete y declara en tanta fealdad de culpa? ¿Qué fuera razon que dijera el profeta, despues de haber querido el hombre embarazar y estorbar la honra de Dios? Por cierto muy justo fuera que mandára que se abriera la tierra, y descendieran vivos al infierno los obradores de tanta maldad, y no se hace esto, mas promete que se abrirán los cielos, y que descenderá Dios vivo en la tierra, y se hará verdadero Hombre. De manera que si consideras, ánima mia, la Encarnacion de tu Esposo Jesucristo, revelada por Isaías, y la contemplas tambien en aquel primero punto que el primer hombre ofende á su Criador, hallarla has siempre en medio del fuego de amor. Ofende Adan á la Divina Majestad, y nosotros con él[1] : estórbase la honra, y gloria divina, que tanto se habia de magnificar en la vida de los hombres, y su traslacion al paraíso de su reino, sin que muriéramos. Entónces no trata Dios de nuestra condenacion, mas visto que se estorba el consejo de su amor acerca de los que se habian de salvar, ofrece el Padre Eterno á su Hijo. Considera que dice Dios Padre en el punto que peca Adan : Pues se pone estorbo á la gloria de los mios que tanto amo, yo ofrezco á mi Hijo Unigénito para que muera, y pague este pecado, y todos los demas. Habia de hacerse hombre, como convenia á la honra del Unigénito del Padre, inmortal y impasible, mas yo le doy, para que vaya en forma de siervo, semejante á la que sus hermanos tienen, para que muera y sean salvos.

IV.

DEL AMOR QUE DIOS NOS TUVO DANDONOS A SU HIJO.

Queriendo declarar al mundo el grande amor que nos tuviste, oh clementísimo y piadoso Señor, escribe tu Evangelista San Juan que tanto le amaste que le diste á tu Unigénito Hijo[2]. La causa de haber hecho al mundo tan singular merced, no fué otra sino el grande amor que le tu-

[1] Gen., 3. — [2] Joann., 3.

viste, pues el amor hizo que le dieses á tu Hijo. Si miramos quien ama, hallaremos que dice que eres tú, mi Dios, y á quien amas es al mundo, y lo que le das en testimonio del amor que le tienes es á tu Unigénito Hijo. El que ama eres tú, Señor, que eres Dios, Sumo Bien, Bondad infinita, incomprehensible, inefable y omnipotente, cuyo centro está en todo lugar, y la circunferencia ó fin en ninguna parte. Pues tú, Señor, que eres sin principio y sin fin, que no procedes de nadie, y de quien todas las cosas dependen y reciben su ser, amas al mundo. Si dijera el Evangelista que amabas á los ángeles no fuera mucho, pues de ellos dice el profeta que son tus ministros y siervos, que hacen tu voluntad[1]. Si dijera que amas á los varones justos, pues guardan tus mandamientos, no nos maravilláramos de ello; pero pone grande admiracion que pongas tus ojos en el mundo rebelde, trasgresor de tus preceptos, y que ames al mundo, traspasador de tus divinos mandamientos, pues el que ama es Dios, y el amado es el mundo. Mirad la diferencia y desigualdad que hay del uno al otro, de Dios al mundo, y del mundo á Dios. Tanto te allanaste, Señor, en poner tu amor en tu criatura, que fuera de ser desiguales en cualidad de nobleza (y por esto no merecedora de este amor), era por otra parte indigna de él por ser mala por su culpa. Porque quien dice mundo dice flaqueza y pecado, y esto significa en la Escritura mundo, y quien dice pecado dice pecadores, y quien dice pecadores, dice enemigos de Dios, y quien dice enemigos de Dios dice dignos del infierno, y así aunque aborrece los pecados ama á los pecadores. ¡Oh estraño y estupendo caso de amor, que ame Dios, siendo quien es, al mundo tal cual es! Pues siendo tú, mi Dios, tal, y tan grande, es tanta tu bondad, que no te desprecias de amar al mundo perdido, y de darle á tu Unigénito Hijo en señal del inmenso amor que le tienes. Esto sentia tu Santo Apóstol, cuando dijo, escribiendo á los romanos[2]: « Engrandece Dios su caridad, pues siendo pecadores quiso morir por nosotros. » Engrandeces tu amor en amar á los hombres, y no tanto en esto cuanto en amarlos, y morir por ellos, siendo pecadores y enemigos suyos. Tanto nos quiso Dios, siendo nosotros sus enemigos, que entregó á su Hijo á la muerte por nuestra redencion y rescate. Si miramos la cuantidad de este amor no se puede decir : « Tanto, dice San Juan, amó Dios al mundo. » ¿Qué tanto? no hay quien decir pueda el cuanto de este tanto. Inefable es por cierto la cuantidad de este amor, y así no tuvo palabras para decirlo, por ser sin término ni medida.

[1] Psalm. 102. — [2] Rom., 5.

Cuando alguna cosa es tan grande que no se puede dar á entender con palabras, acostumbra la Escritura decirla por esta palabra así. El grande dolor que la Vírgen Sagrada pasó en los tres dias que perdió á su Unigénito Hijo, manifestó por esta palabra, así cuando dijo : « Hijo, ¿porqué lo hiciste con nosotros así[1]? » El cansancio que el Señor tenia, cuando fatigado del camino se sentó en la fuente cerca de Siquen, y vino á él aquella mujer samaritana, escribió el Evangelista, diciendo : « Fatigado del camino sentóse así junto de la fuente[2]. » A la grande virtud Divina, que mostró el Redentor cuando en la cruz con grande voz dió el alma, esplicó San Marcos, diciendo : « Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios[3] » ¡Oh amor mayor que el cielo ni la tierra, ni que cuanto Dios tiene criado, pues todo es cifra en comparacion de este amor! Aquel amor soberano, aquel piélago infinito, y profundísimo mar de amor con que nos amaste, incluyó el Evangelista en esta palabra así : « Así lo amó, tanto le amó, y tanto lo quiso, » que no hay quien diga la cuantidad de este amor, porque así lo amó que ninguno puede decir ni imaginar la grandeza de este amor, y para declarar el Evangelista el amor grande que tú, mi Dios, tuviste al mundo, mide el amor con el don que nos hiciste, el cual fué tan grande que no hay peso ni medida que lo pueda pesar ni medir. Dístenos á tu Unigénito Hijo. Este don es igual contigo, y tus deleites, y sustancia, y ser, bondad y riquezas tuyas, y tan grande fué el don que fué el mismo Dios. Tan grande pues fué el amor como el don. Amaste, Señor, al mundo con amor que era Dios. Amasnos, Señor, como á tu Unigénito Hijo, pues nos le diste por amor ¿Quién pues es el hombre para que tanto le ames? ¿Qué cosa es el hombre, pues tanto lo engrandeces y pones cerca de tu corazon? Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo, y semejante á vanidad, y con todo esto aun no acaba el mísero hombre de ofender á su Dios, siendo Dios quien es, y él quien veis. Porque no pensase alguno que nos amabas con solo el corazon, y con solas palabras, mostró el Evangelista el infinito amor que nos tenias, diciendo que diste á tu Unigénito Hijo al mundo. Hiciste por el mundo todo cuanto pudiste hacer, y dístele cuanto le pudiste dar. Muchos servicios te hizo Abrahan, pues dejó su tierra y parientes[4], y como dice tu Apóstol[5], creyó con esperanza, y contra esperanza, que podia concebir Sara; pero con todo esto cuando ofreció á su hijo en sacrificio, así le agradeciste este servicio que parecias olvidarte de los pasados, y le

[1] Luc., 2. — [2] Joann., 4. — [3] Marc., 13. — [4] Gen., 12. — [5] Galat., 3.

dijiste : « Ahora conozco que temes á Dios, pues no perdonaste á tu Hijo Unigénito por amor de mí [1]. » Muy bien te habia servido Abrahan antes de ahora; pero ahora dices que conoces su bondad, pues puso al degolladero á su Unigénito Hijo por amor de ti : porque todo lo pasado no llegó á tan grande testimonio de amor, como entregar á su hijo á la muerte por ti. ¡Oh amador de nuestras almas, Dios mio, y dulzura de mi vida, que ahora, mi Dios, conozco lo mucho que me amas, pues no perdonaste á tu Unigénito Hijo por amor de mí! Considera pues, ánima mia, si son estas verdaderas señales y muy ciertas prendas del amor infinito que tu Dios te tiene. ¡Oh largueza y liberalidad de Dios, pues un Hijo que tenia, y ese tan querido, lo da Dios al mundo, y no lo da prestado, sino dado! Así dijo el profeta Isaías, hablando del tiempo en que nos fué dado en su Nacimiento : « Un niño nos es nacido, y un Hijo nos es dado, y en la muerte se dió á Dios al hombre, para que haga de él al hombre lo que quisiere [2]. » Esto es lo que dijo San Lucas, que el presidente Pilato, despues de determinado de dar la muerte al Autor de la vida, que lo dió á la voluntad de sus enemigos para que hiciesen de él lo que quisiesen [3]. Mira, hombre, que tan señor eres de Dios como de cosa propia tuya, y él es tuyo, y está tan rendido á ti que aun morir no quiere, si no alcanzada licencia tuya. ¡Oh inestimable obra de amor, pues por dar vida al siervo entregó á la muerte á su Unigénito Hijo, y en testimonio del infinito amor que nos tenia nos dió á su Hijo, no prestado, sino dado para nosotros!

V.

CUAN GRANDE FUÉ EL AMOR DE DIOS, DÁNDOSE A SÍ MISMO.

¡Oh suma é inefable magnificencia de tu caridad cerca de los hombres, Señor mio! ¡Oh admirable fuego de amor! Maravillosa cosa es como no se quebrantan nuestros corazones, con tan grande caridad. Porque ¿qué otra cosa restaba, Señor mio, despues que pecamos, sino que luego nos lanzases en el infierno, como á los ángeles que te ofendieron? y si qui-

[1] Gen., 22. — [2] Isai., 9. — [3] Luc., 23.

sieras, Señor, muy bien pudieras criar otra criatura mas noble, que de noche y de dia te sirviera. ¿Qué amor fué este, buscarnos con tanto cuidado? ¿y despues de nuestra culpa quisiste magnificarnos mucho mas que ántes? ¿Qué fué esto y de dónde vino tanto bien, siendo nuestra culpa merecedera de grande pena? Todo procedió de puro fuego de amor. Lo que mas mueve mi corazon para amarte es considerar profundamente el amor que nos tuviste. Mas mueve el amor para ser uno amado que los beneficios recibidos, porque el que hace beneficio á otro dale algo de lo que tiene, pero el que ama da á sí mismo con lo que tiene, sin que le quede nada por dar. Ahora pues veamos, Señor, si nos amas, y qué tanto es el amor que nos tienes. Mucho aman los padres á los hijos. ¿Por ventura amasnos tú como Padre? No hemos entrado nosotros en el seno de tu corazon para saber esto, mas tu Unigénito Hijo, que descendió de ese seno, el que nos trajo nuevas de ello, y nos mandó que te llamásemos Padre, por la grandeza del amor que nos tenias, y sobre todo esto nos dijo que no llamásemos á otro padre sobre la tierra, porque tú solo eres nuestro Padre, porque así como tú solo eres bueno, por la eminencia de tu soberana bondad, así tú solo eres Padre, y de tal manera lo eres y tales obras nos haces, que en comparacion de tus entrañas paternales no hay alguno que pueda así llamarse[1]. Bien conocia esto tu profeta, cuando dijo : « Mi padre y mi madre me han dejado y olvidado, mas el Señor me ha recibido[2]. » Tú mismo te quisiste comparar con los padres diciendo por Isaías[3] : « ¿Por ventura habrá alguna mujer que se olvide del niño chiquito, y no tenga piedad con el hijo que salió de su vientre? » Posible será que ella se olvide, mas yo nunca me olvidaré de ti ; porque en mis manos te tengo escrito, y tus muros están siempre delante de mí, y porque entre las aves el águila es muy afamada en amar á sus hijos; con el amor de ella quisiste, Señor, comparar la grandeza de tu amor diciendo[4]: « Como el águila defiende su nido, y como estiende á sus pollos sus alas, y los recibe sobre sí, y los trae sobre sus hombros, así yo fuí tu guia y amparo. » Sobre este amor es el del esposo á la esposa, del cual se dice : « Por esta dejará el hombre á su padre y á su madre, y se llegará á su mujer, y serán dos en una carne[5]. » Mas á este amor sobrepuja tu amor, porque, segun tú dices por Jeremías, si el marido echa á la mujer de su casa, y despues de así lanzada se junta con otra, ¿por ventura olverá votra vez á él[6]? » Mas tú has adulterado con

[1] Math., 6; Luc., 11; Math., 23.—[2]Isai., 26.—[3]Idem, 49.—[4]Deut., 32.—[5]Math., 19.—[6]Jer., 3.

cuantos amigos has querido, y con todo eso vuélvete para mí, dice el Señor, que yo te recibiré, y si todavía eres incrédula á este amor, mira todos los beneficios que te tiene hechos, porque todos ellos son prendas y testimonios de amor. Echa la cuenta de todos ellos cuantos son, y hallarás que todas cuantas criaturas hay en el cielo, y en la tierra, y todos cuantos huesos hay en todo tu cuerpo, y todas cuantas horas y momentos tienes de vida, todos son beneficios del Señor, y mira tambien cuántas inspiraciones buenas has recibido de manos de tu Dios, y cuántos bienes has tenido en esta vida, de cuántos pecados te ha librado, y en cuántas enfermedades y desastres pudieras haber caido si él no te hubiera librado, y que todas estas cosas son muestras y señales de amor [1]. Hsta los mismos azotes y tribulaciones que te envia son argumentos de amor, porque son muestras del corazon de aquel Padre, que castiga á todo hijo, que recibe para enmendarlo, y para despertarlo, y para purgarlo, y conservarlo en todo bien. Amenazando á tu querido pueblo de Israel, si no guardase tus mandamientos, dijiste por tu profeta [2]: « Si dejaren tus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis justicias, y no guardaren mis mandamientos, visitaré en vara sus maldades, y sus pecados con azotes. » Y por mostrar que este castigo era de Padre amoroso, y que no te olvidas de tu acostumbrada misericordia, añadiste diciendo : « Mas no apartaré ni quitaré de él mi misericordia, ni lo dañaré con mi justicia, » y cuando castigaste como Padre á Adan, lanzándole del paraíso de deleites, hicístele vestidura con que se defendiese del calor del verano, y se abrigase en el invierno [3]. ¡ Oh clementísimo y piadosísimo Señor, pues aun en los trabajos que nos das, y cuando nos azotas, muestras el grande amor que nos tienes ! Pues si pongo los ojos en este mundo, veo que todo él se hizo para mí, y solo por amor de mí, y que cuantas cosas hay en él predican amor, y significan amor. Y si á todas estas cosas estás sorda, ánima mia, no es razon que lo estés á las voces que el Salvador te da en el Evangelio. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito Hijo, porque todo el que creyere en él no se pierda, sino alcance vida eterna [4]. Todas estas son señales de amor, y esta mas que ninguna de todas, como escribe aquel tan amado y amador de Dios su evangelista San Juan, diciendo [5] : « En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene que nos dió á su Hijo, para que vivamos por él, y este beneficio con los demás son muestras del amor

[1] Hebr., 12. — [2] Psalm. 88. — [3] Gen., 3. — [4] Joann., 3. — [5] I, Joann., 4.

que Dios nos tiene, y son como centellas que saltan acá de fuera de aquel infinito y abrasado fuego de amor. » ¿Qué tanto mayor piensas debe ser aquel fuego escondido, pues las centellas que de él salen son tan grandes? ¡Oh amor infinito, amor grande y gracioso, digno de ser gratificado con amor! Danos, Señor, á sentir con todos los Santos, la alteza y profundidad, y la anchura y largueza de este amor, porque por todas partes sea nuestro corazon herido y conquistado de tan grande amor.

VI.

DE LA ESCELENCIA DEL DIVINO AMOR.

La caridad con que nos amaste, clementísimo Señor, es una virtud que en respecto de las otras virtudes se há como el oro en comparacion de los otros metales. Porque así como el oro escede á cualquier otro metal en valor, estima, y en hermosura, así escede la caridad en perfeccion y escelencia á las demás virtudes, las cuales si no están engastadas en caridad tienen poco ó ningun valor. Declara muy bien esto tu Santo Apóstol, diciendo [1] : « Si hablare con lenguas de hombres, y de ángeles, y no tuviere caridad, soy como metal que suena. » No tienen ningun valor las otras virtudes sin la caridad, y todas ellas tienen dependencia de la caridad, y ella no la tiene de ninguna otra, ántes ella sola incluye todas las virtudes. Da vida á la fe, con la esperanza seguramente confia, con la paciencia sufre, con la fortaleza vence, con la misericordia se compadece, con la mansedumbre calla, con la liberalidad reparte, y finalmente que á todas las virtudes ejercita : porque, como dice el Santo Apóstol, es paciente, benigna, no tiene emulacion, no hace mal, no se ensoberbece, no busca sus cosas, no burla de nadie, no piensa mal, no se goza con la maldad ; ántes se alegra con el bien, todo sufre, todo cree, todo espera, y todo lo sustenta. Todos estos son propios efectos de otras virtudes, las cuales tiene por anejos la caridad, como la esperiencia nos lo muestra. En el amor natural, y tambien en el mundano, cuando un amigo quiere mucho á otro, luego se cree de él, y le fia cuanto tiene, y le da lo que

[1] I, Cor., 13.

tiene, y le perdona cualquier enojo, ó agravio, que haya recibido. No tiene envidia del bien que otro le hace, trabaja por contentarle, no le hace ninguna injuria, sufre por el amado grandes trabajos, acomete cualquier peligro, y es mayor la pena y dolor, que produce en él la compasion de la pasion ajena, que la misma pasion. Y así si aquella persona de cuyo amor es cautivo, tiene falta de alegría, él tiene sobrada tristeza : si tiene falta de salud, él está mas enfermo : si está pobre, él no está rico : si le ve en adversidades, él se tiene por atribulado. Pues si esto hace el amor mundano en el sugeto donde está, ¿cuánto mas al propio obrará esto el amor divino, si está dispuesto el sujeto por la gracia preveniente, y el término es el Sumo Bien, que es Dios, de donde mana toda perfeccion? ¡Oh fuerza grande, y escesivo poder y vigor grande de este santo amor! ¿Qué cosa hay que aunque parezca imposible no puedas, y qué cosa tan árdua que no acometas, y qué cosa tan fuerte que no venzas? ¡Oh poderosísimo amor, que eres mas fuerte que la muerte, y tanto mas fuerte que todas las cosas fuertes, cuanto mas poderoso que todas las cosas poderosas, cuanto mas suave y blando que ninguna cosa del mundo! ¡Oh admirable fuerza de amor, que no con hierro, ni con armas, no con mano armada, sino con una suave dulcedumbre ó con una dulce suavidad tienen las cosas debajo de tu imperio, y por admirable manera constriñes al mundo á tu servicio, y sobre todas las cosas tienes tributo!

Bien sabemos, Señor, cuán opulenta, abastada y rica es tu casa, y cuán llena de riquezas divinas. No hay mayor riqueza entre todos tus celestiales tesoros, no hay mayor tesoro que tu Santo Amor, ni hay cosa mas preciosa, ni mas espléndida, ni mas de desear. Y pues esto es así, la mayor merced y beneficio, que puedes hacer á un hombre, es darle este tu Santo Amor. Pida quien quisiere á ti, mi Dios, el don de sabiduría, pida el don de profecía, pida humildad y castidad, y lo que él quisiere, que yo no quiero pedir para mí, sino tu Divino Amor, porque quien este tiene todo lo tiene. Este es el mayor bien que se puede desear, y el mayor don que se puede dar. Y la razon es, porque cualquier don que se me conceda, y cualquier beneficio que se me otorgue, no lo tengo en nada, si me niegas tu Amor Divino, con el cual te tengo de poseer, porque el amor tiene tal poder que hace que tú, Señor, seas mio, y mi posesion y mi heredad, y quien tuviere todo lo que puede tener, si no tiene amor de Dios no tiene fruicion de Dios. La fruicion divina y tu Santo Amor están tan hermanados que no puede haber fruicion donde

no hay amor. ¿Luego qué aprovecha poseer todo lo que se posee, si no poseemos á ti, mi Dios? Porque así como no puedes dar otra cosa de mas valor que á ti mismo, tampoco puedes dar otra cosa mas preciosa que á tu amor, pues con él nos das á ti mismo en posesion. Posible es de tu potencia absoluta y plenario poderío que la vista y amor que tienen de ti los Santos, las dádivas de arte que uno te vea y no te ame, y otro te ame y no te vea, y tenga conocimiento de ti : porque si no te conociese no te podria amar. Manifiesto está que en tal caso como este que ninguno de estos seria bienaventurado, porque el que ve tu Divina Majestad no goza del Sumo Bien que ve, porque no ama, y el que te ama y no te ve no puede sosegar ni descansar, hasta que vea distintamente lo que ama, y no puede haber bienaventuranza donde falta gozo y hay deseo : y aunque ninguno de estos dos tiene perfecta bienaventuranza, que consiste en amor y vision todo junto, pero si á mí me dieses á escoger, yo ántes escogeria amarte sin verte que verte sin amarte. Porque no amándote no puedo poseerte enteramente, ni tener tu amistad, y amándote, aunque no te vea, puedo ser tu amigo, y agradar á tu Divina Majestad, lo cual sin amor es imposible. ¡Oh Sumo Bien, oh Bondad infinita, dame tu Santo Amor, y haz de mí lo que quisieres ! No hayas pues temor, ánima mia, por ser de fuego este carro de Elías, que es el Amor Santo y encendido que arrebata las almas y las lleva al cielo, pues los niños en Babilonia no le temieron, mas ántes entraron en este fuego osadamente, y quemadas las ataduras andaban libres cantando y alabando en todas las criaturas á Dios [1]. No quema, sino da luz, este fuego del Santo Amor. O diremos que quema, y no quema, porque quemando las ataduras quita los lazos, consume las tribulaciones, y quita las cadenas de culpa. Mas no quema ni aun los cabellos de la cabeza á los niños, que se han hecho inocentes y limpios en las llamas encendidas de amor puro del benigno y dulce Jesus : de lo cual, como otro Nabucodonosor, se maravilla mucho nuestro adversario Satanás. Tal es el poder y fuerza del Divino fuego de amor, que purificando la sensualidad, la espiritualiza y levanta á gozarse en ti, Señor, juntamente con el espíritu, segun aquello que dijo tu santo profeta [2] : « Mi corazon y mi carne se gozarán en Dios vivo. » Cosa grande es haber subido la carne á tan alto grado espiritual, y estar tan sujeta al espíritu, que se goce á una con el alma en Dios; mas todo lo

[1] IV, Reg., 2; Dan., 2.— [2] Psalm. 83.

puede la gran fuerza del amor, el cual antes de la resurreccion, adonde será el entero dominio del espíritu á la carne, comienza el Amor Santo á dar un gusto de aquel deseado dia, haciendo paces por algun tiempo entre estos dos enemigos espíritu y cuerpo, cuya guerra nació del pecado.

(DE FRAY DIEGO DE ESTELLA[1].)

I.

« El que se gloria gloríese en el Señor[2], » dice el Apóstol. No te glories en tus obras, porque toda la gloria del siervo de Jesucristo debe ser en solo Dios. Él es el que dice : « No daré á otro mi gloria[3]. » Quiso Dios con ser el principal autor de la buena obra que haces, que todo el provecho fuese tuyo, reservando para sí la gloria y honra. Así la repartieron los ángeles, cuando el dia de su sagrado nacimiento, dijeron : « Gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres[4]. » Pues cuando hurtas la gloria que es de Dios, quítate Dios el provecho que era tuyo, y así en la buena obra que hiciste, porque te alzaste con la honra debida á Dios, pierdes el merecimiento, del cual te priva Dios, y justamente porque quisiste usurpar la gloria que era suya. Es conforme á justicia que el que toma lo ajeno pierde lo que era propio suyo. Pierdes el merecimiento que era tuyo, porque hurtas á Dios la gloria que era suya. El Apóstol dice : « Al Rey de los siglos, inmortal é invisible, á solo Dios sea la honra y la gloria[5]. » A Herodes mató el ángel, porque no dió la honra á Dios[6]. Desprecia toda gloria vana del mundo presente, si quieres recibir mayor gracia del Señor. Cuanto mas devoto fueres, tanto debes temer mas la vanagloria, y vivir mas recatado. La vanagloria procede del bien, y así no se apaga con el bien : mas antes se aumenta. Como Dios por su bondad de los males saca bienes, por el contrario es tan grande la malicia

[1] *La vanidad del mundo.* — Primera parte, XIX.— [2] I, Cor., 10. — [3] Isai., 42. — [4] Luc., 2. — [5] I, Tim., 1. — [6] Act., 12.

de nuestro adversario que de los bienes saca males. De las obras virtuosas saca vanagloria, porque pierdes el mérito de la buena obra. Así lo hizo con aquel vano farisco, que locamente se gloriaba en el templo, alabándose de lo que hacia[1]. Esta vanidad es la saeta del dia, que procede de la luz de la buena obra que el profeta deseaba ser libre. Guarda no seas herido de esta saeta, porque trae yerba que mata[2]. Si te parece que haces mucho, es porque no comparas tus obras con las que los Santos hicieron. Por mucho que hagas, mira los trabajos de los Santos, y entónces conocerás lo poco que vales. Una cosa parece blanca, y puesta junto de la nieve queda por negra. Si traes á tu memoria lo mucho que los Santos sufrian, y la grande penitencia que hicieron, no sé qué obras haces tú que con esta consideracion no las tengas por pequeñas y á ti provechoso y desaprovechado. Conoce tu flaqueza, y lo poco que eres, y no tomes vanagloria por nada. No te mueva á hacer alguna buena obra la vanidad, ni esperes el galardon de los hombres. El molino de viento no anda ni lanza harina sino con el viento. Muchos no dan de sí harina de buenas obras, sino cuando sopla el viento de la vanidad. Aunque hagas todo cuanto manda la ley, ¿de qué te glorias? El Señor dice[3]: « Cuando hiciéredes todas las cosas que os son mandadas, decid que sois siervos sin provecho. » Aunque hubieras siempre servido á Dios, te debes tener por siervo inútil, cuanto mas que si quieres tener cuenta contigo, y entrar en tu conciencia, hallarás haber ofendido á Dios muchas veces. Entónces habrás hecho todas las cosas, cuando tuvieres para ti que ninguna hiciste. No destruyas el fruto de tus trabajos, y no derrames en vano tus sudores. Bien sabe Dios, y mejor que tú mismo, lo que haces, y los méritos de tus obras. No dejará de remunerar un jarro de agua fria que dieres en su nombre[4]. ¿Pues porqué te alabas? ¿No sabes que si á ti alabas, que no serás alabado de Dios? Ten á ti mismo por desaprovechado, y Dios te pasará á la parte de los útiles y provechosos. Si te alabares, serás reprobado, aunque hubieras sido digno de ser alabado. Si te tuvieres por inútil, luego serás útil, aunque antes fueses culpado. Necesario es recoger los pensamientos. Conviene que te olvides de tus propias virtudes. Como te olvidas de tus pecados, siendo mas dignos de memoria, no es mucho que te olvides del bien que haces. Grande tesoro es el olvido de la buena obra. Los Santos mucho trabajaron por traer á la memoria sus defectos, y por eso fueron humildes. El fariseo por vanagloria se perdió, aunque parecia

[1] Luc., 18. — [2] Psalm. 90. — [3] Luc., 17. — [4] Math., 10.

dar gracias á Dios. Si á ti misma alabas, eres á Dios aborrecible, y á los hombres odioso. Si quieres que tus cosas sean grandes, no pienses que son grandes, porque de otra manera no podrán ser grandes [1]. Si fueres en todas las cosas pequeño, recibirás mayor gracia del Señor. Nuestro Señor Jesucristo, cuya vida y egemplo es para nuestra doctrina, cuando sanó al leproso mandóle que no dijese á nadie el milagro, por enseñarnos el desprecio de la vanagloria [2]. Lo mesmo hizo cuando curó el sordo y mudo, y cuando resucitó á la hija del príncipe de la Sinagoga [3]. ¿Qué puedes ganar de todos los loores humanos sino un poco de viento y humo que pasa? Si quieres ser de los hombres alabado, desprecia sus alabanzas. Quita de ti los vanos y locos pensamientos de la jactancia y alabanza humana. En el Génesisse lee [4] que Abrahan hacia sacrificio á Dios de carnes muertas, y venian las moscas y aves, y porque no lo ensuciasen las echaba del sacrificio y aventaba. Cuando hicieres alguna buena obra, que es como sacrificio que á Dios ofreces, si el demonio viniere con moscas de pensamientos de vanagloria, lo cual él procura por quitar el mérito, échalas de ti, y dales de mano. A Moisen mandó Dios [5], queriendo castigar los Egipcios, que derramase ceniza por el aire, y cumpliendo Moisen el mandamiento de Dios andaba la ceniza por el aire como niebla, y de allí resultaron en los Egipcios vanas nacidas y hinchazones. Las obras que haces por vanidad son como ceniza que anda por el aire, y de echar tus buenas obras al viento de vanagloria se sigue la hinchazon de la soberbia. Todo tu cuidado sea solamente en contentar á Dios, teniéndole delante en todo cuanto hicieres.

II.

« Todo dado bueno, y todo don perfecto es de lo alto, y desciende del Padre de lumbre [6], » dice el Apóstol Santiago. Pues si todo el bien que tienes es de Dios, ¿por qué te alabas? ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si los has recibido ¿por qué te glorias, como si no lo hubieras recibido? No somos suficientes para pensar alguna cosa de nosotros, así como nuestra : pero nuestra suficiencia viene de Dios [7]. Pues si el hombre no es suficiente para pensar una cosa buena de sí mismo, que es el menor bien de

[1] Luc., 5. — [2] Marc., 7.— [3] Luc., 8. — [4] Gen., 15. — [5] Exod., 9.— [6] Jacob., 1.— [7] II, Cor., 3.

todos, ¿qué podrá cerca de lo que ha de hacer? « Ninguno viene á mí si mi Padre no lo trajere[1], » dice el Señor. Tu perdicion es tuya, y el bien es de Dios. Por sí mismo va el hombre al pecado, pero no sale de él por sus propias fuerzas. Por sí misma se enreda el ave, pero no sale de la red si otro no la saca. El Señor dice : « Sin mí no podeis hacer cosa alguna[2]. » Todos los bienes, así espirituales como temporales vienen de Dios : pues ¿qué razon tienes para alabarte? ¿De qué te ensoberbeces? El que dice sus bienes, y calla sus males, es como el que hace al barbero que le saque la buena sangre, y la echa fuera, y se queda con la mala. El fariseo que subió á orar al templo alabábase á sí mismo diciendo los bienes que hacia : y así sacábase la buena sangre con la lanceta de su lengua, dejando la mala sangre, y encubriendo sus pecados, y así quedó enfermo. El publicano por el contrario estando enfermo quedó sano, porque echó fuera la mala sangre de sus pecados. Alabarse el hombre á sí mismo es una grande vanidad y locura. Alabándote, y publicando tus bienes, no alcanzas lo que pretendes. Alábaste porque te estimen en mucho, y por solo esto te estiman en poco los que te oyen. Los que te tenian por cuerdo, oyendo de tu boca tus propias alabanzas, te tienen por liviano y arrogante, y así te desprecian. Y si algun simple del pueblo te honra por lo que de ti dijiste, de todos los sabios eres tenido en poco. Locura es comparar una cosa tan liviana como la estimacion del pueblo simple, por tan caro precio como es ser despreciado de los buenos y sabios varones. Alábaste porque te honren, y por la misma razon eres deshonrado y tenido en poco. Encubre el bien que haces y no seas arrogante ni vanaglorioso. Los Egipcios, en pariendo las mujeres hebreas hijo varon, luego lo ahogaban en el rio, por lo cual las madres los escondian y criaban[3].

Así si nos escondieres la buena obra, que es como concebimiento de tu ánima, será muerta, quitándole la vanidad el merecimiento. A solo Dios queria por testigo del bien que hacia el Santo Job cuando dijo : « En el cielo está mi testigo, y el que me conoce está en las alturas[4]. » El que busca las alabanzas humanas por lo que hace quiere testigo en la tierra : pero el que procura contentar á solo Dios, considera que tiene á solo Dios en el cielo, por testigo de cuanto hace. El que tiene á Dios por testigo de su vida no teme los dichos de los hombres. ¿Quieres aumentar tus virtudes? No las digas. Huye de ser visto lo que mereciste ser. Lo que

[1] Joann., 6. — [2] Idem, 15. — [3] Exod., 1. — [4] Job., 41.

puedes perder manifestándolo, procura de callarlo. A ninguno tanto teme el demonio (que es cabeza de todos los hijos de soberbia) como al humilde, y que desprecia á sí mismo. Y por el contrario, contra ninguno tanto prevalece como contra el soberbio, y que presume de sí mismo. Si no quieres ser vencido ni señoreado de Satanás, no te ensalces, ni presumas de ti mismo, ni alabes tus obras. De soberbios es contentarse á sí mismos, y creer á sí mas que á los otros, y reprehender á los prójimos fácilmente, y burlar de los pequeños. Todo el bien que tienes lo debes referir á solo Dios de quien lo recibiste, y no gloriarte vanamente en los beneficios de Dios. El que agrada á sí mismo agrada á un loco, y desagrada á Dios. Por lo cual en todos los bienes que haces y dices, debes trabajar por contentar á Dios, porque recibas algo de él. ¿Porqué te alabas de los bienes de la naturaleza, como seas mortal, y que mañana serás comido de gusanos? El soberbio no sabe callar, porque desea parecer docto y sabio, y ser alabado mas que los otros. El que se alaba es de todos vituperado, pero el que con vergüenza callare será á todos gracioso. Grande humildad de corazon es sentir de sí mismo cosas pocas, y grandes cosas de los otros. Grande soberbia abundar en su propio sentido, y estribar en su parecer. Si te acordares de los terribles juicios de Dios, no te alabarás vanamente. Esta es grande vanidad, y argumento de soberbia, y cosa muy contraria á la gracia de Dios. El que hace una cosa y se alaba de ella, mata la candela con el viento de la vanidad. No te ensalces ni te alabes de algun bien que tuvieres de los hombres, pues tienes muchos defectos interiores, los cuales sabe Dios, y tú no los ves, ni los ponderas como debes. El que busca la alabanza humana hallará confusion, permitiéndolo el Señor, delante de muchos. La vanagloria y el amor de la propia alabanza engaña á muchos, privándolos de los bienes eternos.

¿Qué cosa mas loca que amar las cosas vanas y despreciar las verdaderas? ¿Qué cosa mas perversa que olvidándose de Dios tener cuenta con solos los hombres? ¿Qué mayor desatino que mirar al mundo y despreciar al cielo? Todos los bienes que tienes son dones de Dios, y cuando buscas en estas cosas la honra y gloria de Dios subes al cielo con los ángeles ; pero cuando te alabas y buscas la gloria de este siglo caes en el infierno, pierdes la gracia, y obligaste á la pena. No te alabes vanamente, pues no sabes lo que será mañana, ni si estarás como hoy, ó si caerás.

No quieras ensoberbecerte en el bien, porque no caigas en el mal. Arfaxad, rey de los Medos, como dice la Divina Escritura [1], gloriábase en su poderoso ejército y riquezas, y majestad, y permitió Dios, por castigar su soberbia, que vencido el rey de los Asirios en un punto lo perdiese todo.

Dios resiste á los soberbios, así á los ángeles como á los hombres, que presumen de sí mismos y se alaban y glorían en las cosas de este mundo, así como á Arfaxad y á otros muchos. ¿Quién se gloriará que tiene entre los hombres casto corazon, para que viva puro de toda malicia [2]? Pues si no tienes esto, ¿de qué te alabas? Y si lo tienes, deja decir á otro tus virtudes. Cuando los discípulos de San Juan preguntaron al Salvador quién era, díjoles que veían los ciegos, y andaban los cojos, y resucitaban los muertos [3]. No dijo: Yo resucito á los muertos, ni alumbro los ciegos, pero respondió como si hablara de tercera persona, por enseñarnos que no nos alabemos ni jactemos de nuestras buenas obras, pero cuando fuere necesario, y viéremos que conviene á la salud del prójimo, mostraremos nuestras buenas obras, y ellas dirán quién somos, sin que nosotros nos alabemos. A un hombre de quien el Señor habia sacado una legion de demonios, dijo despues de sano: Vete, y di cuantas mercedes te ha hecho Dios [4]. No le dijo que contase á los otros la merced que él le habia hecho, sino que dijese el beneficio de Dios, por enseñarnos á huir nuestras propias alabanzas. El humilde huye de la alabanza, á quien sigue la alabanza, como á digno de ella. Aunque huye el Redentor sus propios loores, y no quiso que supiese nadie cuando pasaba por las comarcas de Tiro y Sidon, dice San Marcos [5] que no pudo esconderse su venida, porque como la gloria y fama sigue al que huye de ella, salió á Cristo aquella mujer cananea publicando quién era. Así tambien escribe San Lucas [6] que aunque el Redentor se escondia en el desierto, muchas gentes lo buscaban.

Busca la alabanza al humilde que huye de ella, y huye del soberbio que la busca. Como la balanza cuando está mas vacía y liviana tanto mas sube arriba, así cuanto el hombre es mas inútil y vano tanto mas se ensalza y alaba á sí mismo. Y por el contrario cuanto la balanza es mas pesada, tanto mas desciende abajo: y así el hombre cuanto mas virtuoso tanto es mas humilde, y desprecia mas á sí mismo. Todos los que te oyen que te alabas te tienen por liviano, y ensalzándote das testimonio

[1] Judith., 1. — [2] Prov., 20. — [3] Math., 11; Luc., 7. — [4] Idem, 8. — [5] Marc., 7. — [6] Luc., 4.

de ti que eres vacío. El conocimiento de la propia imperfeccion es perfeccion muy grande. Conócete á ti mismo, y humíllate : no te alabes, pues tan claro está que la propia alabanza es cosa aborrecible á Dios y á los hombres.

INRI

DUODÉCIMA ESTACION

DUODÉCIMA ESTACION

JESUS MUERE EN LA CRUZ

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

onsidera, alma mia, como Jesus, despues de tres horas de mortal agonía y consumido por los mas agudos dolores, abandonando su cuerpo, inclinó la cabeza y espiró.

¡Oh Jesus mio! yo adoro con toda la ternura de mi corazon esta cruz en que habeis muerto para salvarme. Yo merecia por mis pecados morir desgraciadamente, pero con los méritos de vuestra muerte me queda la esperanza de conseguir mi salvacion. Hacedme la gracia que logre morir abrazado á vuestros piés, inflamado en vuestro amor. En vues-

tras manos, Señor, entrego mi alma. Os amo de todo corazon, y me arrepiento de haberos ofendido; no permitais que vuelva á ofenderos. Haced que os ame siempre, y disponed de mí segun vuestra santa voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sœcula sœculorum.—Amen.

(DE FRAY PANTALEON GARCIA.)

Veis aquí, cristianos, que ha llegado el dia ¡ ah dia funesto ! ¡ oh dia de dolor ! ¡ oh dia que no debia venir á nuestra memoria, sin haber antes hecho correr por nuestros ojos dos fuentes de lágrimas, y exhalar del corazon copiosos suspiros ! Llegó aquel dia melancólico, en que el sol eclipsó sus luces y se vistió del mas lúgubre luto, en que la tierra se sacudió con espantoso movimiento, y casi perdió sus ejes; en que el velo del templo se rasgó de medio á medio en señal del sentimiento; en que los monumentos se abrieron y arrojaron de sí los cadáveres, para que aun los muertos sintiesen el horrendo dejcidio que cometian los hombres; las piedras se mostraron sensibles; los elementos se conmovieron entre sí mismos; lloró el paraiso; y sus ángeles de paz, como abandonados los privilegios de su bienaventuranza, derramaron á su modo un diluvio de lágrimas, al ver á un Dios agonizante hecho el oprobio de los hombres, el gusano mas vil de la tierra, abandonado de sus discípulos, insultado de la mas vil canalla, clavado en una cruz, suplicio afrentoso, siendo su Madre testigo de sus afrentas y dolores, y puesta en términos de espirar y acabar con la mas inculpable vida. Llegó aquel dia que tanto tiempo antes habia llorado Jeremías con perenne llanto.

En un dia en que todas las criaturas, segun las palabras de San Leon, fueron fecundas de lágrimas; ¿ y solos los hombres, solos nosotros habíamos de ser avaros de nuestras lágrimas ? ¿ ó solo el pecador que ha sido el orígen y la causa de pasion tan afrentosa, ha de mirar con los ojos

enjutos este lastimoso espectáculo, y hacer memoria de él con un corazon obstinado?

No, cristianos, no. ¿Ha de ser nuestro corazon mas duro que el de los mismos verdugos que crucificaron al Autor de la vida? Pues esos ministros impíos, tiranos homicidas, viendo que aun las criaturas insensibles confesaban la inocencia del Hijo de María, volvieron del Calvario, adonde los habia llevado su impiedad, *percutientes pectora sua*, hiriendo de sentimiento los pechos: aquellos mismos que en el palacio del juez mas inicuo pedian su muerte, y la crucifixion, *tolle, tolle, crucifige eum*, poco despues al ver su paciencia en los trabajos, y el inmenso amor con que rogaba al Padre por sus perseguidores, lloraban amargamente y confesaban su culpa: *compuncti sunt corde*, y procurosos corrian á los Apóstoles, que les anunciaban este doloroso misterio, á buscar remedio para su pecado: *Quid faciemus viri fratres!* ¿Y será posible que vosotros no lloreis amargamente desde este instante el lastimoso estado en que pusieron vuestras culpas al sumo Sacerdote, al resplandor del Padre, al deseado de los patriarcas, al Hijo de María, Mesías verdadero, que se ofreció victima por nuestros pecados? Almas devotas, pecadores los mas ciegos, *venite, ascendamus ad montem Domini.*

Subamos en el espíritu de la fe á las alturas del Calvario: alzad los ojos á ese monte, en que se ha plantado el árbol de la cruz y veréis á vuestro Dios sumergido en un mar de tormentos, y en términos de espirar. ¿No le veis clavado en ese leño, y con la misma infeliz suerte que tocó por sus delitos á los dos hijos del rey Saúl, á quienes mandó crucificar David? ¿No le veis desnudo como Noé, y mas burlado de los pecadores que este patriarca lo fué de su hijo Can? ¿No le veis ensangrentado el rostro y las crueles bofetadas que ha recibido de los judíos en mayor número y crueldad que el profeta Micheas las recibió de sus enemigos? ¿No le veis que no hay parte en su cuerpo que no esté despedazada á vehemencia de los golpes que ha recibido con mayor violencia que los recibió Isaías? ¿No le veis casi sin alientos de vida, en medio de sus hermanos, y que va á morir sin remedio con una muerte mas cruel que la de Abel?

Pero ¡qué dolor! ¿qué crueldad no hallaréis ejecutada en su sacrosanto cuerpo? Él ha sido en el mar inmenso de su pasion mas afligido que Isaac de Ismael; mas perseguido que Jacob de Esaú; mas lleno de

prisiones que José por sus hermanos; mas acechado que David de Saúl; mas buscado para la muerte que Elías de Jezabel, y mas atormentado que ninguno de los profetas ni de los mártires. Ya no le ha quedado figura ni señal de hombre, dice Jeremías : *Vidimus eum, et non erat aspectus*. Por sus venas ya no circula sangre : toda la ha derramado á manos de los verdugos, y quisiera su inmensa caridad tener aun mucha mas, para derramarla por el pecador.

¡ Oh amor ! ¡ oh caridad ! ¡ oh divino fuego, que abrasas el corazon de Jesucristo, y no han podido apagarte las aguas de tanta tribulacion ! ¡ Ah cristianos ! ahora que ya nada le falta para morir, canta como el cisne, por ver si puede cautivar al pecador : ahora es cuando se despide con las espresiones mas tiernas, con las palabras mas amorosas, capaces de ablandar el corazon mas duro. No se le oye á un Dios agonizante palabra alguna de queja; no piensa ya en sus dolores, sino en dejar al mundo la prueba auténtica de su amor.

Siete fueron los truenos que oyó San Juan en el Apocalipsis; siete las trompetas que oyó el mismo se convidaban á la guerra espiritual; siete fueron los cabellos de Sanson, en que tenia escondida la fortaleza; siete fueron los bostezos con que resucitó Elías á un jóven difunto, y siete fueron las palabras con que se despidió Jesucristo, y que serán el asunto de vuestra meditacion en las tres horas de la agonía de ese divino Mediador : con ellas esterminará aquellas siete plagas que vió San Juan que acababan con el mundo; con ellas detendrá aquellas siete redomas que vió el Evangelista llenas de la ira de Dios contra el pecador; con ellas destruirá los siete vicios capitales, y arrojará aquellos siete demonios, de que hace mencion San Lúcas; porque con ellas vencerá al demonio, convertirá al pecador, y conseguirá el triunfo de su muerte.

Aplica el oido, pecador : oye el testamento que hace desde la cruz : escucha la despedida con que acaba su vida; pero no le niegues el corazon : acércate á la cruz compungido y con sollozos, que él te dará, segun la promesa que le hizo á Moisés : *Cor pavidum, deficientes oculos, et animam consumptam mœrore* : « Te darán un corazon temeroso, unos ojos llenos de lágrimas, y un alma que esté para espirar de congoja. »

Si hay algun cristiano de corazon tan duro, que no se derrita en lágrimas, arrójese á los pies de ese Moisés verdadero, y dígale con los hijos de Israel : *Da nobis aquam*. Toma, Santo Moisés, la vara,

hiere la piedra de nuestros corazones, para que salgan de lo íntimo del alma copiosas aguas; y si en esta ocasion se halló presente á los golpes de la piedra María, hermana de Moisés, tambien teneis, pecadores, al pié de ese madero á María, Madre de Jesucristo : Madre la mas afligida; pero ¿ cómo no, cuando va ya á perder en término de pocas horas al Unigénito de sus entrañas? Vos, dolorosa Madre, la protectora de este pueblo que viene á meditar el suceso mas trájico del Calvario, llénanos de gracia, y tambien de amargura.

PRIMERA PALABRA.

Padre mio, perdónalos, porque ignoran lo que hacen.
Luc., xxiii, 34.

¿ Qué esperais, cristianos, de un Dios, á quien habeis tratado con tanta impiedad? ¿ podeis prometeros de él algun favor ? ¿ juzgais que no levantará contra vosotros la espada vengadora, que no ahogará vuestra impiedad con la copa de la ira divina? Noé, burlado de su propio hijo Cam, fulminó contra él un terrible anatema, en virtud del cual le hizo siervo de sus hermanos : *Maledictus Cham servus servorum erit fratribus suis :* Elías hizo bajar fuego del cielo, con que abrasó á cincuenta mil soldados que venian á perderle, por órden del rey Ococias : *Si servus Dei sum, descendat ignis de cœlo.*

Eliseo oyendo á los muchachos que le silbaban, y le trataban de calvo, los maldijo en nombre del Señor, por lo que fueron despedazados cuarenta y dos por dos mónstruos que salieron contra ellos del bosque : *Maledixit eis in nomine Domini, et egressi duo ursi de Saltu laceraverunt ex eis quadraginta duos.* David, rey de corazon muy manso, cercano á la muerte, mandó á su hijo Salomon que castigase debidamente á Joab, que habia muerto á traicion á dos nobles de Israel : mandóle asimismo que quitase la vida á Semei, que le habia maldecido cuando huia de las tiranías de Absalon. Zacarías

apedreado de sus hermanos pidió venganza al Señor : *Videat Dominis et requirat* : « Ved, Señor, lo que hacen conmigo. » Los discípulos desearon que cayesen llamas del cielo contra los samaritanos, que no los habian recibido en su casa , *Vis, dicimus, ut ignis descendat de cœlo et consummat illos.* Pero cuando se habla de Jesucristo, ¡ oh inmensa caridad ! ¡ oh prodigios del amor ! no espereis tal : ahí le veis pendiente de la cruz, despedazado con los azotes, consumido con la mucha sangre derramada, la cabeza inclinada sobre los hombros, los ojos cerrados con la sangre, temblando al frio, burlado de los verdugos : *Si filius Dei est, descendat de cruce*, que le decian por irrision : « si eres hijo de Dios, baja de la cruz, líbrate de nuestras manos : » no se ofende como David de los que le maldicen ; no intenta hacer bajar fuego del cielo como Elías ; no los maldice como Noé ; no los destina al suplicio de las llamas, como los Apóstoles ; antes bien, cumpliendo el oficio de sumo sacerdote á quien toca sacrificar y orar, se ofrece á sí mismo en el ara de la cruz en sacrificio ; ruega y pide por sus perseguidores; levanta la cabeza, se convierte al Padre, y esforzando la voz le dice : « Padre mio, Padre mio de mi corazon, perdona á estos que me crucifican : » *Pater, dimitte illis* : que fué lo mismo que decir, segun el comento de San Lorenzo Justiniano, mas estimo el alma de estos verdugos que la salud de mi cuerpo : aunque me son tan sensibles los dolores que padezco, mas dolorosa me es la perdicion de estos infelices ; perdónalos, Padre mio.

¡ Oh palabra de tan gran paciencia, esclama San Anselmo ! palabra de gran dulzura, de grande amor, de indecible caridad : mira, cristiano, decia San Bernardo, que ahora se ven aquellos prodigios que puso el Señor sobre la tierra. Un Dios cercano á morir á manos de los pecadores, y ruega por ellos al Padre celestial. Padre mio, perdónalos. No puedo menos de admirarme, decia San Anselmo, al ver que un Dios levantado en la cruz, y blasfemado, ruega con todo eso al eterno Padre por sus enemigos.

Veís aquí lo que es digno de vuestra atencion : ruega con mayor fuerza, que lo que rogó por sí mismo. En el huerto cuando pidió por sí mismo á su Padre, habló condicionalmente : *Pater si possibile est trenseat à me calix iste;* pero cuando pide al Padre, que sus enemigos no beban el cáliz de su condenacion, pide absolutamente ; *Pater, dimitte illis.* Cuando se trata su causa en el tribunal de Caifás y He-

ródes, no se defiende; pero cuando se trata la causa de los que le ofenden y crucifican, clama al Padre, escucha su pecado, pide perdon por ellos: *Pater, dimitte illis.*

Dejadme referir, cristianos, con toda la fuerza de mi corazon: ¡oh amor! ¡oh caridad de Jesucristo¡ ¿quién, cristianos, no se hallará interiormente movido á amar á un Dios, que aun en medio de los tormentos mostró tanto su amor al pecador? ¡Qué recomendable es la piedad de David por haber derramado lágrimas, orado y recomendado á su hijo Absalon, que le maquinaba la muerte! *Servate mihi puerum Absalon.* ¡Qué digna de alabanza no es la caridad de Moisés, que oraba por los israelitas cuando estos le querian apedrear! ¡Qué espresiones no se tiene merecidas la piedad de José, que recibió las injurias de sus hermanos, con tanto cariño y amor! *Vos cogitastis de me malum; Deus autem vertit illud in bonum, ego pascam vos, et parvulos vestros.* Pero ¿qué comparacion pueden tener los trabajos y el amor de Jesucristo en esta oracion que hizo al Padre, con los dolores y amor de José, Aaron y de Moisés? Jesucristo fué reputado por sus enemigos como el ladron mas facineroso, recibió en su cuerpo todos los tormentos que tenian merecidos los pecados del mundo; y con todo eso rogó por los pecadores, pidió al Padre por los que le crucificaban: *Pater, dimitte illis.*

Aquí, dice el devoto Arnoldo, propuso al Padre eterno una cuestion: si seria mas poderoso el pecado y malicia de los judíos para merecer el castigo, que la bondad y misericordia divina para perdonarlos. Pero él mismo manifestó su sentencia de que debia prevalecer la misericordia y el amor á la justicia y al castigo. ¿Y qué razon será el fundamento de su opinion? La palabra *Padre* de que se vale para rogar á sus enemigos, que fué lo mismo que decir: no clamo á ti como á juez, no como á rey, te invoco como á padre; y no es mayor tu justicia que tu misericordia. Padre mio, le dice, como si le pusiera delante todos los merecimientos de un Hijo tan obediente, que llega á morir en una cruz por dar satisfaccion á la justicia divina. *Dimitte illis*, perdónalos: como si dijera: yo prefiero su salud á mi propia vida, y tú debes preferir la caridad con que derramé por ellos mi sangre, á la iniquidad con que me crucificaron. Si la muerte prevaleció en el ara de la cruz; si el pecado no se perdona si no se restituye lo ageno; si del árbol fué quitada la manzana vedada, veísme aquí pendiente, como fruto del árbol de la cruz, para compensar

su pecado : perdónalos, Padre mio, mira que no saben lo que hacen, no quieras perder á una gente ignorante, y que no saben que crucifican al Unigénito de Dios.

Perdónalos, Padre mio. ¡Oh inmensa caridad! pero ¡oh confusion de los hombres! Jesucristo perdona á sus enemigos; vosotros pedís venganza contra ellos : Jesucristo los escusa; vosotros los acusais. Pecadores que me escuchais, ¿cómo no os confundís y avergonzais al ver á un Dios agonizante, que perdona á sus enemigos, cuando vosotros teneis el corazon lleno de odio, de resentimiento, de venganza y de ira contra vuestro prójimo? ¿Quién de vosotros, á no ser que sea mas obstinado que un demonio, al oir esto no se arrojará á los piés de su enemigo, le echará los brazos al cuello, le pedirá perdon de sus agravios, y postrado ante los piés de Jesucristo, no pedirá perdon de sus delitos que ha cometido por el aborrecimiento de su hermano? Ahora es tiempo de alcanzar perdon. Decidle con lo íntimo del alma: misericordia, Dios amorosísimo de mi alma; no mas ofenderte, Padre mio de mi corazon.

SEGUNDA PALABRA.

En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraiso.

Luc., xxiii. 43.

Semejante peticion á la que hizo este ladron feliz, fué la que hizo en otro tiempo Semei á David, ¿pero cuál el fin? Semei pidió á David lleno de humildad, que le perdonase las injurias con que le habia tratado cuando huía de Absalon : « Sabe, mi rey, que yo vuestro siervo, conozco mi pecado, y por lo mismo vengo el primero de toda la casa de José á implorar tu proteccion » : *Agnosco enim servus tuus peccatum, et idcirco, primus hodie venit de omni domo Joseph.* Le perdona David su pecado; mas el perdon fué limitado, porque ya moribundo mandó á su hijo Salomon que le quitase la vida; pero el ladron, que habia pasado su vida hecho el escándalo de los pueblos, apénas lleno de fe y de confianza, pide á ese Dios agonizante que no le olvide, cuando se halla en la posesion de su reino : *Memento mei cum veneris in regnum tuum* :

al momento consigue un perdon absoluto, le purifica de toda culpa, no le imputa la pena que merece, y le afirma, como quien es, verdad eterna, que en aquel mismo dia será con él en el paraiso : *Hodie mecum eris in Paradiso.* No se porta Jesucristo con el ladron como hombre en quien duraba largo tiempo el resentimiento, sino como Dios, cuyas entrañas son de misericordia, y en quien prevalece la piedad sobre la justicia : *superexaltat misericordia judicium.* Penetremos bien, cristianos, este prodigio de amor. ¿ Qué es lo que da Jesucristo al ladron, que arrepentido ha confesado su pecado? ¿ Qué le ha de dar? No la mitad del reino, como Asuero á la reina Esther : *Si dimidiam partem regni me petieris, dubo tibi,* sino todo el reino, y todo un reino celestial, la bienaventuranza eterna.

Me admiro yo, decia San Agustin, que la primera piedra que ha puesto Dios en el edificio de la Sion celestial sea un ladron : que la primera vez que Dios abrió las puertas de su gloria fué para un pecador que habia blasfemado de su nombre. ¿Qué mas habeis dado, decia San Cipriano al Señor, qué mas habeis dado á Estéban, que os ha confesado en presencia de los tiranos? ¿Qué mas ha alcanzado el discípulo amado, que descansó sobre vuestro pecho en la cena? ¿Qué mas se han merecido los sudores de San Pablo, los trabajos de los Santos, las llagas de los mártires? En una hora habeis dado al ladron lo que han alcanzado los Santos con tantos trabajos. Pero ello es cierto que así fué. Él mereció oir de aquel Dios moribundo estas dulces espresiones : « Hoy serás conmigo en el Paraiso : » *Hodie mecum eris in Paradiso.*

Otros llenos ántes de justicia y santidad, no han alcanzado lo que consiguió este dichoso ladron. Abrahan, despues de una larga peregrinacion, preguntó á Dios qué le daria. *Domine Deus, quid dabis mihi?* A quien respondió : « Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas, que así será tu descendencia : » *Suspice cœlum, et numera stellas si potes : sic erit semen tuum.* Moisés pidió á Dios que le mostrase su rostro; pero Dios le responde que se contente con verle las espaldas : *Posteriora mea videbis, faciem meam videre non poteris.* Felipe pide á Cristo que le muestre el rostro de su Padre; pero él le responde : *Qui videi me, videt et Patrem meum.* « No pidas eso, Felipe; el que me ve á mí, ya ve á mi Padre. » A San Pedro, que le dice que queria irse con él al cielo, le responde, que se contente con que irá despues : *Non potes me modo sequi, sequerisque postea.* ¿Pues qué es esto, pregunta

San Ambrosio; á un Pedro le difiere la entrada en el cielo, le dilata su peticion, y al ladron se la concede? *Hodie mecum eris in Paradiso.*

Sí, cristianos; hoy se abren de par en par las puertas del cielo, y el ladron consigue cuanto pide, porque Jesucristo tenia posesion de su reino en el trono de la cruz. Aun los reyes, en el dia de su coronacion, alargan la mano liberales para conceder gracias á quien las pide. Hoy mismo concede el Paraiso al ladron, porque queria mostrar, dice el Crisóstomo, el poder de la cruz y la virtud de su sangre. Para mostrar esto mismo, dice San Cipriano, mandó Dios en el Exodo, que se señalasen con sangre del cordero las puertas de las casas, donde no habia de descargar el golpe el ángel vengador. Fué la cruz, dice San Leon, papa, la escala por donde Cristo hizo subir al ladron á su gloria, y por esta misma escala, dice San Agustin, levanta Dios á los hombres de la mayor miseria á la mayor felicidad. Sube pues, pecador, por esa escala, alza el pié, no lo dilates, que no en todos tiempos tendrás proporcion tan oportuna. ¿Qué mas podeis desear que tener hoy camino franco para subir al cielo? Fué tan liberal Jesucristo con el ladron, para mostrarnos que el pecador mas obstinado no debe desesperar de su misericordia, sino ántes arrojarse confiado á los brazos de su amorosa providencia.

¡Oh misericordia de Dios, esclama el abad Arnoldo, que no se coharta á cierto número, no conoce fin, no tiene término! No impone al ladron penitente ayuno de muchos años, cilicios ni ceniza. A un mismo tiempo se confiesa, se justifica, se glorifica: de improviso el Espíritu Santo desciende á su corazon, y es su compañero en el Paraiso. Así como Cristo en el temor que mostró en el huerto, fortaleció nuestra flaqueza, y con las injurias y oprobios que recibió animó á los mártires, así dice San Cipriano, con el perdon que promete al ladron con tanta prontitud, quiere dar confianza á los verdaderos penitentes, á los pecadores mas obstinados para que lleguen con confianza á los piés de Jesucristo, y escusen aquellas dilaciones en que tanto tiempo ha esperado Jesucristo. ¿Quién, decia San Bernardo, será tan irreligioso que no llore? ¿Quién tan insolente que no se humille? ¿Quién tan pecador que no se contenga? ¿Quién tan malicioso que no se arrepienta? ¡Ay de aquellos que caminan por el camino de Cain! dice el Apóstol Tadeo: *Væ illis que in via Cain abierunt.* Cain, fratricida de su hermano Abel, pensó inícuamente que su pecado era mayor que la misericordia: *Major est iniquitas mea quam ut veniam merear.* ¡Inícuo pensamiento! El mayor pecador, el

mas obstinado, siempre que arrepentido se arroje á los piés de la misericordia, conseguirá el perdon de sus culpas.

David alcanzó perdon de sus delitos, Zaqueo de sus injusticias, Pedro de sus negaciones, la Samaritana de sus amores, Saulo de sus violencias, y el ladron de sus rapiñas; y la conseguiréis vosotros si decís á Dios con corazon una palabra, un suspiro. Llegad, pues, pecadores, á purificar vuestra culpas en ese mar de sangre, derramada por vuestro amor.

Feliz ladron, que supo robar la gloria presente juntamente con la gracia. San Cipriano, admirando la industria de este ladron, confesaba que no habia otro ladron con quien se pudiese comparar, porque los otros, decia este padre, pierden la vida; este ladron ganó una vida eterna. Comió el primer padre de la manzana que le habia prohibido Dios, y luego oyó aquella terrible sentencia: *Pulvis est, et in pulverem reverteris.* El ladron se aprovechó de los frutos del Autor de la cruz, y consigue oir estas dulces espresiones: « Hoy serás conmigo en el Paraiso. »

Raquel hurtó los ídolos que eran el objeto de la idolatría de su padre Jacob; el hurto de este ladron es el mas admirable: Raquel solo hurtó los dioses falsos; este ladron consiguió el Dios verdadero: Acam, contra el divino precepto, hurtó una vara de oro; pero luego fué muerto por mandado de Dios: el hurto de este ladron fué agradable á Dios, no obstante que robó el reino de los cielos, que es mas precioso que el oro: unos sacerdotes robaron las ofrendas que el rey Darío habia ofrecido á los ídolos, cuyo hurto fué descubierto por Daniel, por lo que se vieron cubiertos de confusion é ignominia; pero este ladron consiguió las delicias celestiales, y con ellas un sumo honor y gloria. Los esploradores de la tierra prometida hurtaron un racimo de uvas, para que á vista de su fertilidad se animasen los hijos de Israel á conquistar aquella region: hurto útil; pero mas útil fué el de nuestro ladron, porque Cristo es aquel dulce racimo, objeto de las complacencias de la esposa: *Botrus Cypri dilectus meus mihi.* ¿Pues qué ocasion mejor? Pecadores, pecadores, el cielo está abierto; entrad á robar sus tesoros, no dilateis la penitencia; esta es la hora en que podeis conseguir cuanto quisiéreis: llegad, daos prisa, arrojad el corazon á los piés de ese Dios moribundo; decid con todo el corazon: me pesa en el alma, Dios mio, de haberos ofendido: no mas pecar, Dueño mio: misericordia, Jesus mio; misericordia, Dueño de mi corazon.

TERCERA PALABRA.

Muger, ve ahí á tu hijo.

JOANN., XIX, 25.

Al oir esta palabra con que ese Dios agonizante habla á su Madre, tengo yo derecho para preguntar con Jeremías, si habrá á quien comparar el dolor de la santa hija de Sion : *Cui comparabo te, cui asimilabo te?* ¿A quién podré comparar el dolor y la afliccion de María al pié de la cruz de su amado? ¿Con una Respha que se sentó al pié de la cruz de dos hijos suyos, y del rey Saul, á quienes mandó crucificar David? ¿Con la madre de los Macabeos, que murió siete veces, viendo morir á otros tantos hijos suyos? No por cierto; porque Respha tuvo el consuelo de pasar sentada toda la fuerza de su dolor; María santísima está en pié junto á la cruz, sin consuelo alguno; la Macabea tuvo la dicha de morir luego con padecer el martirio; esa dolorosa Madre sintió toda la vida sus tormentos, y perdió en lo mejor de su edad al Hijo de sus entrañas : *Cui comparabo te?*

No se puede asemejar á una reina de los amalecitas que lloraba la muerte de su primogénito el rey Agag, cuando le cogió Samuel, porque esta reina lloraba la muerte de un hombre cruel; María está esperando por instantes la muerte de un Hijo afable y amoroso.

No puede compararse con su dolor el de Abrahan, que iba á sacrificar á su hijo unigénito; porque, ¿qué comparacion puede tener Isaac, el hijo de Abrahan, con el Hijo del eterno Padre? No puede compararse su dolor con el del sacerdote Helí, que cayó repentinamente muerto al oir la triste noticia de que el arca de Dios habia sido cautiva, porque María llora el arca verdadera, que no solo está cautiva, sino para morir en manos de sus enemigos : no puede compararse con el dolor de Sara, madre de Isaac, porque esta ignoraba que se iba á hacer sacrificio de su hijo, y cuando llegó á sus oidos, ya Dios habia detenido el sacrificio;

María ve por sus ojos el Hijo de sus entrañas, que va á morir con la muerte mas cruel.

No hay, cristianos, con quien pueda compararse su dolor, sino es que usemos de la espresion de Jeremías : *Magna est velut mare contritio tua.* Es el dolor de María como un mar, que no conoce término de su inmensidad, y adonde se recogen todos los rios, como en el corazon de María todas las penas, todos los tormentos; ¡y qué consuelo en medio de tanta afliccion de los hombres! No le espera : el cielo se le niega, los ángeles se le retiran. De su Hijo le podia esperar; pero, ¡oh dolor! que una palabra que la dice es una saeta que la parte el corazon.

Disponeos, Señora, á oir á vuestro Hijo, que apurando los últimos esfuerzos, muestra que os quiere hablar desde la cruz con labios palpitantes, con voces ya lánguidas y desmayadas. Volviendo el rostro á su Madre : dice : *Mulier, ecce filius tuus*, « Muger, ve ahí á tu hijo, » señalando al evangelista Juan, y vuelta un poco su dolorida cabeza hácia el mismo discípulo, añade : « Ve ahí tu Madre. » ¡Oh palabras llenas de amargura! Aquellos labios que habian de abrirse para consolar el corazon afligido de su Madre, se despliegan para arrojar un dardo que la hiere : pronuncia una palabra en que muestra que la ha abandonado últimamente; porque advertid, como la habla. Muger, la dice, y no Madre.

Aquí admirado preguntaba el Crisóstomo á Jesus : ¿porqué, Señor, os habeis avergonzado de confesar á vuestra Madre, que os alimentó con tanta diligencia, os trató con tanta reverencia, os dió leche con tanta dulzura? ¿Porqué la hablais con tanto desvio, llamándola muger, y no madre? ¡Oh saeta penetrante! ¡Oh duro consuelo! ¿Cómo, decia San Bernardo, no traspasaria el corazon de la Vírgen esta palabra de su Hijo, cuando sola su memoria rompe nuestros pechos, aunque de piedra, aunque de hierro?

No os admireis, proseguia este padre, que sea María mas que mártir. No fué, decia San Agustin, mas que una espada de dos filos capaz de penetrar hasta la division del alma y del espíritu al oir aquella palabra : « Muger, mira tu hijo. » ¡Bello cambio por cierto ! Juan por Jesus, el siervo por el Señor, la criatura por el Criador, el discípulo por el Maestro, el hijo del Zebedeo por el Hijo del eterno Padre, un hombre puro por el Dios verdadero. Pero ello es cierto que así sucedió, negándola en aquella hora el dulce título de Madre, y llamándola muger : *Mulier, ecce filius tuus.*

San Bernardo dice, que lo hizo así este Dios agonizante por no aumentar el dolor de esta afligida Señora, dándola el título de Madre: entónces la vendria á la memoria que el que iba á morir era un pedazo de su corazon, era el hijo de sus entrañas, era aquel que habia sido hasta allí el recreo de su alma; por eso no quiso llamarla Madre, sino muger. San Juan Crisóstomo dice, que no quiso llamarla Madre Jesucristo, para mostrar al mundo, que cuando él trataba de entregar el espíritu á su Padre, no queria admitir consuelo alguno de la tierra, y enseñar al hombre que los trabajos son el único medio de conseguir la bienaventuranza.

No la llamó Madre, para mostrar la caridad infinita, y el amor con que deseaba hacer feliz al hombre. Si hubiese llamado á María su madre en esta ocasion, hubiéramos pensado que tenia puesta en sola ella enteramente su amor: por eso la habla como á una persona estraña; solo piensa en recomendarla á los hombres, y en entregárselos por hijos adoptivos de su cariño.

Muerto Abel, para consolar Dios el llanto de Eva, la dió por hijo el justo Seth: *Posuit mihi Deus semen aliud pro Abel, quem occidit Cain;* y estando para morir el Redentor, para consolar algun tanto el llanto de su Madre, la da Jesucristo por hijo al evangelista Juan, y en persona de él á todos los hombres, á los que desde allí debia mirar con el afecto de Madre. *Ecce filius tuus,* fué lo mismo que decir: Muger, que hasta aquí habeis sido mi Madre, y que vais ya á verme morir, yo os recomiendo á los hombres: os dejo por tutora de estos hijos ingratos que me dan la muerte. Si á mí me habeis mirado, me habeis defendido, y me habeis alimentado como á hijo natural de vuestras entrañas, á estos pecadores que os dejo por hijos en mi testamento, miradlos con cuidado, protegedlos, amparadlos. ¿A quién los recomendaré sino á mi Madre? ¡Oh caridad de las entrañas de Dios! Almas cristianas, lleguemos á los piés de María á recibirla desde este instante por Madre; daos priesa: llegaos al Calvario á recibir la redencion de este agonizante que os confiesa por hijos, y vosotros debeis conocerle por Padre. Llega, cristiano, antes que exhale el alma: corresponde á su piedad con lágrimas del corazon. Dile con toda el alma: apiadaos de mi, dueño de mi alma: misericordia, Jesus mio; misericordia.

CUARTA PALABRA.

Dios, ¡oh Dios mio! ¿porqué me habeis desamparado?
MATH., XXVII.

¿Qué es lo que veo, cristianos? ¿qué tinieblas han caido sobre la tierra? ¿quién ha robado las luces al sol? ¿quién le ha cubierto de sangre? La naturaleza ha quebrantado sus leyes, y priva al sol de sus luces en medio de sus lucimientos. ¡Oh cristianos! esas tinieblas que mirais, son una imágen de la ceguedad de los judíos que crucifican al Redentor; decíalo San Juan Crisóstomo : el sol esconde sus luces por no ver tan horrible maldad; decíalo San Cipriano.

Negaron sus luces los astros, para enseñar á los pecadores que han llegado á lo último de su impiedad; que ya se ha consumado su obstinacion, que ya empiezan á sentir los funestos efectos de aquel terrible anatema, que se echaron sobre sí en el pretorio de Pilato; pero esta es la ocasion en que aquel Dios de las misericordias se incorpora en sí mismo, levanta la cabeza caida sobre el hombro, alza al cielo los ojos moribundos, y da una voz tan fuerte, que penetra los cielos, confunde al abismo, y hace temblar la tierra : *Clamavit voce magna.*

Este fué aquel grito grande que predijo David : *Laboravi clamans, raucæ factæ sunt fauces meæ.* Clamor tan grande, que llegó á enronquecerse : clamor tan grande, que le asemejó Isaías á una muger que está cercana al parto, y que clama en fuerza de sus dolores : *Sicut quæ concipit, cum apropinquaverit ad partum, clamat dolens in doloribus suis.* Jesucristo como una madre amorosa nos llevó en su vientre; ya llega la hora de su parto en el lecho de la cruz, y por eso clama con la misma afliccion que una muger que está de parto: ¿pero qué es lo que dice? « Dios, ¡oh Dios mio! ¿porqué me habeis desamparado? » *Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

Con una voz tan escesiva se quejó á su Padre, dice el obispo de Córdoba, despues de San Bernardino, para que le oyesen pendiente de la

cruz y agonizante, ya que le habian despreciado, cuando enseñaba dulcemente en el templo. ¡ Oh espresiones tan llenas de misterio! Se quejó á su Padre; ¿pero cuándo? No cuando fué azotado, coronado de espinas, despreciado, clavado en la cruz : se queja cuando no ha recibido la llaga del corazon ; pero ¡oh dolor! que cuando los judíos ya le dejaban como moribundo, entónces es cuando su Padre descarga sobre él todo el peso de su brazo, privándole de todo espiritual consuelo ; y esta fué la llaga mas amarga para su corazon.

Hallábase este Dios-Hombre como aquel ángel que vió San Juan, que tenia un pié en tierra firme, y el otro en un mar turbulento, porque la parte superior de Cristo estaba llena de paz ; pero la inferior llena de amargura, y abandonada á la fuerza del dolor. Por eso se quejó á su Padre : *Deus, Deus meus :* « Dios, ¡oh Dios! ¿porqué me habeis desamparado?» que fué lo mismo que decir : nuestros padres han esperado en vos, y los habeis librado ; clamaron á vos, y no fueron confundidos, como lo dijísteis por David : *In te speraverunt patres nostri, et liberasti eos ; ad te clamaverunt, et non sunt confusi.* ¿Y solo para mí no ha de haber consuelo?

Clamó Noé, y le librasteis del diluvio; clamó Abrahan, y le librasteis de los caldéos ; clamó Isaac, y se libró de la espada ya desenvainada de su padre; clamó José desde la cisterna, y se mitigó la malicia de sus hermanos ; clamó Jacob, y se vió libre de las crueldades de Esaú ; clamó David, y se libertó del poder del gigante Goliat, y de Saul, su perseguidor; clamó Jonás desde el vientre de un mónstruo, y le arrojó el mar á las orillas ; clamaron del medio de las llamas Sirach, Misach, y Abdénago, y los consolasteis con un rocío del cielo ; clamó Daniel de lo profundo de un lago, y se libró de las uñas de los leones; clamó Susana, y salió libre de los lascivos ; clamó Tobias, y se libertó de un pez mónstruo ; clamó Ezequias, y se libró de la muerte ; clamó Jeremías de una caverna profunda, y le oyó el cielo. Pues ¿ por qué, Dios mio, me habeis desamparado? ¿ por qué negais á vuestro hijo natural el consuelo que no negais á los siervos? Bien pudo decir Jesucristo de su Padre, lo que decia Job en otro tiempo : *Mutatus est mihi in crudelem :* « Se ha vuelto para mí un padre cruel. »

Pero así convino para la rigurosa prueba del amor de Jesucristo. Fué abandonado Jesucristo, para que no lo fuésemos nosotros. Desamparó el Padre al Hijo, para que mereciésemos por él de este modo de justicia los

auxilios de la gracia, las inspiraciones y gracias victoriosas, teniendo derecho para decir, que de nosotros profirió Isaías estas palabras : *Non vocaberis ultra derelicta.* Se quejó Jesucristo á su Padre, dice el venerable Beda, porque le acortaba el tiempo de padecer por el hombre, no dilatándole la vida para padecer mas y mas. *Deus, ut quid dereliquisti me?* Figuró Dios este deseo cuando le decia Job, que no deseaba otra cosa sino que le consumiese, que le acabase, que levantase la mano, y descargase el golpe : todo mi consuelo será el que me aflijas : *Et hæc est consolatio mea, ut affligens me dolore, non parcas.*

Figuró este deseo amoroso Jacob cuando despues de haber pasado catorce años de grandes trabajos por Raquel : *Videbantur illi pauci pro amoris magnitudine :* despues de padecer tanto ese Dios moribundo por nosotros, aun le parece poco, le parece nada, quiere que se dilaten los trabajos, y se queja á su Padre porque le acorta el tiempo de padecer. « ¡Padre! ¡oh Padre! ¿por qué me habeis desamparado? » ¡Oh caridad! Cristianos, ¿cómo corresponderemos á este amor? Con lágrimas, con partirse nuestro corazones, con propósito de no ofenderle mas.

Se quejó, al fin, Jesucristo á su Padre, porque no le cumplia el deseo que habia formado en su corazon de que se salvasen todos los hijos de Adan. Allí conoció que serian los predestinados tan pocos, como los racimos que quedan en la viña despues de la vendimia; que serian tan pocos los que se salvarian, como las espigas de trigo que quedan en el campo despues de la trilla; que serian tan pocos los que se aplicasen el mérito de su pasion, como las aceitunas que quedan en el olivar despues de la cosecha : conoció aquí que seria mayor el número de los réprobos que el de los predestinados, y por eso se queja á su Padre : le manifiesta que le ha desamparado ; como si le dijera : yo he tenido voluntad de salvar todo el mundo; ¿y vos no me la cumplís, Padre mio? Yo derramo mi sangre, yo voy á morir por todos los hombres, ¿y vos no borrais el decreto de la condenacion de tantos? ¡Dios mio! ¡oh Dios mio! ¿porqué me abandonais así? Almas cristianas, ¿no dais algun consuelo á Jesucristo? Aplícate, pecador, su pasion; escribe tu nombre en el libro de los predestinados, llora tus pecados, detesta los vicios : arranca una lágrima de ese corazon de piedra, que no se parte de dolor. Llora, pecador; pide misericordia : misericordia mi Dios; misericordia.

QUINTA PALABRA.

Sed tengo.

JOANN., XIX, 18.

Así clamó. ¿Y quién? Cielos, admiraos: tierra, aplica tus oidos para oir el prodigio mayor que se ha visto hasta aquí. Sed tengo, y muere de sed aquel Señor, á quien llama por escelencia David el rio de Dios: *Flumen Dei*. Tiene sed, y muere de sed aquel Señor, que dió á la Samaritana un agua tan saludable, que llega hasta la vida eterna. Sed tiene aquel Señor, que dió aguas copiosísimas al pueblo rebelde de Israél. Sed tiene aquel Señor que envió un ángel del cielo á Agar en el desierto para que le mostrase un pozo de copiosas aguas, para que no muriese de sed su hijo Ismael. Muere de sed en la cruz aquel Dios que dió á Sanson sediento una fuente de agua mas dulce que la miel, la que manaba de la mandíbula de un asno. Tiene sed aquel Dios que dió á David sediento agua de la cisterna de Belen, por mano de tres soldados valerosos. Tiene sed aquel Dios que proveyó de agua del torrente Charith al profeta Elías. Tiene sed aquel Dios que endulzó, para que su pueblo amado saciase la sed, las aguas amargas de Mará, las que nadie podia gustar. Señor, decia Drago Hostiense, ¿qué sed es esta? *Quid sitis?* ¿Os atormenta mas la sed que la cruz? De la cruz no os quejais, y la sed os hace clamar: *De cruce siles, et de siti clamas*. Señor, decia San Bernardo, ¿por ventura os atormenta con mayor crueldad la sed, que los clavos y la cruz? Cuanto habeis padecido, lo habeis tolerado con ánimo igual, y ahora os quejais de la ley: *Sitio*.

Dos especies de sed atormentaron á este divino paciente: sed del cuerpo, y sed del alma, sed natural, y sed espiritual. Padeció Jesucristo sed natural. Así lo habian anunciado las Sibilas mil y quinientos años ántes de la venida del Redentor. Esta fué la sed tan acerba, tan cruel, que esplicó David cuando dijo: *Aruit tanquam testa virtus mea, et lingua mea sicut cremium aruerunt*. «Mi virtud se halló tan seca como un vaso de barro puesto al sol, mi lengua está pegada al paladar, y mis

huesos están estenuados como una vara seca. » ¡Oh sed cruel! La sed se ocasiona del trabajo y del dolor. ¿Y quién padeció mayor trabajo, ni mayor dolor que ese Dios agonizante? Habia trabajado tanto, dice Lisa, Jesucristo habia derramado tanta sangre, que su cuerpo estaba seco y sin jugo, y por eso padeció sed escesiva y la mas cruel.

Miéntras estuvo pendiente ese Dios de la cruz, ¿qué sangre no manó de sus heridas? ¿cuánta no habia deramado en el huerto? ¿cuánta en los azotes? ¿cuánta en la coronacion de espinas? Fué tanta la sangre que derramó, que con el golpe de la lanza apenas pudo sacar Longinos algunas gotas que habian quedado en el corazon. ¡Oh! y si la poca sangre causa sed, ¿cuál seria la sed que padeció ese divino Mediador? Con razon la llamó cruelísima Dionisio Cartujano : *Utique sitis penalissima fuit.*

Cristianos, ahora es tiempo de que yo os hable con las palabras de Isaías : *Sitienti ferte aquam, qui habitatis in terra Austri.* « Vosotros los que habitais la tierra del Austro, traed un poco de agua á ese Dios sediento. » Derramad una lágrima de vuestros ojos, y aplicadla á los labios de ese Dios sediento por vuestro amor. Pero ¡oh! ¡cómo me temo que renovaréis, como lo haceis cada dia con vuestros pecados, la crueldad de los judíos! Oyeron estos ministros de la maldad, que se quejaba de la sed el Salvador ; y para aumentar sus dolores, no teniendo ya que inventar, dice San Buenaventura, para mortificar á mi Redentor, aplicáronle á sus labios un vaso de vinagre mezclado con hiel. ¡Oh crueldad de los judíos, de la que no ha habido hasta ahora ejemplar en el mundo! esclama lleno de ira santa San Bernardino de Sena. ¿Esos son los consuelos que dais á un hombre fatigado? ¿Ese es el efecto de compasion que mostrais con un hombre Dios que va á morir? ¿con vinagre y hiel amarga quereis atormentar la lengua melíflua, que os ha enseñado palabras dulces y de vida eterna?

Jesucristo llegó á quejarse de esta crueldad, cuando dijo por David : « que en medio de su sed no le habian dado sino vinagre. » *Et in siti mea potaverunt me aceto.* De vosotros se queja, cristianos, que renovando este dolor os obstinais con vuestras culpas. La palabra libre, la chanza picante, el odio del corazon, la fama quitada de vuestro prójimo, la vida prostituta, ese es el vinagre, esa es la hiel con que intentais saciar la sed del Redentor. ¡Oh tiranía! ¡oh ingratitud! Pero mejor es que diga : ¡oh amor de un Dios que aun en las últimas agonías se acuerda del hombre prevaricador! *Sitio.*

« Sed tengo, » dice desde la cruz ese Dios moribundo. Sed de padecer mas por el hombre, sed de mas dolores. Aquí, dice San Bernardo, descubrió Jesucristo lo inmenso de su ardiente caridad; porque decir que tenia sed, fué descubrir el deseo que tenia de sufrir mucho por el hombre: tres veces, decia este padre, pidió Jesucristo en el huerto que pasase el cáliz amargo de la pasion; pero luego que comenzó á beberle, encendido en amor, mostró sentimiento de que se acabase: *Quid es bone Jesus? antequam gustes, petis calicem auferri, et postquam bibisti, sitis.* ¿Y vosotros, cristianos, os hallais con el mismo deseo de padecer por Jesucristo, que el que tiene él de padecer por vosotros? ¡Ah! todo es delicadeza, todo melindre, todo flaqueza, todo es pretestos cuando se trata de servir á Dios. ¿Cuántos de vosotros ignorais lo que es cilicio? Pues concluyo que os negais á saciar á Jesucristo la sed, y consolarle en su tormento.

Sed tengo, os dice ese Dios agonizante; pero esa sed, dicen los padres, era el ardiente deseo que tenia Jesucristo de nuestra salud, de la propagacion de la fe, de que los pecadores hiciesen útil el fruto de su pasion. *Quid sitivit Christus*, decia San Bernardo con San Agustin, *nisi bona opera nostra.* ¿Y saciais, pecadores, esta sed de Jesucristo? No, cristianos, vosotros padeceis sed; pero no de vuestra salud: los unos teneis sed de vengaros de vuestros enemigos, de quienes dijo Isaías: *Quasi turba impellens parietem, et sicut æstus in siti exsurget.* Otros tienen sed de riquezas, de quienes dijo Job: *Bibent sitientes divitia ejus.* Mas ninguno tiene la sed de Jesucristo, que es la de salvaros. Pero en vosotros se cumplirá aquel terrible anatema: *Ponam eam quasi solitudinem, et statuam eam velut terram in viam, et interficiam eam siti.*

Yo, dice Dios, pondré vuestras almas, que no han deseado la salvacion, como una soledad, como un campo sin agua, y os consumiré con sed. Antes, pues, que venga sobre vosotros esta terrible maldicion, arrojaos á los pies de ese Dios, que va á ausentarse de vosotros, y llenos de lágrimas vuestros ojos, y de sentimiento el corazon, decid con David: *Sitivit anima mea ad te fontem vivum:* me abraso, Señor; se me quema el corazon con deseo grande que tengo de beber las aguas de vuestra fuente, y si me lo impiden mis delitos, me pesa en el alma de haberlos cometido. Misericordia, Dios mio; misericordia, dueño de mi corazon.

SESTA PALABRA.

Ya se acabó.
JOANN., XIX, 30.

Estas son las últimas palabras con que el Salvador, al tiempo de espirar, comsuma su sacrificio; estas son las últimas instrucciones que reciben de su divino Maestro los discípulos; estos son los últimos suspiros que recogen de su boca moribunda las santas mugeres; de este modo se ausenta de la tierra, y deja á sus amados discípulos igualmente consternados por el dolor de perderle, y por el profundo misterio de sus palabras. *Consummatum est*: « ya se acabó. » ¿Cuánto no tienen que discurrir los santos padrès sobre la inteligencia de estas espresiones, con que se despidió de la tierra Jesucristo? Ya se acabó, quiere dar á entender, dice el abad Arnoldo, que con su muerte se han consumado todas las figuras y ceremonias de la antigua ley.

Se cumplió aquel gran sacramento de ser formada Eva de una costilla de Adan que dormia, saliendo la Iglesia fecunda de mártires y confesores del costado de Cristo abierto con una lanza, cuando dormia en la cruz el sueño de la muerte. *Consummatum est*. Ya se cumplió aquel sacramento de haber muerto Cain á su hermano Abel, porque el pueblo judáico, lleno de odio, ha muerto á Jesucristo, su hermano segun la carne, y ha hecho correr su sangre por la tierra. *Consummatum est*. Ya se cumplió aquel sacramento del arca de Noé, en que el mundo se habia de salvar de las aguas; porque en el arca de la cruz Cristo Jesus ha librado á todo el género humano de la ira de su Padre.

Consummatum est. Ya se acabó aquel sacramento del arco de varios colores, que apareció en el cielo como señal de paz; porque Jesucristo estendidos los brazos en la cruz, es señal de reconciliacion de los pecadores con el Padre. *Consummatum est* Ya se cumplió la figura de Isaac, que cargó sobre los hombros la leña con que habia de ser sacrificado; porque Jesucristo llevó sobre sus hombros la cruz en que fué crucificado. *Consummatum est*. Ya se cumplió la figura de Jacob, que se cubrió las manos con pieles de cabritos para parecerse á Esau; porque Jesucristo tomó sobre sí los pecados de todo el mundo.

Consummatum est. Ya se cumplió la figura de David, que venció al

gigante con el báculo y cinco piedras; porque Jesucristo, con el báculo de la cruz y las cinco llagas de su cuerpo ha vencido al demonio. *Consummatum est.* Ya se cumplió la figura de la serpiente que levantó Moisés en el desierto para librar á su pueblo de las heridas de las serpientes; porque Jesucristo exaltado en el leño de la cruz, cura al mundo de la mordedura del pecado. *Consummatum est.* Ya se cumplió la figura de la boca roja y sin mancha, que era quemada fuera de la ciudad, con cuyas cenizas se santificaba el pueblo y se hacia hábil para entrar al tabernáculo; porque Jesucristo, abrasado con el fuego de su amor, fué crucificado fuera de Jerusalen.

Pecadores, solo una cosa no se ha cumplido, y es la santificacion de vuestras almas; porque entregados al vicio, olvidados de vuestra eterna salud, haceis inútil la sangre de Jesucristo; pero esta es la ocasion en que debeis llorar amargamente vuestra culpa, para que pueda decir con verdad ese Dios agonizando: ya se ha cumplido lo que yo deseaba. *Consummatum est.* Ya se cumplió, os dice Jesucristo, la satisfaccion que yo debia dar por vosotros á mi Padre en el árbol de la cruz: ya se acabó el pecado, os dice Jesucristo. *Quis dicere poterat peccatum consummatum esse, nisi is, qui ut peccatum deleret consummatus est?* decia San Agustin. ¿Quién mejor que Jesucristo, dice este incomparable doctor, podrá certificaros de que se acabó el pecado, cuando él, que vino al mundo para borrar nuestros delitos, va á acabarse y consumirse? Jesucristo nos dió á entender este misterio, cuando se dejó comparar por Moisés al águila, que provoca á sus hijos á volar: *Sicut aquila provocans ad volandum filios suos.*

El águila, cuando ve al dragon que acomete á su nido para robarla los polluelos, no huye, sino que pelea con él para librarlos. Esto es lo que sucede á Jesucristo, que para librarnos del infierno peleó con la muerte y el pecado, y los venció y triunfó de ellos. Pero murió en la batalla, cumpliéndose lo que está escrito: *Fortis impegit in fortem, et ambo pariter conciderunt.* Así murió Sanson, peleando con los Filisteos; así murió Eleazaro matando al elefante y á los que iban en él; y así murió Jesucristo arrojando del mundo al pecado. ¡Oh pecado, que comenzaste con dulzura en la manzana del paraiso, y acabaste con amargura con la muerte de Jesucristo!

Así empieza en vosotros, cristianos, la culpa con un gusto aparente, que engaña vuestros sentidos, que alucina vuestro corazon; pero su fin

es tan amargo como la muerte. Llora pues, pecador, tu delito, ayuda á Jesucristo á vencer el pecado, y librarte de las cadenas del demonio. *Consummatum est.* Ya se consumó la crueldad, os dice Jesucristo : ya he sufrido por vosotros todos los trabajos que el Padre me habia ordenado. Mis manos han sido atadas con crueles cordeles, mis piés clavados con agudos clavos, mi corazon afligido con angustias, mis espaldas aradas con azotes, mi cabeza atravesada con las espinas, mi cuerpo desnudo y afrentado, mi boca atormentada con amargura. Pero ¿qué parte hay en mi cuerpo que no haya padecido tormentos por vuestro amor? *Non est sanitas in carne mea.* No tiene mas que inventar la crueldad, ya se acabó el padecer. *Consummatum est.* Y vosotros, cristianos, ¿habeis comenzado á sufrir algo por Jesucristo? ¡Qué vergüenza, católicos; el Señor entre trabajos, y el esclavo entre delicias! ¡El Criador en amargura, y la criatura en placer! ¡La cabeza de Jesucristo coronada de espinas, y la vuestra adornada con vanidad y lujo! ¡Los piés de Jesucristo clavados, y los vuestros libres para correr al pecado! ¡Jesucristo ya va á espirar á fuerza de tormentos, y vosotros con los ojos enjutos, y sin partirse el alma de dolor! Llega, pecador; arrójate á los piés de tu Dios. ¡Oh Señor! ¿cuándo estaremos nosotros poseidos y abrasados del amor de la cruz? ¡Ay de vosotros, que huis de la cruz, no por respeto como los humildes, sino de miedo como los tímidos y cobardes, cuya suerte será en un estanque de fuego! ¡Oh gran Dios! ¡oh Dios de las eternidades, dadnos la gracia de aborrecernos á nosotros mismos! Y vosotros, cristianos, conseguidla á fuerza de lágrimas y sentimientos. Levantad al cielo el grito : misericordia, Dios mio ; misericordia, Señor mio.

ULTIMA PALABRA.

> Clamó Jesucristo con una voz grande, y dijo al Padre eterno: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto espiró.
>
> Luc., xxiii, 46.

Aquí era necesario, cristianos, el espíritu de un ángel, para que bañadas todas mis palabras en dolorosos y seráficos incendios, se comunicase á todos los mortales la mas tierna y afectuosa compasion de un Dios

inocente, que casi nada le falta para espirar por nuestro amor. Se me acaban las palabras, el espíritu me falta, casi cae á tierra mi corazon : por una parte me culpo á mí mismo, por otra á vuestra ingratitud, cuando os miro con los ojos enjutos, el corazon sereno y sin muestras de sentimiento á vista del mas doloroso suceso.

¡Oh lágrimas! ¿en dónde estáis? Ojos, ¿de qué procede vuestra ceguedad? ¿Tan liberales para llorar un pasagero desastre, y tan difíciles para conceder los desperdicios siquiera de algunas lágrimas en esta ocasion? Moisés, al toque de una vara, hizo dar raudales de agua á los peñascos, y vuestro corazon no se ablanda con palabras tan amorosas como las que os he hablado hasta aquí? ¿Permaneceis insensibles viendo á Jesus que va á espirar en un leño el mas ignominioso? Murió el Josías, y fué universal el sentimiento. No hubo familia que no llorase desde la casa de David, Natham, Levi, Semei, hasta la misma casa de Israél. Las mugeres, los niños, los sacerdotes, los ancianos del pueblo se mostraron al público lánguidos y descoloridos.

Jeremías compuso las lamentaciones para llorar esta muerte. Cien años se habian pasado, y todavía se juntaban los judíos para llorar esta muerte. ¿No habrá, católicos, estas lágrimas para sentir la muerte de este Redentor divino? La muerte de Josías no fué sino una figura de la que vais á ver. Este rey, si fué tan grande, fué porque figuró á Jesucristo. Si antes de Josías no hubo otro rey tan santo como este príncipe, ¿quién mas santo que Jesucristo? Si del rey Josías se dice que no hubo rey semejante ántes de él, porque aborreció los ídolos, y destruyó la idolatría; de Jesucristo dice la Esposa, que es el escogido entre millares.

Si murió el rey Josías por favorecer á un rey amigo que peleaba contra un rey de Egipto, Jesucristo muere no solo por librar á sus amigos, sino tambien á sus enemigos. Si Josías se opuso al furor del rey de Egipto, Jesucristo se ha opuesto al furor de la justicia divina. Pues, cristianos, llorad la muerte de ese Dios que va á espirar, con el mismo llanto con que sintió Israél la muerte de Josías : *Erit planctus magnus in Jerusalem.* Llegaos á ese monte : lloren los nobles, porque va á morir el príncipe mas poderoso : *Rex regum, et Dominus dominantium.* Lloren los sacerdotes, porque va á morir el sumo Sacerdote, segun el órden de Melquisedec : *Tu es Sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech.* Lloren los capitanes, porque va á morir el Capitan mas valeroso : *Ducet, et præceptorem gentium.* Lloren los ricos y los

pobres, porque va á morir el mas rico y el mas pobre : *Qui cum dives esset, pro nobis pauper factus est.* Lloren los mercaderes, porque va á morir el Mercader mas famoso que vino á buscar al mundo la mas preciosa margarita : *Simile est regnum cœlorum homini negociatori, quærenti bonas margaritas.* Lloren los labradores, porque va á morir el mejor Labrador : *Exit qui seminat seminare semen suum.* Llorad todos, porque ya le veis que clama á su Padre para entregarle su espíritu : *Clamans voce magna.*

Clamó á su Padre, dice San Buenaventura, con un clamor fuerte y escesivo, que se oyó hasta en los infiernos; el mismo doctor lo afirma: clamor que horrorizó á los judíos, que partió el velo del templo, dividió los peñascos, y obligó al Centurion á confesar su divinidad : *Vere filius Dei erat iste.* Así clamó, dice San Hilario, oprimido del dolor; y como si ya le faltasen fuerzas para sufrir, llama á su Padre para entregarle el espíritu, pues de él le habia tomado. Nuevo motivo de nuestro dolor, porque ya se acerca el instante en que pierde la criatura al Criador, la sinagoga á su Pontífice, la Iglesia á su cabeza.

Ya se cubren las mejillas del Redentor de amarillez mortal; ya se van ennegreciendo las carnes; ya se retiran los ojos hácia el cerebro; ya se apagan sus luces poco á poco; ya se levanta el pecho; le aprieta los cordeles el tirano dolor, y le lleva precipitado á la muerte : ya se asoman á su vista los últimos accidentes, precursores de la muerte; ya la parca cruel levanta el golpe; ya le descarga; ya traspasa el corazon del Maestro de la vida.

Aguarda, cruel muerte, tirana homicida, ¿cómo quieres de un golpe acabar con tantas vidas? ¿cómo quieres no solo robarnos á Jesucristo, y con su muerte acabar con su Madre, que está hecha testigo de las afrentas del Hijo, y robarnos de este modo el único alivio que nos queda? Aguarda, cruel. ¡Oh! dolorosa Madre, mujer la mas afligida, apartaos de aquí, no querais presenciar espectáculo tan cruel. Volved, Señora, al lugar de vuestra soledad, que allí no será tanto el dolor. ¿Cómo tendreis corazon para ver morir al Hijo de vuestras entrañas? Agar, esclava de Abrahan, no tuvo corazon para ver morir á Ismaél, un hijo díscolo; ¿y le tendreis vos, para ver morir á un Hijo tan obediente? Raquel no admitia consuelo, hubo de morir de dolor al ver á sus hijos muertos en las calles de Jerusalen, ¿y podreis vos, sin acabar con la vida, decir el último adios á vuestro Hijo, y verle espirar sin poder darle alivio?

Mirad, Señora, que aquí os traspasará con mayor fuerza la espada que os profetizó Simeon : mirad, que aquí vendrá sobre vos aquella tempestad que profetizó Jeremías, con que sin duda os ahogaréis en el mar de este dolor. Retiraos, afligida Madre. Pero no lo hará, cristianos; porque ella ha de restablecer en el Calvario con su dolor lo que perdió Eva en el paraiso por su culpa; pero á lo ménos ¡oh ángel consolador! ¡oh espíritus soberanos! estad prontos para recibir el cuerpo de vuestra Reina si cae en tierra oprimida del dolor. Evangelista Juan, santas mujeres, enjugad las lágrimas de María mi Señora : que sus ojos ya no son fuentes, sino un mar de lágrimas. Divertid á vuestra Reina para que no advierta el temblor de la cruz, el último suspiro de su Hijo, la disolucion de sus nervios : mirad que el Calvario empieza ya á horrorizarse de este horrendo deicidio, y toda la tierra tiembla, y quiere acabarse con la vida de su Criador.

¡Quién pudiera detener el golpe que va á descargar Cain sobre Abel! ¡Quién pudiera decirle á Acab, que detenga la espada y la vida del inocente Nabot! Pero ya se cumplen los decretos del Padre celestial. Corramos cristianos, como verdaderos hijos al lecho de nuestro Padre moribundo : pidámosle la última bendicion, despidámonos, demos el último adios, diciendo : adios, mi Redentor; adios, Hermano el mas amado ; adios, Esposo de mi alma ; adios, Luz del mundo. Pero ántes que os vayais, dadnos ¡oh Padre! la bendicion ; dadnos ¡oh Hermano! un abrazo; dadnos ¡oh Esposo! un ósculo suave : ¡oh luz! ilumina nuestra ceguedad. Daos prisa, cristianos, que ya espira vuestro Dios. ¿No veis que ya el cuerpo con su natural peso se va á tierra? ¿No le ois que con voces moribundas ya encomienda al Padre su inmaculado espíritu, inclina sobre el pecho su lánguida cabeza, ya cierra los ojos y le falta el aliento, ya exhala el último suspiro, ya espira, ya murió?....

Ya se ha oscurecido la luz, ya se eclipsó el sol, ya se ensangrentó la luna, ya se afeó la hermosura, y ya murió el Hijo del eterno Padre, la figura de su sustancia, el Mesías prometido, el Deseado de los profetas, el Esperado de los patriarcas. Ya murió Jesucristo; pero ánimo, cristianos, que ha muerto prometiéndoos el perdon de vuestras culpas : *Caput habet inclinatum ad osculandum, cor apertum ad diligendum, brachia extensa ad amplexandum.* Ha muerto Jesucristo, pero ha muerto inclinando la cabeza, como convidándoos para el dulce ósculo, dice San Agustin ; ha muerto inclinando la cabeza para significaros, que

carga sobre sus hombros la oveja perdida, que despues de no haberla encontrado por todo el mundo, vino á encontrarla en la cruz. ¿Y qué motivo mayor de confianza, saber que Jesucristo muere llevándonos sobre los hombros para ofrecernos á su Padre?

Muere Jesucristo; pero muere con el corazon abierto para mostrarnos que si hemos sido hasta aquí el objeto tierno de su amor, nunca lo somos mejor que cuando muere por nosotros. Muere Jesucristo; pero muere con los brazos abiertos, como diciendo: llega, pecador, no pienses que te arrojo de mi amistad: ahora es la ocasion en que puedes arrojarte á mí para alcanzar el perdon. Sí, amable Jesus mio; reconocemos tus piedades, y por lo mismo lloramos amargamente nuestras ingratitudes, y quisiéramos morir de sentimiento. ¡Oh Redentor mio! ¡oh amoroso Jesus! confieso que mi culpa ha sido la causa de tan lastimosa tragedia, de tan bárbara ejecucion, y de trasformacion tan injusta. Yo fuí el artífice de vuestra cruz; yo fuí el instrumento de vuestro dolor; yo fuí el ministro de vuestros tormentos; yo fuí el motivo de vuestra muerte, siendo el verdugo de vuestra vida. Pero ahora, Señor, rendido á vuestros piés, quisiera mostrarme con mil voces de arrepentimiento, como os he ofendido con mil ingratitudes.

Protesto, Señor, hacer en mí una mudanza porfectísima, y entregarme á vos por la penitencia. Mi corazon, que no ha conocido hasta aquí otra ley que sus pecados, desmaya á vista de mis delitos; pero ayudadme vos, poderoso Señor. Pésame de todo corazon de haber ofendido tanto vuestro amor: pésame de haberos sido tan ingrato. Quisiera, adorado Jesus, que fuera infinito mi pesar, ya que fué tanto mi atrevimiento. Quisiera lavar con lágrimas de sangre los desperdicios de mi vida. Deseo comenzar desde este dia una vida nueva en nada semejante á la pasada. Ayudadme, Padre amoroso, para que no se pierda en mí el fruto de vuestra muerte. Válgame vuestra gracia contra mi malicia; sosténgame vuestra omnipotencia contra mi inconstancia; ayúdeme vuestra infinita misericordia contra mi grande miseria. Misericordia, mi dios. Partidme, Señor, el corazon de dolor, que quiero morir con vos, para lograr la eterna bienaventuranza.

MEDITACION DE LA LANZADA QUE SE DIÓ AL SALVADOR.

(DE FRAY LUIS DE GRANADA.[1])

Hasta aquí has celebrado, anima mia, la muerte y dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences á celebrar y lamentar los de la Madre. ¿Cómo quedas ahora sola inocentísima Vírgen? ¿Cómo quedas viuda, la señora del mundo? ¡Oh Vírgen santísima! querria consolarte, y no sé cómo: querria aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito, y no los tuyos, porque mas amabas á él que á ti, ya han cesado sus dolores, pues el cuerpo no padece y toda su ánima es ya gloriosa: cese pues la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor....

Bien veo, Señora, que no basta nada de esto para consolaros, porque no se ha quitado sino trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio y comienza otro. Hasta aquí llorábades sus dolores, ahora su muerte; hasta aquí su pasion, ahora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, ahora su ausencia, y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mia, cerrad los ojos, y no mireis aquella lanza que va enristrada por el aire, donde va á parar. ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de sí? Mirad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, y aquel caimiento de rostro, y aquella amarillez y sombra de muerte, que aunque seais mas duros que el hierro y que el diamante, y que vosotros mismos, viéndolo os amansareis. ¿Porqué no os contentais con las heridas del Hijo, sino tambien quereis herir á la Madre? A ella heris con esa lanza, á ella tira ese golpe, á sus entrañas amenaza la punta de ese hierro cruel.

[1] *Libros de Oracion y Meditacion*, cap. XXV.

Llega pues el ministro con la lanza en la mano, y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe, y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh rio, que sales del paraiso, y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha mas con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! Dios se salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones: herida que hieres las ánimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para el corazon de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable. Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazon en esa tan delectable morada, dame por ella paso á las entrañas de tu amor; beba yo de esa dulce agua, y embriagado con ese tan precioso licor, adormézcase mi ánima en ese pecho sagrado; olvide aquí todos los cuidados del mundo, aquí duerma, aquí coma, aquí cante dulcemente con el profeta, diciendo: « Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aquí moraré « porque esta morada escogí. »

A CRISTO CRUCIFICADO.

(DE SANTA TERESA DE JESUS.)

SONETO.

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios; muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte;
Muéveme en fin tu amor de tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y, aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
Porque, si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

I.N.R.I.

DÉCIMATERCIA ESTACION

DÉCIMATERCIA ESTACION

DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

onsidera, alma mia, como habiendo muerto Jesus, dos de sus discípulos, José y Nicodemus, le bajaron de la cruz, y le colocaron en brazos de su afligida Madre, la cual le recibió enternecida y le apretó en su seno.

¡Oh Madre desconsolada! recibidme en el número de vuestros siervos y rogad á Jesus por mí. Y vos, Redentor mio, aceptad el ofrecimiento de mi amor en cambio del entrañable afecto que os condujo á la muerte por salvarme. Vos

colmais todos mis deseos : os amo y me arrepiento de haberos ofendido. No permitais, Jesus mio, que vuelva á ofenderos, y disponed de mí segun vuestra santa voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sœcula sœculorum.—Amen.

(DE GARCIA.)

Levantad la vista á la cima funesta del Calvario, y ahí le hallareis frio cadáver, desamparado de los hombres, de los ángeles y de su mismo Padre. Miradle, mas no sin lágrimas ni sollozos, clavado en ese leño indigno, segun Tulio, infausto, segun Séneca, infame, segun Livio, el mas vergonzoso, segun San Agustin, y maldito, segun la palabra del Señor : *Maledictus qui pendet in ligno.*

Mirad ahí al deseado de los patriarcas, al anunciado por los profetas, al engrandecido por las sibilas, al adorado por los ángeles, al reconocido por los magos, al celebrado por el justo Simeon, al recomendado de la profetisa Ana, al señalado con el dedo del Bautista : mirad en esa cruz al Hijo de María, abandonado por sus discípulos cobardes, perseguido por sacerdotes hipócritas, burlado por cortesanos impíos, pospuesto á Barrabas por un pueblo inconstante, espuesto á los insultos del libertinaje, tratado como rey de burlas por unos soldados igualmente bárbaros que insultantes : ¡ay dolor! crucificado y muerto entre dos ladrones en medio de su nacion, entre los suyos, en la capital de su país, el dia de la solemnidad mayor, en el lugar mas visible de la ciudad, verificándose el oráculo de Jeremías : *Saturabitur opprobriis.*

Vedle ahí como Abel muerto á los golpes de una rabiosa envidia ; como Isaías sacrificado al furor con la sutil sierra de la iniquidad; como Jeremías, el que no ha encontrado entre los suyos mas que grillos, azotes y muerte ; como Ezequiel, que despues de acompañaros en la Babilonia del

mundo, y haber comunicado su espíritu, no solo en las riberas del Chobar, sino en Samaria, Jerusalen, Galilea, Damasco y Nazaret, ha sido cruelmente muerto por el príncipe de su gente : lo diré de una vez; vedle lastimado, como ninguno de los justos que han padecido desde el principio del mundo, y padecerán hasta el fin; porque su dolor no tiene semejante, segun la espresion de Jeremías : *Non est dolor similis, sicut dolor meus.*

Este es, católicos, el triste, aunque augusto misterio que causa á todo el mundo un dolor y una tristeza universal. Este es el objeto mas lastimoso, y el que debe escitar nuestro dolor. ¿Quién tendrá valor para hablar, ni para mirar tan lastimoso suceso, sin que antes rasgándose el corazon de compasion dolorosa mas diga y oiga con lágrimas, que con voces y atenciones? Morir Jesucristo de un modo mas suave y mas honroso fuera un espectáculo triste : quedará entónces sin hijo la sinagoga, sin su esposo la Iglesia, sin pastor el rebaño, sin maestro los discípulos. Pensad pues ahora, ¡á qué lágrimas no será acreedora esta noche en que miramos á un Dios muerto con la muerte mas infame por aquellos á quienes habia merecido abundantes bendiciones! Y aun pasa mas allá la crueldad. No hay quien le baje de ese afrentoso patíbulo para sepultarle.

Triste mujer, que sois testigo de este desamparo, el mayor que ha visto el mundo, ¿cómo no dais sepultura al despedazado cadáver de su Hijo? Pero ¡ah! este es el mayor motivo de su pena, no poder darle vuestra sepultura, ni bajarle de la cruz. Esto hace que su dolor sea el mayor de los tormentos que ha podido imaginar la crueldad, como dice San Anselmo : esto hace que su dolor sea tan grande, que si se repartiese entre las criaturas seria capaz de darlas muerte á todas, como se esplica San Bernardino. Esto hace que falten palabras y espresiones para pintar el dolor de esta afligida Sunamitis. Dejémosla, pues, en su amargura; digamos lo que el profeta dijo á Gieci que intentaba consolar á una madre que lloraba la muerte de su unigénito : *Dimitte eam, anima enim in amaritudine est.* Dejémosla, porque su corazon está lleno de amargura, y su pena la roba la atencion.

Fluvios scindes terræ: viderunt montes et doluerunt : gurges aquarum transiit. (Abac., III.)

Las palabras que acabo de proferir, tomadas del Cántico de Abacuc, se entienden á la letra de la salida del pueblo de Israel del cautiverio de

Babilonia por el poder del rey Ciro; mas en el sentido alegórico, segun sienten los Santos Padres con el doctor Tirino, se entienden de la salida del género humano del cautiverio de la culpa, con la muerte del Redentor. Pintaba lastimosamente el profeta las circunstancias funestas que se seguirian á la muerte de Jesucristo, y lleno del Espíritu Santo nos dió la idea mas espresiva de este suceso lastimoso : *Fluvios scindes terræ.* Se acabará en la muerte del Hijo de María la piedad de los hombres : se verá en la tierra un desamparo sin igual : *Viderunt montes et doluerunt.* Advertirán aun las criaturas insensibles tan grande desamparo, y darán muestras de su dolor : *Gurges aquarum transiit.* Esta crueldad y abandono hará correr por el Calvario un mar de lágrimas y un diluvio de penas. Tristes circunstancias que hacen lastimosa la muerte del Redentor; las que esplicarán las tres partes del discurso con estas voces : crueldad sin ley, primera : sentimiento sin consuelo, segunda : lágrimas sin límites, tercera.

I.

CRUELDAD SIN LEY.

¿Quién no creyera que con la muerte de Jesucristo habian de serenarse los flujos y reflujos del mar inmenso de sus tribulaciones? ¿Quién no creyera que se daria por satisfecho el odio de los hombres con tanta sangre derramada, con tantos tormentos padecidos, que llegaron á mover á compasion á la misma insensibilidad? Dime, ingrato pueblo, ¿qué habeis omitido desde el momento en que se dejó ver entre vosotros ese Nazareno divino, para hacerle el mas despreciable de los hijos de los hombres? ¡Qué contradiccion! ¡qué adversidad! San Pablo no tiene voces para esplicarlo : *Talem sustinuit contradictionem.* Contradiccion en el linaje, pues le tienen por sospechoso : *Nonne hic est fabri filius?* Contradiccion en su patria, pues le tienen por vil y despreciable : *A Nazareth potest aliquid boni exire?* Contradiccion en sus costumbres, contradiccion en su doctrina, pues la tienen por parto de un hombre sin ley, y poseido de un espíritu impostor : *Dæmonium habet : quid eum auditis?* Contradiccion en su vida, pues la tienen por libertina : *Scimus quia hic homo peccator est.* Contradiccion en su religion : *Hic homo non est a Deo, qui sabbatum non custodit.* Contradiccion en su celo y conversacion :

Quare cum publicanis manducat Magister vester? Contradiccion... ¿pero intento referiros los libros santos? Bastaba para saciarse vuestro odio verle cual le veis, herido, ensangrentado y sacrificado como manso cordero á vuestra rabia. ¿Puede estenderse mas allá la crueldad? Sí. Ha escedido los límites de la ley. Profetizado estaba: *Fluvios scindes terræ.* Ya está cumplido. Ni su muerte ha podido mover á compasion. No hay quien le baje de la cruz; no hay quien le dé sepultura: tiranía de que no ha visto hasta ahora ejemplo el mundo.

Era ley espresa en el Deuteronomio, é intimada á los judíos por Moisés desde las cumbres del Sinaí, que los que muriesen con la muerte ignominiosa de cruz fuesen sepultados en el mismo dia en que sufriesen la pena: *Quando adjudicatus morti appensus fuerit in patibulo, non permanebit cadaver ejus in ligno; sed eadem die sepelietur.* Así leemos, que crucificados los dos hijos de Saul por los gabaonitas, siendo Saul tan contrario á David, apénas supo que habian espirado, cuando se partió con su córte, y les dieron honrosa sepultura. Así leemos que crucificado por Josué el rey de Hai, porque queria impedir el tránsito á la tierra prometida, apénas supo que espiró, cuando mandó sepultarle. Solo para el Hijo de Dios es tanto el odio de los hombres, que se quebrantan las leyes para quitarle la vida, del mismo modo que para negarle sepultura. Ninguna ley se guarda con vos, mi Dios difunto; mas si nuestro odio ha querido competir atrevidamente con vuestro amor, ¿qué mucho que no se ajusten á las leyes para perseguiros, si vos mismos traspasasteis las leyes para amarnos?

¡Gran Dios! ¿es posible que no haya quién os dé sepultura? ¿A quién han faltado hasta ahora en el mundo cuatro piés de tierra para ocultar su cadáver? Para sepultar á Sara hubo un Abrahan, que compró un campo por cuarenta siclos para labrar un sepulcro. Para sepultar á Jacob hubo un José, que condujese de Egipto su cadáver, para enterrarle en el sepulcro de sus padres. Para sepultar á José hubo un Moisés que llevase sus huesos á Canaan. Para Moisés hubo ángeles que le sepultasen en el valle de Moab. Para Josué hubo un varon piadoso que le diese sepultura en la ciudad del Sol. Para Jonatás, Abinadab y Melchisua hubo unos fuertes varones de Jabes Galaad. Para los desgraciados israelitas habia un Tobías, que posponiendo el mandato del rey los sepultaba. Para los que perecieron en la batalla contra Gorgias hubo un Macabeo que recogiese sus cuerpos. Para los judíos que acusaron al impío Menelao, y fue-

ron por un injusto juicio condenados, hubo ciertos tirios que les sepultasen. Al Bautista degollado por Heródes le sepultaron sus discípulos. Dadme un demonio en carne (permitidme que me esplique así), él ha pagado su pecado, pero su cadáver ha sido sepultado con decencia. ¿Quién mas inicua que Jezabel? Y Jeú, príncipe de Israel, que la condena, manda darla sepultura. ¿Quién mas desobediente que aquel profeta que comió pan en casa de Jeroboan contra el precepto del Señor? A él se le da por pena, que no sea enterrado en el sepulcro de sus mayores; pero al fin se le dió sepultura. Solo al Hijo de María le abandona todo el mundo : para él no hay discípulos, no hay amigos, no hay piadosos : parece que su inocencia insulta á la tiranía. Ya ha visto el mundo una crueldad sin ley : *Fluvios scindes terræ.*

¡Almas profanas, despreciais á Jesucristo porque él condena al mundo, á ese mundo cuyos caprichos adorais, cuyos desprecios respetais, cuya gracia amais, cuya aprobacion buscais. ¡Almas miserables! Jamás sentireis las penas de Jesucristo, porque os incomoda la ley y la razon, porque os agrada el deleite, la diversion, la bulla, el galanteo ; ¡ay de vosotros! que vendrán aquellos dias en que se llamarán felices las que no han parido cuando mireis aumentarse la crueldad, señorearse el furor y despoblarse de plantas el Olivete para formar patíbulos; cuando mireis al sacerdocio sin autoridad, al reino sin jurisdiccion, á los oráculos sin voz, á la ley cual desangrado cadáver, sin fuerza, sin espíritu, sin séquito, sin honor, sin mando; cuando mireis la ruina de Jerusalen, la profanacion del templo, la dispersion de vuestra nacion. Y en esto, Dios mio, sois soberanamente santo, y digno de nuestras adoraciones : *Justus es, Domine, qui hæc judicasti.* Así se esplica San Juan hablando de aquellos, que merecian beber en el cáliz de la indignacion divina la sangre de los profetas, que habian derramado. Y si la sangre de los justos ha atraido á los hombres los azotes y castigos de Dios, ¿qué no hará la sangre de Jesucristo? Los juzgareis, Señor, sin misericordia en el dia terrible de la revelacion, porque han ejercido con vuestro Hijo una crueldad sin ley : *Fluvios scindes terræ.*

II.

SENTIMIENTO SIN CONSUELO.

Al desamparo con que trató el judaismo á Jesucristo, se siguió el sentimiento de los montes, que es lo mismo que decir, de las criaturas insensibles : *Viderunt montes, et doluerunt.* Prueba del gran sentimiento que se vió en el Calvario. Cuando Jeremías quiso espresar el sentimiento de Jerusalen, dijo, que hasta los caminos de Sion lloraban, porque no habia quien viniese á la solemnidad : *Viæ Sion lugent, eo quod non sint qui veniant ad solemnitatem*; y es como si dijera : Si los caminos insensibles se lamentan, ¿cuánto no harán las criaturas racionales? Si las piedras, si el sol, si el velo del templo quisieron acabar su vida junto con la de Jesucristo como se esplica San Leon, papa : *Ut in morte ejus vellent et ipsa finiri*, ¿cuánto no llorarian aquellas piadosas mujeres, y la madre de ese Dios difunto? Profetizado estaba por Amós, que el sol en medio de su carrera nos negaria sus luces, y ya lo veis cumplido. Mas oscura ha quedado la tierra con la muerte del Redentor, que la tierra de Egipto á la voz de Moisés, y que ántes que Dios criase la luz. La tierra se sacudió á sí misma con mayor espanto que para reprender el arrojo del rey Osías, que intentó purificar en el altar del timiama. Las piedras y el velo del santuario se partieron medio á medio como lo dejó escrito Isaías : *Revelabitur operimentum Judæ, et videbitis scissuras civitatis David.* Así mostraron su sentimiento las criaturas insensibles. ¿Cuál, pues, seria el sentimiento de esa triste viuda que lloraba la muerte de su Unigénito? Seria, ya se ve, cual lo pide Jeremías : *Luctum unigeniti fac tibi planctum amarum* ; y con razon lloraba á un hijo á quien amaba mas que todas las madres juntas pudieron amar á sus hijos : *Excedit omnes amores parentum in filios amor istius matris in filium.* Estas son palabras del grande arzobispo San Anselmo : el amor con que María amó á su Hijo, superó en ternura, en violencia, en estension al de todas las madres mas apasionadas á sus

hijos; y ya sabeis que á proporcion que se ama al hijo, tanto mas crece el dolor en su pérdida.

No amó tanto Job á sus hijos, como María á Jesucristo; y con todo Job, que no habia dado indicio alguno de dolor con la noticia de que los sabeos habian muerto sus ganados, y los caldeos hurtado sus camellos, al oir decir que sus hijos quedaban sepultados entre las ruinas de su casa, rompió los vestidos, unió su boca con la tierra, para no horrorizar al mundo con sus gemidos: *Scidit vestimenta sua, et tonso capite corruens in terram adoravit.* No amó tanto Faraon á su hijo como María á Jesucristo, y con todo aquel corazon endurecido que no pudo liquidarse con todas las plagas de Egipto, al oir que Dios habia herido al primogénito de su corazon, al punto cedió de su ceguedad. No amó tanto Jacob á José como María á Jesucristo, y con todo en su muerte se cubrió de ceniza y cilicio: *Indutus est cilicio.* Llora sin admitir consuelo: *Noluit consolari.* Quisiera verse bajo la lápida que le cubre para sepultarse con él: *Descendam ad filium meum lugens in infernum.* No amaba tanto David á Absalon como María á Jesucristo, mas cuando supo la muerte que le habia dado Joab, prorumpió en estas voces: ¡Absalon, hijo mio! ¡Quién pudiera dar la vida por restituirte la tuya! *Absalon filii mi! Quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te!* Por eso Absalon, conociendo lo que era amar á un hijo, cuando la conjuracion contra su padre, levantó una estátua, y en ella puso esta inscripcion: *Non habeo filium.* No tengo hijo; como diciendo, segun siente Lira: solo el temor que viniese algun mal sobre mi hijo, si le tuviese, podia apartarme del designio que me he propuesto de quitar la corona á mi padre.

¿Comprendeis cuál será el dolor de María? Ella mira muerto en ese leño, y sin modo de darle sepultura á aquel hijo del que solo ella conocia sus infinitas perfecciones, y por eso le amaba con un amor mas intenso que cuanto amor puede sentir cualquiera criatura intelectual ó racional: *Quanto major notitia, tanto major dilectio*, que dijo San Agustin: á aquel hijo le amaba con un amor correspondiente á toda la estension de todo su entendimiento, y á toda la penetracion de su espíritu, segun la frase de San Bernardino: *Quantum à se diligendum intelligebat, tantum Deum diligebat.* Con razon dijo San Buenaventura, que no ha habido dolor mas escesivo, porque no ha habido amor mas grande: *Nullus dolor amarior, quia nulla proles carior.*

Oid, cristianos, cómo os convida con las palabras de Jeremías, para

que veais si hay dolor semejante á su dolor : *Attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus.* No le hallareis. ¡Qué dolor tan vehemente el de Abrahan cuando se le manda sacrificar á su querido Isaac! Pero fué muy inferior al de María. Abrahan subió al monte con Isaac; pero un ángel impidió el sacrificio : María subió con su Hijo al Calvario; pero allí le vió espirar : *Attendite.* Grande fué el dolor de Jacob cuando supo que un mónstruo habia dado muerte á José; pero no hay comparacion con el de María : á Jacob le restaban once hijos, á María ninguno. *Attendite.* Tan grande fué el dolor de Helí al oir que la arca santa quedaba cautiva, que cayendo en tierra cerró los ojos á la luz; pero aventajó á este dolor el de María, porque si la piedad dió muerte á Helí al ver á Jesucristo cautivo solo en figura, ¿quién mas piadosa que María? *Attendite, et videte si est dolor sicut dolor meus.*

¡Qué dolor tan grande el de aquella madre que en presencia de Salomon oyó que su hijo habia de ser dividido para satisfacer á la que se fingia madre! Pero no llegó este dolor al de María, porque aquella madre verdadera llevó á su hijo sin lesion, María mira en Jesucristo dividido el espíritu y el cuerpo. Acerbo fué el dolor de la Sunamitis, cuando estendido su hijo sobre sus rodillas le vió espirar; mayor es el dolor de María: aquella era muerte natural, esta violenta y afrentosa. ¡Cuánto no sintió Ana la ausencia de su hijo Tobías! Lloraba, dice la Escritura, con lágrimas irremediables; ¿pero en qué puede igualarse la pena de un hijo ausente con la de un hijo muerto? *Attendite.* Tanta amargura ocupó el corazon de Noemi, que solo quiso apellidarse amarga, desde que perdió á su esposo Elimelech. ¿Mas qué tiene que ver esa pena con la de María, que ha perdido á su padre, á su hijo, á su esposo y á su amado? *Attendite.*

No os canseis. El diluvio de Noé, calamidad que casi hizo agonizar la tierra, nada es si se compara con el diluvio de amargura que inunda el corazon de María : en aquel diluvio las aguas solo inundaron la tierra, los hombres y animales; en este las aguas de la tribulacion han inundado al sol de la justicia Jesus, y á la luna María, han cubierto con sus olas al mismo Dios. En aquel diluvio subieron las aguas sobre los montes, mas no sofocaron ni al arca, ni á Noé; en este diluvio de amargura las olas del trabajo han rodeado de tal modo á la arca mística María y al divino Noé, que ha confesado cada uno de ellos, que su alma está oprimida y sepultada en lo profundo con el peso de los trabajos : *Intraverunt*

aquæ usque ad animam meam : demersus sum in limo profundi. En aquel diluvio consolaba Noé á los que estaban en el arca ; en este no hay quien dé alivio á Maria para bajar á su Hijo de este leño. *Consolantem me quæsivi, et non inveni.*

A vista de esto puedo sostener el pensamiento de San Buenaventura, que hablando de los dolores de la Vírgen se atreve á decir con una piedad santamente audaz, que los dolores de la Madre superaron á los del Hijo : *Majorem dolorem habuit quam Salvator qui tot sustinuit.* Para dar una favorable interpretacion al pensamiento de este serafin de escuela, conviene decir, que si los dolores de la Vírgen escedieron á los de Cristo, no fué en la crueldad ni en la violencia, sino en la duracion : porque se estendieron mas allá de la muerte de su Hijo.

Confieso que la pasion del Hijo fué el acto de la mas horrible barbarie, que ni los tiranos, ni la impiedad mas ingeniosa habian podido inventar para dar la muerte á un hombre; mas al fin sus tormentos acabaron con la vida, y si lo quereis entender, con aquella última palabra que dijo al espirar en la cruz : *Consummatum est* : todo se consumó; consumáronse las figuras con la revelacion de la verdad, consumáronse las profecías con la manifestacion de los misterios ; consumóse la ley de Moisés con el establecimiento del Evangelio ; consumóse el tiempo de la sinagoga con la mudanza en el de la Iglesia ; al fin, el curso de mi pasion y de mi vida se consumó con mi muerte ; mas la consumacion del padecer del Hijo no fué la consumacion del padecer de la Madre. El suplicio de esta Reina de los mártires no se acabó con la vida de Jesucristo ; sus dolores se estendieron mas allá de su muerte. El verse desamparada sin poder bajar á su Hijo de la cruz, es lo que la da muerte entre alientos de vida: *Moriebatur vivens, et vivebat moriens*, que dijo San Bernardo.

El dia acababa con sus luces, y al verse llena de amargura, sentóse sobre la tierra oprimida de la afliccion y tristeza, dice San Bernardo. Ella se muestra fuerte y varonil ; porque como dijo San Amadeo, obispo de Dosana, que vivió en el siglo XII, ella triunfó de la enfermedad de su sexo, de la debilidad del hombre, y de la humanidad : *Vicit sexum, vicit humanitatem.* Con todo hizo lo mismo que Respha cuando vió crucificados á sus hijos : sentóse sobre una piedra, y palpitante el corazon, pálido el rostro, caido el cuerpo, imploró el auxilio del cielo, ya que la desamparaba la tierra.

Oracion de la Vírgen al eterno Padre. — *Adjuva me, Domine, solitariam, quia nullus est auxiliator præter te.* ¡Padre santo! no se oculta á vuestro trono que ha muerto el Hijo de mis entrañas, y no hay quien le conduzca á mis brazos. Enviad un ejército de ángeles que me le entreguen para morir con él. Porque, ¿para qué es la vida sin mi Jesus? Pero ¿qué auxilio podré esperar de vos, Padre mio, si vuestra misma justicia há cuatro mil años que espera á mi Hijo en ese leño, y si vos mismo desde el principio del mundo os ensayasteis en los profetas, para dar con destreza el golpe que hoy me mata? Vos dispusísteis que fuese muerto en Abel, burlado en Noé, sacrificado en Isaac, peregrino en Jacob, bendito en José, partido en Isaías, aprisionado en Jeremías, abofeteado en Micheas, condenado á las bestias en Daniel. Yo, Padre mio, adoro vuestros eternos consejos; mas oid con sufrimiento mis quejas. ¿No bastaba un solo suspiro en mi Hijo para redimir mil mundos? ¿Pues á qué fin muerte tan cruel? Mas vos, Señor, lo habeis dispuesto: *Adjuva me,* etc.

Demos que muera. ¿Pero porqué en él habeis ejecutado vuestra justicia? ¿Porqué habeis hecho sentir no á vuestro siervo Job, sino á vuestro Hijo la gravedad y peso de vuestro brazo? ¿Porqué con una disposicion tan rigurosa le habeis mirado como á enemigo vuestro (perdonadme estas espresiones), y os habeis declarado su perseguidor, ó por mejor decir, el mas poderoso de sus perseguidores? Mas vos lo dispusísteis: *Adjuva me,* etc.

Demos que le hayais perseguido. Pero ¿porqué, Padre mio, le habeis desamparado enteramente? No ha habido miserable á quien por esto mismo no hayais preparado quien le ayude. A Elías, perseguido de Acab, le alimentó una pobre viuda. A David perseguido de su rey, le recibió un rey estraño. A Jepté, despedido de sus hermanos, se le allegaron unos vagamundos. A Jeremías, maltratado de sus conciudadanos, le consoló una piadosa etiope. Mas contra vuestro Hijo habeis conjurado todo género de gentes, judíos, gentiles, romanos, bárbaros, sacerdotes, jueces, soldados. Mas vos lo dispusísteis: *Adjuva me,* etc.

Demos que le hayais desamparado. Pero ¿porqué habeis permitido que acontezca á mi vista el trágico suceso que me martiriza? No permitísteis que Sara se hallase presente al sacrificio de Isaac, ¿y habeis querido que yo asista á la muerte de mi amado? Con vuestra propia mano cerrasteis á Noé la ventanilla del arca, para que no mirase los que mo-

rian, y se aumentase su pena, ¿y habeis querido que yo me hallase presente á este diluvio de dolor?

Bien veis, Dios eterno, que para constituirme corredentora del mundo haya sufrido esta pena; mas ya se consumó el sacrificio. Traed á mis brazos ese pedazo de mi corazon. Oigase desde el cielo una voz que convierta en sensible ese leño: *Flecte ramos arbor alta*. Mandad á esa cruz, que no robe tirana ese cadáver divino, que por tantos títulos es mio. Mandad que arroje de sí á ese hombre Dios, porque es árbol agreste para tan dulce fruto, es vara seca para flor tan bella. Dios omnipotente, mandad á vuestros ángeles que formen una escala del Calvario á la cruz, que yo subiré por ella, aunque débil: *Ascendam in palmam, et apprehendam fructus ejus*. Si la formaron desde la tierra al cielo en el desierto de Bethel para consolar á Jacob, ¿porqué no la formarán para mí? Mas ¡ay de mí! Que mi esposo es para mí un esposo de sangre, que en vez de consolarme me atormenta. Bien se ve, eterno Padre, que el temible atributo que domina no es otro que vuestra justicia. ¡Parca cruel! Piedad será que acabes con la vida de la amable Reina, y entretanto que llega, advierte, profeta santo, que te habias engañado. Tú dijiste que no habias visto justo abandonado: *Non vidi justum derelictum*. Pero mira aquí un ejemplar memorable, que no puedes negar; Jesucristo está abandonado de su Padre, su justicia le ha entregado á la muerte, y ella misma le niega sepultura.

Aquí considero á María tan desmayada por la abundancia de lágrimas, como David cuando miraba en espíritu á su Dios abandonado en el Calvario, como esplica Ruperto la espresion de su dolor. *Fuerunt mihi lacrimæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi ubi est Deus tuus?* Aquí se me presenta esa dolorosa Madre tan llena de amargura, como Ruben cuando juzgando que era muerto José, pedia á sus hermanos por lo ménos el cadáver: *Superest saltem cadaver*. Aquí contemplo á esa afligida mujer muerta como Raquel, cuando desde el sepulcro lloraba á los Benjamines de su amor despedazados en las calles, sin que la bárbara crueldad les diese sepultura: *Non erat qui sepeliret*. Así permanece María dando indicios de un sentimiento sin consuelo. Llegó al fin la hora de la Providencia, ya se dejan ver unos piadosos israelitas. Madre afligida, ellos os darán algun consuelo: aunque debo advertiros, que el bajar de esa cruz al Hijo de vuestras entrañas os causará abundantes lágrimas.

III.

LÁGRIMAS SIN LIMITE.

Sacerdotes del Señor, ya os veo determinados á bajar de ese madero al Nazareno difunto, y darle honrosa sepultura. Sois vosotros como águilas generosas, cuyo velo llegará á la copa de ese árbol, del que pende el fruto de nuestra redencion. Sois aquellas olivas que á los lados del candelero de Dios vió Zacarías; porque con el aceite de vuestra piedad alumbrareis á aquel candelero divino, cuya luz apagó nuestra culpa. Sois los serafines honradores de Dios en el solio de la cruz. Sois los querubines que abrazais el propiciatorio con las alas de vuestra fe. Sois las piedras preciosas del supernumeral del sumo Sacerdote, y descansando este en vuestros hombros, dais á sus penas descanso.

Se postran ante la Virgen. — Postráos ante los pies de María, y ofrecedla en holocausto vuestro corazon. Manifestadla vuestro pensamiento; pero ocultadla los instrumentos que llevais para poder quebrantar los duros clavos con que la impiedad fijó en la cruz las manos de su divino Hijo. Abrahan desmayó cuando miró el cuchillo con que habia de sacrificarse Isaac. No creais que suceda lo mismo con nuestra Reina. Ella os da la llave para que abrais esa arca santificada. Ella os da permiso para que toqueis con vuestras manos ese tabernáculo, que por haber mirado en otro tiempo solo en figura un pueblo entero de bethsamitas, quedó esterminado. No dilateis, ministros del Señor, una esperanza que aflige su alma.

Suben al monte. — No os detengais en saludar esa tierra prometida. Sois mas dichosos que Moisés. Subid á ese monte penetrados de veneracion; porque si los montes de Gelboé eran indignos del rocío del cielo por haber muerto en ellos un rey ungido de Israel; este monte es santo y fértil en maravillas, en el que le agradó al Señor habitar, aunque entre penas: él es monte mas sagrado que el Sinaí donde se escribió la ley

para la salud de Israél; que Oreb donde se mostró Dios en llamas á Moisés; que el monte Hor donde yace Aaron; que los montes de Armenia donde descansó el arca; que el monte del desierto donde Jesus obró prodigios; que el mismo cenáculo del monte Sion.

Cristianos, si hay algunos de parte de Jesucristo, allá os aguardan esos ministros del Señor, para que participeis de ese abundante tesoro. No aguardeis tal, que este pueblo aun duerme el sueño de la muerte: subid esas escalas solos, que ya en otro tiempo el príncipe Jonatás para destruir los filisteos sin mas compañía que su criado subió una escala de riscos, y así dió á Judá la mas insigne victoria.

Ciñen con la toalla el cuerpo de jesus. — Estended esa sábana, que para esta ocasion la tegió la mujer de los Proverbios. Estendedla para que se sustente en ella el infinito peso de un Dios-Hombre. Atad ese pecho herido, y pagad á ese dulce Samaritano el haber curado con tanta piedad las heridas que los salteadores habian hecho en aquel desgraciado pasagero: *Alligavit vulnera ejus.*

Quitan el rótulo de la cruz. — Ya empieza Dios á reinar en el trono de la cruz. Quitad ese misterioso título, que la crueldad de los hombres le ha puesto por ignominia: *Inri.* No ha faltado quien leyese en estas letras: *Yo no redimo ingratos.* Desgraciados de vosotros si este fuera su sentido; desgraciados de vosotros sensuales, que aunque cargados de culpas, no respirais mas que alegría y regocijo; desgraciados de vosotros avarientos, que haceis servir vuestros bienes al lujo y á la vanidad, desgraciados de vosotros rencorosos, que haceis á la venganza un falso honor: leed con San Agustin: « Jesus Nazareno, Rey de los judíos. » ¡Qué palabras tan espresivas de su grandeza! Jesus: nombre el mas augusto, y á quien no esceden cuantos se apropió el Señor en las Escrituras; Adonai, Jehdo, Helain, Cados, Sadai, Jab, Sabaoth, Nazareno: ¿De Nazaret ha salido algun profeta? Sí: ese Dios difunto, dice San Pedro: Profeta grande en el poder, porque le tiene en el cielo y en la tierra; grande en la sabiduría, porque en él se encierra la ciencia de Dios; grande en la virtud, porque no ha recibido con medida el Espíritu Santo.

Rey de los Judíos: Rey superior á David, Salomon, Sedecías y demas príncipes de Israél y de Judá; Rey, á quien figuraron Melquisedec y Jo-

sedec, en quienes se unieron la dignidad real y la sacerdotal. Pasad á María ese título, donde está escrito el dulce nombre de su amado : título que ha destruido *Chirographum decreti* la sentencia de nuestra condenacion. Recibidle por eso, Madre mia, con algun consuelo, pues os acreditais por medio de tanta pena corredentora de los hombres. Pero ¿qué consuelo podreis encontrar en lo que ha sido instrumento de los oprobios de vuestro Hijo? Llorad, hijas de Sion, la ingratitud de los hombres, que así se han burlado del Rey del universo : debidas son para llorar tanto atrevimiento lágrimas sin límites : *Gurges aquarum transiit.*

Quitan la corona. — Quitad esa corona, no de oro como la que se miraba sobre el arca, sino de gruesas y enlazadas espinas que han atravesado la carne y el mismo cerebro de ese Dios difunto. ¡Ah culpa de Adan que las plantaste en el paraiso! ¡Ah vanidad que las riegas y fomentas! Para José hubo corona de castidad, para Adan de penitencia, para Noé de perseverancia, para Abrahan de fe, para Isaac de obediencia, para Jacob de paciencia, para Moisés de piedad, para Aaron de santidad, para Job de fortaleza, para Gedeon de Constancia, para Galeb de diligencia, para David de mansedumbre, para Salomon de sabiduría, para Elías de celo, para Eliseo de milagros, para Pedro de dignidad, para Pablo de justicia ; solo para Jesucristo ha sido la corona de ignominia, corona que atravesó sus sienes con mil punzadas, como siente San Bernardo, corona de crueldad y de barbarie.

Corona de espinas, cuya sutileza, dice San Buenaventura, hizo mas agudo el dolor, y obligó á arrojar sangre por ojos y narices. Hijas de Sion : *Egredimini et videte Regem in diademate.* Atended como han puesto vuestros pecados á ese Rey difunto. Tributadle un sincero dolor, gracia teneis con abundancia, porque de ese espino salen llamas de caridad, como antiguamente lo pedia Joatan al otro espino, príncipe de las plantas.

Llevad á María esa corona para que allí la hallemos los pecadores. Vos no la necesitais : nosotros sí para remedio de nuestra soberbia ; pues David halló en las espinas remedio para su tristeza : *Conversus sum in ærumna mea, dum configitur spina.* Recibidla, Señora, porque esa corona es de trabajos ; pero tambien de gloria, como aquellas dos que se miraban en la mesa de la proposicion : es corona de trabajos, porque

como considera el obispo de Jotron, ningun tormento causó mas dolor á María que la corona, por no haberla sido del todo revelado este misterio. De los otros tormentos habia escrituras que dijeran claramente la especie y el cruel efecto.

Si le habian de prender, habia escritura que dijera : *Spiritus oris nostri captus est in peccatis nostris.* Si le habian de abofetear, habia escritura que dijera : *David percutienti se maxillam.* Si le habian de azotar, habia escritura que dijera : *Fui flagellatus tota die.* Si habia de llevar la cruz, habia escritura que dijera : *Dabo clavem super humerum ejus*, y así de los demas tormentos; solo la corona no estaba espresa claramente en la escritura ; la sobrecogió á la Vírgen un tormento del que no habian dado ejemplo las leyes mas severas, y por eso la causó mayor dolor. Es corona de gloria, porque en ella se verifica el antiguo imposible de coger racimos dulces de la aspereza de los cambrones : *Numquid colligunt de spinis uvas ?* Es decir, que esa corona ceñirá la cabeza de un Príncipe del primer trono del mundo, que la llevará en triunfo á su patria. Pero ni aun esto, Señora, podrá detener las lágrimas sin límites que derramais : *Gurges aquarum transiit.*

Quitan los clavos. — Ministros del Señor, ya es tiempo que se desprendan esas manos que sostienen todo el universo. Vuestro ministerio es de piedad y de misericordia ; pero advertid, que aun necesitais que os encargue, que descargueis con blandura los golpes necesarios para romper esos atroces clavos. Cualquiera esceso que llegueis á cometer, será quitar la vida á esa Madre agonizante. Advertid que esas manos son las mas delicadas de los hijos de los hombres, son manos hechas á torno, y esmaltadas de jacintos : *manus ejus tornatiles, plenæ jacintis.* ¡ Quién mereciera la vara de Moisés, que si penetró una piedra, tambien penetrará ese leño para dar paso franco á los clavos ! ¡ Quién tuviera á mano la sangre de aquel pájaro con que se cortaban sin golpe las piedras y hierros del templo, para liquidar con ella la dureza de esos clavos !

Sacerdotes, meted la mano, que quizá saldrán sin violencia esos hierros, no sea que al golpear se rasguen algun tanto esas manos y piés de Jesus. ¡ Pero ay dolor, que la crueldad de los verdugos ha fijado con arte y tiranía esos hierros ! Dad con cuidado en esa mano derecha que fabricó los cielos. ¿ Qué crueldad es esa? ¿Sois verdugos ó sacerdotes? Espíritus soberanos, velad sobre la vida de María, porque si al primer golpe

del martillo quedó desmayada, segun la revelacion de Santa Brígida, ¿qué no sucederá ahora afligida con tanta pena? Golpead ese clavo, echadle fuera, que quede sin prision la mano de la misericordia. Ahí la teneis, como trono de predestinados, prometiéndoos su amparo y su proteccion. Llegad á ella paralíticos, ciegos, mudos, que al movimiento de la mano de un ángel en la piscina sanaba uno, al movimiento de esa mano divina sanarán todos.

Segundo clavo. — Aplicad el martillo al clavo de la mano siniestra. Emperatriz dolorosa, retiráos de aquí, no querais perder la vida, y dejarnos huérfanos de padre y madre : recostaos á lo menos en los brazos de la Magdalena, no sea que con el golpe de ese clavo deis en tierra. Pero no es este el designio de María. Bajo un árbol perdieron el mundo Adan y Eva, y bajo el árbol de la Cruz le han de restablecer María y Jesus; con esta diferencia, dice el docto Salmeron, que la reparacion del mundo comenzó en Cristo, y se está finalizando en María por medio de los dolores que la causaban esos golpes. Sacerdotes, María os dice lo que la infeliz hija de Jepté dijo á su padre : *Fac mihi quodcumque dollicitus es.* Cumple lo que has prometido. Golpead ese clavo, sacadle, no temais que quede sin prision la mano de la justicia.

Antes de ser nombrado Aod salvador de Israél, quitó la vida á Eglon, rey de los moabitas, con la mano siniestra ; mas luego que recibió el carácter de libertador del pueblo, no tuvo mano siniestra para el castigo, porque se hizo derecho de ambas manos : *Utraque manu pro dextera utebatur.* Bien pudo esta mano antes de prenderse en este leño, acabar con una multitud de israelitas : bien pudo consumir con una maldicion á muchos, como lo hizo Noé con su hijo Can : bien pudo acabaros con un fuego abrasador, como Elías á los cincuenta soldados de Ocozías : bien pudo devoraros con llamas como las pedian los discípulos para los samaritanos ; pero ahora que ya murió por vosotros, todo es misericordia. Llegaos á esa mano, que ella os servirá de escala para penetrar los cielos.

Tercer clavo. — No tengais descoyuntado tanto tiempo ese cuerpo sacrosanto ; golpead ese clavo de los piés, y acabad de quebrantar con ese golpe el martillo infernal : *Confractus est malleus universæ terræ.* Sacad cuanto antes esos clavos, y pasadlos á María, que no sé si vive ó muere. Limpiadlos en esa toalla de la sangre, no tiñan aquellas manos pu-

rísimas. Recibidlos, Jahel divina, para que claveis las sienes del Sísara infernal. ¡Oh clavos! Yo os recibo con conformidad, aunque habeis herido aquella arca santa, en la cual, no la vara de Aaron, sino la vara del divino poder, no las tablas de la Ley, sino la sabiduría del Padre, no el maná del cielo, sino la dulzura de la divinidad, ha sido encerrada.

¡Ah crueles clavos! Vosotros habeis abierto tres ventanas en esa arca de Noé para que se salven en ella no ocho almas, sino todo el mundo; ¿mas por eso dejais de martirizarme? Vosotros habeis abierto la puerta al *Sancta Sanctorum* para que entren, no solo el Sacerdote sumo, sino tambien todos los fieles; ¿mas por eso dejais de ser crueles? ¡Ah clavos, que con tanta tiranía habeis roto las manos y los piés de mi Hijo amado! ¿porqué no me enclavasteis á mí en el mismo leño para morir con él?

Bajan el cuerpo de la cruz. — Dejad esos clavos, sacerdotes, y acudid á la cruz, que ya arroja de sí á la mejor flor de Nazaret. ¿No hay algun verdadero israelita que aplique el hombro y cargue con ese racimo fecundo? Angeles, arcángeles, querubines, serafines, tronos, dominaciones, potestades, patriarcas, profetas, mártires, confesores, penitentes, santos de la antigua ley, venid á tomar en peso el cuerpo difunto del Redentor. Moisés, ven con tu nube: Salomon, trae tu mismo trono: Elías, ven con tu carro, no sea que caiga en tierra el Dios del poder. ¡Ay dolorosa Madre! ¡Quién pudiera daros la noticia que en otro tiempo á Jacob! *Vivit filius tuus, et dominatur in omni terra Ægypti.* «Vuestro hijo vive, y los pueblos de Egipto reconocen su poder.» ¡Mas ay dolor, que muerto le traen á vuestros brazos! Preparad los ojos para lavar con lágrimas la sangre, y los labios para besar las heridas. Ahí le teneis, mirad si lo conoceis: *Non est ei species, nec decor:* ni figura tiene del que era.

Cristianos, aquí observa San Agustin, que en el corazon de María y de Jesucristo hacian los dolores una misma armonía, como dos cítaras una misma consonancia. Resonaba la cítara de María con voces de dolor, y respondia la cítara de Jesus con voces de amargura. Preguntaba María á aquel cuerpo difunto entre sollozos y lágrimas: ¿Qué se hizo aquella antigua belleza que levantaba en éstasis de gozo á los cielos? ¿Quién os afeó, hermosura? ¿Quién os oscureció, sol? ¿Quién os marchitó, flor? ¿Quién os ofendió, inocencia? ¿Quién os dió muerte, vida? ¿Qué Dalila atrevida os entregó á los enemigos, Sanson divino? A esto respondia con

mudas voces el cuerpo de Jesus : el amor de los hombres, madre mia, me ha puesto en este estado.

¡Oh amor, decia esta triste Madre, oh amor! Y cogiendo entre sus brazos ese cuerpo difunto, besaba las heridas, y las lavaba con sus lágrimas, dice San Bernardino. Aquí, como contempla San Basilio de Seleucia, decia con la Sunamitis muerto su hijo : « ¡Ay hijo de mis entrañas! ¿para qué me dejais en el mundo viuda y huérfana? » *Quis meam orbitatem protegat?* ¿Quién me amparará, si á vos os han puesto en este estado? Asidme, Señor, con vuestros brazos : quiero morir y sepultarme en vuestro corazon. ¡Ay de mí sin padre! ¡Ay de mí sin hijo! ¡Ay de mí sin esposo! Sacerdotes, ¿os habeis olvidado del mandato de Dios, que no se sacrificase en una misma ocasion al hijo y á la madre, porque era crueldad y tiranía? Pues ¿cómo quereis que muera María, cuando ya está muerto su Hijo? Quitádsele de la vista, que no será tanta su pena.

Le presentan al pueblo. — Mostradle á este pueblo ingrato para que vea el estrago que ha hecho en él la culpa. Oid lo que os dice, y como se queja de vosotros. Pueblo mio, objeto de mis complacencias, ¿en qué os he agraviado para que tanto me ultrajeis? ¿Os ofendí en haberos sacado de Egipto, en haberos conducido por el desierto á costa de prodigios, en haberos introducido en la tierra de Canaan? ¿Os ofendí en bajar de la casa de mi Padre, y vestirme de vuestra carne? ¿Os ofendí en haberme sacramentado ayer para quedarme con vosotros? Decidme, ¿en qué he pecado? ¿En qué os he agraviado? ¿Teneis qué responder? El pueblo clama, que el Señor ha visitado á Israél con un gran profeta; ¿y tú le tratas como á pecador? El escriba confiesa que ese es un hombre enviado de Dios; ¿y tú le tienes por impostor? La mujer de Pilato le llama justo; ¿y tú le has dado muerte tan cruel? El mismo demonio le confiesa santo; ¿y tú le niegas la sepultura? Ea, cristianos, muévaos ese ensangrentado cadáver á ofrecerle vuestro corazon para sepulcro, que si los ídolos de Laban que Jacob sepultó al tronco del terebinto, sirvieron para vasos del templo, como refiere el Albulense, tambien podrá servir vuestro corazon ídolo de la culpa. Ea, decidle cristianos, Dios mio, aquí teneis mi corazon, sepultaos en él : quedaos para siempre conmigo.

Conducidle, sacerdotes, al sepulcro; dolorosa Madre, decidle el último adios; despedios de él antes que lleguen las soledades sempiternas que vaticinó Jeremías; introducid en esa cisterna á José; arrojad á ese mar

á Jonás; dejad en ese lado á Jeremías; cubrid con esa lápida, cristianos, ¿á quién? al Hijo de Dios, que para cumplir las Escrituras y salvar las reliquias de Israel, ha muerto, y ya está sepultado. Esta es aquella triste ceremonia, aquel trágico suceso que miraron los cielos el año de la creacion del mundo cinco mil doscientos treinta y tres, y le renovais cada dia, segun la espresion de San Pablo : *Rursus crucifigentes*. Porque no es otra cosa lo que ejecuta el pecador cada ocasion que comete un pecado contra Dios.

(DE FRAY LUIS DE GRANADA.)

Considera cómo fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz, y recibido en los brazos de la Vírgen. Llegan pues el mismo dia sobre tarde aquellos dos santos varones José y Nicodemus, y arrimadas sus escaleras á la cruz descienden en brazos el cuerpo del Salvador[1]. Como la Vírgen vió que, acabada ya la tormenta de la cruz, llegaba el sagrado cuerpo á tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos, y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad á aquella noble gente, que pues no se habia despedido de su Hijo, ni recibido de él los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, a dejen ahora llegar á él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo, si habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se lo quitan muerto. ¡Oh por todas partes desconsolada señora! porque si te niegan lo que pides desconsolarte has; y si te lo dan, como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres escusar un dolor, por otra parte se dobla. ¿Pues qué hareis, santos varones? ¿Qué consejo tomareis? Negar á tales lágrimas y á tal señora cosa que pide, no conviene: y darle lo que pide es acabarle la vida. Temeis por una parte desconsolarla; y temeis por otra no seais por ventura homicidas de la Madre, como fueron los enemigos del Hijo. Finalmente, vence la piadosa porfía de la Vírgen, y pareció á aquella noble gente, segun eran grandes sus gemidos, que seria mayor crueldad quitarle el Hijo que quitarle la vida, y así se lo hubieron de entregar.

Pues cuando la Vírgen lo tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá esplicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! llorad con esta sagrada Vírgen; llorad, cielos, llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despe-

[1] Joann., 19

dazado, apriétalo fuertemente en sus pechos (para esto solo le quedaban fuerzas), mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria, y parísteis con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura, y en quien vos os mirábades? Ya no os aprovecha mirarle á la cara, porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces, y hablarle, porque sus orejas han perdido el oir; ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo, ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban el mundo. ¿Cómo no hablais ahora, reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazon allá dentro hablaria con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diria:

¡Oh vida muerta, oh lumbre oscurecida! ¡oh hermosura afeada! ¿Y qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es esta que veo en vuestro costado? ¡Oh sumo sacerdote del mundo! ¿qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Estos son aquellos que oscurecian al sol con su hermosura? ¿Estas son las manos que resucitaban los muertos á quien tocaban? ¿Esta es la boca por do salian los cuatro rios del Paraiso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mio y sangre mia, ¿de dónde se levantó á deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado? Hijo mio, ¿qué haré sin ti? ¿Adónde iré? ¿Quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venian á rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y tú con tu infinita virtud y clemencia los consolabas y socorrias. Mas yo que veo muerto á mi Hijo, y mi Padre, y mi Hermano, y mi Señor; ¿á quién rogaré por él? ¿quién me consolará? ¿Dónde está el buen Jesus Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela á los vivos y da vida á los muertos? ¿Dónde está aquel grande profeta, poderoso en obras y palabras?

Hijo, ántes de ahora descanso mio, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste por que los judios te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¿Este es el

premio que se da á la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo? ¿Hasta aquí la malicia del demonio? ¿Hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? ¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina Justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

¡Oh dulcísimo Hijo mio! ¿qué haré sin ti? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo como huérfana, sin padre, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicacion del Evangelio. Ya no limpiaré mas el sudor de tu rostro asolado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré mas sentado á mi mesa comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría, y comienza mi soledad.

Hijo mio, ¿no me hablais? ¡Oh lengua del cielo, que á tantos consolastes con vuestras palabras, á tantos distes habla y vida, ¿quién os ha puesto tanto silencio que no hablais á vuestra Madre? ¿Cómo no me dejais siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda: de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazon: allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí miéntras me durare la vida.

Mandad á la muerte que vuelva por los despojos que dejó, y lleve á la Madre con el Hijo á la sepultura. ¡Oh dichosa sepultura, que has sucedido en mi oficio, y la corona que á mí quitan á ti la dan, pues encerrarás dentro de ti al que tuve yo encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarian si allí se viesen, y allí seria de verdad mi vida en la sepultura. El corazon y ánima que yo puedo la sepultaré; mas veo tambien, Señor mio, el cuerpo que yo no puedo sin vos. ¡Oh muerte! ¿porqué eres tan cruel que me apartas de aquel en cuya vida estaba la mia? Mas cruel eres á las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras á entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y mas cruel en perdonar á la Madre.

Tales palabras en su corazon diria la Vírgen, y semejantes las dirian aquellas santas Marías que le acompañaban. Lloraban todos los que pre-

sentes estaban, lloraban aquellas santas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Vírgen. Lloraba otro sí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro decia : Oh buen maestro y Señor mio, ¿quién me enseñará de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cuyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan estraña? ¡Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos, dándome alegría de vida, y ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los mios muerto! ¿Este es el rostro que yo ví transfigurado en el monte? ¿Esta es aquella figura mas clara que el sol de mediodia?

Lloraba tambien aquella santa pecadora, y abrazada con los piés del Salvador decia[1]: ¡Oh lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá? ¿Quién curará mis llagas? ¿Quién responderá por mí? ¿Quién me defenderá de los fariséos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos piés y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?

¡Oh Padre eterno! Ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padeciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿porqué quieres que padezca tambien la sagrada Vírgen, que ni por los pecados ajenos merece muerte (pues basta la del Hijo), ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? ¡Cuán fácilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazon se hallara fuera de Jerusalen donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objeto presente! ¡Oh maravillosa dispensacion y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, no por la redencion del mundo, sino porque no hay en el mundo cosa que mas te agrade que el padecer por tu amor. No hay en todo lo criado cosa mas preciosa que en el cielo el amor glorioso de los Bienaventurados, y en la tierra el amor atribulado de los justos[2]. En la casa de Dios no hay otra mayor honra que padecer por su amor. Entre todas las buenas obras y servicios que el Salvador te hizo en este mundo, esta fué la que principalmente señalaste y aceptaste para que fuese el medio de nuestra reparacion. Esta fué la joya y la piedra preciosa que entre todas

[1] Luc., 7. — [2] Philipp. 1, Act. 15.

las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante mas te agradó, para darle por ella todo lo que pedia, que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya no es razon que faltase tal pieza como esta á la mas perfecta de las perfectas, y aquella que tanto agradó á los hijos de Dios.

Y demas de esto no hay obra en el mundo que mas declare la verdadera virtud que el padecer trabajos por amor de Dios, porque la prueba del verdadero amor es la verdadera paciencia por el amado, y ninguna otra probanza es tan sin sospecha como esta. Así como el mismo Dios nunca descubrió á los hombres tan claramente la grandeza de su amor, por muchos otros beneficios que les hizo, hasta que vino á padecer por ellos, así nunca ellos descubrirán el suyo enteramente, por muchos servicios que le hagan, hasta que vengan á padecer por él[1]. «La tribulacion, dice San Pablo, es ocasion y materia de paciencia, y la paciencia es la prueba de la verdadera virtud, y esta prueba nos da la esperanza de la gloria. » Pues por esta causa siempre debe el hombre tener por sospechosa toda virtud y santidad que en sí conozca, hasta que sea probada con el testimonio de la tribulacion. Porque, como dice el Sabio[2], « los vasos de barro se prueban en el horno, mas los corazones de los justos en la fragua de la tribulacion. »

No hizo Dios en todas las obras de la naturaleza cosa que estuviese ociosa; mucho menos querrá que en la desgracia estén sus dones ociosos. Y por esto él se tiene cargo de repartir á cada uno de los escogidos la carga que ha de llevar, conforme á las fuerzas y al talento de la gracia recibida. De manera que no se tiene aquí respeto á la mayor privanza para mayor regalo, sino para mayor trabajo. « Darnos has, Señor, dice el profeta[3], á beber lágrimas por medida, y la medida será esta que el mas privado comunmente sea mas afligido y atribulado. » Cuando Moisen hizo aquellas amistades y conciertos de paz entre Dios y su pueblo, dice la Escritura Divina que roció á todo el pueblo con un hisopo de sangre, y esto hecho el resto de la sangre que quedaba derramó sobre el altar. Pues por aquí entiendan todos los que determinan ser amigos de Dios que sus amistades han de ser celebradas y dedicadas con sangre, no solo con la de Cristo, sino tambien con la propia de cada uno, que es la paciencia y sufrimiento de los trabajos. Él bebió primero el cáliz en aquella postrera cena que cenó con sus discípulos[4], mas despues de haber bebido dió

[1] Rom., 5. — [2] Eccli., 27. — [3] Psalm. 79. — [4] Marc., 14.

las sobras á los convidados, y mandó que las repartiesen entre sí, y bebiese cada uno de ellos tambien su trago, de manera que á todos ha de caber su parte de este cáliz, y todos es menester que como miembros de Cristo se conformen con Cristo en el padecer. Sino que en esto está la diferencia, que á los hombres populares é imperfectos basta que sean rociados con sangre, mas los que están mas allegados á Dios, y son tales que merecen ya ser llamados altares suyos, estos no solo han de ser rociados con sangre, sino teñidos y bañados con sangre. Porque para los fuertes se guardan las batallas mas fuertes y el premio y las coronas mayores. Las dos personas que en este mundo hubo mas amadas de Dios fueron Jesucristo y su Madre: y la ventaja que hicieron á todas las criaturas en la virtud, esa la hicieran en el padecer. No ha habido en el mundo dos personas mejores, ni mas atribuladas que estas dos.

Consolaos, pues, todos los atribulados, pues miéntras mas lo fuéredes, mas semejantes seréis á Jesucristo y á su Madre. Consolaos, atribulados, que no por eso sois mas desamparados de Dios, ántes (si paciencia teneis) mas queridos y mas amados. Consolaos otra y otra vez, atribulados, porque no hay sacrificio mas agradable á Dios que el corazon atribulado, ni señal mas cierta de su amistad que la paciencia en la tribulacion[1]. No infame nadie las tribulaciones, porque eso es infamar á Cristo y á su Madre, y al mismo Dios, que siempre envia tribulaciones á sus amigos.

¿Qué cosa es la tribulacion sino cruz? ¿Pues qué será infamar la tribulacion sino infamar la cruz? ¿Y qué huir de la tribulacion sino huir de la cruz? Pues si adoramos la cruz muerta, que es la figura de la cruz, ¿porqué huimos de la viva, que es el padecer por la cruz? Esto es ser como los judíos, de quien dice el Salvador que habiendo perseguido á los profetas, venian despues á edificarles muy grandes y suntuosos sepulcros, honrándolos despues de muertos, y persiguiéndolos cuando eran vivos. Pues á estos en su manera parece que imitan los malos cristianos, los cuales adorando por una parte la cruz muerta, por otra escupen y reniegan de la vida, que es el padecer por la cruz.

Y no se debe nadie desconsolar diciendo que padece por sus pecados, ó sin pecados, porque como quiera que padezca todo eso es finalmente padecer en cruz. Si padeces por tus pecados, padeces en la cruz del Buen Ladron; mas si padeces sin pecados y sin culpa, por eso te deberias mas consolar, porque eso es padecer en la cruz del Salvador.

[1] Psalm. 50.

(DE SAN JUAN DE LA CRUZ)

ESPOSA.

I.

¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
como ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

II.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo mas quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

III.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cojeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

IV.

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano de mi amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!
decid si por vosotras ha pasado.

LAS CRIATURAS.

V.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

VI.

¡Ay! ¿quién podrá sanarme?
acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy mas ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

VII.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todas mas me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que queda balbuciendo.

VIII.

¿Mas cómo perseveras,
¡oh alma! no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

IX.

¿Porqué, pues, has llagado
aqueste corazon, no le sanaste?
y pues me le has robado,
¿porqué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

X.

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta á deshacellos,
y veante mis ojos,
pues eres lumbre dellos,
y solo para ti quiero tenellos.

XI.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura,
mira que la dolencia
de amor no bien se cura,
sino con la presencia y la figura.

XII.

¡Oh cristalina fuente!
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados.

XIII.

Apártalos, Amado,
que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma,
y al aire de tu vuelo fresco toma.

ESPOSA.

XIV.

Mi amado, las montañas,
los valles solitarios temerosos,
las ínsulas estrañas,
los rios sonorosos,
el silbo de los aires amorosos;

XV.

La noche sosegada
en par de los levantes de la Aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora;

XVI.

Nuestro lecho florido
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura teñido,
de paz edificado,
con mil escudos de oro coronado.

XVII.

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino
alto que de centella
aladobado vino
emisiones de bálsamo divino.

XVIII.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salia
por toda aquesta vega
ya cosa no sabia,
y el ganado perdí que ántes seguia.

XIX.

Allí me dió su pecho;
allí me enseñó ciencia muy sabrosa;
yo le dí de hecho
á mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.

XX.

Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya solo en amar es mi ejercicio.

XXI.

Pues ya si en el egido
de hoy mas no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido,
que andando enamorada,
me hice perdediza, y fuí ganada.

XXII.

De flores y esmeraldas
en las frescas mañanas escojidas,
haremos las guirnaldas
en tu amor florecidas,
y en un cabello mio entretejidas.

XXIII.

En solo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

XXIV.

Cuando tú me mirabas,
tu gracia en mí tus ojos imprimian,
por eso me adamabas,
y en eso merecian
los mios adorar lo que en ti vian.

XXV.

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,
despues que me miraste,
que gracia y hermosura en mí dejaste.

XVI.

Cojednos las raposas
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.

XXVII.

Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores;
aspira por mi huerto,
y corran sus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

ESPOSO.

XXVIII.

Entrado se ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
y á su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.

XXIX.

Debajo del manzano
allí conmigo fuiste desposada,
allí te dí la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violadâ.

XXX.

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores,
y miedos de la noche veladores.

XXXI.

Por las amenas liras,
y canto de sirenas os conjuro,
que cesen vuestras iras,
y no toqueis al muro,
porque la Esposa duerma mas seguro.

ESPOSA.

XXXII.

Oh ninfas de Judea,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
mora en los arrabales,
y no querais tocar nuestros umbrales.

XXXIII.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz á las montañas,
y no quieras decillo,
mas mira las campañas,
de la que va por ínsulas estrañas.

ESPOSO.

XXXIV.

La blanca palomica
á la arca con el ramo se ha tornado,
y ya la tortolica
al socio deseado,
en las riberas verdes ha hallado.

XXXV.

En soledad vivia,
y en soledad ha puesto ya su nido;
y en soledad la guia
á solas su querido,
tambien en soledad de amor herido.

ESPOSA.

XXXVI.

Gocémonos, Amado,
y vámonos á ver en tu hermosura
al monte ó al collado,
do mana el agua pura;
entremos mas adentro en la espesura.

XXXVII.

Y luego á las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas
y allí nos entrarémos,
y el mosto de granadas gustarémos

XXXVIII.

Allí me mostrarias
aquello que mi alma pretendia,
y luego me darias,
allí tú, vida mia,
aquello que me diste el otro dia.

XXXIX.

El aspirar del aire,
el canto de la dulce filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena.

XL.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
y el cerco sosegaba,
y la caballería
á vista de las aguas descendia.

DÉCIMACUARTA ESTACION

DÉCIMACUARTA ESTACION

JESUS ES SEPULTADO

℣ Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi.
℟ Quia per sanctam Crucem tuam redimiste mundum.

℣ Os adoramos, Jesus, y os bendecimos.
℟ Porque con la santa Cruz redimisteis al mundo.

Considera, alma mia, como los discípulos de Jesus se llevaron su precioso cuerpo para darle sepultura, acompañados de su santísima Madre, la cual colocó su cuerpo dentro del sepulcro con sus propias manos.

¡Oh Jesus mio sepultado! yo me llego lleno de compuncion y de profundo respeto á besar la losa que os cubre : pero vos resucitaréis dentro de tres dias. ¡Ah! por vuestra resurreccion milagrosa, os suplico que el dia del juicio final me hagais resucitar gloriosamente, para unirme á vos en el cielo, y á cantar con los predestinados vuestras divinas

alabanzas, sin temor de perder ya mas vuestro amor, ni de dejar de amaros por toda la eternidad. Os amo de todo corazon, y me arrepiento de haberos ofendido : aceptad mi amor, y disponed de mí segun vuestra santa voluntad.

Pater noster, qui es in cœlis, sanctificetur nomen tuum; adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos à malo.—**Amen.**

Ave, Maria, gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostræ.—**Amen.**

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas libranos de mal.—**Amen.**

Dios te salve, Maria, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus.

Santa Maria Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte.—**Amen Jesus.**

Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto.

Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in sæcula sæculorum.—Amen.

DEL SEPULCRO DEL SEÑOR.

Será glorioso su sepulcro.

Isaías.

¿Con que este es el sepulcro y el funeral de aquel Jesus Nazareno, á quien miraron con tanto aborrecimiento los ingratos hebreos? ¿Este el sepulcro y el funeral de aquel Jesus Nazareno, cuya gloria y cuyo nombre se propuso en su consejo borrar del mundo la pérfida sinagoga? ¿Este en fin el sepulcro y el funeral de aquel Jesus Nazareno, á quien sus enemigos levantaron sobre un madero infame con el designio de hacerle para siempre el oprobio de Jerusalen, deshonra de Israel, ludibrio de las gentes y abyeccion de la plebe? Sí, este es, ingrato hebreo : este es, envidiosa y ciega sinagoga : este es el que ha frustrado todos tus designios, todos tus proyectos. ¿Qué es de la oscuridad de aquel sepulcro en donde se depositó el que sobre el Gólgota estuvo pendiente de tres escarpias de la cruz? ¡Ah! Todo se mira vestido de una nueva claridad : ya no hay sombras que ofusquen su resplandor ; su tumba se ha convertido el teatro de gloria ; su sepulcro ha llegado á ser tan ilustre y de tanta fama, que á su vista no se atreven á levantar la cabeza los antiguos triunfos de tus reyes tan invictos en otro tiempo, ó de tus Macabeos tan valerosos algun dia. Así vemos cumplido el oráculo de Isaías : *Erit sepulchrum ejus gloriosum.*

Ni creais, que para confundir yo á los ingratos hebreos y á su ciega sinagoga, tengo de volverlos á entrar en los caminos y sendas de la Judea,

desconocidos ya de ellos por el largo destierro que sufrieron por sus pecados; y que una vez colocados aquí, les tengo de señalar con el dedo los honores que ofrecen dos mundos al gran sepulcro del Salvador. En tal caso yo les mostraria allí entre aquellos muros dorados á una Elena, madre de emperadores, derritiendo su corazon por los ojos en dulces lágrimas al pié de la santa lápida; les mostraria los preciosísimos dones con que enriqueció la sagrada urna un Godofredo, triunfador de los tiranos : aquí verian el profundo respeto con que acude de todas las partes del mundo innumerable multitud de peregrinos á cumplir sus votos, y en cuantas estrañas lenguas se acuerdan entre sí las varias gentes para presentar sus ruegos y tejer corona de alabanzas. Esto y aun mucho mas les mostraria ; y no sin grande afrenta suya descubririan, y atónitos mirarian el mas bello espectáculo dentro de los muros (¡ay! suyos algun tiempo) de Jerusalen.

Pero no, hermanos mios, no es necesario caminar tanto mundo : dentro de nuestros propios caminos y sendas hallamos lo suficiente para hacerlos rebentar de envidia. Vengan los enemigos del divino Nazareno, y se verán forzados á confesar que el esplendor y gloria del sepulcro ha quitado toda ignominia á la muerte de Cristo : *Erit sepulchrum ejus gloriosum.* La prueba de esta verdad será en una sola parte todo el argumento de mi discurso y el único objeto que se ha de merecer todas vuestras atenciones.

Una de las leyes que con rigor observaban en lo antiguo algunos pueblos, era privar de sepulcro propio despues de la muerte, y solo permitir fuese enterrado en ageno el que en su vida hubiese sido pródigo de su hacienda : como si temieran que si por ventura descansase en terreno suyo propio, ni aun la sepultura dejaria de vender. Esta, que en los tales pueblos fué ya nota de ignominia, hallo haberse practicado con el Salvador para mayor colmo de sus glorias. Quién mas que Jesus fué pródigo en vida de todo lo suyo, y aun de sí mismo? Llegó al estremo de no querer retener dentro de sus venas ni una sola gota de sangre ; y cuando enclavado en un duro leño vió no tener ya que dar fuera de sí, cerró los ojos moribundos, y dió á nosotros pecadores por último don su propia vida. Aun mas ; fué tanta la prodigalidad de su amor, que le puso en un término de no tener siquiera un palmo de tierra en donde reposar en paz sus difuntos miembros. Mas aquí fué puntualmente en donde si al pare-

cer tocó nuestro Salvador en el estremo de su mayor abatimiento, comenzaron las mayores glorias de su muerte; porque al punto que le vieron privado de propia sepultura, mil manos devotas se aplicaron con loable prontitud á fabricarle sepulcro, por eso mas magnífico, porque no era suyo.

En efecto, es sin duda maravilla grande que á un hombre muerto sobre una cruz en concepto del peor entre todos los malhechores, se hallase entre los judíos mismos quien se atreviese á prepararle tan magnífica sepultura. Y con todo hubo dos caballeros hebreos, José y Nicodemus, de los cuales el primero, habiendo entrado con intrepidez nunca vista á la presencia del presidente romano, pidió con franca voz, y obtuvo licencia para enterrar el cuerpo de aquel Nazareno, crucificado pocas horas ántes con tanto escarnio sobre la cima del Calvario, cuando ninguna cuenta se tuvo, ni aun ocurrió el menor pensamiento de practicar lo mismo con los dos ladrones juntamente crucificados con él, no obstante de ser tenidos por ménos reos. Pues ¡cuánta envidia no se despertaria en el corazon de los judíos viendo que el mismo á quien con tanto empeño habia condenado poco ántes á morir entre ladrones, era poco despues conducido al sepulcro entre las manos é ilustre acompañamiento de caballeros! Grande á la verdad seria su envidia. Pero ¿con cuánta mas razon bramarian y se desharian de pura rabia, viendo luego concurrir para este mismo efecto la flor mas escogida de todas las mas ilustres familias, viendo ocupados á los unos en preceder á la pompa lúgubre, á los otros en gobernarla; cuáles disponiendo lo necesario para el decoro, cuáles sosteniendo la piedad, y todos igualmente unidos conspirando á darle lustre con el selecto número de su brillante concurso? A no ser que á decir verdad el esplendor del acompañamiento, la belleza del aparato, la rica preciosidad de los ornamentos, la muchedumbre y claridad de las luces no tenga aquí mas objeto que el distinguir un noble funeral del que se acostumbra usar entre la gente plebeya. ¡Ah! si vosotros, hermanos mios, no concurrieseis con otro objeto distinto de este á los funerales del Salvador; si no vinieseis con otro fin que el de formar una vana pompa alrededor del sepulcro de Cristo, y de cortejarle de aquel modo que se acostumbra para recomendar á los hombres ilustres; distinguiríais, es verdad, distinguiríais á Cristo del comun de los hombres; mas no le elevaríais un punto sobre la humana esfera; y entónces dejaria inmediatamente de ser tan escelsa la gloria de su sepulcro, por-

que no se daria claramente á conocer que era sepulcro de un hombre Dios.

En efecto, si derechamente miramos á la antigua sepultura del Salvador, hallaremos que tuvo acompañamiento al ser depositado en ella, mas que fué un acompañamiento y un cortejo bastantemente corto, pues nada mas se vió allí que una pequeña comitiva de piadosas mujeres, sin intervenir mas hombres que el amado Juan, José y Nicodemus. Mas observad singularmente en estos dos últimos una fe la mas viva, y por consiguiente una devocion tan pública y religiosa, que bastó para hacer creer á cuantos sin envidia los miraron, que ciertamente reconocian en aquel adorado cadáver los despojos de un hombre sobrehumano. Y de hecho al escribir sobre este punto los sagrados evangelistas, dicen que José y Nicodemus, si bien es cierto que viviendo Jesus se tenian por discípulos suyos, que lo eran en oculto por vano temor de la rabia de los judíos; no obstante los mismos que eran tan tímidos ántes, apénas supieron que habia espirado sobre la cruz, corrieron sin la menor tardanza á quitarle del patíbulo; y cuando parecia que habiéndole visto morir con tanta infamia, deberian mejor disimular y dar á entender francamente que no le conocian, y ocultarse con mejor cautela, entónces se declaran discípulos suyos, y á cara descubierta muestran haberle siempre tenido por un hombre Dios. Y este fué á mi entender el mas alto punto á que pudo subir la gloria de Cristo muerto; que donde con una vida tan acompañada de prodigios no pudo conseguir el que le siguiesen dos discípulos descubiertamente, despues de una muerte tan oscurecida de afrentas y de ignominias, lograse el que estos mismos llegasen á ser los mas fieles, y los que mas al descubierto le quisiesen acompañar hasta el sepulcro. María pues, su bendita Madre, la Magdalena con las otras mujeres, el regalado discípulo Juan, José y Nicodemus fueron los distinguidos personajes que con su ilustre acompañamiento pudieron hacer creer que Cristo no era inferior á alguno de los hombres, y con la devocion de sus afectos pudieron igualmente hacerle creer superior á todo hombre, viniendo así mas puntualmente á verificarse el oráculo de Isaías: *Erit sepulchrum ejus gloriosum.*

Y en cuanto hasta aquí se ha dicho, ¿quién no vé el mas vivo retrato de lo que practicais vosotros? ¿Quién fija su consideracion en la esterior compostura del porte, en la piedad del semblante, en la modestía de los actos, en la majestad del paso, en el órden de andar que tanto manifies-

tan en todo el seguimiento de tan noble funeral; quién, digo, mira cercado de tan devoto concurso este sepulcro, adornado de tan varia y luminosa arquitectura; quién espia atento las afectuosas miradas; quién nota los suspiros devotos; quién ve las dulces lágrimas que alrededor se derraman, que no llegue enteramente á persuadirse á que toda esta fúnebre pompa se dirige á hacer de todos modos plausible y glorioso el sepulcro que se prepara á un hombre mayor que todo hombre? Que si fué verdad lo que pensaron algunos contemplativos con San Agustin y San Bernardo, esto es, que bajaron allá en Jerusalen los ángeles en trage de modestísimos jóvenes para acompañar llorando á Cristo: *Angeli pacis amare flebant*; no veo que falte á vosotros en cuanto aquí es permitido una tal ventaja. ¡Ah! ¿cómo, decidme, cómo y en dónde se pudieron hallar entre el recinto de vuestros muros tantos angelitos que supiesen convertir el llanto en tan devota armonía, que moviesen con la suavidad de sus cánticos los ojos de todos al llanto, y el corazon de cada uno al dolor? No, no es ya necesario recurrir á otro pueblo para ver á cada hora tanta muchedumbre capaz de representar con decoro ó la piedad de la Magdalena, ó los afectos de Nicodemus, ó el llanto de los ángeles; porque se mira esto tan fácilmente practicado entre vosotros, que cuando en otros puntos apénas se halla quien pueda ser copia que esprese unos personajes de costumbres torcidas para imitar las acciones de tantos justos, sois tan proporcionados que mas que copia pareceis los originales mismos. Ahora si por observacion de doctos intérpretes se sabe que al punto que predijo Isaías las glorias del sepulcro de Cristo, comenzó la devota práctica que hasta el presente dura de levantar sepulcros los fieles; figuraos con cuánta mayor especialidad de respeto tocará á vosotros esta religiosa costumbre, cuando conspirais á hacerlo en tantas maneras glorioso.

En este supuesto, ¿qué falta ya sino el que ántes de concluir este funeral os pareis á los umbrales de este sepulcro para contemplar un poco con las Marías y con los discípulos el adorado cadáver de este amoroso Padre crucificado por causa vuestra, y acaso, acaso tambien por vuestras manos mismas? ¡Ah! descubridme, descubridme todo el bien mio: no cerreis, no cerreis todavía esa dichosa y afortunada concha que le abriga; dejad que por un breve espacio vean mis ojos al que ama mi alma: permitidme que le adore, que le llore, y que todo con mis lágrimas le lave. ¡Ay! ojos mios, ¿qué miro? ¿Con que este es todo el fin y término de

un hombre Dios? ¡Un cadáver lleno de heridas y bañado en sangre! ¿En dónde, en dónde está Jesus Nazareno, que le busco entre estos miembros desunidos, despedazados, y no le veo? ¡Ah! buen Padre mio, sobrado cruel fué quien os hirió, pues ni aun figura de hombre os ha dejado. ¿Y sois vos aquel hijo hermoso de María, que no obstante lo dicho, os dejasteis ver como tierno infante en Belen, y como un niño el mas agraciado en Nazaret? ¿Sois tambien vos aquel hombre tan benéfico y majestuoso en otro tiempo, que aun los mismos judíos os juzgaron digno del cetro y la corona? ¡Ah! que sí : rey os han hecho, pero rey de dolores. No se ha encontrado en Jerusalen otra corona con que ceñiros que una de punzantes espinas, ni otro cetro con que honraros que el ignominioso de caña, ni otra púrpura de que vestiros que la de sangre, ni otro trono sobre que sentaros que el de un patíbulo. ¿Con que para ser así honrado entre los hombres bajasteis del cielo á la tierra? ¿Con que para apresuraros á morir en la flor de los años nacisteis entre nosotros? ¡Ah! Si tan poco caso se habia de hacer de vos, se debia á lo menos tener algun miramiento con vuestra inocente Madre. No, no os dió María esta sangre tan pura para que la perdieseis hasta la última gota; no os formó estos virginales miembros para que los oscureciéseis con tantas llagas. ¡Ah! mi Dios, ¡cuánto mejor hubiera sido quedaros en el seno de vuestro Padre, y no venir jamás á nosotros, supuesto que vuestro ingrato Israel tan mala acogida os habia de dar!

Pero vamos claros, Señor : ¿qué delito han producido contra vos estos inícuos por título de condenaros á tanto estrago? Mi Jesus, Jesus mio, ¿en qué pecasteis? Os acusaron de que os deciais Dios. No, no es verdad : vos lo confesaíteis muchas veces, mas de un modo humilde; pero jamás os gloriasteis de la divinidad que ocultabais bajo el manto de vuestra humanidad. Os opusieron que conmoviais las turbas ; pero no, no es verdad : ántes bien recomendabais el respeto á los príncipes y encargabais el que les pagasen tributo, y luego que trataron de haceros rey, echasteis á huir : os calumniaron de que os sentabais á la mesa con los pecadores y comiais con ellos familiarmente : así es, no lo puedo negar : sí, Dios mio, verdad es. Mas ¡ay de mí! ¡ay de todos los pecadores mis semejantes! si no os pudieran hacer reo de tan amoroso delito, y de un delito tan feliz para nosotros. Mi buen Jesus, si era culpa usar de dulzura con los delincuentes, ¿porqué usar de tanta con aquellos desalmados que tantos martirios os han dado? Me dicen que vos estabais bajo la dura tempestad

de los azotes y de las varas como un cordero lleno de mansedumbre ; que los judíos os escupian, os abofeteaban y daban de puñadas, os deshonraban con dicterios ; y vos veiais ciertamente correr la sangre y dilatarse las llagas ; y con todo ninguno os vió jamás turbado el semblante contra quien así os maltrataba. ¡ Judíos crueles y soberbios, impíos escribas, pérfidos sacerdotes ! Pudiese yo á lo menos consolarme desfogando el pecho contra vosotros, oh rivales del Salvador divino ; pero si este buen Dios antes de cerrar los ojos rogó por vosotros, ya os perdono, id en paz: ¿ cómo puedo yo, obrando contra su genio, teneros odio y haceros guerra? ¡ Desventurados ! ¡ Oh ! ¡ Si supiérais quién era este inocente que vosotros condenasteis á la cruz ! ¡ Oh ! ¡ Si lo supierais ! Yo sí que le conozco y lo sé. ¡ Ay ! ¡ sublime ciencia ! ¡ sumo conocimiento ! Mas ¡ ay de mí ! que yo tambien con esta ciencia, con este conocimiento procuré ponerle en la cruz con mis pecados ; enemigo suyo fuí, mas encubierto, pero no por eso menos cruel.

¡ Ah ! Salvador mio amado, ¿ qué es esto? ¿ Con que aun conociéndoos yo tuve el atrevimiento de llagaros y crucificaros? ¿ Cuáles son las llagas que os hice yo ; cuáles son? que quiero adorarlas con amarguísima contricion de mi corazon. ¡ Ah ! llagas profundas : me tiemblan los labios al quererlas besar ; ni sé cómo me resuelva. La piedad me convida ; el horror me aparta. Esta es la llaga de los piés : amados piés, ¡ cuántos pasos dísteis por alcanzarme ! ¿ Así por último parasteis? Esta es la una y la otra llaga de las manos : amadas manos abiertas siempre para beneficio de un mundo entero. De esta mano derecha salió la luz para tantos ciegos, el oido para tantos sordos, el habla para tantos mudos, la vida para tantos muertos : ¿ y por último asi paró? Esta es la llaga del sagrado corazon : amada llaga, dulce costado caliente todavía del grande amor que le abrió. Esta entre las heridas de mi buen Jesus es la mas dilatada y la mas profunda ; que el dulcísimo Padre no quiere angosta la entrada que guia al corazon. Entremos, alma mia, entremos aquí dentro á mirar mas de cerca si Jesus nos ama. ¡ Oh ! ya se acabaron para mí los dias alegres: yo quiero quedarme al lado de mi difunto Señor, y llorar aquí amargamente mis pecados, y despues de haber llorado por los ojos el corazon, dejarle aquí muerto á su lado. Aquí quedará para siempre entre estos clavos, entre estas espinas, entre estos azotes, en esta cruz : crudos instrumentos ; pero amados, pero dulces despues que mi Señor los amó tanto por mí.

RECOPILACION DE LA VIDA DE CRISTO SEÑOR NUESTRO,

DESDE SU NACIMIENTO HASTA VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS.

(DEL PADRE FRAY PAULINO DE LA ESTRELLA.[1])

A toda parte que miro,
adoro imágenes tuyas;
y aunque muchas me parecen,
nunca me parecen muchas.

Aquí te veo nacido
siendo tú Criador, criatura,
en un humilde pesebre
entre un buey y entre una mula.

Allí te veo adorado
de tres reyes, que apresuran
los pasos á obedecerte
en pobre y humilde cuna.

Allí la circuncison
padeces; mas es sin duda
que á tí te hirieron el cuerpo,
y á tu Madre el alma suya.

Aquí te veo esplicando
á doctores la Escritura,
por ganar almas perdidas,
pues perdidas almas buscas.

Allí te contemplo huyendo
de un bárbaro rey la furia,
que tantas vidas quitó
solo por estorbar una.

Aquí bautizarte veo
con humildad muy profunda,
que sí es de culpas remedio,
en ti no pudo haber culpa.

Allí en el desierto estás,
en donde veo que ayunas
una larga cuarentena,
cuando el contrario te busca.

Aquí veo que le vences,
cuando vencerte procura
con sagacidad y maña,
y falsas promesas suyas.

Allí te veo á la mesa,
en donde la carne tuya
se da en manjar á los hombres
en realidad, no en figura.

Aquí te veo postrado
lavando los piés á Júdas,
pero no basta esta accion
para que tú le reduzcas.

Allí te veo en el huerto
lleno de pena y angustia
orando al Padre que pase
de ti el cáliz de amargura.

[1] *Flora del desierto.* — Lisboa 1765.

Aquí veo que vas preso,
atado con sogas duras,
cual llevan á un malhechor,
con mil afrentas é injurias.

Allí te veo amarrado
de mármol á una columna,
tan crudamente azotado
que el cuerpo te descoyuntan.

Coronado aquí te veo
con setenta y tantas puntas,
pero corona sin cruz
es cierto que no hay ninguna.

Aquí te veo cargado
en la calle de amargura
con el peso de la cruz
y de penas y de angustias.

Allí te veo clavado
en una cruz por mis culpas;
que son hierros mas que hierros.
porque son graves y muchas.

Aquí te veo bajado,
despues de muerte tan cruda,
en los brazos de tu Madre,
en lamentable figura.

Allí te veo llevado,
al sepulcro, ó sepultura;
y tu Madre te acompaña,
aunque está cuasi difunta.

Aquí ya resucitado
te veo con gloria mucha;
y á Tomas muestras las llagas,
para quitarle las dudas.

Allí subir á los cielos
te veo, sin que te suban;
pues que por propia virtud
te subes á las alturas.

Aquí á confortar tu Madre
envías por lenguas mudas;
pero aunque mudas, de fuego,
que encienden, lucen y alumbran.

Ahí te veo en juicio,
juzgando á las criaturas;
y á todo el mundo abrasado,
eclipsado el sol y luna.

Aquí te pido, Dios mio,
aquí donde á todos juzgas,
que no me juzgues á mí
como merecen mis culpas.

GRADOS DE LA PASION DE N. S. JESUCRISTO.

Jesus mio, por la humillacion á que voluntariamente os semetísteis lavando los piés á vuestros discípulos, os ruego me concedais la verdadera humildad, y me ayudeis á humillarme delante de todos, y en particular de los que me desprecian.

Jesus mio, por la tristeza que sentísteis en el huerto, capaz de daros la muerte, os ruego me libreis de las tristezas del infierno, y sobre todo de la de vivir léjos de vos sin esperanza de veros nunca.

Jesus mio, por el horror que os causaron mis pecados presentes á vuestros ojos cuando padecísteis por salvarme, concededme un verdadero dolor de todas las culpas con que puedo haberos ofendido.

Jesus mio, por la pena que os causó la traicion de Júdas, vuestro falso discípulo, al daros el beso con que os entregó á vuestros enemigos, haced que os sea siempre fiel y jamas os haga traicion como tantas veces lo he hecho.

Jesus mio, por la pena que debió causaros que os prendiesen y atasen como un malhechor, para ser conducido ante vuestros inicuos jueces, os ruego me unais á vos con las dulces cadenas de vuestro santo amor, á fin de que nunca pueda separarme de vos, que sois mi único bien.

Jesus mio, por las afrentas que sufrísteis durante toda la noche quo os tuvieron en casa de Caifás, dadme fuerza para sufrir con resignacion todas las que yo recibiere de los hombres.

Jesus mio, por la irrision y desprecios que sufrísteis de Heródes, al

ser tratado como loco, otorgadme la gracia de saber sobrellevar con paciencia todas las injurias que recibiere de mis semejantes aunque me llamen vil, loco ó malvado.

Jesus mio, por el inmenso ultraje que recibísteis de los Judíos cuando os postergaron á Barrabás, hacedme la gracia que sepa mirar con resignacion y paciencia que los demas me sean injustamente preferidos.

Jesus mio, por los dolores que sintieron todos vuestros sagrados miembros cuando fuísteis tan cruelmente azotado, hacedme la gracia de saber sufrir con humildad y paciencia los dolores de mis enfermedades, y principalmente los de mi muerte.

Jesus mio, por el dolor que sufrísteis en vuestra sagrada cabeza cuando fué tan crudamente taladrada con la corona de espinas, haced que nunca vuelva á consentir en ofenderos.

Jesus mio, por vuestra obediencia en aceptar la muerte infame á que os condenó Pilato, haced que acepte con resignacion mi propia muerte con todos sus padecimientos.

Jesus mio, por las fatigas que os causó el peso de la cruz hasta el Calvario, haced que sufra con paciencia todas las cruces de mi vida.

Jesus mio, por los tormentos que sufrísteis cuando os clavaron las manos y los piés, os suplico detengais mi voluntad, como clavada en vuestros sagrados piés, para que no tenga mas querer que el vuestro.

Jesus mio, por la amargura que sufrieron vuestros labios cuando os dièron á gustar hiel y vinagre, haced que nunca mas os ofenda con mi destemplanza en el comer y beber.

Jesus mio, por la angustia que sufrísteis en la cruz al despediros de vuestra afligidísima Madre, libradme de las afecciones desordenadas hácia mis parientes, amigos y demas criaturas, para que mi corazon sea siempre enteramente vuestro.

Jesus mio, por el profundo dolor que despedazó vuestro corazon, cuando en el instante de vuestra muerte os vísteis desamparado hasta de vuestro mismo Padre, haced que yo sufra con paciencia todas mis aflicciones, sin desesperar jamas de vuestra suma bondad.

Jesus mio, por las tres horas de dolorosa agonía que sufrísteis en la cruz al tiempo de vuestra muerte, haced que yo sufra con resignacion y

por vuestro amor los dolores de mi agonía cuando sea llegado mi último instante.

Jesus mio, por el inmenso dolor que sufrísteis cuando al espirar se separó de vuestro cuerpo vuestra alma santísima, concededme la gracia que en el momento de mi muerte os entregue mi espíritu, ofreciéndoos mis dolores con un acto de perfecto amor, á fin de que pueda entrar en el cielo á contemplaros y amaros con todas mis fuerzas por toda una eternidad.

Y vos, Vírgen santísima Madre mia, por el agudo dolor que os traspasó el corazon cuando vísteis que vuestro santísimo Hijo inclinó la cabeza y espiró, os ruego y suplico os digneis asistirme en el instante de mi muerte á fin de que pueda ir enseguida á daros gracias y bendeciros en el paraíso celestial, en justo agradecimiento de los bienes que me hayais acanzado.

FIN

TABLA DE MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN.

PAG.

Prefacio IX
Instruccion sobre el Camino de la Cruz XI
Observaciones XXVII
Modo de erigir solemnemente el Camino de la Cruz XXXI
Modo de practicar este santo ejercicio XXXV
Ofrecimiento ..... Id.

PRIMERA ESTACION.

Jesus condenado á muerte 3
Plática sobre la Pasion de N. S. Jesucristo. — De San Alfonso M. de Ligorio 5
Que trata del gran bien que hay en no disculparse, aunque se vean condenar sin culpa. — De Santa Teresa de Jesus 14
Meditacion de la presentacion de N. Redentor Jesucristo ante los pontífices y jueces: de los azotes: de la negacion de san Pedro: de la corona de espinas y del *Ecce Homo*. — De Fray Luis de Granada 17
De la consideracion de Cristo Nuestro Señor y de los misterios de su vida y muerte, y de la mucha razon que hay para nos ejercitar en esta consideracion, y de los grandes frutos que de ella nos vienen.—Del venerable maestro Juan de Avila 31

SEGUNDA ESTACION.

Jesus con la cruz á cuestas 35
Jesus lleva la cruz al Calvario.—De San Alfonso M. de Ligorio 37
Se prosigue la consideracion de Nuestro Señor y de los misterios de su vida y muerte declarando de la Pasion de Cristo un lugar de los Cantares.—Del V. M. Juan de Avila. 40
Cuántas maneras hay de obrar y cuáles son las que ha de hacer el cristiano. — Del maestro Alejo Venegas 46
Dice cuán gran yerro es no ejercitarse, por muy espirituales que sean las almas, en tener presente la humanidad de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. — De Santa Teresa de Jesus 50
Del orígen y causa del amor de Jesucristo. — Que este amor es sin término. — De Fray Diego de Estella 56
Sentencias espirituales. — De San Juan de la Cruz 62

TERCERA ESTACION.

Jesus cae por primera vez agobiado con el peso de la cruz..... 67
De la subida al Calvario. — De San Alfonso M. de Ligorio..... 69
Del paso de la cruz á cuestas, y dolores del Salvador en el camino del Calvario. — Del profundo abatimiento que sufrió el Redentor cuando cayó en tierra con el peso de la cruz. — De Fray Pantaleon García..... 72
De qué remedios nos hemos de aprovechar para despreciar la vana honra del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para poderla vencer. — Del V. M. Juan de Avila. 85
Qué es en la eternidad no tener fin. — De la imitacion de los trabajos de Nuestro Señor. — Del P. Juan Eusebio de Nieremberg..... 88
Cómo ha de ser Dios amado. — Dios es el centro de nuestra alma. — De Fray Diego de Estella..... 92

CUARTA ESTACION.

Jesus encuentra á su afligida Madre..... 99
De cómo el Salvador llevó la cruz á cuestas. — Encuentro con su divina Madre. — De Fray de Luis de Granada..... 101
Penetrante dolor que causó al Redentor la vista de su Santísima Madre cuando iba cargado con el peso de la cruz. — De Fray Pantaleon Garcia..... 105
Del llanto de la Vírgen María en el Calvario. — De Sanchez Sobrino..... 109
Ni la mayor virtud ni la mas perfecta santidad están exentas de tribulaciones. — De Gonzalez..... 117
Glosa de la Salve Regina. — De Fray Pedro de Padilla..... 122
A Nuestra Señora (Octavas). — De Fray Luis de Leon..... 127

QUINTA ESTACION.

Simon el Cireneo ayuda á Jesus á llevar la cruz..... 131
Sobre la santa cruz..... 133
Sobre la obligacion de que cada uno tome su cruz. — De Fray Luis de Leon..... 142
Tratado de la consideracion de la muerte. — De Fray Luis de Granada..... 144

SESTA ESTACION.

La Verónica enjuga el sudor de Jesucristo..... 163
Una mujer piadosa enjuga el rostro de Jesus. — ***..... 165
Del consuelo de la oracion. — De Santa Teresa de Jesus..... 169
De lo mucho que nos dió el eterno Padre en darnos á Jesucristo Nuestro Señor, y cuánto lo debíamos agradecer, y aprovecharnos de esta merced. — Del V. M. Juan de Avila..... 191

SEPTIMA ESTACION.

Segunda caida de Jesus 195
Sobre Jesucristo cargado con la cruz. — " 197
De una manera ó de otra ha de haber cruz miéntras vivimos. — De Santa Teresa de Jesus 206

OCTAVA ESTACION.

Jesus consuela á las hijas de Jerusalén que lloraban 227
Jesus dirije la palabra á las hijas de Jerusalén que le seguian llorado. — " 229
De la vanidad del mundo. — De Fray Diego de Estella 234

NOVENA ESTACION.

Cae Jesus por tercera vez 259
De la tercera caida de Jesus. — " 261
Del matrimonio espiritual entre N. S. Jesucristo y el alma que padece por su amor.— De Santa Teresa de Jesus 266
Unos versos de la santa Madre Teresa de Jesus nacidos del fuego del amor de Dios que en si tenia 286

DECIMA ESTACION.

Jesus es desnudado para ser clavado en la cruz 291
Desnudan al Señor de sus vestiduras. — De Fray Luis de Granada 293
Sobre la invencion de la cruz. — De Trento 296
Avisos y máximas espirituales. — De Santa Teresa de Jesus 302

UNDECIMA ESTACION.

Jesus clavado en la cruz 307
Sobre Jesucristo clavado en la cruz 309
Meditaciones sobre el amor de Dios. — De Fray Diego de Estella 313
Del desprecio de la vanagloria. — De Fray Diego de Estella 330

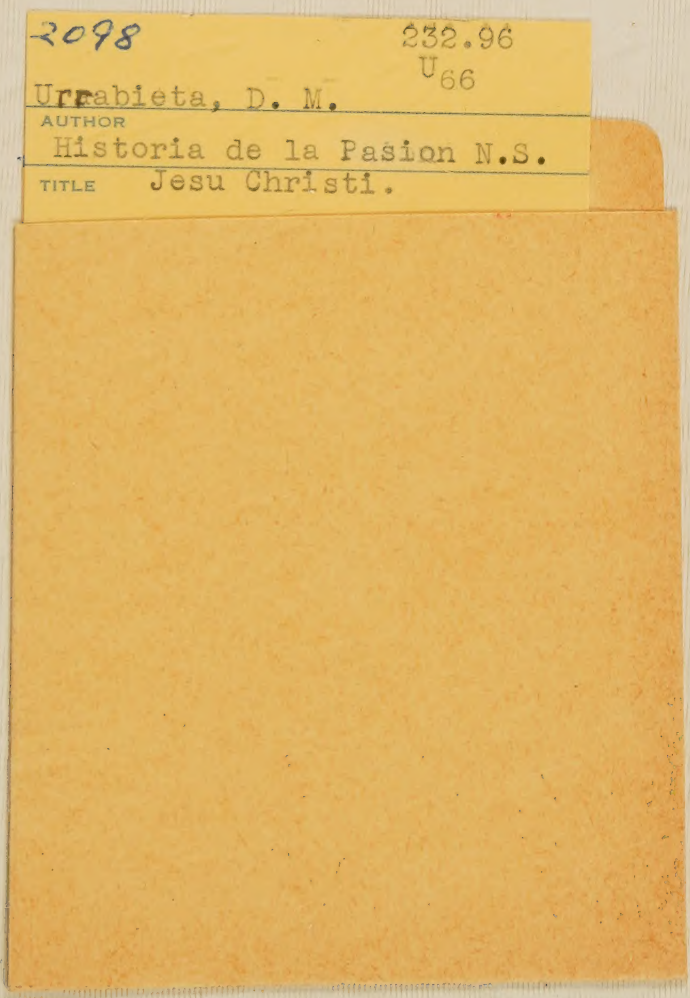
DUODECIMA ESTACION.

Jesus muere en la cruz 339
De las siete palabras que habló Jesucristo en la cruz. — De Fray Pantaleon Garcia... 341
Meditacion de la lanzada que se dió al Salvador. — De Fray Luis de Granada 367
A Cristo crucificado (Soneto). — De Santa Teresa de Jesus 368

DECIMATERCIA ESTACION.

Descendimiento de la cruz..... 371
Del descendimiento de la cruz y dolores de la Santísima Vírgen. — De Garcia..... 373
Del descendimiento de la cruz y llanto de la Vírgen.— De Fray Luis de Granada..... 392
Canciones entre el alma y Cristo su esposo. — De San Juan de la Cruz..... 398

DECIMACUARTA ESTACION.

Jesus es sepultado..... 403
Del sepulcro del Señor. — ***..... 405
Recopilacion de la vida de Cristo Señor Nuestro, desde su nacimiento hasta venir á juzgar á los vivos y á los muertos (Poesía). — Del P. Fray Paulino de la Estrella. 412
Grados de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo..... 414

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY